

Maga

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA

ISSN 1018-1563
Número 60-61
Julio 2006 - Julio 2007

Director
Enrique Jaramillo Levi

Corresponsales Internacionales

Jaime García Saucedo (Colombia)
Ana Cristina Rossi (Costa Rica)
Ángela Romero Pérez (Inglaterra)
Fernando Burgos (Estados Unidos)
Julio Escoto (Honduras)
Jorge Ávalos (El Salvador)
Mempo Giardinelli (Argentina)
Viviane Nathan (Israel)
Lauro Zavala (México)
Florian Martinz (Brasil)
Rogelio Rodríguez Coronel (Cuba)
Francisco Alejandro Méndez (Guatemala)
Vidaluz Meneses (Nicaragua)

Diseño Gráfico y Diagramación

Silvia Fernández-Risco
silfer@cwpanama.net

Portada

"Corte de Congos", de Sonia Solanilla Morales
Diseño: Silvia Fernández-Risco

Ilustraciones interiores

(tinta china y alto contraste)
Enrique Jaramillo Barnes



MAGA ES UN ESFUERZO EDITORIAL SIN FINES DE LUCRO. UNA COEDICIÓN DE LA

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PANAMÁ CON LA
FUNDACIÓN CULTURAL SIGNOS

Prohibida la reproducción total o parcial del material impreso sin autorización escrita de los editores. Se reciben colaboraciones no solicitadas con firmas responsables y números de cédula. No se devolverá el material. Nos reservamos el derecho de seleccionar los textos y material gráfico que habrá de publicarse. Los autores de los textos son los únicos responsables de las ideas que expresen.

MAGA EN LA WEB

<http://www.utp.ac.pa/secciones/maga/>

Editorial 3

1° encuentro nacional de escritores, críticos y lectores

¿Qué es un buen cuento? 5
Irina de Ardila

Los cuentos contemporáneos en Panamá 9
Fulvia Morales de Castillo

"Pueblos Perdidos", heridas abiertas 11
Isis Tejeira

La enseñanza de la literatura panameña en la escuela 14
Freddy Villareal Vergara

Miscelánea

A. Morales Cruz, Premio "José María Sánchez" 2006 18

4 Poemas de Rodolfo Häsler (Cuba) 19

La evolución de la mirada 21
Aline Pettersson (México)

La buena nueva de "Cenizas de Ángel" de Pérez-Franco 26
Enrique Jaramillo Levi

La magia y la artesanía: oficios compartidos por el escritor 29
Ariel Barría Alvarado (Panamá)

Volar (cuento) 32
Silvia Fernández-Risco (México)

El sintagma olvidado: historia y género en el canon centroamericano 34
Lety Elvir (Honduras)

2 Poemas 39
Viviane Nathan

3 cuentos 40
José Luis Rodríguez Pittí

La escalera (cuento) 41
Claudio de Castro

Vida y tiempo en "Me basta una sola vida" de Rodolfo de Gracia 43
Yolanda Judith Hackshaw

2 cuentos líricos 45
Lidia Emir Castillo



Una temporada en la escritura 45
Fernando Burgos

4 Poemas 50
Waldina Mejía (Honduras)

"La sobremesa" (cuento) 51
Mónica Lavín (México)

Homenaje póstumo al escritor guatemalteco-nicaragüense Franz Galich 53

Homenaje póstumo a Mireya Hernández 57

Nuevos cuentistas panameños 60

Breve apunte sobre la reciente eclosión de nuevos cuentistas panameños
Enrique Jaramillo Levi

Cepillo 61
Victoria Jiménez Vélez

Rumbo a Siberia 63
Diego Enrique Quijano

No hay enemigo pequeño 65
Gina Stanzola

Mentiras 66
Klenya Morales

La dieta panameña 67
Mady Miranda

Fantasma 69
Rosalba Morán Tejeira

Eterna despedida 69
Dennis Smith

La cura y Lejano Oeste 69
Lilia Mendoza

A ciegas Vannie Arrocha	70
La audiencia Sabúl Hernández	71
Este cuento se ha acabado Lissete Lanuza	72
Vendaval Alejandra Jaramillo Delgadillo	73
El idealista Minerva de Jované	73

Premio a la promesa literaria

Luigi Lescure y Lupita Quirós , ganadores del Premio de cuento "Facultad de Ciencias y Tecnología" UTP	75
Fluidez Luigi Lescure	76
La inundación Mady Miranda	77
Pescar mariposas Luigi Lescure	79
La cerca del alambre de púas Lupita Quirós Athanasiadis	80
De madrugada cae la lluvia Isabel Herrera de Taylos	81
Esta cotidiana vida Isabel Herrera de Taylor	82

Homenaje a Enrique Jaramillo Levi

Entrevista a Ejl por Leadimiro González	85
Algunos mensajes leídos en el evento Francisco J. Berguido Jorge Ávalos Vivian Nathan Fernando Burgos Irina de Ardila	86

PREMIO MAGA DE CUENTO BREVE

Carlos Fong, Premio Maga de cuento breve	95
Deja vu , Carlos Fong A.	96
La prueba de ADN Lupita Quirós	
Solo y final Benjamín Ramón	
La embarcación de Frus Morales C.	
Sin consuelo Hjalmar Jones	

RESEÑAS

"Impresiones y certezas" de I. Ardila Eduardo Hurtado	97
"El círculo, la grieta" de Morales C. Agustín del Rosario	99
"Esperanza o realidad" de M. Villareal Catherin Díaz	100
"Perita en Lunas" de L. Elvir Rick Mc Callister	102
"Cenizas de ángel" de Pérez-Franco José Luis Rodríguez Pittí	106

PAPELES DE LA MAGA

Juan Antonio Gómez, Premio ADEP de novela corta "Ramón H. Jurado"	107
Palabras de Jaramillo Levi en entrega del Premio ADEP	108
Nace 9 SIGNOS GRUPO EDITORIAL	109
Palabras de Ejl en la presentación de "Soñar despiertos", colectivo	114
Discurso de graduación Diego Enrique Quijano Durán	116



Editorial

Con este número doble de “MAGA, revista panameña de cultura” (No. 60-61), coeditada entre la Fundación Cultural Signos y la Universidad Tecnológica de Panamá, se cierra la tercera época de esta publicación, la cual se había reiniciado

en enero-abril de 1996. Al acogerme en los próximos meses a mi jubilación y terminar por tanto mi vínculo

laboral con la U.T.P. tras casi once años de labor al frente de la Coordinación de Difusión Cultural de esta institución, se cierra un largo y fructífero ciclo de iniciativas y actividades culturales de diversa índole a mi cargo.

No está de más recordar que “Maga” nació en enero-marzo de 1984 y continúa apareciendo hasta 1987; tuvo su segunda época de 1990 a 1993; y, como ya se ha dicho, en 1996 empieza ésta que ahora culmina. Pero no será la última. “Maga” reaparecerá en su cuarta época, tal vez con otro formato, acaso menos especializada únicamente en Literatura (aunque siempre indefectiblemente solidaria con ella), coeditada entre una Fundación Cultural Signos reestructurada de manera más eficiente y dispuesta a realizar nuevas ambiciosas metas, y la recién creada y pujante empresa 9 Signos Grupo Editorial, S.A., que en diciembre de 2006 echamos a andar un grupo de idealistas.

¿Qué nos trae, entonces este número doble? Sobre todo textos de nuevos y talentosos cuentistas panameños, la mayoría egresados del Diplomado en Creación Literaria 2006 de la U.T.P. Hombres y mujeres de muy diversas edades y experiencia profesional que, tras diplomarse, han continuado creando. Nuevos y prometedores autores como Luigi Lescure, Diego E. Quijano, Gina Stanziola, Gorka Lasa, Zoraida Chong, Dennis Smith, Rosalba Morán, Javier Villamonte, Klenya Morales, Madi Miranda, Victoria Jiménez Vélez, entre otros.

También ofrecemos varios de los ensayos que fueron presentados como ponencias en el Primer Encuentro Nacional de Escritores, Críticos y Lectores que, en torno al tema “Rumbos de la literatura panameña actual: 1970-2006”, organizado por la Asociación de Escritores de Panamá (ADEP) y la Facultad de Humanidades de la Univer-

Baile, EJB

sidad de Panamá, se realizó con éxito en dicha institución durante la última semana de septiembre de 2005.

En la amplia sección “Miscelánea” incluimos cuentos de Claudio de Castro, José Luis Rodríguez Pittí, Francisco J. Berguido y Rodolfo de Gracia, y de la mexicana Mónica Lavín, respectivamente; un poema y un fragmento de la novela “Crónica de caracoles”(INAC, 2006), de la recientemente fallecida escritora nacional Mireya Hernández (1940-2006); poemas del cubano-español Rodolfo Häsler, de la panameña Vivian Nathan, y de la hondureña Waldina Mejía; un ensayo del chileno Fernando Burgos sobre el libro de cuentos de Enrique Jaramillo Levi: “En un instante y otras eternidades”; el discurso del panameño Ariel Barría Alvarado al recibir el Premio Nacional de Literatura “Ricardo Miró” 2006, tanto en Cuento como en Novela; un cuento de la mexicana Silvia Fernández-Risco, entre otros textos.

En la sección “Papeles de la Maga”, como es costumbre, presentamos diversos documentos de interés; y en la de “Reseñas”, un texto de Agustín del Rosario sobre la poesía de A. Morales Cruz; y otro de José Luis Rodríguez Pittí sobre “Cenizas de ángel”, de Roberto Pérez-Franco.

También damos a conocer aquí las BASES del recién creado Premio de Teatro Infantil “Tilsia Perigault” y del reactivado Premio Signos de Poesía “Stella Sierra”, a cargo ambos de la Fundación Cultural Signos y de 9 Signos Grupo Editorial. Asimismo, presentamos los resultados de otros cuatro certámenes que en 2006 incentivaron la creación literaria nacional: el Premio “Maga” de Cuento Breve, que obtuvo Carlos E. Fong A.; el Premio ADEP de Novela Corta “Ramón H. Jurado”, que ganó Juan Antonio Gómez; el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez”, que obtuvo A. Moralez Cruz; y el Premio de Cuento “Facultad de Ciencias y Tecnología” (UTP) a la Promesa Literaria del Año, que ganaron Lupita Quirós Athanasiadis (en la sección de autores con al menos un libro de cuentos publicado) y Luigi Lescure (en la sección de autores inéditos).

Así mismo hemos querido rendir un homenaje póstumo a la muy querida escritora panameña Mireya Hernández (1942-2006) y al destacado escritor guatemalteco-nicaragüense Franz Galich (1951-2007); su desaparición física representa grandes pérdidas para la literatura de Centroamérica en general.

Por la calidad de los materiales, incluidos los de los nuevos creadores, y por nuestro constante afán de promover la buena literatura, hemos procurado cerrar con broche de oro este número doble de nuestra tercera época. Agradecemos a la Universidad Tecnológica de Panamá el haber fungido durante más de 10 años como anfitriones de esta esforzada publicación literaria. Ha sido un placer trabajar con ustedes.

E.J.L.

Panamá, noviembre 2006- enero 2007



Primer encuentro nacional de escritores, críticos y lectores

“Del 25 al 29 de septiembre de 2007, con motivo de la Semana del Libro, la Asociación de Escritores de Panamá (ADEP), con el apoyo de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá, organizó exitosamente en dicha institución el **Primer Encuentro de Escritores, Críticos y Lectores**, enfocado al tema “La literatura panameña actual: 1970-2006”. Ofrecemos a los lectores de *Maga* algunas de las ponencias presentadas en aquel evento.”

IRINA DE ARDILA

¿Qué es un buen cuento?

Una vez más nos convoca aquí la lectura, esta vez, la lectura de cuentos. El maravilloso acto por el cual accedemos al conocimiento y nos hacemos “cargo del valor y la significación”, como dice la Real Academia de nuestra lengua. Porque leer es, como define María Moliner: “entender e interpretar mentalmente o traduciendo en sonidos los signos de un escrito”. Leer, pues, como acto de inteligencia; como trabajo intelectual; entendiendo, interpretando.

Eso es lo que aspiro a hacer con tres cuentos: “El Secreto de Ramsés”, de Beatriz Valdés, “Sin tiempo para la piedad”, de Neco Endara y “Fulminante”, de Enrique Jaramillo Levi. Al escoger estos cuentos tengo la impresión de que existe una relación entre todo lo que se ha expresado y discutido en estos días sobre literatura ficcional, narrativa histórica, el relato y el cuento.

Los tres cuentos pertenecen al género fantástico. Los tres autores son ganadores del Premio Ricardo Miró; por lo tanto, lo que voy a exponer es tan solo la opinión muy personal de una lectora, en nuestro territorio cultural, frente a cuentos avalados por el prestigio que ya han conquistado sus autores. Fijense lo interesante del lenguaje: cuando



algo nos gusta decimos, “qué fantástico” y no “qué real”.

Quiero intentar, basándome en los tres cuentos, que lleguemos a tener una idea viva de lo que es un buen cuento, y presiento que es difícil en la medida en que las ideas tienden a lo abstracto, a desvitalizar su contenido, mientras que a su vez nuestra vida rechaza angustiada ese lazo que quiere echarle la conceptualización pura para fijarla y categorizarla.

Por otro lado, si no tenemos una idea viva de lo que es el cuento habremos perdido el tiempo, porque un cuento, en última instancia, se mueve en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida libran una batalla fraternal (si se me permite el término); y el resultado de esa batalla es el cuento mismo, una síntesis viviente.

Quisiera analizar los tres cuentos a través de los criterios o categorías más frecuentemente utilizados por los críticos literarios en sus esfuerzos definitorios.

Ellos serán narratividad y ficcionalidad; extensión, unicidad de concepción y recepción; intensidad del efecto, economía, condensación y rigor.

... podría decir
que todo es
«fingido» y es en
ese «fingimiento»,
como han expresado
mis autores, donde
reside el meollo de la
ficción. Precisamente
la ficción es eso: una
mentira que sirve
para expresar una
verdad.

En estos tres cuentos la narratividad y ficcionalidad son las categorías de base, las premisas conceptuales. Ante todo, los tres son y no pueden no ser relatos. En tanto relato, y valga por legítimo el juego de palabras, en cuanto todo cuento debe dar cuenta de una secuencia de acciones realizadas por personajes (no necesariamente humanos) en un ámbito de tiempo y espacio.

En el cuento, de Beatriz Valdés, Ramses II, séptimo faraón de la decimonovena dinastía del Nuevo Imperio, empeñado en terminar la construcción de su Rameseum, para eternizar su poderío, está opuesto al deseo de los judíos de regresar a la tierra de Canaan. Los judíos todavía no han terminado su magna obra y para retenerlos decide privarlos a todos de su libertad, apresar a todos los ricos y rabinos, matar a todos los débiles y vender a las mujeres y niños.

Moisés, para evitar la desgracia de su pueblo, le descubre el secreto a Ramses II de que el mismo faraón es de ascendencia judía y éste se ve forzado a dejarlos salir de Egipto.

En el cuento de Neco Endara, que según su propia confesión, siempre ha querido sacarle el clavo a la permanencia extranjera en la Zona del Canal, el yo astral del cholo Eladio se encuentra con el yo astral de Algol, quien le explica que todos los planetas donde hay un canal, tienen grandes problemas y terminan autodestruyéndose. Algol decide ayudar a los panameños de la manera que más le conviene: va a cubrir el canal, rellenando toda la zanja, pero dejándonos el lago y la represa con sus turbinas.

Ese Neco es bien vivo, seguro, le sopló al algol, que necesitamos agua para tomar y fuente de electricidad! Además, como el Cholo le caía tan bien a Algol, decide regalarle dos diamantes, uno para resolver los contratiempos del Cholo y el otro para acabar de una vez por todas con los problemas de nuestro mágico y tropical Panamá. Finalmente, la zafia del Canal interoceánico queda cubierta para siempre ante los boquiabiertos gringos que nunca han creído en ese desenlace dramático.

El tercer cuento trata sobre el conflicto entre un personaje ficticio y su reflejo real en el espejo que finalizan fulminándose uno al otro dejando intacto el espejo.

Según el talentoso crítico literario Rodolfo de Gracia, "...el yo real y el yo reflejado, el primero ficticio, aparente, inauténtico y farsante para la sociedad; y el segundo, el reflejo, paradójicamente el real y el auténtico, aunque oculto, entran en conflicto, desarmonizan, porque uno y otro nunca estarán satisfechos con el alter ego que a la sazón les ha tocado compartir;

ya porque se espera de él algo mejor, ya porque el ser humano se aburre pronto de lo rutinario y gusta de la novedad; o ya porque, en algunos casos, es el reflejo de nuestra culpa."

Aun antes de entrar en el discernimiento de los rasgos propiamente cuentísticos de mis tres queridos autores, tengo que introducir la segunda categoría que reduzca todavía más el ámbito conceptual. Y ella es la ficcionalidad.

Los cuentos en mención, implican una concepción y elaboración estéticas de tres historias diferentes, es decir, su ficcionalización.

La relación de dependencia entre la historia narrada y la llamada «realidad real», en el sentido más amplio que pueda darse a esta expresión, ha sido a menudo foco de atención de los ensayistas y tratadistas sobre el cuento. Seymour Menton, por ejemplo, comienza su definición diciendo que el cuento «es una narración, fingida en todo o en parte». Si los cuentos de Neco Endara y de Jaramillo Levi son 100% ficcionales, el de Beatriz Valdés, según su propia opinión, es "fifty fifty".

Hoy, sin embargo, el desarrollo de la teoría del referente literario ha relativizado saludablemente esta pregunta por la vinculación o falta de ella entre lo «verdadero» y lo «fingido», llegando a concebir como ficcional -por principio- absolutamente todos los elementos de la historia representada en un relato literario. A mí, siendo lectora, no me interesa en ese sentido si es posible o no rastrear alguna vinculación «factual» (biográfica, experiencial, histórica o documental) entre lo narrado y algún objeto, personaje o acontecimiento «de la vida real».

Por supuesto, hay homologías o vinculaciones visualizables subjetivamente, pero ellas están allí precisamente como parte del proceso de significación. Desde esta perspectiva, entonces, podría decir que todo es «fingido» y es en ese «fingimiento», como han expresado mis autores, donde reside precisamente el meollo de la ficción. Precisamente la ficción es eso: una mentira que sirve para expresar una verdad.

Ramsés es famoso por permitir el éxodo de los judíos, lo que constituye una verdad de dominio público; el Canal de Panamá es el tema principal que ha cobrado nuevamente actualidad con buena dosis de humor, como juego intelectual, como arma paródica para decodificar el territorio cultural, para que nos leamos culturalmente desde una cámara narrativa que nos acompaña a los lectores en el reconocimiento de una sociedad que expresa su protesta a la presencia estadounidense.

El círculo mágico, la inventada realidad elaborada artísticamente, donde Jaramillo Levi introduce al que lee, que guarda armonía entre

concepto y forma, nos obliga a creer en la verosimilitud de conductas psicológicas o su semejanza a las situaciones de la vida real.

Afirma el académico Rodolfo de Gracia que “el cuentista Enrique Jaramillo Levi ha utilizado el espejo no solo como símbolo de la duplicidad y de la tesis de la doble identidad, la doble moral, la doble realidad: la real y la ficticia que a veces parecen confundirse y fundirse en una sola, sino también como cuestionamiento del yo interior de los propios personajes, como reflejo de sus más profundos temores y sus más veraces realidades.”

La relativa brevedad de su extensión es por supuesto otro rasgo caracterizador más visible e inmediato.

Y subrayo relativa brevedad porque son variados los rangos de extensión y diferentes las formas de medirla.

Y es que la extensión de un cuento es, por sí misma, insignificante. No es ella *per se* lo que hace que una narración sea o deje de ser un cuento. Si fuera así podríamos conceptualizar como cuento un capítulo breve extrapolado de cualquier novela. Es necesario atender al sentido, la función, la razón de ser última de esta brevedad de los cuentos.

La brevedad no es un capricho de los autores, o de los teóricos; no puede ser impuesta en sí misma como un fin o como un ideal, menos aún como un precepto.

Para Beatriz Valdés, que prefiere un cuento no muy corto, es más bien un requerimiento de la exquisitez estructural que debe tener un buen cuento.

Sin contradecirme, el verdadero cuento tiene que ser relativamente breve por una razón fundamental: debido a esa especie de ley universal de la proporción inversa entre intensidad y extensión, según la cual sólo lo breve puede ser intenso. En otras palabras, un cuento sólo puede producir el efecto deseado (efecto que es central en su noción de cuento) con la intensidad deseada, cuando —por ser breve— su recepción por parte del lector puede darse en una sola sesión, de manera concentrada e ininterrumpida. Si ustedes leyeran estos cuentos observarían que cumplen a cabalidad con esta exigencia.

Esta necesaria brevedad relativa, que es obvia en los tres cuentos analizados, está a su vez relacionada con otras notas características del cuento que pasaremos a analizar de inmediato con mayor detalle.

La unidad de concepción y de recepción, como características de cuentos modernos, son nociones correlativas que de manera coherente hallan también su fecundo desarrollo

en nuestros narradores nacionales de relieve como Beatriz Valdés, Neco Endara y Jaramillo Levi. Para ellos, el cuento se distingue de la novela porque su concepción o visualización inicial suele ser instantánea y porque su recepción se da en un lapso único, breve e intenso.

Aunque los tres se nutren de experiencias o conocimientos de orígenes muy disímiles; aunque su elaboración artística puede ser prolongada, laboriosa y gradual, sus cuentos asoman a la superficie de la conciencia de un solo golpe; aparece ante ella, súbitamente, como el fogonazo de un flash; corresponde a una impresión única y vigorosa que halla, en el mismo acto de aparecer, su esencial formulación narrativa.

Esta aparición repentina (lo que Cortázar identifica con una situación de insoportable urgencia creadora que compele al cuentista a dejar de lado cualquier otra actividad hasta encontrar cumplido el cuento) trae consigo, para los tres, una verdadera situación límite.

El trabajo de Enrique Jaramillo Levi, a causa de la dimensión de miniatura artística propia de su cuento, se asemeja más al del orfebre o el relojero, al del miniaturista, que concentran su atención con la mayor intensidad en un objeto reducido, cuidando del detalle, de la minuciosidad, de la precisión.

Tan importante como la unicidad del instante de concepción de los tres cuentos es la del momento de su recepción.

Como mecanismo de precisión que son, estos cuentos requieren, ante todo, de una atención concentrada. Para poder producir en cada uno de nosotros aquel «efecto preconcebido», único, intenso, definido, los tres cuentos deben ser leídos «de una sola sentada».

Si nuestra recepción no es lo suficientemente atenta y concentrada y, sobre todo, si su lectura resulta interrumpida, voluntariamente o no, «se rompe el encanto», «se daña el experimento», y el impacto que se buscaba —ese otro «milagro», correlativo al primero, del lado de nosotros —los receptores— se pierde por completo o se produce con una potencia mucho menor que la deseable.

Me pasó eso precisamente con el cuento de Beatriz. La primera vez lo leí no en una, sino en varias sentadas y me quedé totalmente indiferente. Pero volví a leerlo como Dios manda y me agarró y capté su encanto.

La unicidad e intensidad del efecto se encuentran así íntimamente vinculadas con estas condiciones de producción y recepción.

Definitivamente estos cuentos me imprimieron una huella definida y definitiva. Es esto lo que se llama «unicidad e intensidad del efecto». La relativa brevedad del texto, que me permitió

Un cuento sólo puede producir el efecto deseado (efecto que es central en su noción de cuento) con la intensidad deseada, cuando —por ser breve— su recepción por parte del lector puede darse en una sola sesión, de manera concentrada e ininterrumpida.

La brevedad del cuento es una condición para lograr el efecto único e intenso. La economía es ya un primer paso en dirección hacia esta deseada brevedad intensa. Para nuestros cuentistas, corregir es podar. En este sentido, el principio consabido ha sido que se incluyó todo y sólo lo necesario para lograr su cometido.

su lectura íntegra en una sola sentada y sobre todo mi atención concentrada en el objeto, son, podría decir, las condiciones que hicieron posible un efecto de esta índole.

Este «momento de la verdad», relacionado con una impresión de sorpresa: Ramses es judío, El canal es cubierto, los dos “yo” fulminados, al que yo accedí en el momento climático de cada uno de los relatos, después de haber sido adecuada y gradualmente preparada para ello por todo el resto del cuento, produjo en mí un instante de comprensión: un cierto cambio en mi mundo interior y en mi manera de ver.

Economía, condensación y rigor son los últimos rasgos que encuentro reiteradamente en los tres cuentos. En el esfuerzo por lograr estas «virtudes» narrativas, los autores pusieron en ejercicio los elementos técnicos que funcionaron como eslabones entre aquel momento único de la intuición inicial, donde los cuentos fueron concebidos, por una parte, y el impacto, también único, producido sobre mí como receptora. Este trabajo se fundó, sin duda, y se nutrió, mediante el ejercicio paciente de la escritura, a través de la utilización de determinados recursos y técnicas y con la ayuda de una experiencia, de un oficio que caracterizan a los tres autores nacionales.

He dicho antes que la brevedad del cuento es una condición para lograr el efecto único e intenso. La economía es ya un primer paso en dirección hacia esta deseada brevedad intensa. Para nuestros cuentistas, corregir es podar. En este sentido, el principio consabido ha sido que se incluyó todo y sólo lo necesario para lograr su cometido.

En definitiva, la relativa brevedad de los cuentos de Beatriz Valdés y de Neco Endara se logró en la elección de una historia sencilla, sin dejar de ser interesante; una historia limitada en cuanto al número de sus elementos narrativos (personajes, líneas accionales, entorno espacio-temporal, estrategias narrativas) y la de Jaramillo Levi se logró gracias a cierta complejidad general mediante el uso de determinados recursos retóricos, con el objeto de condensarla, haciéndola al tiempo más breve y más intensa.

Al otro lado de la moneda narrativa, está el

manejo, por los tres autores, de la sorpresa. Las líneas finales de los tres cuentos me produjeron una necesidad apremiante de relectura, tan característica de los cuentos bien logrados. Deseé, necesité saber (paladear, podría decir) cómo fue que los cuentos me condujeron hasta ese efecto.

Desde esa perspectiva reveladora del final y a través de una nueva lectura, resultó posible advertir el uso de otros recursos que trabajaron a lo largo de los cuentos para contribuir al logro de la sorpresa. Entre ellos merecen destacarse, la dosificación de la información en Valdés y Endara, el cultivo de la ambigüedad en Jaramillo Levi, los cuales, por distintas vías, ayudaron a acentuar mi interés.

Los cuentos de Beatriz Valdés y de Neco Endara son análogos, a «una flecha que, cuidadosamente apuntada, parte del arco para ir a dar directamente en el blanco» según Horacio Quiroga, y el de Enrique Jaramillo Levi a un *match* boxístico ganado por *knockout* de acuerdo a Cortázar.

Sin temor a equivocarme quiero concluir que pude disfrutar de una narrativa madura y renovadora, porque el autor panameño procura ser auténtico y por tanto más irreverente, más cerca de la ironía y la trasgresión, mediante una actitud libertaria que motiva la experimentación y la búsqueda en las aguas profundas de la ficción. Se trata de ser auténticos y autónomos, capaces de inventar, aprovechando a su manera todo avance literario, de modo que la actitud no rinda cuentas a lo ya establecido ni se ahogue en complejos, cuando, la verdad, el escritor panameño lo posee todo para construir sus propios mundos de ficción.

En efecto, ejercer como oficiante de crítica literaria me conduce a una reflexión sobre la necesidad de construir un aparato teórico, a partir de un *corpus* literario producido por el creador-narrador panameño, que legitime unas maneras de leer y entender el mundo, la puesta en escena y las propuestas estéticas que están caminando en la literatura actual escrita por cuentistas, poetas, novelistas y dramaturgos de este istmo.

Directorio de Escritores Vivos de Panamá

www.pa/secciones/escritores

Los cuentos contemporáneos en Panamá

*“...las obras literarias fueron creadas deliberadamente para comunicar percepciones múltiples, pero particulares de dimensiones diversas de la realidad humana; con ellas, entramos en contacto con lo que se ha dado en llamar “conversación” que se produce tanto en público como en cada uno de nosotros”.*¹

La pluma panameña, en el relato corto, es una compilación narrativa para todos los gustos: en la cuentística de 1970 hasta nuestros días encontramos cuentos de diversos autores y autoras, de generaciones distintas, de temáticas variadas: tratan de lo doméstico, lo nacional, lo psicológico, lo fantástico, lo rural, lo metafísico, entre otros; con esta narrativa el lector se ríe, se asombra, llena vacíos, se inunda de intranquilidad, de incertidumbre y se enfrenta a contrastes y viaja a espacios insólitos. Estos espacios pueden ser ambientes conocidos por todos nosotros: una habitación, un aula de clases, una calle conocida, el campo, es decir, son espacios cotidianos. En otros casos, esos espacios se mueven hacia otra temporalidad y en ellos ocurren hechos maravillosos, fantásticos. Así, además de la cotidianeidad ambiental, los autores y autoras panameñas también nos mueven por espacios no referenciales.

Este cambio de lo visible, de lo que puedes observar todos los días, a lo que está más allá de nuestros sentidos, lo logran porque utilizan como recursos el sueño, el lenguaje metafórico de los espejos, de las duplicaciones, de las sensaciones (sinestesias: se sienten olores o brillos o sonidos o pegajosidades), de los enigmas; y también la voz del narrador y la confusión de los protagonistas; con todo estos recursos las historias atrapan a los lectores y los colocan frente a un mundo secreto, un mundo que se vive y que se re-crea en la mente, cada vez que leemos.

Veamos algunos ejemplos:

En **¡Qué lejos estaba lo lejos!** de Pedro Rivera, por ejemplo, el lector contemporáneo se transporta hacia el pasado en el entorno geográfico-cultural y lingüístico panameño: “Tenía que limpiar, lavar, cocinar, cuidar a los más

chicos, que ya éramos cuatro, y evitar que una “chiva”, esas que decían Hospital, Chorrillo, Calle 16, me arrollara uno de esos días”. En el caso de **Luna queso** de Benjamín Ramón, se enuncian sitios populares como Pedregal, Calidonia; y almacenes como la Pantera Rosa; Félix Armando Quirós Tejeira habla de “Quesos Chela”, del Hotel Bambito.

En otros cuentos, la motivación principal está en el enigma, el misterio, por ejemplo, en los casos de transformaciones, de las metamorfosis, de la duplicidad de uno en el otro, situación que pasa los estratos de la realidad y lleva al lector a espacios extraños y donde esa extrañeza mueve a la reflexión por la lógica impuesta por el discurso, ya acentuada por fuerzas internas, por energías incontrolables por parte del propio personaje o por fuerzas externas, como en: **El camaleón** de Claudio de Castro, en donde se presenta la fantasía impregnada de dramatismo; o lo mismo que en **Sal** de Raúl Leis; **Piel de Tigre** de José Luis Rodríguez Pitti. En otros, prima la locura que da pie a lo inaudito, el extravío mental hace lógico el relato como en **La banca** de Allen Patiño o **El secreto** de Aida Judith González Castrellón.

También se perciben los amores prohibidos a partir de una escritura connotativa de pistas, que no describe la condición de los amantes hasta al final del relato y que denuncia la crueldad, este es el caso de **La última noche en el pueblo** de Oscar Isaac Muñoz, donde los amantes se muestran como seres inocentes “Se besan con ternura primero, con pasión después. Ignoran la terrible ferocidad desencadenada. No oyen la furiosa turba enardecida que derribará a patadas la puerta y acabará a machetazos con esa promiscuidad foránea de dos pieles distintas y de dos sexos idénticos”.

Otra motivación es el juego con la historia y la política y su consecuente dramatismo como son: **El reloj** de Rey Barría y **Desaparecido** de Enrique Chuez; otros textos tienen vacíos, silencios en los que se sugiere y el lector, por tanto, queda atrapado y crea y re-crea, construye y re-construye, según su experiencia y conocimiento, es el caso de **Un minuto** de Griselda de López.

Otros textos están contruidos sobre la parábola, la ironía, la ambigüedad como son **Bajo el corcho de Borbón** de Gustavo Emilio Lay González o **El propagador de fiebres** de Oscar Isaac Muñoz o **Historia de ojos** de Bertalicia Peralta; o **Romance de metal y miedo** de Félix Armando Quirós; o **La trampa** de Héctor Collado o **Los conversos** de Rafael Alexis Álvarez.

También hay relatos en los que el lenguaje coloca al lector frente a la hipérbole como los

Con recursos como el sueño, el lenguaje metafórico de los espejos, de las duplicaciones, de las sensaciones (sinestesias: se sienten olores o brillos o sonidos o pegajosidades), de los enigmas; y también la voz del narrador y la confusión de los protagonistas, las historias atrapan a los lectores y los colocan frente a un mundo secreto, un mundo que se vive y que se re-crea en la mente, cada vez que leemos.

La temática mezclada con el lenguaje y la técnica invitan a lo sensorial, a lo social, a lo conversacional, a espacios reales y espacios desconocidos como en el relato **El mosquito** de Ernesto Endara; o llevan a un punto en el tiempo en el que se unen lo posible con una dimensión desconocida como en la **Última vista**

cuentos **Oscilaciones** de Enrique Jaramillo Levi, donde se transporta al lector a una vivencia extraña llena de dolor, o **Un minuto** de Griselda López, o **Sal** de Raúl Leis donde la transformación se une a lo hiperbólico.

Reitero que estos relatos son para todos los gustos, porque la temática mezclada con el lenguaje y la técnica invitan a lo sensorial, a lo social, a lo conversacional, a espacios reales y espacios desconocidos como en el relato **El mosquito** de Ernesto Endara; o llevan a un punto en el tiempo en el que se unen lo posible con una dimensión desconocida como en la **Última vista** de Yolanda Hackshaw. En este juego de dimensiones o espacios se pueden señalar también los cuentos que se sientan sobre la vigilia y el sueño, la muerte, la cábala como la minificción **La mujer en el jardín** de Isabel Herrera de Taylor, donde un protagonista vive el sueño de otro personaje: "El hombre sintió calor y decidió abrir la ventana. En eso miró y, en el prado hermoso, sentada sobre la grama estaba una mujer ... Esa tarde se encuentra con Carolina y antes de que aluda al hecho, ella le dice — Anoche soñé que descansaba en un jardín..." o el texto **Agua de mar** de Enrique Jaramillo Levi o **Sopa de letras** de Ernesto Endara o la **Sombra del gallote** de Cáncer Ortega Santizo o **Refugio** de Carlos Oriel Wynter Melo; en otras narraciones la vejez y la muerte se centran en una parte del cuerpo de los personajes como en **Cinco dedos** de Consuelo Tomás, donde la muerte libera a los dedos; otro tema es la venganza y la conciencia sobre la muerte como en **Torrejitas de maíz** de Melanie Taylor.

También, en nuestra cuentística actual, las historias se mueven entre la naturaleza y el hombre como las narraciones **La lluvia sobre el mar y Vida** de Roberto Pérez Franco, en donde la naturaleza invita al placer, al amor, a la lectura; donde la relación antitética de los personajes plantea una nueva concepción de la vida, por el puro vivir y no por enseñanza académica; o **Árbol** de Rafael de León-Jones, donde se presenta una comunión cósmica entre los actantes hombre y árbol en una sensibilidad que conmueve: "Creo que nunca encontró un lugar en el mundo. Estaba más cerca de la tierra y la vegetación que de sus similares".

Asimismo, el lector se encuentra con diferentes voces narrativas: el narrador en tercera persona que observa; el que habla en primera como personaje que cuenta su propia historia, desde un tono autobiográfico, como también las voces que se entrecruzan como en **Agua de mar** de Enrique Jaramillo Levi, donde dos

narradores se funden. O el tono conversacional del narrador que alude a un tú, a un receptor, a quien acoge con ternura. O el monólogo- diálogo o diálogo-recuerdo de Moravia Ochoa que conmueve, que se acerca al lector en tono confidencial, como es el caso del cuento **La foto**: "Yo esperaba por un taxi, ella me dijo: acompáñeme mi niña, ayúdeme, y luego que cruzamos la avenida de cuatro paños anchos, ella se quedó prendida de mi mano, no me dejó decirle ya me voy y me contó de historias las que sé, pero le pertenecen; son sus historias, sueños que rebotan al ser contados, mentiras —es posible— y sus verdades, iba y venía en los recuerdos..."

En el cuento **La vieja actriz** de Jaramillo Levi encontramos la duplicación, uno como lector cree que se narrará la historia de una actriz, pero pronto se da cuenta que el título es engañoso, porque, a partir de esa frase común: La vieja actriz, el ingenio creativo del autor crea un relato fantástico. Ese cuento se inicia con una voz familiar, en tercera persona, que dice "No es ningún secreto —familiares y amigos lo saben, y no dejan de asombrarse por ello— que a Raúl Enrique Preciado le encanta leer de todo, sobre todo novelas". Ante estas palabras, el lector siente que le hablan con familiaridad del comportamiento de Raúl Enrique Preciado (personaje con nombre común), pero que ese comportamiento es habitual y, sin embargo, asombra. Este doble plano llena al lector de curiosidad, lo atrapa. Naturalmente, a medida que se avanza en la historia el lector se da cuenta que Raúl Enrique Preciado, a pesar de su nombre común, no es un personaje común: es un personaje fantástico que lee y se apropia del mundo leído y lo vive: he aquí el juego de la duplicación. Observemos como Raúl Enrique Preciado se transforma en la actriz protagonista de la novela que lee: "...la familia de Raúl Enrique lloró al verlo representar, con evidente torpeza en la expresión corporal pero imbuido de acendrada emoción artística monologante, la historia de la vieja actriz que, perdido sin saberlo el hilo de la confusa realidad, intentaba representarse a sí misma." Entonces, los espacios de la protagonista de la novela con los espacios del lector se han unido en un juego fantástico que asombra a los que lo ven y a nosotros, los lectores, que nos quedamos con la boca abierta ante tal movimiento de un mundo de ficción.

Así, este cuento habla de un espacio real: la actriz y su deseo de continuar en acción; involucra las circunstancias del lector que la lee (otro espacio real). Lo fantástico es que son dos ficciones que observamos nosotros, los lectores, desde un tercer plano.

Otros cuentos reflejan la compleja situación social, la desilusión, las carencias, la crisis espiritual que vive nuestra sociedad como es el caso de **Sueños** de José Luis Rodríguez Pitty: “Y cuando por fin concluyó todo aquello, a lo que casi nadie prestó atención, me acerqué a la única posesión que orgullosa tuvo la pequeña niña, y vi con horror que tan solo se trataba de la caja, cruelmente vacía, de una de las tantas muñecas que una niña afortunada tiró con desidia una noche a una calle cualquiera.”

En conclusión, la cuentística actual, la minificción en Panamá, es una esperanza, una obra que facilita el cuento panameño y con la que se pueden lograr mejores lectores y críticos de nuestra producción narrativa.

¹ Maxime Greene. (2004). *Liberar la imaginación* (traducción al español de Albino Santos): Barcelona, España, Editorial GRAO. Pág. 157.

ISIS TEJEIRA J.

“PUEBLOS PERDIDOS”, HERIDAS ABIERTAS

Antes de todo, me siento obligada a expresar mi más sentido agradecimiento a la profesora Irina de Ardila, amiga y colega del Departamento de Español, y a mi amigo Enrique Jaramillo Levi, conocido escritor y activista cultural, por la deferencia que han tenido, para que a través de estas palabras pueda expresar algunos criterios, muy sentidos por cierto, sobre la novela, **Pueblos Perdidos** de Gil Blas Tejeira, por ser ella, sin duda alguna, uno de los más importantes aportes de la literatura panameña a la comprensión del esfuerzo que en aquel momento hiciera nuestra nación al abrir sus entrañas geográficas a la portentosa obra del Canal de Panamá. Jaramillo Levi nos dice que lo que se narra en esta novela “es un tema vigente porque hasta hace muy poco se decía seriamente que los campesinos y sus familias tendrían que ser desalojados a causa de los nuevos embalses que debían hacerse por causa de la ampliación del Canal” A Enrique, al igual que a muchos de

nosotros, no le “extrañaría que más adelante resurja el tema, si volviera a presentarse, a juicio de los estudiosos, tal necesidad”.

Gil Blas nos legó una novela histórica en la que nos relata la hazaña del Canal, empezando por la llegada de los franceses al Istmo y terminando con la entrada del vapor Ancón a las esclusas de Gatún, el 15 de agosto de 1914. (**Pueblos Perdidos**. Pág. 219)

Como en toda hazaña que sobrepasa lo imaginario, Gil Blas, en esta novela, hace desfilar personajes históricos y pueblos, que también históricos, dieron lo que mayor valor tenía para ellos: sus querencias.

La inmersión de los pueblos en las aguas que alimentarían luego al canal, producen hondas impresiones en el alma de quienes luego Gil Blas, magistralmente, hará desfilar con sus aspiraciones, frustraciones, motivaciones, decepciones.

El título de **Pueblos perdidos** no debe tomarse en su sentido literal, puesto que habría que añadir otras pérdidas, como la pérdida de la identidad, pérdida de cultura, pérdidas de significados, y una nueva jerarquización de los valores expuestos en esta obra.

Viendo formas móviles en esta novela, nuestro folklorista Manuel F. Zárate vaticina su permanencia “en las letras panameñas y significado creciente en la formas de nuestra nacionalidad. Lo primero, porque con un lenguaje impecable, técnico, se anima fervorosamente una humanidad muy nuestra, con movimientos que penetran de parte a parte, que nos convencen de sus vidas, de sus urgencias, de sus ímpetus, de su pequeño cosmos. Lo segundo, porque en una armoniosa síntesis de narración y de actuación vital, se hacen presentes trozos de la geografía y de la historia panameñas que han permanecido bajo sombras equívocas en los alumbramientos falsos, y que, por lo tanto, careció para nosotros de auténtica corporeidad. Las convulsiones pos-bolivarianas de Colombia; la gesta del canal, con su imprevisora pero heroica hazaña francesa, con la sabia y agresiva pero impolítica empresa norteamericana; la viciosa y torpísima visual colombiana sobre el Istmo; el consabido calvario del pueblo panameño; el suelo patrio expiatorio, tendido siempre como un paciente para la cirugía canalera; la variedad infinita de la especie humana que nunca llegó a saciar al Moloc de la zanja; el paisaje, el agro, la fauna, la miasma y la peste; la perpetua danza de los intereses internacionales, cuervos fatídicos del Istmo; la ciencia al lado de la crápula, el crimen barato, la vida sin valor y sin sentido; y en medio de toda aquella vorágine, el destello, aunque tenue, nunca ausente, del espíritu, del

Pueblos Perdidos de Gil Blas Tejeira, es, sin duda alguna, uno de los más importantes aportes de la literatura panameña a la comprensión del esfuerzo que en aquel momento hiciera nuestra nación al abrir sus entrañas geográficas a la portentosa obra del Canal de Panamá.

Junto a los personajes históricos: Pedro Prestán, Bunau Varilla, Goethels, Gorgas y muchos otros, aparecen los imaginarios, íntimamente unidos a aquellos, y son tan vívidos que parecen reales. Son figuras humanas, gente sencilla, que vieron llegar las fuerzas arrolladoras de la civilización.

espécimen honesto y rebelde que siempre ha lavado a la humanidad de eterna desaparición.” (*Pueblos Perdidos*, Pág. 235)

Gil Blas otorga gran relevancia al caudillo Pedro Prestán, elevando su vida y su sacrificio al rango de suceso histórico de significación nacional. Fue su manera de pagar parte de la deuda contraída por el pueblo panameño, con uno de sus más legítimos precursores de las luchas por recuperar la plena soberanía de nuestros territorios y por lograr el respeto de su nacionalidad. Él cumplía también el importante cometido de insuflar la base anímica de los sueños reivindicativos de nuestras generaciones que lucharían luego por la rehabilitación total y definitiva de nuestro país.

Es conocido por nuestra historia, el despojo de tierra de que fue objeto nuestro país tras la construcción del ferrocarril, ya que ellos alegaban ser los dueños de toda el área de la isla de Manzanillo, hecho que Gil Blas denuncia en esta novela .

La acción de la novela transcurre en dos espacios: la ciudad de Colón la primera parte, y la segunda parte que tiene por escenario casi exclusivo el río Chagres y los pueblos y fincas que crecieron al amparo de su corriente. Los héroes de esta parte serán los humildes labriegos que fueron desalojados de sus tierras para hacer posible la construcción del canal.

Gil Blas empieza la novela describiendo a Colón, su estado de deterioro, sus condiciones sanitarias, las calles de lodo, los mosquitos, los sapos, las culebras, las charcas sobre las que había que tender tablas para poder pasar de una acera a otra. En síntesis, la situación de abandono del Panamá colombiano era realmente desolador.

En la segunda parte, Tejeira nos da a conocer, sobre todo a la población de Gatún, ubicada a las orillas del río Chagres, con sus calles enlodadas, sin aceras, que en las festividades de Santa Rita los visitantes se veían obligados a andar sobre el lodo que se hacía pegajoso y grueso por las muchas pisadas. “Contrario a la isla de Manzanillo, unida al continente por un relleno para hacer posible el primer ferrocarril transcontinental del mundo, el pueblo de Gatún fue separado de tierra firme por un canal convertido en una ínsula del Chagres. (*Pueblos Perdidos*. Pág. 73)

Sobre el río Chagres Gil Blas nos dirá: “...Por sus aguas había pasado más oro que por cualquier otro río del mundo. Fue utilizado desde el arribo de los españoles al Istmo para cruzar de un océano a otro. Sobre su superficie se escurrieron, cargadas de tesoros de América para España y de productos ultramarinos para las

colonias, piraguas impulsadas por hombres de ébano traídos en esclavitud desde África, y de indios sometidos a servidumbre por el dominador blanco. Piratas ingleses, franceses y holandeses se introdujeron por su desembocadura para arrancar parte de su presa americana a los ibéricos. Y, como en todo punto donde los hombres acuden impulsados por la codicia, la sangre fue derramada pródigamente, sangre que el río recogió en sus linfas para llevarla como tributo al mar.” (Idem. Pág. 78)

Y era ese el río que había que domar para con sus aguas construir el lago artificial más grande del mundo. “...Goethals y su Estado Mayor dispusieron darle la batalla al Chagres. Había que rodearlo, obligarlo a replegarse, cazarlo, en fin, como si fuera un jaguar, arrinconado por los lebreles de las maquinarias azuzadas por los ingenieros cazadores de ríos.” (Idem. Pág. 205)

Los daños ecológicos que esto causó fueron irreversibles: “Ordenó el ingeniero que se trajese cascajo y arena de Nombre de Dios. Las playas nombrediosenses quedaron roñosas para siempre, pues se les arañó hasta privarlas totalmente de los arenales acumulados por el océano en el transcurso de milenios. Portobelo pagó un tributo más caro, porque además de las piedras y arenas naturales, fue arrancada de la vieja ciudad de las ferias gran parte del material de sus castillos históricos, ...” (Idem. Pág. 205-206)

Nunca podremos saber con precisión el costo pagado por nuestro país a la gran obra del Canal al sepultar también y hacer perder para siempre nuestra cultura autóctona de las raíces históricas de nuestro pueblo. .

Junto a los personajes históricos: Pedro Prestán, Bunau Varilla, Goethels, Gorgas y muchos otros, aparecen los imaginarios, íntimamente unidos a aquellos, y son tan vívidos que parecen reales. Son figuras humanas, gente sencilla, que vieron llegar las fuerzas arrolladoras de la civilización.

Junto con los trabajos del canal, llegó a Panamá el Coronel Goethels investido de una autoridad ilimitada. Su misión primordial fue la de hacer desalojar las tierras que serían inundadas por el río Chagres. (Pág. 177) Nos informa la novela que pese a un acuerdo con la Convención del Canal, de que antes de ser desalojados debía instalarse una comisión mixta compuesta por norteamericanos y panameños, y que era ella la que determinaría la compensación económica, “Goethals ignoró totalmente aquello. Procedía con criterio estrictamente militar y técnico y exigía a cada trabajador del Canal, cualquiera que fuese su tarea, que fuese tan déspota como

él." (Idem.. Pág. 177)

A Camilo Vera, personaje imaginario de la novela, y que trabajaba para ellos, le era muy difícil la misión que se le había encomendado. "¿Cómo iba él a decirles a los Pineda, a los Macre, a los Rodríguez, a los Triana, a los Atencio y a tantos que abandonaran sus sementeras, sus árboles frutales, sus cerdos, sus aves de corral y sus cabezas de ganado porque así lo ordenaba el sargento Juru, Juru, sin saber para dónde iban ni qué recibirían en compensación...? (Idem. Pág. 178)

Para sintetizar lo que significó la pérdida de territorios nacionales para los habitantes de los pueblos perdidos, ubicados a la orilla del Río Chagres, citaré algunos fragmentos de la última parte de la novela.

"Los pueblos de La Línea fueron sacrificados a favor de la gran vía; entre los primeros, Gatún. No fue inundado por las aguas sino enterrado bajo una fuerte capa de piedras, cascajo, arena y tierra.

La vía férrea entre Panamá y Colón fue rectificada en muchos puntos. Una nueva estación surgió con el nombre de Gatún. Ahorca-Lagarto desapareció del mapa, lo mismo que Bohío Soldado y Buena-Vista. Frijoles fue inundado y en su lugar se levantó una nueva comunidad al amparo de la vía férrea. Tabernilla, San Pedro, Mamey quedaron como nombres históricos.

Matachín y Obispo, Cascada y Emperador, Culebra, Paraíso y Río Grande, Pedro Miguel, Corozal, se desvanecieron para dar paso a la vía acuática que venía a unir los dos grandes océanos. Algunos nombres se salvaron al ser adoptados por las nuevas comunidades.

Las familias abandonaron sus querencias y los restos de sus antepasados fueron cubiertos, unos por montañas de tierra, piedra y arena, y otros por la lápida inconsútil de las aguas del Chagres y el Río Grande.

De las fincas orilleras huyeron los labriegos, los que no por la acción draconiana del sargento Juru-Juru, por el desahucio de las aguas replegadas por el atajo de la enorme represa... La inundación convirtió en islas las colinas que antes reflejaron sus cimas piramidales en las corrientes y remansos del Chagres." (Idem. Pág. 208)

Camilo Vera, ya al final de la novela, como uno de los espectadores que contemplan el paso del Ancón, "trató de penetrar con su mirada el laberinto de islas y árboles ya deshojados que se le antojaron cruces caprichosas sembradas sobre el enorme cementerio de pueblos y fincas sacrificados para formar el lago artificial." (Idem. Pág. 217)

Los pueblos perdidos de la novela de Gil Blas

Tejeira deben ser siempre recordados, en la crudeza de su vivir y morir, como los pueblos mártires cuyos nombres debieron ser exhumados al darle el nombre de éstos, como un homenaje, a las calles que nos fueron devueltas junto con las áreas revertidas de la Zona del Canal.

Este fue el costo demográfico, el costo sociológico y el costo psicológico de un pueblo que vio crecer en medio de su territorio una máquina gigantesca y aplastante cuyo funcionamiento, cuyo mecanismo, cuyo beneficio les fueron vedados y siguen siéndoles vedados, como una zona prohibida.

La gran obra transísmica se construyó no sólo porque hubo una potencia mundial con el desarrollo tecnológico para realizar la gigantesca hazaña, sino porque hubo un pueblo dispuesto a sacrificar su territorio para que la economía del mundo lograra un avance cualitativo, que es el que ha caracterizado la economía mundial del siglo XX, y que ha estado determinada por la impronta económica de los Estados Unidos de América. El pago que la nación panameña recibió por esta enorme sacrificio fue la negación de su identidad, la negación de su personalidad como nación, la negación de su historia y el deterioro de su autoestima hasta niveles alarmantes. Porque Panamá como país y como nación, como territorio a través de cuya cintura se transporta y viajan los ejes de la economía del mundo, desde el oro y la plata del Perú, el oro de California y la construcción de los Estados Unidos como la potencia económica mundial del siglo XX, existe como ruta económica antes de que existieran los holandeses, que colonizaron Manhattan y construyeran Wall Street. (Allí quedaba el muro que separaba a los colonos holandeses de las tribus indígenas de los alrededores.)

La novela de Gil Blas es la novela panameña que presenta de manera directa y desde dentro del territorio que se convertiría en el futuro Canal, a los pobladores y los grupos humanos que resultaron desterrados en beneficio de esta gran obra. El resto de la literatura panameña, de gran valor literario, testimonial y social, relata los hechos de lo que fueron las consecuencias que estas movilizaciones tuvieron sobre personajes o actantes externos al territorio de la nación. La problemática vista desde afuera de la territorialidad, sus consecuencias hacia los otros sectores de la población que no estuvieron directamente involucrados en el desmembramiento mismo del territorio, son visiones ricas y necesarias, pero lateralizadas hacia fuera del territorio en donde se construyó el Canal. Gil Blas nos demuestra que los panameños fueron nuestros héroes trágicos. No fueron la

La novela de Gil Blas es la novela panameña que presenta de manera directa y desde dentro del territorio que se convertiría en el futuro Canal, a los pobladores y los grupos humanos que resultaron desterrados en beneficio de esta gran obra.

máquina y la tecnología las creadoras absolutas de la historia. En la historia del mundo y del comercio estarán presentes el Istmo de Panamá y sus pobladores, particularmente aquellos de los pueblos perdidos, los que entregaron sus territorios, y sin cuya existencia ninguna maquinaria hubiese podido construir nada. Y es de esto de lo que nos habla Gil Blas en su novela *Pueblos Perdidos*. Mil gracias, Panamá.

FREDY VILLAREAL VERGARA

LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA PANAMEÑA EN LA ESCUELA SECUNDARIA:

EL CUENTO COMO PARADIGMA PEDAGÓGICO

La enseñanza de la lengua en los actuales paradigmas pedagógicos se caracteriza por una tendencia hacia el enfoque comunicativo. Todo en ella va por ese camino. Los diseños curriculares, las guías didácticas, los libros de textos y las orientaciones metodológicas que emanan de las propuestas oficiales contemplan estos requerimientos. Mas ya sabemos que una cosa es la teoría y otra la práctica. No siempre el diseño curricular se corresponde con la realidad de un aula de clases, sino que hay una serie de factores que, inmersos en el proceso educativo, muchas veces impiden que la praxis educativa marche por los linderos señalados por el currículum.

En un sistema educativo de tradición informativa, como el nuestro, la literatura, en general y la panameña, en especial, han estado sometidas a la dictadura del catálogo, al simple registro de autores y obras, que sólo desarrollan el ámbito memorístico entre las facultades de pensamiento del estudiante. Si a ello agregamos que, como dice la investigadora María Elena Romo Limón: “en tiempos pragmáticos representa un verdadero reto para el docente

del área humanística el transmitir el valor de sus materias sin que los alumnos cuestionen su aplicación, nos estamos enfrentando a una generación que no tiene amor por la cultura y el arte, una generación renuente a aceptar que las ciencias exactas y la tecnología son parte complementaria de la educación”¹

No tenemos ninguna pretensión de escindir el pensamiento humano, o polarizarlo en una tendencia tecnológico-científica, por un lado, y una tendencia humanística, por el otro, tratando de ponderar el peso que cada área debe tener en la formación del individuo. La formación de la persona integral, aspiración que debería ser tarea nacional, prescinde de esa estéril separación que no debe ir más allá del valor estructural que tiene en las propuestas educativas.

Aclarada la necesidad de una educación integral, en el más amplio sentido, concretemos particularmente el caso de la literatura. La enseñanza de la literatura, ya lo hemos dicho, se ha enfrentado, entre otros, con un grave problema que ha sido el registro de nombres y títulos de obras en una interminable y poco provechosa lista, con el afán de “conocer” a los escritores de un país, cultura o época, sin detenerse a mirar los valores esenciales del hecho literario: la motivación; la carga semántica, ideológica y ética; los valores estéticos; la connotación del texto; en definitiva el porqué de la existencia del mismo. La Literatura es una realidad profundamente humana y como tal, no puede sustraerse de esa circunstancia. Es desde allí, desde donde tiene que enseñarse la literatura universal, latinoamericana, panameña. Es decir, desde la concepción de un hecho susceptible de ser analizado, interpretado y valorado por la figura del lector, un lector consciente, aquel que, dispuesto a aportar significados a la obra literaria en una especie de complicidad con el autor, no escatime esfuerzos intelectuales para adueñarse de la verdad o de la mentira (según se mire) que puede estar implícita en el texto.

Esto significa la búsqueda de una metodología que vaya poco a poco imponiéndose y desechando los viejos modelos del catálogo y la repetición, tarea de archivo que no le compete al estudiante de secundaria.

La búsqueda de una didáctica de la literatura enfocada en la creación de un lector consciente tendrá algunas consecuencias notables; primeramente, el docente que facilita al alumno el encuentro con el texto (con todo lo que implica un auténtico encuentro entre un ser humano y la obra de arte), ha de tener una especial formación metodológica y lite-

No siempre el diseño curricular se corresponde con la realidad de un aula de clases, sino que hay una serie de factores que, inmersos en el proceso educativo, muchas veces impiden que la praxis educativa marche por los linderos señalados por el currículum.

ria, muy a pesar de que las más modernas tendencias pedagógicas le restan protagonismo. Sólo el que enseña convencido del oficio y dotado con las herramientas que le son necesarias y apropiadas, puede esperar alcanzar las metas que se ha propuesto. Esta formación especial a la que hago referencia muy probablemente tiene que partir de una reconversión de conceptos de ambas disciplinas, así como del replanteamiento de objetivos y tareas; de procesos y finalidades; que significa también la formación permanente, el desarrollo de un espíritu de indagación, de explicarse la vida y el universo desde la escritura.

Semejante tarea no puede dejarse a la improvisación, ella requiere la sistematización y la coherencia de una propuesta metodológica seria que parta de las necesidades intelectuales, artísticas y culturales del individuo que se está formando, pero también desde una concepción clara y consecuente de "Literatura". Cabría entonces preguntarse qué es y para qué sirve la literatura como punto de partida. De la respuesta a la primera pregunta emanarán los lineamientos metodológicos; de la respuesta a la segunda, la ubicación de esta tarea en el ámbito de los intereses de los aprendices.

¿Qué es la literatura? y ¿para qué sirve? Debemos tener muy claro que una definición de literatura puede verse atacada por suspicacias semánticas y no sobrevivir a ciertas discusiones. Por lo tanto, proponemos una definición básica, no exenta de esas diatribas: Literatura es el arte de expresar la belleza por medio de la palabra. Esta definición y cualquiera otra, tendría que generar unas ciertas preguntas que, como dijimos, marquen los lineamientos; porque desde esta concepción podemos establecer cuáles son las metas que nos proponemos y cuáles son las tareas que realizaremos para alcanzarlas.

Arte, expresión, belleza y palabra. He allí los cuatro elementos de esta definición.

Si realmente queremos desarrollar una didáctica de la literatura con enfoque comunicativo, que lleve al estudiante a convertirse en un lector consciente, no podemos dejar de lado la visión de la estética de la recepción, esto es, la necesidad de tomar en consideración las características de quien recibe el mensaje. Así, literatura, didáctica, estética de la recepción, han de conjugarse para encontrar un método de enseñanza que vaya más allá de la simple enumeración a la que hemos hecho alusión antes.

¿Para qué sirve la literatura? En principio, y ya lo expusieron los modernistas, no debe

servir para nada, ella no ha de ser un vehículo, sino un fin en sí misma. Pero no podemos negar que de por sí, la literatura, más allá del goce estético, nos proporciona en la escuela secundaria un preciado medio para el desarrollo de las habilidades de expresión y comunicación de los individuos. Es asimismo un instrumento para el desarrollo de su propia madurez intelectual y hasta emocional. Es lo que en cierto modo Bierwisch llamó, hace ya bastantes años, "competencia literaria"² es decir la adquisición de hábitos de lectura y la capacidad de disfrutar y comprender los diversos textos literarios.

En el transcurso de estas reflexiones nos hemos referido también a la importancia del profesor de literatura, como pieza realmente fundamental en el proceso de la enseñanza. Pero, ¿quién es idóneo para dictar esta asignatura? Un profesor de literatura ha de ser un individuo con muchas horas de lectura, pasadas y presentes, con una mentalidad abierta a las mil y más posibilidades de la escritura. Su competencia académica en áreas como la sintaxis, morfología y ortografía no lo hacen competente para enseñar literatura. Aquí la competencia lingüística no es suficiente. No es que el objetivo al dictar esta asignatura sea el de formar literatos, pero sí el de formar hombres capaces de dejar fluir su imaginación y sentir las maravillas ante la palabra hecha obra de arte.

Al partir de una definición de literatura que dé coherencia y sustancia a las propuestas didácticas, la elección adecuada de los textos literarios y la idoneidad del docente, podemos construir una metodología que satisfaga los requerimientos del nuevo enfoque.

Entonces, ¿qué podemos hacer en el terreno de la práctica docente? No podemos ofrecer recetas infalibles, pero sí compartir experiencias vividas en las aulas del Colegio Agustiniiano de Chitré, experiencias que a nuestro entender, han creado lectores conscientes. Como eje de toda nuestra propuesta está el cuento como género. Su naturaleza, sus dificultades, sus virtudes, sus límites y su personalidad propia como género literario, constituyen factores ineludibles a la hora de construir toda una didáctica, mejor, todo un modelo de enseñanza. Desde la lectura y también desde la escritura, se materializa la enseñanza de la literatura.

Fundamentalmente nuestro modelo se basa en una serie de actividades organizadas en tres partes bastante diferenciadas. Una primera parte a la que denominaremos cuestiones previas. En esta etapa serán fundamentales estas actividades:

Al partir de una definición de literatura que dé coherencia y sustancia a las propuestas didácticas, la elección adecuada de los textos literarios y la idoneidad del docente, podemos construir una metodología que satisfaga los requerimientos del nuevo enfoque.

Lectura, análisis, síntesis, evaluación... secuencialmente estos procesos de pensamiento se van desarrollando uno a uno hasta hacer que el estudiante se involucre cabalmente con la historia. También se podría pedir un informe sobre toda la actividad. Será tarea del profesor discernir sobre la necesidad o no de esta última tarea, y de quién puede llevarla a cabo, unos monitores elegidos por él o voluntariamente, toda la clase...

1. La puesta en común. Es necesario que el docente y el alumno compartan una concepción del cuento como género. Su naturaleza, elementos, rasgos. Allí empieza el trabajo.

2. La selección de cuentos. La elección de los cuentos será fundamental. La dificultad debe ir creciendo progresivamente, que lleve así al estudiante a verlo como un reto.

3. Concebir el salón como un taller. Formar lectores concientes será tarea de un taller, por lo tanto se debe considerar el aula de clases el primer centro de actuación, con lo que se evitarán confusiones y malos entendidos que puede y debe aclarar el profesor.

4. Comunicación de las expectativas. El profesor debe estar muy claro en qué es lo que espera que sus alumnos hagan. Con esa misma claridad el profesor ha de comunicarles a los alumnos lo que él espera que ellos hagan.

Superada esta etapa comenzaría la segunda, a la que denominaríamos de ejecución de las tareas de lectura, análisis y comentario.

Una vez aclaradas las respectivas tareas, se procede a trabajar el cuento desde cualquiera de las perspectivas posibles: estructuralmente, o desde la visión del contenido y la connotación. Ya sea desde la naturaleza y actuación de los personajes, estructuras narrativas, recursos de flujo, manipulación del tiempo, estilo, argumento, hechos necesarios, lenguaje, trasfondo político, sociológico, ideológico, religioso, filosófico... de los valores o desde la trascendencia, entre muchos aspectos.

Proponemos ejemplos concretos de cuentos con los cuales se puede trabajar desde este enfoque: **CARACOL**. Realizada la lectura, los estudiantes van a indagar el porqué de los hechos, por qué ese flujo de acontecimientos y no otro. Cómo está organizado el texto, qué consecuencias tiene esto, cuál es el final, ¿lo proporciona Jaramillo Levi o debe agregarlo, suponerlo o transformarlo el lector? ¿Ante qué tipo de narrador estamos presentes, por qué?

Una vez abordados esos aspectos, se continúa con tareas de intensificación: ¿qué nuevo título darían y por qué? ¿Qué elementos estructurales o emocionales cambiarían? ¿Cómo siguiendo el tipo de oración del autor, podrían introducir cambios sustanciosos a la historia?

Pasamos entonces a la siguiente etapa, la de cierre. En esta será fundamental la evaluación que de la experiencia de lectura haga el propio alumno. Hay que orientarlo hacia allá. Él debe preguntarse qué valores de distinta índole resaltaría por encima de los demás? ¿Cuál es la percepción global que tiene del conjunto?

Otro tanto podríamos hacer con el célebre cuento *LA BOINA ROJA*, de Rogelio Sinán. En éste, como variación tenemos dos equipos. El equipo A, que trabajará el ámbito estructural; el equipo B, que trabajará el ámbito del contenido.

Al equipo A se le puede pedir tareas como: identificación del narrador, una explicación de la presencia de dos clases de tipografía, de la superposición de planos temporales y espaciales.

Al equipo B se le puede pedir un comentario sobre el comportamiento de Linda Olsen en la isla, una explicación de la actitud del Dr. Ecker, la presencia de las "necesidades" tales como la soledad o la tempestad, un análisis de la supuesta influencia del ambiente tropical en el comportamiento de la protagonista, la importancia del erotismo en el texto, una discusión de la presencia/ausencia de la boina roja como símbolo y objeto...

Una vez completada la tarea, cada grupo expone sus resultados. Se debate, se cuestionan recíprocamente. Toda una puesta en común, tras la cual se forman nuevos grupos, en los que obligatoriamente se junten estudiantes A con estudiantes B. Así, los grupos AB₁, AB₂, AB₃, AB₄... están en condiciones de reflexionar sobre los hechos esenciales del cuento:

¿Qué cosa es la criatura de Linda?

¿Cuáles son las posibilidades de paternidad de esa criatura?

¿Qué pasó finalmente con Linda?

Lectura, análisis, síntesis, evaluación... secuencialmente estos procesos de pensamiento se van desarrollando uno a uno hasta hacer que el estudiante se involucre cabalmente con la historia. También se podría pedir un informe sobre toda la actividad. Será tarea del profesor discernir sobre la necesidad o no de esta última tarea, y de quién puede llevarla a cabo, unos monitores elegidos por él o voluntariamente, toda la clase...

En ambos ejemplos se parte de una puesta en común sobre la naturaleza del cuento y sobre las tareas que se esperan de los alumnos, pero desde allí, aún transitando por los mismos caminos, hay que potenciar la divergencia.

La enseñanza del cuento y de toda la literatura no sólo se queda en la disección de los textos en sus elementos más importantes, sino que también puede realizarse desde la propia escritura.

Toda tentativa por escribir "literariamente" supone una indagatoria de los cimientos de nuestra cosmovisión. Muy probablemente no todos los seres humanos tengamos las habilidades ni el oficio para escribir artísticamente,

pero lo cierto es que una vez expuestos a una saludable y agradable experiencia de lectura, los aprendices se sienten especialmente motivados hacia la literatura.

La escritura de cuentos o de relatos, predispone al estudiante hacia el acercamiento al hecho literario, hacia su materialización: la obra. Una sencilla experiencia didáctica como:

“A partir de esta idea generadora elabora un relato de media página, recordando evidenciar la presencia de las tres grandes partes en que se puede dividir un cuento, así como los límites de cada una”.

La idea generadora sería el comienzo del cuento **UN PEDAZO DE UNIVERSO**, de Dimas Lidio Pitty: “Tras una ausencia de meses, Ruperto regresó diciendo que había encontrado un universo. Lo dijo a prima noche en la cantina del Zoco, y los que estaban en la barra rieron, se guiñaron los ojos, giraron el índice junto a la sien y lo invitaron a beber. Media hora más tarde, en todo el pueblo se decía que Ruperto estaba loco”³

Las historias que crearán los estudiantes resultarán extraordinarias y sorprendentes muchas veces, y ocasionalmente –caso muy extraño– se asemejarán a la historia original del autor del texto de referencia. Tras la sesión de escritura será el momento para que algunos aprendices voluntariamente den a conocer al resto de los participantes en el taller sus creaciones y se inicia así un invaluable intercambio de experiencia y opiniones. En este punto, el docente ha de hacer su mejor esfuerzo para que el grupo alcance un estado de relajación óptimo. Los requerimientos académicos y organizativos del aula de clases no deben anular la flexibilidad del taller.

Al finalizar las lecturas de las propias historias, se procederá a la lectura de la historia original, todos leerán el cuento de Dimas Lidio Pitty. Así, los alumnos compararán sus textos de clase con el original.

De este modo, la enseñanza de la literatura desde la escritura puede hacerse a través de las ideas generadoras como el caso expuesto; sobre la base de diversos elementos extraídos de un cuento determinado, para que sea reescrito, o desde cuentos preparados para cambiarles el final, ya sea que los estudiantes cambien totalmente el desenlace, o que frente a una alternativa propuesta por el profesor, el alumno elija entre las dos posibilidades. Sugerimos en este modelo trabajar con los cuentos **HÉROES A MEDIO TIEMPO**, de Justo Arroyo y **EL BÚHO QUE DEJÓ DE LATIR**, de Enrique Jaramillo Levi, **DESTINO MANIFIESTO**, de Ernesto Endara y **EL PARTO**, de Isis Tejeira. Algunos de estos cuentos tienen el

valor agregado de que enfrentan al estudiante con la incertidumbre de la alteridad, lo fantástico, la otredad.

Muy buenos resultados a lo largo de estos años de “taller” en el aula nos ha proporcionado también la “escritura compartida”. En este modelo, el estudiante empieza su historia, pero cuando el profesor calcula que ha llegado a cierta punto, le pide que abandone su puesto, que se intercambie de sitio con sus compañeros, dejando en el puesto original su historia comenzada. Así, todos los estudiantes se ven obligados a abandonar la historia que habían comenzado y a continuar la de alguno de sus compañeros. Este intercambio de puestos se hace dos o tres veces, y al final, cada alumno vuelve a su historia, es decir, regresa al punto de partida. Ciertamente la historia que encontrará en su papel se parecerá poco a lo que él tenía programado. Ahora, al leer todo lo que han escrito en su hoja original deberá dar fin al cuento y luego se dará lectura en voz alta a la historia compartida o colectiva.

Otro modelo del que hemos obtenido muy buenos resultados es el de elementos al azar. Se eligen cinco elementos de un cuento determinado para que el estudiante elabore una nueva historia a partir de ellos (lo más probable es que el estudiante no haya leído el cuento original). Una vez realizada la tarea también sería conveniente que compararan sus historias con los cuentos originales, así las tareas escritura-lectura se convierten en inseparables. Para este modelo, sugerimos trabajar con los cuentos **NO DARSE VUELTA**, de Moravia Ochoa, **EL ADMINISTRADOR**, de Carlos Wynter Melo; dos relatos especialmente atractivos para este tipo de tareas.

Estos modelos propuestos aquí se basan en diferentes teorías pedagógicas y en el principio de creatividad. Estos acercamientos a la literatura panameña no deben ser exclusivos del cuento, ensayando con otros géneros se podrían crear otras expectativas, sin embargo la propia naturaleza del cuento como género literario nos brinda las condiciones óptimas para acercar cada día más a los jóvenes aprendices a la literatura nacional; esto es, que el cuento se revela especialmente dotado para formar lectores conscientes.

¹ ROMO LIMÓN, María Elena: **La enseñanza de la Literatura.**

² Citado por Gustavo Bombin en **Los arrabales de la literatura.**

³ PITY, Dimas Lidio: **Los caballos estornudan en la lluvia.**

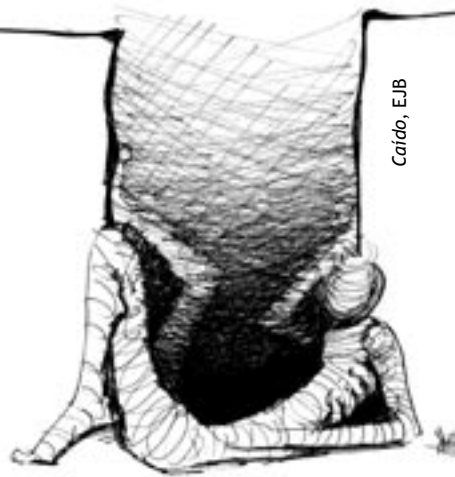
De este modo, la enseñanza de la literatura desde la escritura puede hacerse a través de las ideas generadoras, sobre la base de diversos elementos extraídos de un cuento determinado, para que sea reescrito, o desde cuentos preparados para cambiarles el final, ya sea que los estudiantes cambien totalmente el desenlace, o que frente a una alternativa propuesta por el profesor, el alumno elija entre las dos posibilidades.



MISCELÁNEA

A. Morales Cruz

gana el “José María Sánchez, 2006”



La Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá informa a la comunidad que el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” 2006 lo obtuvo en esta ocasión el escritor A. MORALES CRUZ (así firma sus obras), por la colección de cuentos titulada **LEJANOS PARIENTES INDECENTES**, que compitió con el seudónimo “Cilia”.

Hubo tres Menciones Honoríficas: La primera, para la escritora Beatriz Valdés, por su obra *El brazalete de oro*, que participó con el seudónimo “Tuki – tuki”; la segunda, para el escritor Juan Antonio Gómez, por su obra *Cuentos anodinos*, que compitió con el seudónimo “Jubileo”; y la tercera, para la escritora Victoria Jiménez Vélez, por su obra *Realidades y otros cuentos*, con el seudónimo Ez Oria.

El jurado estuvo integrado por los escritores Yolanda J. Hackshaw, José Luis Rodríguez Pittí y Nimia Herrera Guillén. El Premio “José María Sánchez” fue creado por el escritor Enrique Jaramillo Levi en la Universidad Tecnológica de Panamá en 1996, por lo que lleva once años de existencia. El Acto de Premiación se realizó el 12 de diciembre, a las 7:30 p.m., en la UTP.

A. Morales Cruz (Panamá, 1952) ha publicado los siguientes poemarios. ***Esta primera vez bastó la sal*** (1978); ***El círculo, la grieta*** (1996). Poemas suyos aparecen en ***Antología de poetas jóvenes de Panamá*** (1982). Próximamente publicará *Cómicas de Berlín*. La U.T.P. le publicará ***Lejanos parientes indecentes***, la obra ganadora (su primer libro de cuentos), en 2007.

Beatriz Valdés, periodista, abogada, ha publicado dos libros de cuentos: ***Nada personal*** (1986) y ***La estrategia del escorpión*** (1997) y un libro de ensayos: ***Yukio Mishima: seda y acero*** (1986), todos ganadores del Premio Nacional “Ricardo Miró”. Juan Antonio Gómez tiene tres libros de cuentos publicados: ***El puente*** (1983), ***El escritor de ficciones*** (1993) y ***Del tiempo y la memoria*** (2001), así como: ***Vida y obra del poeta Demetrio Herrera Sevillano*** (2003). Es ganador del “Premio ADEP de Novela Corta “Ramón H. Jurado” 2006. Victoria Jiménez Vélez ha publicado dos novelas: ***Los mosqueteros del sol*** (2001) y ***El silencio de las mariposas*** (2004), así como dos poemarios: ***Tres tiempos y varios poemas de amor*** (2001) y ***Voces, destellos y humus y Sobre la libertad y otras ideas*** (2002) y un libro de cuentos: ***Realidades y otras fantasías*** (2007)



MISCELÁNEA

Poemas de Rodolfo Häsler



Rodolfo Häsler nació en Santiago de Cuba en 1958, desde 1968 reside en Barcelona. Ha editado los siguientes libros: **Poemas de arena**, **Tratado de licanotropía**, **Elleife** (premio Aula de Poesía de Barcelona), **De la belleza del puro pensamiento** (premio de la Oscar B. Cintas Foundation de Nueva York), **Paisaje, tiempo azul**. Tiene en prensa **Cabeza de ébano**.

BERNA

/A mi padre/

Desde arriba contemplo a la bestia dentada
y recuerdo que en la infancia jugaba con una réplica
en peluche, mucho menos imponente,
presente en la formación de todo niño alpino.

El foso es la salida del laberinto medieval,
un camino sinuoso de piedra arenisca ocre
en la que han sido labradas las agujas más sorprendentes
y las ventanas de las viviendas.

En una de ellas, mi padre, que ahora es mi hijo,
tocaba la viola con método insistente
mientras yo aprendía el dialecto gótico de mis antepasados.

Los almacenes subterráneos de patatas y manzanas,
los barriles de mosto campesino, las sedes de los gremios
y sus emblemas, la cigüeña azul, el devorador de niños,
la carpa dorada o el ojo de la aguja
acaban en la rueda de la muerte que acucia a los berneses
junto al símbolo del oso, el animal.

Desde la altura de la nieve desciendo a la casa de las bestias,
y apoyado en el borde, me asomo a ver sus fauces.

STETTIN

La inmensa planicie brumosa, helada en su superficie,
tierra y cielo solidificados por meses y meses, no entra el azadón,
los enormes almacigos dispersos al borde de los canales
indican la cercanía de las granjas, extensa granja de ladrillo
y madera entrecruzada alrededor de una enorme explanada
que lleva por nombre Sophienhof, antecedente de mi sangre.

Bandadas de gansos blancos buscando gusanos
escarban en la paja mezclada con estiércol,
los caballos de tiro patean en las paredes de los establos
reclamando la llegada de los amos que los encinchan
para llevar la madera al mercado central de Stettin;
las vacas, de ojos líquidos y negros, tan exquisitas,
pretenden lijar las manos con sus moradas lenguas
mientras padre y madre, sentados en taburetes de una pata,
las ordeñan. Algunos empleados acarrear los recipientes
que los perros, conocedores de la ruta, acercan en un carrito a la
lechería. Del bosque llegan ruidos inquietantes,
el estrépito de la cornamenta de los ciervos contra los troncos,
el graznido de los cuervos, mozos talando. Los niños se adentran
en él con cestos para llenarlos de setas de color cadmio
que acompañarán la carne, pequeñas y pardas maravillas
de la hojarasca para engordar la sopa, setas que perpetúan
el recuerdo indeleble de la infancia.



Eva pasó por aquí, EJB

BARCELONA

Desde hace tiempo dejó de proveerse
de perfumes en la avenida de Pedro I de Serbia
para, de un modo delicado,
conjurar el olvido.

Se acabaron las raras esencias,
creaciones únicas pensadas para desconcertar,
marcarse el vientre con una vaporosa gota
de agua de olor y que el olfato
a tu cabeza se fijase.

Ya no existe tanta delicadeza y es de otro modo
como ahora ante los demás se ofrece.

Son las manos las que detentan el poder,
son ellas las que lo convierten en Pakistán
bajo el peso de la transformación,
una y otra vez, al responder a su reclamo.

Hoy, día lluvioso y casi negro, se compadecerá de ti.

El paladar arde apostando fuerte esta tarde,
y cosa extraña, no deja de fumar cigarrillos negros.
No se adentra demasiado por la izquierda de las Ramblas
cuando da con la puerta del local.

La calle es estrecha y el personal, malcarado
y de mirada torva, sabe que se llama Pakistán
y en silencio le cede el paso.

El espectáculo "Somos todos unos indocumentados"
acaba de dar comienzo y mientras zapatea,
los hombros casi imperceptibles,
cimbreado la cintura tensa y separando
los brazos del tronco hacia lo alto,
gira las muñecas así y asá, y el olor que despide,
tan acre ahora, mezcla de sexo, escalofrío
y la humedad del deseo, le otorga la categoría
de macho empapado en su sudor.

Tu corazón es una de sus paradas,
cuando las hojas de la antigua camelia
se han caído todas ya. Detente y festejemos,
no sabes cómo te felicitan.

VIENA

(en el Café Museum)

/A mi hermana Ana/

I

¿Se puede penetrar en el espacio de la memoria?

La estancia tiene forma de pentagrama, los muros oscuros
y anchos y unos cuantos libros en las esquinas.
Pudieran servirnos un café turco, en toda su gloria,
para contrarrestar la fría lluvia de primavera.

Si logramos traspasar la doble puerta
nos haremos fuertes frente a lo extraño. Por no escuchar
el reclamo de la caverna escondo un jacinto azul entre la ropa.

II

Hallamos en sus muros desconchados
un juego zodiacal que nos protege del hado,
al abrigo de la luz, al amparo de las miradas.
Los animales del cielo nos señalan desde sus asientos
y no podemos escapar a sus bramidos,
la fuerza del espíritu clama por el advenimiento
de lo oculto, el grito de Sardanápalo ya asesinado.
Los signos se repiten en la dureza de la piedra.

III

La disciplina gobierna nuestras vidas,
no podemos dejar de andar por las constelaciones
para atajar la suerte en el sueño de los antepasados.
Hasta el punto marcado, hasta el espacio acotado,
todo es reflejo de las aguas superiores, del movimiento
de la batuta sobre la línea negra.
El castillo de Bartók es sólo el punto de partida,
luz y dolor para reconocernos en un jardín cifrado.

ALINE PETTERSSON

LA EVOLUCIÓN DE LA MIRADA

Me parece que los cambios, modos y modas en la literatura no pueden desprenderse del tiempo en que ésta es escrita. Se ha dicho reiteradamente –y yo así lo pienso– que quien escribe lo hace para enriquecer su mundo, para modificarlo, para proponer o cancelar las fronteras que nos bordean. Y, en el caso de las mujeres, esto es evidente. En tiempos pasados ellas escribían para dar cuenta de sus penas y alegrías en un cuaderno que muchas veces en eso quedó, aunque lo escrito pudiera haber tenido la calidad suficiente para ser publicado. Sin embargo es probable que la gran mayoría no la tuviera, y no por el don mismo, sino por la ignorancia a que las mujeres estaban sujetas. Se utiliza con frecuencia el bordar o tejer como metáfora de la escritura, pero en tiempos pasados bordar y tejer era el oficio mujeril sin metáfora alguna, las luces del conocimiento les eran ampliamente escatimadas.

Hay excepciones, desde luego: la sombra de Sor Juana ha acogido –generosa– los textos femeninos desde hace ya más de tres siglos. Ella se ocupó en algunos de las circunstancias injustas para con las de su sexo. Los mismos tres siglos de distancia la vuelven un referente magnífico, pero mucho ha sucedido desde aquel entonces.

A medida que las costumbres se modifican, también se modifican los temas y las formas de escritura en hombres y mujeres. En esta charla pretendo asomarme a algunas autoras relevantes para las letras mexicanas actuales. Desde luego que hay trabajos y plumas muy valiosas que permanecerán aquí a la sombra, considero que un número demasiado amplio de nombres se pierde en la memoria del escucha.

Mi intención es un acercamiento a mujeres de distintas décadas y preocupaciones literarias que han explorado con acierto en los vericuetos de la escritura. Y si sus textos pretenden seducir a un posible lector, eso mismo pretendo yo con ustedes ahora. Quiero provocar su hambre lectora y voy a partir de quienes publicaron a partir de los años cincuenta del pasado siglo hasta los albores de este convulso siglo XXI.

Daré principio con Josefina Vicens (1908) y Rosario Castellanos (1925). ¿Qué las une? Una

actitud de lucha en contra de la injusticia y una excelente pluma. La primera debió trabajar desde los 14 años por lo que publica el **Libro vacío** hasta 1958. La novela se aleja de las búsquedas escriturales de su tiempo que abandonaban el costumbrismo para descubrir la vida de la ciudad. Este libro va a explorar el acto mismo de escribir y recibe el premio “Xavier Villaurrutia” –el más importante de entonces– en su tercera emisión, después de Juan Rulfo y Octavio Paz. **La región más transparente** de Carlos Fuentes se publica ese mismo año. Fuentes inaugura la mirada panorámica sobre la ciudad, y los relatos de Vicens en ésta se desarrollan. Pero mientras el libro de él ofrece una visión abarcadora de la urbe, el de ella se sitúa en un barrio de clase media baja.

Por conducto de un personaje anodino pero obsesionado con la necesidad de escribir, Vicens desarrolla la trama. Será hasta 1982 cuando publique **Los años falsos** que toca la corrupción de la clase gobernante. Sólo dos libros en su haber, pero dos ejemplos de una pluma muy sólida, desnuda de adornos. Y un aspecto interesante es que en ambos casos el personaje principal es un hombre, tal vez porque ella detestaba la actitud sumisa femenina. Vicens se dedicaría a luchar, no sólo por la condición desigual de las mujeres, sino, en tiempos posteriores, por las del gremio cinematográfico.

Rosario Castellanos, por el contrario, fue una escritora mucho más prolífica. También es cierto que ella tuvo la oportunidad de incorporarse a los estudios universitarios y ejercer como maestra. Y mientras Vicens adquiere su vasta cultura de manera autodidacta, Castellanos la adquiere de manera mucho más formal. A la larga, ambas se codearían con las mismas personas, es decir, con las que despuntaban en arte, literatura y política. Rosario Castellanos empieza a publicar poesía entre 1948 y 1957. Pero, en ese último año, verá la luz **Balún Canán**, que junto con **Oficio de tinieblas** (1962) son sus novelas más importantes. Ella dedicará sus esfuerzos a denunciar las injusticias contra de las mujeres y también contra de los indios. Los indios, grupo siempre marginado en mi país, y que saltará a la vista pública con la incursión de Marcos y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994 en Chiapas, estado de procedencia de la familia Castellanos de ricos finqueros, que es donde se desarrollan ambas novelas. En estos libros la autora despliega las diferencias injustas del trato para con las mujeres en un mismo grupo socioeconómico y, más abajo de la escala, para con los indios semiesclavos, donde la peor parte también será con las mujeres.

Rosario Castellanos incursionará en el cuen-

Se ha dicho reiteradamente –y yo así lo pienso– que quien escribe lo hace para enriquecer su mundo, para modificarlo, para proponer o cancelar las fronteras que nos bordean. Y, en el caso de las mujeres, esto es evidente. En tiempos pasados ellas escribían para dar cuenta de sus penas y alegrías en un cuaderno que muchas veces en eso quedó, aunque lo escrito pudiera haber tenido la calidad suficiente para ser publicado.

to con **Los convidados de agosto** (1974) y **Álbum de familia** (1971). Escribirá varios libros de ensayos, destaca **Mujer que sabe latín** (1973) que gira en torno al dicho popular: "Mujer que sabe latín ni tiene marido ni tiene buen fin" que solía resumir el destino femenino. Su propia situación, de cierta forma privilegiada, contrasta con las circunstancias duras de Josefina Vicens. Castellanos va a escribir, además, artículos periodísticos en el diario más importante de aquel entonces: *Excelsior*. Y lo hará hasta su muerte trágica en 1974, en Tel Aviv, Israel, donde era embajadora. La presencia de Josefina Vicens en los diarios se dará con sus crónicas taurinas que firmaba como "Pepe Faroles". Y si en alguna

época Castellanos se interesa por el teatro, Vicens, por su parte, escribe alrededor de 100 guiones cinematográficos como medio de sustento. Cabe señalar que se han filmado tres películas basadas en la obra de Castellanos.

Paso a Elena Garro, cuya fecha de nacimiento no es clara, y yo tiendo a inclinarme por 1916 sobre 1920. Ninguna mujer va a echarse más años de los que le corresponden. Y no lo va hacer porque las mujeres somos contempladas a partir de la figura completa que culturalmente suele empujarnos al cuidado personal, por lo menos mientras se es joven. No

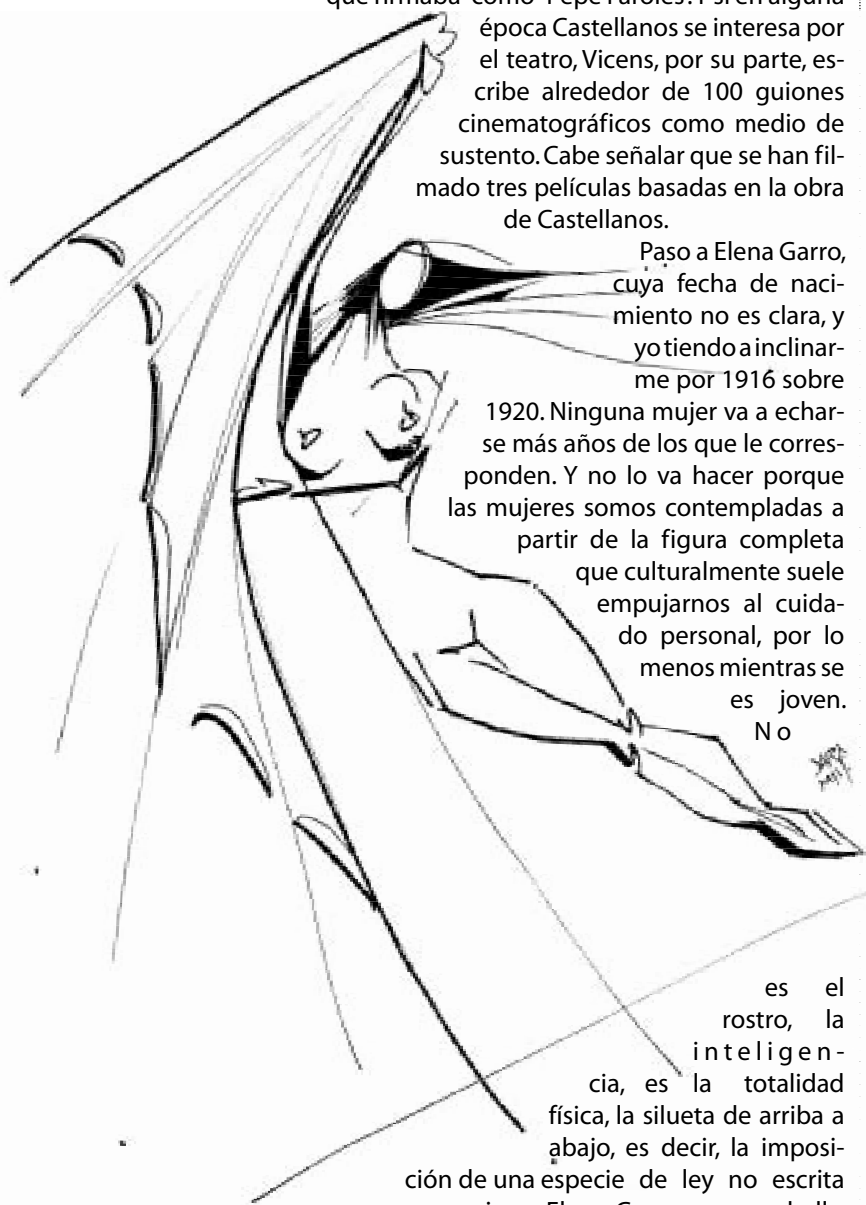
es el rostro, la inteligencia, es la totalidad física, la silueta de arriba a abajo, es decir, la imposición de una especie de ley no escrita que nos sanciona. Elena Garro era muy bella, mucho más que las dos escritoras antes mencionadas. Ella también cursó una carrera universitaria. Asimismo habría que señalar que las tres estuvieron involucradas en asuntos de lo político. Sin embargo, la postura de Garro, al

respecto, no es clara en absoluto.

Muy joven, recién casada con Octavio Paz, viajará con él a España durante su cruenta guerra civil. Sin embargo Garro, en sus memorias, no se asume como ente político sino como la esposa incómoda del joven poeta. Su otra aparición será durante el conflicto del 68. Y no se sabe bien acerca de su conducta. Las versiones son perfectamente opuestas: se le considera delatora de los intelectuales involucrados en el movimiento y también perseguida política por esa causa. En realidad ella jamás fue transparente al respecto. La sombra de Octavio Paz y la paranoia y mitomanía de la escritora oscurecerán las cosas; no resulta fácil saber la verdad. La gente cercana ha ofrecido opiniones antagónicas. Pero lo que aquí compete es la trayectoria literaria de Elena Garro.

En mi opinión, su novela **Los recuerdos del porvenir** y su libro de cuentos **La semana de colores** son dos obras señeras de la literatura mexicana del siglo XX. Su manejo de los tiempos diversos, yuxtapuestos entre sí, y una suerte de realismo mágico, los hacen especialmente destacados. Garro tiene una pluma filosa y fresca que le permite hacer creíble, por ejemplo, la incursión de un indio de la época de la Conquista en el tiempo contemporáneo apuntalando sus razones para estar en el cuento. En **Los recuerdos del porvenir** juega con hacer de lado la parte realista alrededor de la etapa última de la Revolución Mexicana: la guerra cristera. Pero además se detiene en el comportamiento sexual de los personajes femeninos. No pretendo decir que Elena Garro inaugure algo tan viejo como la humanidad misma, pero lo destaco al haber señalado antes los cambios de los tópicos literarios que surgen con el cambio de las costumbres. Aquí será una escritora quien explore en el erotismo y la sexualidad, tanto en su aspecto convencional como en otra postura más libre. Las formas se modifican y no puedo menos que comentar aquí mi propia experiencia al respecto.

Publiqué en los años ochenta el poemario de corte erótico, **Cautiva estoy de mí**, una historia amorosa permeada por descripciones -de ninguna manera pornográficas- sobre el cuerpo masculino. En aquel entonces, varias mujeres lectoras me buscaron para decirme cómo se habían apropiado de mis palabras alrededor del tema. Simultáneamente, tuve acceso a lectores hombres que se sintieron agredidos. El libro era un canto al amor. Pero la mirada sobre el cuerpo viril llevó a los hombres a sentirse incómodos al ser contemplados como han sido contempladas las mujeres durante milenios. No lo soportaron. Y a mí este asunto me regaló



Baile 2, EJB

respuestas lejanísimas las unas de las otras y un momento de reflexión sobre los puntos de vista de ambos lados.

Pero de vuelta a Elena Garro, ella incursionó asimismo en el teatro con, entre otras obras, **La señora en su balcón** y **Un hogar sólido**. Pienso que su desempeño fue excelente pero desigual. Así, varios de sus libros publicados -que no escritos- tardíamente, no me parecen de la calidad de los textos que antes mencioné.

Y en esta evolución de la mirada, el tratamiento de la sexualidad dejó atrás sus velos para inscribirse a veces con una crudeza que a mí no me es atractiva. Y no por razones morales, sino estéticas. Considero -y es una obviedad decirlo- que la literatura se enriquece con el empleo justo y deslumbrante de la palabra. Y que, contraria al cine, es decir, al lenguaje visual, puede sugerir con mayor sutileza. Es en la seducción del verbo donde se forja su fuerza. Pero había la necesidad de romper tabúes, y, así, se incorpora un decir rudo y unas descripciones muchas veces carentes de imaginación, pero apoyadas en el deseo de decirlo "todo". Al mismo tiempo ingresan otros registros que desnudan deseos y fantasías que no eran antes muy frequentados. Y aquí, de nuevo, en hombres y mujeres. Asuntos como las "bondades" de la familia se problematizan, como se problematiza otro tipo de temas (la homosexualidad) y modos de escritura. Y mientras por una parte se da también un auge en novelas de corte histórico, por la otra, se busca explorar en el estilo. No sólo es importante poder narrar sino que es importante indagar en el cómo.

Quisiera referirme a tres autoras de una generación mucho más reciente dejando de lado a otras algo mayores y de plumas de altos vuelos que, de alguna manera, son el antecedente de quienes deseo comentar. En la evolución alrededor de temas que bordean la sexualidad, pero que no se detienen ahí, antes de llegar a las de mi propuesta, no puedo menos que mencionar la cuentística deslumbrante de Inés Arredondo (1928). Ella explora en los intersticios perversos del erotismo y lo sagrado, con un excelente tono lírico. Margo Glantz (1930) quien, no distante en fechas, pero sí posterior en publicar obras de ficción, se asoma también a ello, y otro tanto hace Angelina Muñiz-Huberman (1936). Hay una apertura en el tratamiento del cuerpo y sus rejugos sexuales en escritoras que publican de los años sesenta en adelante. La fecha no es sólo una más sino la década que revoluciona la cultura occidental, tanto en la asunción del cuerpo sexuado como en el tratamiento literario que se ofrece de éste. La mirada femenina se arriesga más allá de los previos

tintes mojigatos y poco aventurados.

Llego a las tres escritoras a las que deseo referirme: Mónica Lavín (1955), Ana Clavel (1961) y Verónica Murguía (1960). En el caso de Lavín, ella estudia la carrera de biología, donde primero se desarrolló escribiendo textos de divulgación científica en torno al medio ambiente. Ha sido conductora de radio y lo es actualmente de un programa que se aboca en hacer entrevistas a escritores. Tiene publicados seis libros de cuentos y novelas juveniles de mucho éxito como **La gran faulera** (1992) y varias novelas, entre ellas, **Café cortado**, merecedora de un importante premio: el de "Narrativa Colima", 2001. La acción de este libro transcurre también en Chiapas. La riqueza natural del estado, en vez de desembocar en beneficio de sus pobladores indígenas, se ha traducido en el abuso de metizos y blancos y de europeos de distinta procedencia que los han explotado hasta la ignominia, asunto que a Rosario Castellanos tanto indignó y que hoy en día dista de estar resuelto.

La escritura de Lavín, especialmente en su cuentística, es incisiva y explora en temas como el amor, el desencuentro, la soledad. Pero lo que me interesa señalar es su forma segura y sin pudores para hablar de los encuentros sexuales donde, paralelamente, por descarnado que sea el relato, no se incurre en la procacidad. Por ejemplo, "Uno no sabe", narrado desde una mirada masculina, conduce al lector, en menos de diez páginas, por el amargo recorrido vital del personaje a partir de su infancia herida con el abandono de la madre. La prosa es fuerte, sin concesiones melodramáticas. El cuento va a desembocar en el incesto. Y, sin afán de comparar -dada la magnitud de la tragedia griega- cuando Edipo se acuesta con su madre, ambos ignoran su parentesco. En el cuento de Mónica Lavín, el hijo sí lo sabe, y ese conocimiento, ese doblegar a la mujer a quien él ha reconocido, mas no así ella, le produce una satisfacción perversa: la venganza narrada con desapasionamiento: "Entonces piensa que ha entrado por el mismo conducto que se distendió para que él naciera". La lectura estremece por la dureza del tema que, al mismo tiempo, atrapa a quien lo lee.

Otro cuento especialmente logrado es "Los jueves". La narración está vista por una mujer que debe limpiar los cuartos en un hotel de paso. Ahí, cada jueves, llega una pareja que, ajena a la situación, la ha cautivado. Ella imagina el disfrute mientras compara esos breves momentos de gozo detrás de la puerta del cuarto, con la dureza de su propia vida. Y tan regulares son las visitas, que acaba poniendo en la mesilla de

Considero -y es una obviedad decirlo- que la literatura se enriquece con el empleo justo y deslumbrante de la palabra. Y que, contraria al cine, es decir, al lenguaje visual, puede sugerir con mayor sutileza. Es en la seducción del verbo donde se forja su fuerza. Pero había la necesidad de romper tabúes, y, así, se incorpora un decir rudo y unas descripciones muchas veces carentes de imaginación, pero apoyadas en el deseo de decirlo "todo".

Cuerpo náufrago, de Ana Clavel, su segunda novela, comienza al abrir Antonia, su protagonista, los ojos una mañana y descubrirse hombre. No media explicación para el cambio, el lector lo asume con resignada fatalidad kafkiana porque, aunque hay referencias concretas a sitios e incluso a personas de la vida real, el texto se inclina en otras direcciones. Direcciones que se ilustran, a lo largo del libro, con fotografías de diversos mingitorios.

la habitación una rosa, testigo fragante y mudo de la dicha. Al interrumpirse las citas, la mujer queda desolada odiando el olor y la vista de las flores y su propio horizonte sin esperanza. Aquí, también en unas cuantas páginas, el trazo de Mónica Lavín profundiza en la soledad humana y el poder sugestivo y salvador de la fantasía.

Los argumentos de la narrativa de Lavín exploran en otros caminos, pero me parece que su tratamiento alrededor del cuerpo y la sexualidad habla del acceso a ciertos temas a los que no les hace falta la estridencia porque se han incorporado a una forma más abierta de escribir.

La segunda, Ana Clavel, podría catalogarse en la manida etiqueta de lo posmoderno. Hay en ella una búsqueda cuidosa de estilo en la escritura, al mismo tiempo que se acerca a la plástica y la fotografía para llevar su reflexión por las diversas manifestaciones del arte. Publicó primero dos volúmenes de cuentos por los que recibió diversas distinciones: **Fuera de escena** (1984) y **Amorosos de atar** (1992).

Clavel se detiene en la capacidad de las palabras para tocar el deseo. El mismo título de su primera novela: **Los deseos y su sombra** (2000) destacan la búsqueda, y el nombre "Soledad" de la protagonista destaca la imposibilidad del encuentro con el otro y remarca su reflejo que se dibuja en las sombras, las reales y las de una desbordada fantasía. A lo largo de sus páginas explora el yo y su sombra que se deforma como en los espejos de un parque de diversiones. Además juega con la idea del laberinto de diversas maneras para adentrarse por las zonas oscuras de la ciudad, así como por las zonas oscuras que nos habitan. Yo leo la urgencia de ir tras la captura de lo indecible donde los sótanos de la sexualidad están presentes. Sin embargo, la novela tiene un amplio registro y un bien logrado toque de humor e ironía que la hacen muy atractiva. Juega, además, con ciertos elementos del transcurrir histórico de México, así como con marcas ciudadanas para darles vuelta como le da vuelta a su relato o relatos. Las huellas de su estilo le permiten abrir con largueza las puertas de entrada al libro donde se incluye una exploración enamorada del proceso de la fotografía: luz y sombras, su leitmotiv.

Y **Cuerpo náufrago**, su segunda novela, desde la portada ofrece un guiño al lector. Se trata de una intervención al cuadro "La fuente" de Ingres cuya hermosa mujer desnuda carga, en lugar del cántaro original, la famosa obra -el mingitorio- del artista Marcel Duchamp, llamada también "La fuente". La trama del libro se comienza al abrir Antonia, su protagonista, los ojos una mañana y descubrirse hombre. No

media explicación para el cambio, el lector lo asume con resignada fatalidad kafkiana porque, aunque hay referencias concretas a sitios e incluso a personas de la vida real, el texto se inclina en otras direcciones. Direcciones que se ilustran, a lo largo del libro, con fotografías de diversos mingitorios.

Y apoyada en dicho artefacto, Ana Clavel hurga en torno a la otredad. Incluso la escritura misma a veces es en femenino y otras en masculino. Pero su manejo cuidadoso permite y ofrece suavidad y tersura en estos matices del género gramatical. Es difícil entender que Clavel consiga decir tanto so pretexto del aparato rebasando su razón de ser utilitaria. Antonia/Antón le ve, por lo pronto, el contorno de unas caderas femeninas.

Esta elaboración lleva al lector a compartir su mirada que, desde luego, se extiende a las diferencias entre hombre y mujer. También se describen encuentros sexuales y también se hace de una manera que habla más de la búsqueda en los tonos de la escritura que en la pornografía. Las obsesiones de la autora la llevan a retomar ciertos elementos y de nuevo aparece el laberinto en la novela. Y, por ejemplo, un mingitorio completamente cubierto en un baño para mujeres, es bautizado como Mingitauro evocando al minotauro griego. El libro se detiene en las diferencias no del todo categóricas que marcan la sexualidad humana. El corsé será lo que constriñe a las mujeres y la armadura lo hará con los hombres. Y habrá de aceptarse que ambas prendas son cárceles del cuerpo. Por otra parte, la escritora alude siempre a un sustrato culto en las referencias que apoyan su narrativa.

Ana Clavel es una autora muy interesante con un esmero grande para conformar sus textos. Y reitero aquí que se ha ido produciendo una evolución en la forma de mirar. De mirar, incluso en los recintos exclusivamente masculinos. Aunque ella lo menciona, y no carece de razón, por cuestiones de espacio o por un deseo de modernidad, o por lo que sea, lo cierto es que ahora algunos baños públicos son como las estéticas: unisex. Y es obvio que no se trata de sexo único, sino de la aceptación de que, con todas sus variantes, el género humano requiere satisfacer sus necesidades fisiológicas eludiendo la categoría angélica, y que las variantes pueden ser exploradas en la vida real y en el texto sin causar un desmayo a las "buenas conciencias". Ana Clavel va más allá del mero acto de contar, ofrece su búsqueda gozosa en el laberinto de la escritura.

Voy a cerrar este recorrido con Verónica Murguía, cuyos libros abordan una temática insólita

de cierta manera. Ella es historiadora de carrera y ese conocimiento la llevó a explorar con brillo y delicadeza alrededor de la cultura árabe y sus relatos. Se ha asomado también a los textos para niños y jóvenes, por ejemplo: **Hotel monstro: bienvenidos**. Además tiene una columna quincenal en el periódico. Aquí me referiré a una de sus dos novelas **Auliya** (1997) y a su libro de cuentos **El ángel de Nicolás** (2003). En ella la evolución de la mirada no habla de la explicitación de escenas sexuales. De lo que habla es de una mirada seducida por la forma milenaria de narrar del Oriente que nos ha regalado, por ejemplo, **Las mil y una noches**. Y sostenida por una filigrana extraordinariamente esmerada en su escritura, Verónica Murguía intenta acercar al lector a dicha tradición, que manipulada por el Occidente, ha sido causa de tantos malentendidos que desembocan en el rechazo y la violencia, desde las mismas Cruzadas.

En **El ángel de Nicolás** toma un relato que ha pasado a la Historia: el experimento cruel y fallido de Federico Barbarroja quien encerró a unos recién nacidos con la prohibición a sus nodrizas para hablarles. El emperador germano quería presenciar el nacimiento del lenguaje. Sobra decir que no sobrevivió niño alguno. La palabra, base del contacto humano, no se produjo y los infantes se secaron como flores sin agua. Y ese surtidor providente: la palabra, es la pasión de su autora. En este caso en la confrontación de dos miradas que le ofrece el contraste de las culturas crueles siempre.

Auliya, por otra parte, es un relato sobre el personaje femenino de dicho nombre. Lo que hace Verónica Murguía es bordar amorosamente alrededor de un suave erotismo a lo largo del libro. Aquí la realidad se esfuma para dar cabida a la fantasía. Hay una ausencia del tiempo real. Auliya es una pastora de cabras, en un villorrio, que cuida a un hombre extranjero herido en un accidente de caballo, animal desconocido en aquella región.

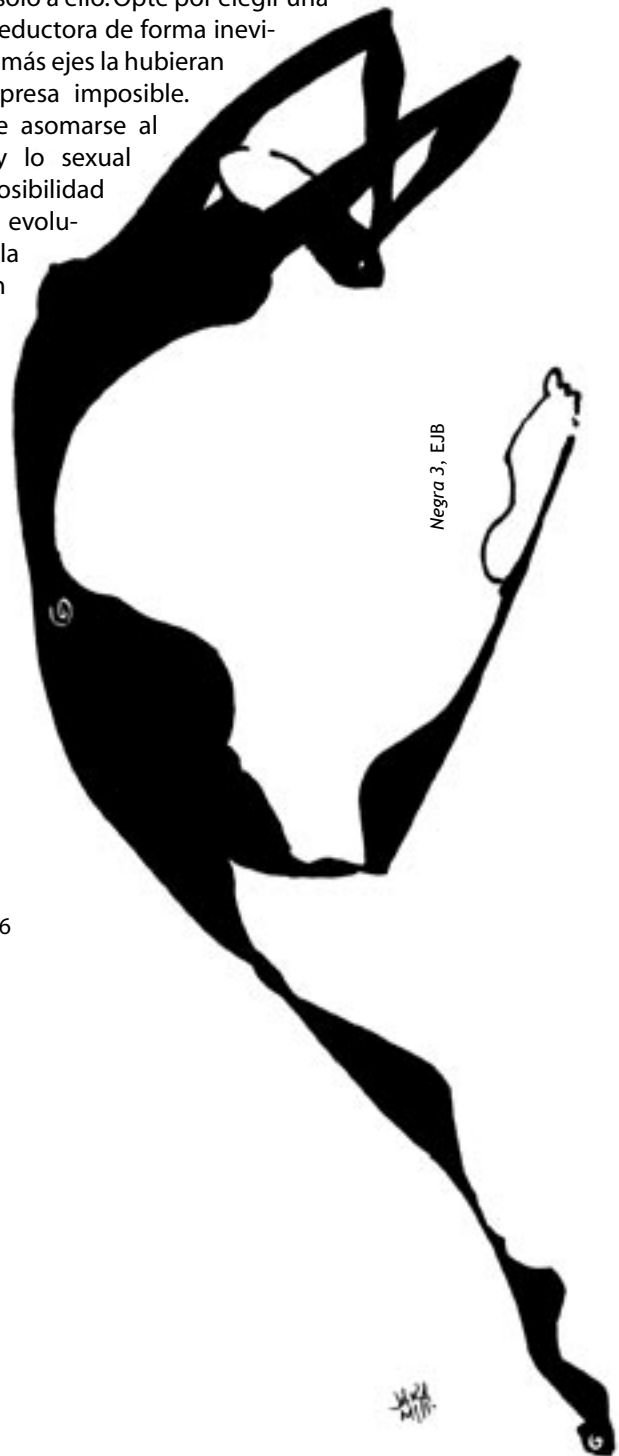
El libro relata las transformaciones mágicas de los personajes en la vida y muerte. Y el lector queda atrapado por la red del arte de narrar y, sin importarle la verosimilitud, se deja ir como si se tratara de un cuento de hadas de la infancia. El interés de su autora es explorar y dar a conocer esa otra mirada con su sensualidad pero también con su crueldad. Existe el deseo de proponer en forma muy fina esa forma alterna de pensamiento que siempre ha sido mal comprendida por el "otro". Y hoy reconocemos los nombres –que aparecen en la novela– de aquellas ciudades milenarias por las horribles noticias actuales que nos los traen al presente.

Su compromiso y buena factura son tan

grandes que el libro ha llamado la atención en países como Alemania, por ejemplo. Es humanizar la mirada del otro, porque Oriente y Occidente, al no comprenderse, se asesinan. Hemos vivido por siglos en una muy grave ignorancia e intolerancia maniqueas.

Para este trabajo decidí ver cómo el tiempo modifica la actitud frente a la escritura y lo hice buscando lo erótico y la sexualidad en su abordaje literario. Debo aclarar que éste fue un eje, pero que la obra de cualquiera de estas autoras no se ciñe sólo a ello. Opté por elegir una dirección reductora de forma inevitable, pero más ejes la hubieran vuelto empresa imposible. Pienso que asomarse al erotismo y lo sexual ofrece la posibilidad de ver la evolución de la mirada con el paso del tiempo, de manera especial, en las mujeres antes siempre silenciadas.

Panamá,
abril 24, 2006





ENRIQUE JARAMILLO LEVI

LA BUENA NUEVA DE “CENIZAS DE ÁNGEL” DE PÉREZ-FRANCO

He procurado sostener en diversos foros que la literatura panameña ha mantenido su punta de lanza, de manera permanente, en la calidad y cantidad de buenos cuentistas surgidos desde que Darío Herrera publica en 1903 el primer libro de cuentos de autor nacional: *Horas lejanas*. Y este singular fenómeno –totalmente demostrable– se mantiene hasta la fecha. Incluso ahora más que nunca.

En la década de los ochentas del siglo pasado se dan a conocer en Panamá cuentistas que enriquecieron el quehacer literario del país con obras sobresalientes. Menciono a algunos: Félix Armando Quirós Tejeira, Rogelio Guerra Ávila, Allen Patiño, Giovanna Benedetti, Raúl Leis, Consuelo Tomás, Claudio De Castro, Rey Barría, Juan Antonio Gómez, Víctor Rodríguez Sagel, Herasto Reyes (prematuramente desaparecidos estos dos últimos)... Y en los noventas, aparecen cuentistas como Beatriz Valdés, Rafael Ruiloba, Isis Tejeira, Bolívar Aparicio, Antonio Paredes Villegas, David Róbinson, Ramón Fonseca Mora, Aida Judith González Castrellón, Cáncer Ortega Santizo, Katia del C. Malo, Oscar Isaac Muñoz, Pedro Luis Prados, Carlos Oriel Wynter Melo, Melanie Taylor, José Luis Rodríguez Pitti y Roberto Pérez-Franco, entre otros. En la década del 2000, se dan a conocer como cuentistas Ariel Barría Alvarado, Yolanda Hackshaw, Ledimiro González, Francisco Berguido, Digna Valderrama, Rafael Alexis Álvarez, Carlos Fong, Erika Harris, Eduardo Soto, Marisín Reina, Jorge Thomas (seudónimo de Juan David Morgan), Francys de Skogsberg, Mauro Zúñiga Araúz, Marisín González, Héctor Collado, Klenya Morales, Lupita Quirós Athanasiadis, Isabel Herrera de Taylor, Annabel Miguelena y Gloria Melania Rodríguez (la más reciente), entre otros. Una verdadera pléyade. Todos talentosos, pletóricos de fe en la literatura, dispuestos a emprender el desafío de continuar escribiendo.

Es interesante constatar que en cada una de estas décadas –por mencionar una forma de medición– aparecen cuentistas de muy diversas edades y profesiones, y que cada vez es mayor el número de mujeres entre quienes publican buenos libros de cuentos (todos los creadores aludidos han publicado hasta la fecha al menos un libro de cuentos). Por ejemplo, los nuevos narradores de mayor edad son Manuelita Alemán (1920), quien en 2003 publica *Los cuentos de Madelag* y en 2005, *Rombos*; y Eudoro

Silvera (1916), quien publica *Cuentos en primer persona singular* en 2004. Y las dos más jóvenes son: Annabel Miguelena (1984), con su libro *Punto final* (2005) y Gloria Melania Rodríguez (1981), con su recién estrenado libro *Cartas al editor* (2006). Y acaba de ver la luz el libro *Soñar despiertos* (2006), un volumen colectivo de cuentos y poemas de un grupo de nuevos autores de diversas edades, egresados del Diplomado en Creación Literaria 2004 impartido por la U.T.P. Además, a principios de 2007 seguirá otro volumen colectivo, esta vez con materiales de la mayoría de los egresados del Diplomado en Creación Literaria 2006, en el que el cuento ocupará un sitio de privilegio: Letras cómplices. Por supuesto, todas estas son voces nuevas que se suman a la efervescencia narrativa ya existente.

Es importante acotar que, de manera simultánea a todo lo anterior, no hemos dejado de escribir y de publicar libros de cuentos –y de otros géneros– muchos escritores de mayor trayectoria literaria y edad, cada quien a su ritmo y con sus características propias: Justo Arroyo, Ernesto Endara, Pedro Rivera, Álvaro Menéndez Franco, Moravia Ochoa López, Rosa María Britton y Enrique Jaramillo Levi, entre otros. Por otra parte, debo apuntar que desde hace muchos años nos deben nuevos libros de cuentos escritores importantes como Bertalicia Peralta, Enrique Chuez, Dimas Lidio Pitty, Griselda López y Roberto Luzcando, entre otros.

Lamentablemente, la mayor parte de estos nombres, de considerable valía literaria, muy poco o nada dicen a la mayor parte de los integrantes de la sociedad panameña, incluso a nuestra todavía reducida comunidad de lectores. Su talento narrativo permanece desconocido, ignorado, pese a su significativo aporte a la bibliografía nacional. La pésima circulación de los libros, su exigua promoción, la casi nula existencia de investigadores y críticos profesionales que sostenidamente rescaten y valoren los méritos de quienes publican con enorme esfuerzo y tenacidad, así como el poco interés que en Panamá suelen despertar las obras cuyos contenidos apelan a la inteligencia y a la sensibilidad y no al facilismo simplón, son las principales causas de esta brecha enorme que hay entre la producción literaria y su debida recepción.

Y sin embargo, se mueve –dijo Galileo poco después de ser obligado por sus inquisidores a retractarse en torno a su afirmación de que eran la tierra y los demás planetas de nuestra galaxia los que giran alrededor del sol, y no al revés. Es decir, pese a los problemas de valoración, difusión y venta de los libros, se sigue produciendo en Panamá un creciente y diferenciado entretejido de obras literarias y autores –también en poesía y novela, aunque bastante menos que en cuento–, auge este que debe ser celebrado y alentado. Justamente esto hace, con entusiasmo y continuidad, la Universidad Tecnológica de Panamá. Como ninguna otra institución ni empresa en el país hasta el momento, aquí publicamos, modestamente, libros que tienen todos los méritos que debe tener una obra literaria para darse a conocer: un promedio de 10 al año. Este fenómeno singular, lamentablemente, no ha sido reseñado por los medios, prestos siempre a destacar como noticia lo negativo. No ha recibido el apoyo de la inmensa mayoría de los profesio-

res de Español de secundaria y universidad, quienes bien pudieran poner en contacto a sus alumnos con la nueva producción literaria nacional, en lugar de quedarse cómodamente anquilosados en los viejos textos seculares. ¡Mundo de paradojas y contrastes el que vivimos o nos vive!

II

Dentro de este contexto aparece el libro **Cenizas de ángel** –Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” 2005– (certamen, por cierto, auspiciado por la U.T.P. y que en su actual convocatoria entra ya a su décima primera versión), libro que acaba de ser publicado por esta Universidad en su Colección “Cuadernos Marginales”, y que esta noche nos convoca. Libro, por cierto, escrito por uno de los más talentosos autores de las recientes generaciones.

Roberto Pérez-Franco nace en 1976, en Chitré. Ingeniero Electromecánico egresado de la Universidad Tecnológica de Panamá, tiene una Maestría en Logística por el prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts, y está por ingresar en unos días al Doctorado en Estrategia Logística de la misma institución. Miembro de la Asociación Universal de Esperanto, del Círculo de Escritores de Azuero y de la Asociación de Escritores de Panamá, es a mi juicio uno de los más versátiles escritores panameños de los últimos 20 años. Entre sus aficiones se encuentran la astronomía, la pintura, la fotografía, la música, los petroglifos y el ajedrez. Ha participado en las danzas de Corpus Christi en la Villa de los Santos. Es autor de cuatro libros de cuentos: **Cuando florece el macano** (1993), **Confesiones de un cautiverio** (1996), **Cierra tus ojos** (2000) –también publicado por la U.T.P.– y ahora **Cenizas de ángel** (2006). Es oportuno decir aquí que su cuento “Vida”, que pertenece a su penúltimo libro, se ha convertido en una especie de “clásico” de las nuevas generaciones debido a su intensa vivencia humana, narrada dentro de una estructura tradicional impecable y mediante el uso de un lenguaje sencillo y de gran precisión, desde el punto de vista de un niño vívidamente situado en una atmósfera rural. Lectura obligada para todo el que quiera saber cómo se cuenta hermosamente un cuento.

Sin duda llama la atención el hecho de que varios de los escritores –cuentistas y novelistas– que surgen en las últimas décadas en Panamá sean, al igual que Pérez-Franco, ingenieros: Javier Riba Peñalba, Ramón Varela Morales, Félix Ar-

mando Quirós Tejeira, Óscar Isaac Muñoz, Antonio Paredes Villegas, Humberto Urroz, Carlos Oriel Wynter Melo y José Luis Rodríguez Pittí. Por supuesto, en otros momentos hemos tenido también escritores que fueron o son médicos, abogados, arquitectos, contadores, periodistas y profesores de Literatura, principalmente.

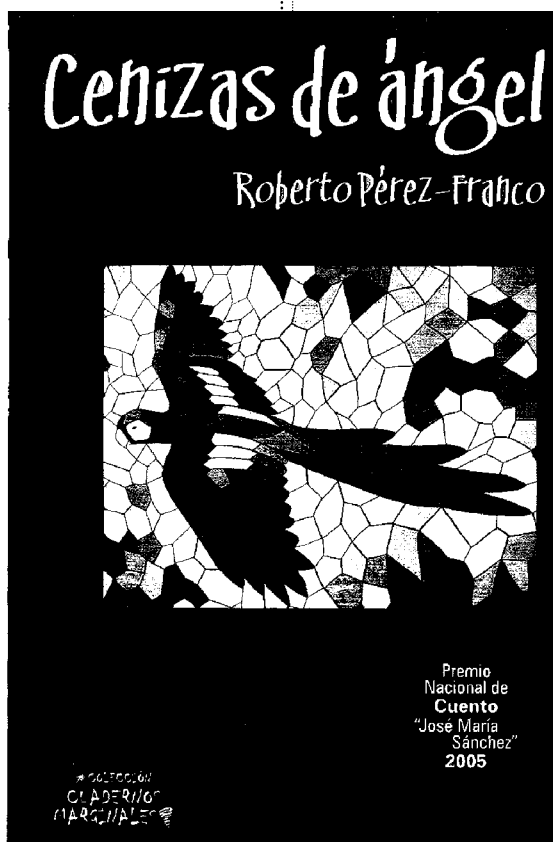
Los compañeros de generación de Roberto Pérez-Franco son también talentosos cuentistas: Melanie Taylor (1972), Carlos Oriel Wynter Melo (1971), José Luis Rodríguez Pittí (1971) y Marisín Reina (1971). Nada más hay una generación –emergente– más joven que ésa: la que por el momento sólo integran Annabel Miguelena (1984) y Gloria Melania

Rodríguez (1981), por tener ya cada una un libro publicado; pero sin duda pronto aparecerán libros individuales de la gente joven que se congrega en los volúmenes colectivos ya mencionados. Estos nuevos escritores constituyen, junto con algunos de los de las generaciones inmediatamente anteriores, una auténtica fuerza de relevo para este singular género de ficción breve. Lo importante es que como creadores individuales continúen produciendo obras de interés humano y estético, procurando superarse en cada nueva obra. No tengo la menor duda de que el ejemplo dado por Roberto Pérez-Franco, sobre todo en sus dos últimos libros de gran calidad –**Cierra tus ojos** y **Cenizas de ángel**–, será un factor estimulante para que esta meta se alcance. Y, por supuesto, sé que la capacidad natural de este cuentista azuereño, sumada a su constancia como lector disciplinado y exigente, harán de él uno de nuestros más conspicuos

narradores. Veamos brevemente, a partir de algunos ejemplos de su más reciente libro, por qué.

III

Cenizas de ángel, como muy bien lo apunta el Fallo del Jurado Calificador del Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” 2005, tiene las siguientes características distintivas: los 15 cuentos que lo integran “atrapan el interés del lector por su variedad temática, sus recursos expresivos, el uso de registros fantásticos, realistas e incluso regionalistas.” Por otro lado, el autor “demuestra dominio de la narración, la descripción, el diálogo y una cultura literaria bien cimentada, además de utilizar técnicas narrativas propias de la literatura contemporánea, que sensibilizan y hacen partícipe al lector.” Una excelente síntesis del oficio narrativo de



Pérez-Franco.

Así, a mi juicio, "La intrusa", primer cuento de la colección, es una pequeña obra maestra de la imaginación. Su precisión semántica, estructura exacta y desenlace sorprendente e impecable, le permiten al autor manejar con verosimilitud las entretelas de un mundo onírico que se torna fulminantemente real.

Es un relato en el que todos los aspectos están consultados... y ejecutados. Tanto el enigma que impregna al texto de misterio, como el inexorable mecanismo de relojería literaria que le da sentido, están ensamblados con la más alta cuota de sabiduría estética. Lo onírico y lo erótico juntan sus coordenadas temporales para violar frágiles parámetros de la realidad y en el proceso ingresar al neblinoso espacio de lo fantástico.

Por otra parte, "Hacia el jardín" es otro cuento de antología. Sus dos páginas y media, fundamentalmente dialogadas, meticulosamente hacen penetrar lo sobrenatural al mundo cotidiano y le imprimen un suave hálito poético que en su desenlace bien podríamos denominar, a falta de mejor nombre, "realismo mágico", si no fuera porque este término ya está bastante pasado de moda. No de otra manera se puede entender el sutil entrecruzamiento de elementos del mundo de los vivos –sobre todo la mariposa–, al de los muertos que aún se comunican en sueños con ciertos seres hipersensibles, y nuevamente de vuelta al plano de la realidad cotidiana. Cuando esto ocurre –ante el asombro de los incrédulos– deja de haber diferencias entre un ámbito o dimensión y otro, porque todo se torna real.

La contundencia de los finales de estos dos textos magistrales de Pérez-Franco los coloca, me parece –y no soy dado a exagerar en mis juicios literarios–, entre los mejores cuentos escritos en Panamá.

"La última rosa", "Destino", "La leyenda del rey viudo" y "Caña rota" tienen un encanto trágico. Construidos con metódica parsimonia en un lenguaje a ratos lírico que fluye hasta desembocar, por caminos distintos, en muerte súbita, tienen un halo de fatalidad que distorsiona propósitos y tuerce metas a los personajes. A veces suceden las cosas por el procedimiento ritual que alimenta al mito y a la leyenda, y cuya manifestación es una prosa hecha de imágenes capaz de ir tejiendo símbolos y enhebrando sortilegios que fluyen naturales como parte de las historias. En otros relatos, un estricto realismo –a veces regional– encadena indefectiblemente sus pautas hacia lo imprevisible, que también resulta ser lo inevitable. En todos los casos, se vuelve evidente un total dominio del oficio: el lector tiene en todo momento, y en cada historia contada, la sensación de que cada palabra,

cada frase, cada párrafo –además de, a otro nivel, las tramas, las atmósferas y los personajes– están justo donde y como deben estar para que las cosas sean de cierta manera y no de otra, que además es la que el lector termina aceptando como la única.

"El corazón de oro" es un cuento que en varios niveles recuerda al célebre relato *El corazón delator*, de Edgar Allan Poe, padre del cuento moderno; sin duda muy admirado por Pérez Franco. Como solía hacerlo el famoso Maestro, nuestro autor razona mientras narra la historia por boca de su personaje. Esta mujer esgrime al máximo las reflexiones que buscan demostrar una gran lucidez, para lentamente ingresarnos en los estratos de la obsesión que tarde o temprano la conduce a la locura. Es un cuento articulado por la

inteligencia y la investigación que caracterizan al personaje, puntillosa observadora del detalle (al igual que nuestro autor). Enajenada y a la vez previsor hasta la exacerbación por lo que pueda causarle mal a su segundo bebé –como antes ocurrió con el primero, quien muere por dejar de respirar en su cuna–, esta madre se obsesiona con un reloj de leontina, con las fechas de ciertos aniversarios y con las consecuencias de determinada frase dicha sin pensar: *leit motifs* que indefectiblemente conducirán a la desgracia. Así, el paralelismo que ella ve entre los desplazamientos interiores de los engranajes del reloj y los latidos del corazón del segundo bebé, así como la forma en que se preocupa por mantener en perfecta sincronía los dos mecanismos, constituyen el eje principal de la historia.

Pero no es lo mismo mirar desde fuera estos cuentos tratando de explicárnoslos a posteriori, que ingresar al inducido encanto natural de

la lectura. Nada puede sustituir al placer que nos produce degustar cada texto haciendo el inevitable trayecto de la inocencia a la malicia. En todo caso, es necesario afirmar que *Cenizas de ángel* nace como una obra de plena madurez, de sorprendente versatilidad en temas y formas de narrar. En síntesis, la buena nueva es que se trata de un excelente libro. Créanme: ¡hay que leerlo!

Panamá, 19 de agosto de 2006

(Texto leído el 24 de agosto de 2006, en la presentación del libro *Cenizas de ángel*, de Roberto Pérez-Franco, en el Salón 306 del Edificio de Postgrado del Campus "Víctor Levi Sasso" de la Universidad Tecnológica de Panamá)



ARIEL BARRÍA ALVARADO

Premio

Ricardo Miró

2006



La magia y la artesanía: oficios compartidos por el escritor

Ariel Barría Alvarado

*Palabras pronunciadas en representación
de los escritores galardonados
en la LXIV versión del Concurso Ricardo Miró.
Teatro Nacional, 20 de octubre de 2006*

En la primera página del libro "Ojos para oír", con el que participé en la sección cuentos, anoté como epígrafe: "Tanto es el valor de la palabra que Dios y Verbo comparten el mismo ámbito semántico".

A partir de ese aserto, deseo compartir con ustedes algunas reflexiones, basadas en el oficio literario, que si bien parece inclinarse a ratos hacia el lado de la magia, también puede verse sesgado en dirección a las vertientes de la labor artesanal.

La palabra ha sido compañera del hombre desde siempre, o al menos desde que se otorgó un lugar en la cima de la creación. Sin palabra perderíamos calidad humana, de eso no hay dudas. Cada vez que meditamos sobre las grandes crisis que agobian al mundo, enseguida percibimos que la mayoría de las veces se fundan en el menoscabo de nuestra posibilidad de comunicarnos.

Como seres pensantes, nos asiste el derecho de la palabra, sí, pero también el deber de ejercerla. La mudez como estado, si no es agresión, es renuncia, y será innatural siem-

pre cuando se adopte como forma de vida.

El hombre primitivo no salió de las cavernas porque se vistió mejor, o porque se hizo más fuerte, o porque aprendió a variar su dieta. Abandonó la cueva el mismo día en que se decidió a plasmar sus ideas en las paredes que lo cercaban como una matriz incubadora. Allí, con el humo de sus teas, con los barnices de las rocas, tatuó sus manos en los muros para dar una idea de su tamaño y de su fuerza; bosquejó escenas lúbricas para atestiguar cuánto placer había alcanzado; le rindió culto a Dios, o simplemente pintó ciervos para hablarle a otros de la caza abundante.

Sea cual fuere su propósito, aquellos primeros grafitis no eran otra cosa que pronombres personales rubricados a fuego, testimonios vivos de su existencia, intentos desesperados por ganar la inmortalidad. Y lo logró, aunque sin saberlo, porque cuando nuestro lejano antecesor aprendió a representarse él mismo mientras emboscaba a su presa, ignoraba que estaba dando el paso más grande en su evolución: en efecto, había capturado el significado en las redes eternas del significante.

Aún hoy, en el presente, son muchos los que ignoran el valor de la palabra. Incluso, a quienes hacemos sacrificios en sus altares se nos escapan a veces todas las motivaciones que se ocultan detrás de una frase. Así, por ejemplo, cuando se nos formulan esas preguntas predeterminadas que todos hemos oído, entre las que destacan: "¿por qué escribes?", "¿cómo lo haces?", "¿para qué lo haces?", simulamos tener respuestas automáticas, si bien carecemos de ellas.

Es que si pudiéramos encasillar este oficio en unas pocas palabras, cuántas recetas no se venderían por allí, explicando la mezcla justa para hacer un novelista, describiendo los ingredientes necesarios para moldear un cuentista, exponiendo los sabores que entran en juego para fabricar un dramaturgo, o determinando cuánto tiempo hay que esperar para que en la puerta del horno no se nos queme un poeta.

Qué oficio este, que exige soledad pero que llama a las multitudes; que nos pide silencios a la hora de explicar mejor las cosas, o que nos pide fabricar imágenes nuevas con el fin de decir lo mismo que ha estado diciendo la humanidad desde sus primeros amaneceres, y aún así todos los que escribimos pretendemos que estamos expresando algo nuevo.

En literatura, después de una vida dedicada a decir cosas mediante palabras, son precisamente palabras las que nos faltan para decirnos, de verdad de verdad, por qué lo hacemos. Sin embargo, como hay que ser muy tercos para atrevernos a escribir, también quiero ser terco a la hora de intentar contarles a ustedes las razones por las que abrazamos esta forma de vida.

En primer lugar, creo firmemente que el escritor ya nace con un atisbo de predisposición para este ejercicio; pero, cuidado, porque en verdad es solo un atisbo, tan frágil como un recién nacido, incapaz de sobrevivir por mucho tiempo a los embates de un medio adverso. Es más, algo me dice que todos nacemos con esa provisión natural de talento, pero la mayoría lo verá sucumbir ante las inclemencias del medio en que se desenvuelva.

En mi caso particular, provengo de una familia de agricultores, que a su vez provenía de otras familias dedicadas al cultivo de la tierra; crecí en un ambiente poco amigable con las actividades intelectuales que se apartaran de los afanes rústicos, en particular en la región oriental de mi provincia chiricana, donde las enfermedades endémicas y el hambre suelen concertar citas con la pobreza y el analfabetismo para danzar vistosos bailes de salón.

Mi predisposición natural para la observación y la comunicación en doble vía, requisitos indispensables para quien piensa escribir en un contexto artístico, tenían todas las de perder en ese medio.

Sin embargo, y quiero subrayar cuán frágiles pero esenciales son los mecanismos que se ponen en juego en estos procesos, tuve la fortuna de contar con un padre que de vez en cuando se erguía en medio de los surcos para retarme a que le dijera el significado de tal o cual palabra sacada de sus lejanas lecturas o, como también ocurría, entregarme una piedra labrada siglos atrás por hombres primitivos, y luego pedirme que elaborara las teorías posibles para que esa piedra hubiese llegado hasta allí, en ese punto específico de la sabana o de las colinas.

Para no dejarme vencer por aquel hombre, en cuya sombra hallaba oportuno cobijo del sol despiadado, me vi obligado tantas veces a inventar un cuento, o muchos cuentos que él aprobaba o desaprobaba mediante otras teorías que, bien vistas, no eran más que puros cuentos. Al regresar a casa, estaba una madre que no cedía ante el agobio de las tareas domésticas, para encontrar la manera de asegurarse que, al menos, yo supiera escribir mi nombre. Y al caer la noche, de nuevo la voz paternal insistía en hilvanar lecturas fragmentarias que hablaban de un chiquillo con dimensiones de héroe, llamado Tom Sawyer; de un héroe con atributos divinos, llamado Edmundo Dantés, o de un ubicuo guerrero criollo que iba dejando tesoros enterrados en los antiguos campos de batalla, al que solo le conocía el nombre: Victoriano.

Por eso aprendí a escribir muy pronto, porque había cosas que quería contar y no había tiempo para dejarlo en boca de la oralidad; escribir fue una manera de asegurarme que lo que tuviera que decir, quedase guardado para siempre.

Después vendrían otros textos, la escuela elemental con sus promesas de enseñarme el mundo, de decirme cómo crecer, de revelarnos la historia y de mostrarnos para qué servían los números cuando en complicados rituales se ponían unos al lado de los otros. Y junto a los textos, los maestros, tan sabios siempre, tan comprensivos todo el tiempo.

Ya lo he dicho antes y lo repito ahora: jamás tuve un mal maestro; desde la escuela rural hasta el claustro universitario, los que no eran sabios portentosos, eran brujos capaces

de entonar ensalmos que enflaquecían en un santiamén las más robustas ignorancias. Ellos me enseñaron lecciones que hasta el día de hoy no han perdido vigencia, y me impulsaron a tratar de emularlos con el mayor respeto.

Escribir, entonces, requiere de una dosis innata, que es fundamental pero muy frágil, la que exige estímulos oportunos y precisos. Un padre o una madre a quienes no les importe el conocimiento, ni lo valoren, son más eficaces a la hora de destruir ese talento natural que todo el ambiente que rodee a una persona, por más nefasto que pueda ser. Y en ese mismo punto, un educador o una educadora que se desentienda de su papel modelador en la conciencia y en el actuar de sus discípulos, puede ser veneno puro para las generaciones bajo su responsabilidad.

La otra interrogante es aquella que nos plantea cuál es el beneficio del trabajo literario, si es que hay uno. En verdad hay muchos: si el escritor se dedica a esto en busca de fama o de fortuna, quizás las halle, pero también puede verse arruinado. Si pretende encontrar un modo de vida, a lo mejor lo alcance, pero no se le promete. Si quiere ser chamán reverenciado por la tribu, tal vez lo reverencien, pero de igual modo corre el riesgo de que lo linchen.

Escribir tiene una fuerte relación con la necesidad humana de perpetuarse. En la misma medida en que buscamos trascender en nuestros hijos, el libro nos ofrece trascender en el tiempo. Ojos que aún

no han sido concebidos leerán nuestras páginas cuando las brisas hayan hecho de nuestros huesos partículas cósmicas, y harán que nuestros personajes cobren vida en una época que aún no soñamos, al igual que las teorías que ahora elucubramos serán objeto de debates en tertulias que aún no conocen fechas.

En fin, escribir es alargar nuestra mano y obtener el privilegio de tocar el futuro y es, en la lectura como su contraparte, la oportunidad de mirar atrás y alcanzar con la vista el más remoto horizonte. La literatura es una manifestación palpable de nuestra condición humana, de nuestra proeza de salirnos de las etapas primitivas en la caverna matriz, y hacer constar que somos capaces de armar nuestro destino, de meditar en él y en sus posibilidades.

Concursos como el Ricardo Miró son el escenario al que se nos convoca periódicamente para ejercitarnos en el oficio y en el arte de las letras; es un modo de incentivar la memoria de la nación como se concibe en sus textos; es la oportunidad para someter nuestro quehacer a otros ojos, a otras memorias, y basarnos en tal evaluación para ensayar nuevos rumbos o para reafirmar el que ya marcamos.

El Estado panameño, a través del Instituto Nacional de Cultura, refuerza con esta acción, que ojalá alcanzara más



profundamente a la sociedad panameña, a sus instituciones, a sus ciudadanos, un aspecto que es propio de toda nación que se precie de ser libre y soberana: su identidad, su cultura, sus valores.

Nuestra sociedad afronta hoy una crisis integral, y nuestros jóvenes son arrastrados en un porcentaje doloroso hacia las conductas viscerales más reñidas con la condición humana. Una de las causas principales de esa conducta, es que no se les ha dado otras opciones.

Pido al Estado, al Gobierno, que incremente las actividades de fomento a la cultura, en todos los niveles, que procure atraer a los niños y a las niñas a esas diversas instancias, que promueva valores a través de las manifestaciones culturales, que dé estímulos a los que enseñan, a los que propagan la fe en lo que somos y en lo que podemos ser, y que por ningún motivo ceda a las voces pesimistas que hoy piden que un Premio Nacional como el Ricardo Miró reciba un respaldo económico menos sustancial que el que le reconoce la ley vigente.

A propósito del Estado, hasta ahora, todas las acciones que buscan enfrentar la violencia juvenil que se han dado a conocer, hablan de componentes básicos para la prevención, destacando factores como el deporte y el entretenimiento, pero nunca se habla de lecturas, de dejar al niño aproximarse a esa puerta siempre abierta y prometedora que es el libro.

En mis quehaceres diarios, junto a promotores irremplazables en este país, entre los que menciono a Ricardo Arturo Ríos Torres y al Círculo de Lectura Guillermo Andreve; a Enrique Jaramillo Levi y el sinfín de actividades que desempeña desde la Asociación de Escritores de Panamá y de la Universidad Tecnológica; a Rose Marie Tapia y a la constancia de los miembros del Grupo Letras de Fuego, y tantos otros hombres y mujeres nobles que prestigian y proyectan el oficio de escribir, junto a ellos he comprobado una y otra vez que la literatura toca vidas, que la literatura cambia vidas, que la literatura salva vidas.

Es por eso que desde esta tribuna proclamo la fuerza transformadora de la lectura, y pido que el texto escrito y todo lo que ello implica sean adoptados por el Gobierno Nacional como estrategias de prevención y de edificación eficaces en las políticas de salvación nacional que son esenciales en estos momentos.

Un libro no te llena el vientre si tienes hambre, pero sí te dice cómo podrás llenarlo; un libro no te hace inmune a las armas de la violencia, pero hace que tu corazón no sea violento; un libro no te hace rico, pero te hace sentir como si lo fueras, además de darte la libertad que te niegan las riquezas materiales; un libro no te hace famoso, pero te permite reírte de la fatuidad que nimba a algunos famosos; un libro no elimina las drogas, pero sí elimina la necesidad de ellas;

un libro no hace la paz, pero te enseña a vivir en paz; un libro no es dios, pero te deja hablar con Dios.

Es necesario, urgente, que esta acción sea acompañada desde los hogares, por los padres, y desde la escuela, por los maestros; al igual que debe ser reforzada por una acción constante y consciente de los medios de comunicación, los que deben comprometerse a mostrar no solo sangre, no solo corrupción, no solo villanías; deben abandonar la práctica de hacer héroes populares a los pillos, y en cambio dar oportunidad a que también se propaguen las imágenes de trabajo, de honor, de compromiso, de paz, que al fin y al cabo son mayoritarias.

Necesitamos con urgencia que esos medios declaren muerta la fatal convicción de que las buenas noticias no son noticia, y emprendan campañas para permitir que los jóvenes que honran su época, también hallen cabida en los titulares.

Saludo con un abrazo fraternal a todos los que participaron en esta justa literaria y afirmo mi fe en que el trabajo que realizamos es noble y debe ser cultivado con mayor entusiasmo para someterlo en el momento oportuno a otras evaluaciones.

A los hermanos en la literatura que han compartido conmigo las preseas que otorga el certamen (Celestino Araúz, Mireya Hernández, José Carr), les extiendo mi mano en señal de felicitación, renovando nuestro compromiso con la palabra.

A los señores del jurado en cada una de las secciones, les agradezco el trabajo arduo que han cumplido, y en el cual tantas veces yo mismo me he visto inmerso. Saludo, en particular, a los jurados internacionales, para quienes esta misión ha significado una convivencia con las arterias más profundas de nuestra realidad social y los invito para que cada vez que piensen en Panamá, la visualicen como esta tierra cálida que les entregó los sueños más privados de un puñado de sus hijos y de sus hijas, quienes desde sus letras aspiran a conformar un mundo menos absurdo, sin brechas, sin muros, sin luchas inútiles, sin llantos de hambre o de amargura, sin tanta enfermedad, sin tanto egoísmo y con menos soledad al acecho.

Y a ese público noble, integrado por amigos, por familiares, por cómplices confesos del quehacer cultural, recuerden que pronto estaremos ofreciéndoles una parte esencial de nuestra sangre, que sangre nuestra al fin y al cabo son esos libros que hoy aquí se están premiando, y que como sangre habrán de impregnar también a sus lectores para extender más allá de nuestros horizontes próximos la palabra vital, esa mágica prueba de que estamos vivos y de que por encima de cualquier alarde fatuo, nuestro máximo galardón es el de llamarnos humanos, simplemente humanos que disfrutan la sacrosanta posesión de la palabra.





SILVIA FERNÁNDEZ-RISCO *Mexicana*

VOLAR

Los sonidos metálicos de tubos golpeándose uno contra el otro me despertaron. Escuché voces de gente trabajando y el rugido de un león. En cinco años viviendo aquí —mismos en que no he regresado a mi país—, nunca había oído algo semejante. Daniel dormía plácidamente a mi lado. Curiosa, me asomé a la ventana. En plena ciudad tropical vi elefantes, camellos y jirafas pastando en el terreno baldío frente a mi casa. Al fondo, un grupo de hombres montaba una carpa azul y blanca. Daniel emitió un fuerte ronquido, volví a escuchar el rugido de un león, pero no lo vi.

Sentí melancolía. De niña quería ser trapeicista. Me imaginaba vestida con mi traje pegadito y brillante, como una segunda piel, dando piruetas por los aires, volando, venciendo a la gravedad. Aquí voy, en las alturas, sobre los espectadores, sintiendo el aire y el riesgo; penetrándolo. Mi cuerpo fuerte y flexible sobre el trapecio. Me contorsiono, doy tres volteretas y ahora quedo sostenida de una pierna, veo todo de cabeza; los aplausos y los gritos de la gente me inspiran, son como música de fondo. Vuelvo a tomar impulso, esta vez haré un doble mortal antes de tomar los brazos de mi compañero, lo hago, segundos eternos y regreso a la realidad de sus músculos precisos. Aplausos, no quiero bajar, quiero seguir volando.

Cuando cumplí tres años mi padre me llevó por primera vez a un circo. Es el recuerdo más antiguo que tengo: música, luces, animales nunca antes vistos, malabaristas y esa hermosa trapeicista... Desde entonces y hasta los quince, como un rito filial, mi padre me llevaba a ese fantástico espectáculo para festejar mis cumpleaños.

—Mayra, ¿en dónde estás? —pregunta Daniel con la voz adormilada.

—Mirando por la ventana.

—Ven un momento a la cama, ¿Qué son esos ruidos?

—¡Llegó el circo! Quiero ir en la noche. ¡Vamos!

—¿Al circo?, ¡Por Dios! tengo muchas cosas que hacer. Además, no me gustan... pobres animales... encerrados. Deberían llevarlos a sus tierras de origen y soltarlos. Es una injusticia. Si quieres ve tú. Pero por lo pronto ven a mis brazos. Hagamos la función nosotros.

Daniel se fue para su trabajo y yo al mío. Hice lo programado pero a cada momento me venían recuerdos de mi tierra. Extrañé la comida, la manera de hablar de mis paisanos, los ingeniosos piropos. ¿Por qué me mudé de país? Por Daniel, él es de aquí aunque lo conocí allá, me gustó porque

era diferente: su piel oscura y perfecta, su cabello churrusco y esa mezcla de inteligencia con atractivo físico irresistible. Supe que era el hombre de mi vida.

Cuando regresé a la casa, el circo ya estaba montado, se veía precioso con sus luces en la entrada principal y sobre la tolda. Por los altavoces se escuchaba la música festiva y la voz del anfitrión invitando al gran evento. Para mi sorpresa, era el circo mexicano al que tantas veces fui de niña. Ahora estaba aquí, de gira por Centro América. Compré mi boleto y me fui sola.

Me senté en primera fila. Podía oler el sudor de los animales y la adrenalina expelida por el domador frente a tres enormes tigres de bengala y un león africano. Los animales eran enormes, mucho más de lo que los recordaba. Él, con su piel cobriza, sus ojos atigrados y el movimiento del látigo, los instaba a realizar todo tipo de suertes. Algo en su físico me hizo estremecer, como si hubiera revivido una emoción antigua. Admiré su valor y su hermosa sonrisa. Él mismo se encargó del baile de los elefantes y de las jirafas. Siguió otros números de magos, contorsionistas y payasos.

Cuando al domador le tocó volver a salir, lo hizo vestido con un traje de charro sobre un corcel blanco al ritmo del Jarabe Tapatío, interpretado por un buen mariachi. El corazón se me agitó con aquella escena y sentí hervir mis raíces en todo el cuerpo. Ese hombre era todos los hombres de mi tierra, era mi Pedro Infante de quien estuve enamorada desde la primera película en que lo vi. Con su bigote, su piel morena, su sombrero, muy macho sobre su caballo, era mi fantasía adolescente. En su número final quedó frente a mí, a menos de un metro de distancia, me miró y yo vi en él recuerdos de mis primeros amores. De no haber sido por el anuncio del intermedio, las luces encendidas y la algarraba de los chiquillos que me devolvieron a la realidad de mi condición de público, me hubiera abalanzado sobre él como una quinceañera fanática y soñadora. Hacía calor, sudaba y me pregunté si Daniel ya habría llegado a la casa.

Volvió la oscuridad, la penumbra, la iluminación dirigida, y aparecieron cinco chicas dominando los aros, las cintas, las telas de colores. Se sumaron los gimnastas con sus mallas pegaditas y sus torsos descubiertos, sus músculos perfectos, sus redondos glúteos y sus dotes masculinas sugeridas. Pirámides humanas imposibles, acrobacias llevadas al límite y después de un triple salto mortal del más pequeño, entre todos forman una figura geométrica estática y me sumerjo en sus facciones. Son mi gente, mi raza y pienso en mis compañeros de la escuela cuando hacíamos las tablas gimnásticas para los festivales.

La música advierte el número más esperado: los artistas del trapecio. Aparece el capitán del grupo bajo la luz de un reflector azul. Para mi sorpresa, es el mismo domador de ojos atigrados. Se ve radiante, hermoso, perfecto y comienzo a sentir deseos de tocarlo, de palpar su piel como si estuviera modelándolo con tierra de mi tierra. Tras él, cuatro artistas más. Suben con brío la escalera y comienzan sus acrobacias. Quiero ser una de ellos. Quiero aventarme al vacío y que sus brazos fuertes me sostengan. Quiero volar con él.

La función termina y quedo absorta en una realidad fantástica. Este es mi hombre, mi mundo. Lo busco y mi pri-

mer ocurrencia es decirle que siempre quise subirme en un trapecio. Se me acerca aún más, me olfatea, me toma de la mano y me conduce al camerino. Me quita los zapatos, la camisa, los jeans y me ofrece un leotardo adornado con lentejuelas doradas.

—Póntelo, ahora vengo por ti. Debo dar algunas instrucciones al personal de mantenimiento —me indica mientras rápidamente se quita las mallas y se pone un cómodo boxer.

Me visto. Me desconozco y me reconozco en semejante atuendo. Estoy en su casa, son sus cosas y yo las toco, siento las texturas en mis manos y lo deseo. Imagino mi vida en esta habitación móvil, a su lado. Regresa y me sorprende con mis pensamientos silenciosos pero que hacen ruido de cascabeles.

—Vamos, quiero hacer tu sueño realidad —me invita mientras me toma de la mano y siento sus callosidades.

—Pero jamás me he subido, no sé cómo hacerlo, sólo es un sueño, una fantasía.

—La red está puesta y siempre te estaré abrazando, no tienes nada de qué preocuparte.

En mis oídos se queda como un eco la promesa “te estaré abrazando” y me dejo conducir. Subimos lentamente, él me lleva en medio de su cuerpo, siento su respiración en mi cuello. Llegamos hasta la plataforma más alta. No siento miedo,

sólo el deseo de volar con este hombre. Me explica los pasos a seguir, los sigo hipnótica. Se sienta en el trapecio, me sienta en sus piernas, y lo libera. Nos columpiamos en la altura, me besa apasionadamente y siento crecer su miembro. Con gran maestría, la que sin duda da la experiencia, me penetra y todo mi cuerpo se convierte en un grito explosivo.

—¡Ay mamita! Qué buena estás... —me susurra con su acento mexicano mientras bajamos —, pero ahora debo descansar. Los que trabajamos en el circo somos gente sana y muy disciplinada. Espero que te haya gustado la función.

Yo no tengo palabras, no sé a dónde se han ido, tampoco sé qué hora es ni... ¡Carajo!, qué le voy a decir a Daniel.

Daniel era mi esposo, el hombre por el cual había abandonado mi tierra natal, mi familia y un futuro profesional prometedor pero era, ante todo, mi amigo. Por eso, cuando varios días después volví a casa llorando, tristísima, me cobijé entre sus brazos. Había regresado al circo, envalentonada por mis fantasías sexocircenses. Fui a buscar al hombre de ojos atigrados. La función ya había terminado. Toqué en su camerino y nadie respondió. Tal vez me estaba esperando en el trapecio. Ahí lo vi, columpiándose alegremente, llevando sobre sus piernas a otra muchacha, haciendo sus fantasías, realidad.

—¡Te juro que yo sólo quería volar! —le dije a Daniel desconsolada.

De la ciudad, EJB





LETY ELVIR *Hondureña*

EL SINTAGMA OLVIDADO: HISTORIA Y GÉNERO EN EL CANON LITERARIO CENTROAMERICANO

Lety Elvir Lazo. letyletra@hotmail.com. Departamento de Letras, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, UNAH. Candidata a Dra. en Letras y Artes en América Central, UNA de Costa Rica.

"En [...] estos ejemplos, la mujer es el sintagma olvidado [...], una historiadora feminista de la subalternidad tendría que plantearse el problema de la mujer como asunto estructural más que marginal".²

El presente estudio aborda el tema de los procesos consagrantes de autores y textos literarios, con el objetivo de desvelar el carácter androcéntrico, discriminador e irresponsable que ha marcado la construcción del canon y de la historia de la literatura en la región centroamericana. En esta ocasión me he interesado sobre todo en el análisis de antologías (de cuentos y poesía) que están en connivencia con las universidades, publicadas desde 1990; dicho análisis es desarrollado a partir de las categorías de canon (literario), género (literario), género³ (roles sociales asignados a cada persona en función de su sexo) y desde perspectivas pos-estructuralistas que ayudan a explicar algunos fenómenos de exclusión literaria del pasado y de la actualidad.

La exclusión, invisibilidad y marginación de la literatura escrita por mujeres, en tanto sujetos de género, están registradas en los silencios de la historia, que no ha sido escrita por mujeres. Las antologías, los críticos literarios, los programas de estudio del sistema educativo en todos sus niveles han sido los paradigmas clásicos para establecer los juicios de valor de lo que puede ser o no puede ser un objeto de excelencia artística; son estos paradigmas de autoridad los que pretendo poner bajo sospecha, con el propósito de que mujeres y hombres revisemos, re-escribamos y corrijamos la historia, porque es necesario hacer justicia a las escritoras en el istmo centroamericano, aunque con ello se empañe el espejo del canon literario de nuestra región, porque urge construir una cultura equilibrada donde no se enajene a ninguno de sus sujetos protagonistas.

Nadie, a estas alturas del tiempo y con juicio crítico, podrá negar que ha habido -y que aún existe- ocultamiento y desvalorización de los aportes de las mujeres en la historia de la literatura centroamericana, tampoco podrá ignorar que las mujeres han sido "el sintagma [el grupo] olvidado" de los discursos narrados por los historiadores e instituciones que distribuyeron el poder; que establecieron los paradigmas de la calidad estética; que impusieron los modelos del buen hacer, del buen leer y del buen criticar literario; que colocaron los mojones para fijar las fronteras de la distinción y del buen gusto literario. Nadie puede aceptar como verdad absoluta, única, pura, monolítica y eterna la versión de una sola voz, si existe el reino de las muchas voces y de los diversos colores.

La distribución del poder en el campo de la literatura se mide generalmente con el grado de consagración en el canon literario clásico o tradicional. La canonización es un valor simbólico que, como bien lo explica Pierre Bourdieu (1997: 113)⁴, redundante en las ganancias económicas y políticas que suelen volver tautológico el círculo de la distribución del poder en el campo artístico. Por eso, al canon literario lo construyen, lo legalizan a través de una serie de instituciones.

Un acercamiento a los mecanismos y agentes de construcción del canon literario y del campo artístico en general en Centroamérica, podría ser el siguiente:

- Las antologías
- Los programas de estudio del sistema educativo, prioritariamente el universitario
- profesores universitarios de literatura (con sus comentarios o recomendaciones de lectura)
- los críticos literarios locales, consagrados como jueces
- los suplementos literarios de los periódicos nacionales
- las revistas de literatura
- los sellos editoriales
- la industria globalizada de editoriales, como Alfaguara
- los encuentros, simposios o congresos de literatura, como el CILCA
- la crítica y academias literarias internacionales
- agentes de publicidad y de comercio
- los premios literarios
- las ferias de libros
- las presentaciones de libros
- los catálogos
- los mass media
- el público consumidor de arte y literatura.

Debido a que la estructura de los campos culturales es de carácter entrecruzada o quiasmática, como lo analiza Pierre Bourdieu (1997: 177), las diversas jerarquías que lo componen (tanto las jerarquías en función del beneficio económico como las jerarquías en función del prestigio) también son entrecruzadas y su convivencia está basada en principios de diferenciación, tales como diferencias de géneros literarios, diferencias de valor simbólico, diferencias en la jerarquía del público consumidor "e incluso [diferencias] con la jerarquía de los autores en función de su procedencia social y de su sexo" (Bourdieu, 1997: 178). Es decir, cuando se analiza un texto hay que tomar en cuenta también el sexo de la persona que escribe, que dice.

GÉNEROS (LITERARIOS) Y GÉNEROS

Por razones socioculturales determinadas en un momento histórico, y no por causas naturales ni biológicas, existen situaciones y prácticas discursivas asociadas y jerarquizadas en función del sexo de las personas. Se ha observado que en diferentes etapas de la historia algunos géneros literarios han sido predominantemente producidos más por un género que por otro.

En la mayoría de los países centroamericanos estas jerarquías de valores en la última década, podrían graficarse de la siguiente manera:

1. Jerarquía a nivel del valor simbólico (y económico)

Novela

Cuento • Poesía

La novela es el género literario que se consagra en Europa (Francia) desde mediados del siglo XIX, distinción que hasta entonces había ocupado la poesía en la jerarquía en función de su valor simbólico y el teatro, en su valor comercial. En la últimas décadas del siglo XX, la novela se consolida en Centroamérica como el género canonizado por excelen-

cia, tanto a nivel económico como de prestigio; la poesía también en este caso fue desplazada del lugar privilegiado que tuvo, por ejemplo, en la construcción de "identidades nacionales"; en la construcción de la "nueva Nicaragua" inmediatamente después del triunfo revolucionario del FSLN, desde el Ministerio de Cultura y los talleres de poesía.

La poesía fue un canal de denuncias de las ocupaciones militares extranjeras, de la dependencia económica, dictaduras militares, también fue espacio de diálogo entre los diferentes escritores del área, que coincidieron en una o varias generaciones mayoritariamente comprometidas con los procesos de cambios estructurales que se emprendieron en la región desde antes de la década del noventa, me refiero, por ejemplo, a Roque Dalton, Matilde Elena López, Claribel Alegría, Otto René Castillo, Clementina Suárez, Pompeyo del Valle, Roberto Sosa, Eduardo Bahr, Manlio Argueta, Carlos Martínez Rivas, Sergio Ramírez, Ernesto Cardenal, Christian Santos, Gioconda Belli, Alaidde Foppa, Ana María Rodas, Daysi Zamora, Vidaluz Meneses, Carmen Naranjo, Moravia Ochoa, entre otros y otras.

Además, algunos de los premios literarios latinoamericanos de mayor reconocimiento simbólico estaban destinados para el género poesía, tal como el premio Casa de las Américas, premio EDUCA, que fueron otorgados a varios de los escritores arriba mencionados, en el período antes señalado.

Actualmente, el cuento, género literario re-emergente en el área, se ubica casi en la misma posición que la poesía. Dentro de la narrativa el cuento tiene un valor simbólico menor en relación con la novela, pues, más bien se le ha visto como el hermano menor de esta última; además, la crítica literaria se ha centrado en el análisis de la novela, sobre todo de la llamada nueva novela histórica, y de la testimonial, exceptuando algunos cuentos de escritores, tales como Augusto Monterroso, Sergio Ramírez, Enrique Jaramillo Levi, Carmen Naranjo, Rima de Vallbona. No obstante, es sintomática la publicación de varias antologías de cuentos centroamericanos en este período de intersiglos.

2. Jerarquía a nivel del género /sexo de quien escribe

Hombres	Mujeres
---------	---------

La historia universal y regional de la literatura han construido un canon literario clásico, masculino, heterosexual, blanco y burgués, todo lo demás ha sido invisibilizado, marginado o despreciado por las instituciones consagradas. En el caso de las escritoras latinoamericanas se percibe un cambio, básicamente a partir de 1975⁵ declarado por las Naciones Unidas como "Año Internacional de la Mujer", que permitió sacar a luz la voz y los textos artísticos de las mujeres.

En Centroamérica el cambio más radical y generalizado se perfila desde la década de los años ochenta no obstante es a partir de los noventa que las mujeres hacen una ruptura histórica, luchando por posicionarse en un lugar de poder a través de la ampliación del canon o, mejor aún, en la constitución de un anticanon que muestra lo heterodóxico, lo diverso, en la producción artística. Lo anterior no significa que el problema ya esté resuelto, sino que, tal vez, algunas bases se hayan debilitado, mas el camino por andar es todavía largo, mujeres y hombres tenemos que hacerlo.

3. Jerarquía en el valor económico y de prestigio en interrelación con la jerarquía de género (literario) y género:

Novela	Cuento •Poesía
(Hombres)	(Mujeres)

El tercer numeral sencillamente trata de mostrar la relación género literario y género. Es decir, la novela, cuando se consagra, se convierte en un género literario producido mayoritariamente por hombres y sobre todo goza de más prestigio si es escrita por hombre, y la poesía, que ha sido

desplazada, se feminiza, las casas editoriales consideran que es un riesgo económico publicar poesía, peor aún si es poesía escrita por mujeres o poesía escrita después del estertor de las balas y la sangre de la guerra civil centroamericana de los años ochenta.

En tal sentido, la jerarquía en función del valor simbólico y la jerarquía del valor económico-mercantil están íntimamente relacionadas con las diferencias de jerarquía de valor del sexo de la persona que escribe. Aquí se repiten las oposiciones de valor, canon/ no-canon, centro/ periferia, novela/ poesía, novela /cuento, hombre/ mujer, lo masculino /lo femenino, correspondiendo el sentido peyorativo al segundo componente de los pares de oposición.

En fin, el canon literario tradicional, al igual que otros constructos sociales, ha servido como fijador de estereotipos. El canon centroamericano ha construido estereotipos como fetiches, que niegan y temen a las diferencias de género sexual, diferencias de géneros literarios, diferencias de identidades étnicas y sexuales, diferencias del color de la piel⁶, etc.

Como hemos visto, tanto las teorías de la subalternidad como las teorías de la recepción, entre otras, permiten explicar no sólo la interdependencia que hay entre producción y recepción, sino también la interrelación entre recepción, canon literario, género literario, género o la perspectiva de género de quien produce, de quien lee o critica; por eso, desconstituir las redes de estos sistemas es básico para una nueva hermenéutica, para "una epistemología responsable" (Zavala, 1999: 28)⁷ de la historiografía literaria.

Los cambios vienen de afuera, pero también del interior de cada país del área; asimismo, los cambios podemos verlos desde afuera del texto, pero también desde su dinámica interior, porque son contextos que se interrelacionan mutuamente.

A partir del análisis de ese juego adentro- afuera se percibe un cambio en la literatura de América Central, cuyos factores ya se han indicado: el fin de la guerra civil centroamericana o, mejor dicho, la firma de los acuerdos de Paz (el último en firmarse fue el de Guatemala, en 1996) que marcaron el inicio de una nueva etapa socio-política en Centroamérica; reintegro de los guerrilleros y guerrilleras a la sociedad civil; los grupos que se mantienen en el exilio y los que regresan; nuevas circunstancias para la producción artística que permitieron a un grupo de mujeres militantes (y no militantes) tener tiempo en las nuevas condiciones para dedicarse a producir textos literarios que hablaran de su experiencia como mujeres; además, se desarrolla la crítica literaria feminista y se consolidan académicamente las teorías feministas al ser reconocidas como herramientas determinantes en las investigaciones del área de las humanidades en las academias de Estados Unidos y Europa.

Este conjunto de nuevas situaciones, de cambios de paradigmas, confluyen a favor de las manifestaciones y postulados de las mujeres escritoras y de otros grupos marginados en nuestras sociedades.

Algunas de las cuentistas⁸ que rompen el horizonte de expectativas en la década de los noventa: Ana María Rodas, Mildred Hernández, Aída Toledo, María Eugenia Ramos, Rocío Tábora, Jacinta Escudos, Claudia Hernández, Isolda Rodríguez, Patricia Delgadillo, Marisela Quintana, Rima de Vallbona, Anacristina Rossi, Moravia Ochoa, Digna Valderrama, entre otras.

Estas autoras, entre muchas otras, han hecho rupturas tanto por el estilo de escribir como por los temas y re-lectura de mitos como el de la maternidad, el matrimonio, la familia, la relación madre-hija, además por su perspectiva crítica y de género sobre los proyectos revolucionarios de la década del setenta y ochenta; en todos ellos hay una búsqueda de auto-representación, de construcción de identidades del sujeto femenino, así como una ocupación en la desconstrucción de la historia.

Situación similar sucede en la poesía actual de poetisas centroamericanas⁹, como Marta Leonor González, Tania Montenegro, Carola Brantome, France Montenegro, Blanca Castellón, Amanda Rivas, Elena Ramos, entre otras, de Nicaragua; Maya Cú Choc, Mónica Albizúrez Gil, Rossana Estrada Búcaro, Regina José Galindo, Carmen Matute, Luz Méndez de la Vega, Isabel de los ángeles Ruano, entre otras, de Guatemala; Silvia Matus, Silvia Elena Regalado, Dina Posada, Nora Méndez, Eva Ortiz, Susana Reyes, Tania Molina, entre otras, de El Salvador; Juana Pavón, Amanda Castro, Claudia Torres, Helen Umaña, Armida García, Diana Espinal, Indira Flamenco, entre otras, de Honduras; Carmen Naranjo, Ana Istarú, Delia McDonald, María Montero, Julieta Dobles, Ana Antillón, Laura Fuentes, entre otras, de Costa Rica; Moravia Ochoa, Berta Alicia Peralta, Consuelo Thomas, Katia Chiari, Gloria Young, Yolanda Hackshaw, Eyra Harbar, entre otras, de Panamá.

El cuento, junto a la poesía, es el género literario más trabajado por las mujeres centroamericanas. Han sido ellas las primeras no sólo en contarlos oralmente y en escribirlos en nuestra región, sino que lo han hecho introduciendo innovaciones en la estética y temáticas de los mismos, y en la narrativa en general; sin embargo la historiografía de la literatura continúa equivocándose, continúa ocultando a las mujeres, sus producciones y aportes literarios.

En la línea de pensamiento de Mijail Bajtín, entiendo por género literario un discurso inmerso en las condiciones sociales que lo producen, y que produce a la vez; un discurso que se articula por relaciones dialógicas y que, por tanto, es discurso comprometido (no neutral) de un lenguaje en un contexto particular. Es decir, "el hablante en la novela [para nuestro caso, léase cuento o poesía], siempre es, en una u otra medida un ideólogo que defiende y pone a prueba sus posiciones ideológicas; se convierte en apologeta y polemista" (Bajtín, 1991:150)¹⁰.

Las antologías y los diccionarios de escritores también son discursos canónicos que, por cierto, algunos han comenzado a "feminizarle" los títulos (cuando lo común era que el término masculino suponía designar a ambos): "escritores y escritoras", "autores y autoras", pero siempre excluyendo a las mujeres o incorporándolas en cantidades mezquinas. Por tanto, no sirve de nada "feminizar" las palabras si no se va a manifestar en la práctica, con hechos, que avanzamos hacia una cultura equilibrada, hacia una nueva historiografía literaria.

Iris M. Zavala, en su postura sobre el canon, nos recuerda que "el canon o lo canonizado [al igual que el género sexual] no es un hecho ni biológico ni transhistórico, sino una construcción discursiva contingente, y resultado de prácticas discursivas sobredeterminadas"¹¹.

Otros cánones se están configurando simultáneamente en América Central, de ahí que el canon literario no sea una instancia fija, homogénea, neutral, imparcial, armonioso, ni único, ni singular. El canon, o los cánones, en cada país centroamericano necesita ser leído de otra manera, entendido desde una hermenéutica responsable que asuma metodológicamente las diferentes voces. Por eso es innegable la importancia del perfil de responsabilidad del crítico literario, o de los antólogos, porque con su función están haciendo historia.

Las antologías, el canon literario y el género

Las antologías han tenido un papel muy importante en la estructuración del canon literario, desde su nacimiento a finales del siglo XVIII¹². Toda antología es una colección de obras (o muestras) seleccionadas de otras ya publicadas (o inéditas) con el fin de divulgarlas como modelos a valorar e imitar por un público mayoritariamente compuesto por sectores vinculados a la educación, las artes y las Letras.

Toda antología es, entonces, un mecanismo que consolida autores, consagra géneros literarios, abre mercados, etc, a través de una persona

antóloga, "crítico y super lector", que consagra y es consagrado a la vez como autoridad especializada. Hasta aquí no he hecho más que describir tal mecanismo, pero lo importante no es saber sólo cómo funciona, sino analizar sus consecuencias, preguntarnos qué visión del mundo, qué hábitos se formó en el público lector de las antologías, particularmente las juventudes, los estudiantes, los profesores que ahora reproducen con sus alumnos lo que aprendieron, o ponen en práctica lo que está indicado en los programas de estudios de los diferentes niveles del sistema educativo oficial de nuestros países. ¿Cuántas escritoras están incluidas en las antologías? ¿Cuántas obras o nombres de autoras lee un estudiante en su paso por el colegio o universidad? ¿Cuántas mujeres están mencionadas en los diccionarios literarios? ¿Los antólogos han sido justos en sus selecciones o han traicionado la representatividad de la historia literaria? ¿Han sido responsables los Departamentos de Letras de las universidades con la selección y jerarquía de libros, autores y géneros literarios que actualmente hacen circular entre sus docentes y estudiantes?

Las respuestas son obvias, se leen en el ambiente y en "el buen gusto" exclusivo de la gente que se ha formado con una enciclopedia o historia literaria mutilada, excluyente, irresponsable e injusta, que ha ocultado y olvidado la versión de las mujeres; que ha reproducido patrones rancios llenos de inequidad, basados en una preceptiva literaria homosocial masculina en detrimento de las mujeres y de otros grupos subalternos.

A continuación presento algunos datos estadísticos de una serie de antologías que han sido publicadas recientemente:

Con ellas podrán hacer comparaciones y conclusiones, se podrá observar en qué países (o individuos) se ha avanzado o retrocedido en la valoración y conocimiento de las obras femeninas, y mucho más.

He dado prioridad a una serie de antologías de poesía y cuento publicadas simultáneamente por la editorial universitaria centroamericana, EDUCA (organismo editorial del Consejo Superior Universitario Centroamericano –CSUCA– que aglutina a 15 universidades de los 7 países centroamericanos)¹³ por su vinculación con procesos educativos oficiales. Este proyecto antológico se realizó con el objetivo de dar a conocer la producción literaria representativa de cada país centroamericano, desde sus inicios hasta 1998, fecha de su publicación, mediante la donación de las antologías a las diferentes bibliotecas centroamericanas y algunas del extranjero, y, por supuesto, también mediante la venta al público.

Antologías de cuentos y poesía escogida de cada país centroamericano

1. Arias, Arturo (Selección y prólogo). 1998. **Guatemala: Cuentos escogidos**. San José: Educa. Incluye a 18 cuentistas: 16 autores y 2 autoras, es decir: 89% (hombres) y 11% (mujeres)

2. Roque Baldovinos, Ricardo (Selección y prólogo). 1998. **El Salvador: Cuentos escogidos**. San José: Educa. Incluye a 18 cuentistas: 17 autores y 1 autora, es decir: 94% (hombres) y 6% (mujeres)

3. Lara Martínez, Rafael (Selección y prólogo). 1998. **El Salvador: poesía escogida**. San José: Educa. Incluye a 18 poetisas: 15 autores y 3 autoras = 83% (hombres) y 17% (mujeres).

4. Sosa, Roberto (Selección y prólogo). 1998. **Honduras: Cuentos escogidos**. San José: Educa. Incluye a 18 cuentistas: 18 autores y 0 autoras, es decir: 100% (hombres) y 0% (mujeres).

5. Sosa, Roberto (Selección y prólogo). 1998. **Honduras: Poesía escogida**. San José: Educa. Incluye a 26 poetisas: 24 autores y 2 autoras, es decir: 92% (hombres) y 8% (mujeres).

6. Valle Castillo, Julio. 1998. **Nicaragua: Cuentos escogidos**. San José: Educa. Incluye a 13 cuentistas: 13 autores y 0 autoras, es decir: 100%

(hombres) y 0%(mujeres).

7. Valle Castillo, Julio (Selección y prólogo). 1998. **Nicaragua: poesía escogida**. San José: Educa.

Incluye a 18 poetas: 4 autoras y 14 autores, es decir: 12% (mujeres) y 78% (hombres).

8. Monge, Carlos Francisco (selección y prólogo), 1998. **Costa Rica: poesía escogida**. San José: Educa.

Incluye a 20 poetas: 5 autoras y 15 autores, es decir: 20% (mujeres) y 80% (hombres).

9. García de Paredes, Franz (selección y prólogo), 1998. **Panamá: cuentos escogidos**. San José: Educa. Incluye a 15 cuentistas: 14 autores y 1 autora, es decir: 93% (hombres) y 7% (mujeres).

10. Martínez Ortega, Arístides (selección y prólogo), 1998. **Panamá: poesía escogida**. San José: Educa. Incluye 22 poetas: 19 autores y 3 autoras, es decir: 86% (hombres) y 17% (mujeres).

En suma, según lo narrado en estas antologías, en Centroamérica hay 21 mujeres poetas y 6 cuentistas, siendo Nicaragua y Honduras los países donde no existe ni siquiera una escritora de cuentos; mientras tanto, los poetas ascienden a 89 y los cuentistas a 76, Honduras es el país que aparece con más hombres poetas y cuentistas que el resto de Centroamérica (24 y 18 respectivamente).

En estas antologías se podrá observar, además, otros datos interesantes, como los referidos a los vínculos literarios de los antólogos, y su mayor, menor o ningún reconocimiento a las autoras; la lista de nombres de los seleccionados y las seleccionadas; la cantidad y extensión de los poemas y cuentos escogidos; los criterios de selección; a quién adjudican la paternidad o maternidad de los dos géneros literarios estudiados; los temas y estilos de escritura de los cuentos y poemas elegidos; en fin, muchos elementos que quedarán para estudios posteriores y para otras personas interesadas en el análisis de textos centroamericanos.

Los índices de las antologías mencionadas inducirían a pensar que en algunos países de Centroamérica no hay mujeres escritoras, o que las hay muy pocas, o que sus obras son de mala calidad. En al menos uno de los prólogos la omisión de escritoras se justifica en una supuesta "inmadurez" de su producción literaria, en tal sentido no merecen estar adscritas; más de una antología está presentada como el catálogo representativo de "la construcción de la nacionalidad" y de la historia (literaria) nacional y regional.

Visto así, entonces, las mujeres una vez más están fuera de las historias o están disminuidas, degradadas, ya que su representación no corresponde de manera justa ni responsable con la realidad de su vasta producción literaria, más corresponde a un estancamiento, y a veces hasta retroceso, en el pensamiento y visión de mundo de las personas e instituciones (y sociedades) encargadas de nombrar oficialmente, salvo ciertas excepciones.

Mas estas antologías también dicen mucho con sus silencios y exclusiones si, por ejemplo, las ponemos a dialogar entre ellas o con otras antologías como las que se señalan a continuación:

Otras Antologías por país

De Guatemala:

1. Estrada Búcaro, Rossana y Romeo Moguel Estrada (Antólogos), 2001: **Voces de posguerra. Antología de poesía guatemalteca**. Guatemala: FUNDARTE. Incluye 86 poetas con producción literaria sólo de la década de los noventa, voces nuevas casi todas: 27 mujeres y 59 hombres: 31% autoras y 69% autores.

2. Muñoz, Willy (Antólogo), 2001: **Antología de cuentistas guatemaltecos**. Guatemala: Letra Negra. Contiene una selección de cuentos de 15 escritoras guatemaltecas.

De El Salvador:

1. Red de Mujeres Escritoras Salvadoreñas. 1997: **Mujeres en la literatura salvadoreña**. San Salvador: Imprenta Public. Incluye a 132 escritoras desde 1885 hasta 1997.

De Honduras:

1. Pineda, Ada Luz (Antóloga). 1998: Honduras: **Mujer y poesía**. Tegucigalpa: Guardabarranco. Registra 74 mujeres poetas de 1865 a 1998.

2. Umaña, Helen. 1999: **Panorama crítico del cuento hondureño (1881-1999)**. Tegucigalpa/ Guatemala: Editorial Iberoamericana/ Letra Negra.

Helen Umaña, investigadora entusiasta de la literatura hondureña, ha hecho un estudio valioso de la trayectoria del cuento en Honduras, que registra el nombre de 28 mujeres autoras de cuentos (y 161 de hombres).

De Nicaragua:

1. Zamora, Daisy (Antóloga). 1992: **La mujer nicaragüense en la poesía** (Antología). Managua: Editorial Nueva Nicaragua.

Incluye 20 poetas. Hay que tomar en cuenta que esta antología es de 1992 y, por tanto, no puede recoger la producción literaria de las poetas de la última década donde las mujeres han ocupado mayor espacio en la literatura.

De Costa Rica:

1. Berrón, Linda (antóloga). 1994: **Relatos de mujeres: Antología de narradoras de Costa Rica**. San José: Editorial Mujeres.

2. Berrón, Linda (Antóloga). 1998: **Relatos del desamor**. San José: Editorial Mujeres. En conjunto, estas dos antologías reúnen a 30 mujeres cuentistas de Costa Rica.

De Panamá:

1. Jaramillo Levi, Enrique (antólogo), 2003: **Panamá Cuenta: Cuentistas del Centenario (1851-2003)**. Panamá: Editorial Norma. Incluye 60 cuentistas. 12, (20%) son mujeres.

2. Jaramillo Levi, Enrique (antólogo), 2004: **Flor y nata (Mujeres cuentistas de Panamá)** Panamá. Editora Géminis. Incluye 37 cuentistas mujeres.

Antologías Centroamericanas (regionales) de cuento

1. Garces Larrea, Cristóbal (Selección y prólogo), 197(?) s.f.): **Narradores centroamericanos contemporáneos**. Quito: Ariel Universal. Contiene 34 cuentistas: 31 hombres y 3 mujeres (2 panameñas y 1 costarricense). 91% hombres y 9% mujeres.

2. Ramírez, Sergio (Antólogo), 1973 (primera edición): **Antología del cuento centroamericano**. San José: Educa. Reúne a 63 cuentistas: 60 hombres y 3 mujeres (1 salvadoreña y 2 de Costa Rica). 95% y 5% respectivamente. (Esta misma antología, pero con edición de 1977, reduce a 49 los antologados: 46 hombres y 3 mujeres).

3. Délano, Poli (Antólogo), 2000: **Cuentos Centroamericanos**. Barcelona: Editorial Andrés Bello. Su selección incluye a 21 cuentistas: 16 hombres y 5 mujeres (2 de Panamá, 2 de Costa Rica y 1 de El Salvador). 76% y 24%, respectivamente.

4. Mejía, José (Selección y prólogo), 2002: **Los centroamericanos (antología de cuentos)**. Guatemala: Editorial Santillana. Contiene una selección de 21 cuentistas, de los cuales 19 son hombres y

2 son mujeres (ambas de nacionalidad salvadoreña). 91% y 9%, respectivamente.

5. Jaramillo Levi, Enrique (selección, prólogo y notas), 2003: **Pequeñas resistencias 2. Antología del cuento centroamericano contemporáneo**. Madrid: Páginas de espuma. Incluye 60 cuentistas; 10 de cada país centroamericano, a excepción de Belice: 47 hombres y 13 mujeres (4 de Costa Rica, 2 de El Salvador, 3 de Guatemala, 1 de Honduras, 0 de Nicaragua y 3 de Panamá).

6. Mackenbach, Werner (Compilador), 2004: **CICATRICES: un retrato del cuento centroamericano**¹⁴. Managua: Anamá Ediciones. Muestra 37 cuentistas: 26 hombres y 11 mujeres: 70% y 30% respectivamente, (2 de Guatemala, 2 de El Salvador, 2 de Nicaragua, 4 de costa Rica y 1 de Panamá); el 95% de los cuentos de esta antología fueron publicados entre 1980 y 2004.

Antologías centroamericanas (regionales) de poesía.

1. Armijo, Roberto y Rigoberto Paredes (Selección y notas), 1983: **Poesía contemporánea de Centro América (selección de poetas nacidos alrededor de 1900-1950)**. Barcelona: impreso en Gráficas Diamante. Incluye 41 poetas: 35 hombres y 6 mujeres (3 de Costa Rica, 1 de Nicaragua, 1 de Honduras, 1 de El Salvador y 0 de Guatemala). 85% y 15%, respectivamente.

2. Jaramillo Levi, Enrique y Salvador Medina Barahona (Compiladores), 2003. **Construyamos un puente: 31 poetas panameños nacidos entre 1957-1983**. Panamá: Universidad Tecnológica de Panamá.

De los 31 integrantes, 22 son hombres y 9 son mujeres: 71% y 29%, respectivamente.

3. Albizúrez Palma, Francisco (Antólogo), 2003: **Poesía contemporánea de la América Central**¹⁵. San José: Editorial Costa Rica.

Incluye 62 poetas: 44 hombres y 18 mujeres (6 de Guatemala, 2 de El Salvador, 1 de Honduras, 3 de Nicaragua y 6 de Costa Rica). 71% y 29%, respectivamente.

CONCLUSIONES

Urge una genealogía femenina centroamericana, una genealogía de las escritoras, porque es necesario que las estudiosas (y estudiosos) de la literatura y de la historia de Centroamérica contribuyan de manera activa al proceso de construcción de esa historiografía pendiente que deberá ser justa y destructora de los relatos maestros, los mismos que han excluido a las mujeres, en tanto sujetos sexuados; que las han ocultado e invisibilizado tras el estereotipo de lo femenino como argumento de desvalorización y tras conceptos de casta, clase, nación, Humano, etc.: conceptos-categorías importantes en su interrelación porque conforman al sujeto, pero no por ello debe seguirse arrebatando ni olvidando los aportes de una de las dos mitades que habitan el planeta.

La discriminación en función de la pigmentación de la piel, de la religión, cultura, género, identidad sexual, o de cualquier otra índole, no es más que una separación brutal que no beneficia ni a hombres ni a mujeres, pero sí a una estructura patriarcal, neo-colonial capitalista, para mantener su status quo, incluso ahora en su etapa transnacional y mundializada.

En Centroamérica, a partir de las décadas de los ochenta y noventa, las heridas de la historiografía literaria comienzan a dar señales de cicatrización; la "amnesia" en las antologías literarias ha comenzado a "olvidar-

se"; a veces a regañadientes, otras veces con valoración sincera, y a pesar de que todavía se pasean dinosaurios por nuestros parques literarios, podemos observar el avance. Poco a poco las escritoras están ocupando espacios, tomando la palabra, susurrando, haciendo ruidos, inscribiendo sus nombres, filtrando sus voces cada vez más y más, subvirtiendo así el canon desde los centros y, sobre todo, desde las periferias. Ya no hay más canon, sino cánones o anticánones literarios. Y en este proceso de avance varios hombres están incorporados con la mente y el corazón abiertos.

Las mujeres centroamericanas necesitan consolidar esfuerzos, compartir experiencias, conocerse más, organizarse más, definir estrategias, hacer pactos entre ellas y con otros sectores conscientes e interesados en releer y rescribir la historia.

NOTAS

1. Este ensayo fue presentado inicialmente en el VII Congreso Centroamericano de Historia. Tegucigalpa, julio 2004. Ha sido actualizado.

2. Ver: Spivak, Gayatri en "Desconstruyendo la Historiografía", incluido en Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (comps.), 1997. *Debates Post coloniales: Una introducción a los Estudios de la Subalternidad*. La Paz, Bolivia: Historias, Sefhis, Aruwiyiri. Págs. 274-275.

3. De aquí en adelante utilizaremos la palabra género para referirnos a la categoría de la teoría feminista de análisis de la diferencia sexual y género literario para referirnos a la categoría de la teoría literaria de análisis de los discursos.

4. Ver: Bourdieu, Pierre. 1997: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.

5. No obstante, casos excepcionales de escritoras como Clementina Suárez, Mimi Díaz Lozano, Eunice Odio, Yolanda Oreamuno, Luz Méndez de la Vega, Ana María Rodas, ya habían marcado la ruta a seguir.

6. Para más información sobre el estereotipo como fetiche, ver: Bhabha, Homi. 2002: *El Lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.

7. En: Díaz-Diocaretz, Mirian e Iris Zavala (Coords.), 1999: *Breve historia feminista de la literatura española*. Barcelona: Anthropos.

8. Esta lista de escritoras centroamericanas es sólo una pequeña muestra del universo de autoras de la región, la mención de estos nombres en particular se debe a que algunos de sus cuentos serán objeto de estudio en mi tesis doctoral. En la misma tesis adjuntaré un inventario completo de escritoras que hayan publicado libros de cuentos entre 1992 y 2002.

9. Más información en mi ensayo: *Cuerpo e identidades en la poesía contemporánea escrita por mujeres centroamericanas*. (en edición).

10. Bajtín, Mijail. 1991. *Teoría estética de la novela*. Madrid: Taurus Ediciones.

11. Zavala, Iris M. "El canon y la escritura en Latinoamérica", en revista Casa de las Américas. N° 212, julio-septiembre de 1998. Págs. 33-40.

12. Véase el ensayo de Aradra Sánchez, Rosa María: "El papel de las antologías en la formación del canon", en: Pozuelo Yvancos, José María y Rosa María Aradra Sánchez, 2000: *Teoría del canon y literatura española*. Madrid: Cátedra. Págs. 161-172.

13. De esta serie de publicaciones, EDUCA no editó las antologías correspondientes a Belice, ni la de poesía de Guatemala, así como tampoco la colección de cuentos de Costa Rica.

14. Esta antología es la única que incluye cuentos de escritores de Belice, tres relatos en total, ninguno escrito por mujer.

15. Es importante señalar que una nota introductoria de esta antología nos informa que es parte de un proyecto cultural- institucional denominado PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO DE LA AMÉRICA CENTRAL, de la Editorial Costa Rica, apoyado por la UNESCO quien en 1987 determinó la ayuda al mismo, con el compromiso de que se publicaran 6 tomos en un plazo de cinco años, a partir de la edición de los primeros dos volúmenes. Desconozco a la fecha (julio-2004) si este proyecto tuvo continuidad.



VIVIANE NATHAN

2 POEMAS*

CONFIESO

(a mis amigos)

Siento no tener el equipaje
que exigen todas las absurdas circunstancias.
Me excuso por las cien torpezas diarias,
por los errores grandes y chiquitos,
por la bella tontería,
por la cuerda voluntad de mi vergüenza.
Soy aldea pequeña, de diminutos espacios,
selvas y llanuras adornadas
con flores que tiemblan silenciosas.
Soy la dulce respuesta de la pregunta que no nace...

*Tomados de: Vivian Nathan. *Tiempo justo*. Ed. Torremozas, Madrid, 1990.

*Cantamos porque llueve sobre el surco
y somos militantes de la vida
y porque no podemos ni queremos
dejar que la canción se haga ceniza.*

Mario Benedetti

Es mentira la voz,
la palabra,
la razón, la ilusión, la esperanza.
Es mentira el tormento del amor,
el beso que se va o que no llega.
Es mentira la vida que uno hace,
lo que uno es,
lo que uno dice,
lo que uno calla...

Pero en todo este enredo hay algo verdadero,
genuino,
misterioso,
pasajero.

Es la pura existencia incorrupta,
desmesurado el encanto,
dulce la soledad de la tierra,
auténtico ensayo del Hombre:
Resistencia...



A la ciudad, EJB



JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ PITTÍ

3 cuentos

Nuevas circunstancias

- Esa última vez pudiste ser mía.
—Me atemoriqué.
—Aún serías mía.
—No quería perder el control. ¿Recuerdas que te lo dije?
—Nunca debí llevarte a clases.
—Al día siguiente... Sólo tenías que esperar un día más.
—Sabes que no pude.
—Me hiciste perder el control. Y ese día tenía un examen. Y era el patio de la universidad. Te propasaste...
—Tú lo deseabas.
—Entiéndeme. Eran muchas circunstancias en contra de ese momento. No debiste llevarme. Sólo tenías que esperar un día más.
—Pero igual, no quisiste nada al día siguiente. Ni siquiera me besaste. Me pareció absurda tu actitud.
—Me ponías nerviosa. Ya lo sabes. No quería que tuvieras ese poder sobre mí.
—Pero el jueves igual lo hice, y sólo faltó un poquito para adelantar el viernes.
—Y ahora las circunstancias serían distintas.
—Nunca comprendí por qué actuaste ese viernes así. No me gustó sentirme rechazado.
—No lo hice por herirte. Entiende. Fui cobarde. Tuve miedo de enfrentarlo. El miedo de empezar una vida de cero fue atroz, pudo más que yo.
—Pero, al no aceptarme, empezaste igual una nueva vida.
—Siempre es posible volver a empezar.
—Cierto a veces. Pero otras muy tarde.
—¿Y en ésta? Quisiera empezar contigo. El control no me preocupa. He aprendido la lección.
—¡Pero es que no comprendes! ¿No te das cuenta de las circunstancias en las que estamos?
—Sólo son eso: circunstancias.
—Pero, él te mató. Entiéndelo. Estas muerta. Has muerto.
—Y, ¿qué diferencia hace?

Santuario

Huir, siempre huir. El pensamiento original: sospechoso. Expresarlo: un peligro inmenso. Especialmente en la hermética sociedad de los niños.

Santuario. Único templo en el que pedir refugio durante el encierro diario de siete horas. Asilo al que escapar de ser perseguido por la turba. Cobijo peligroso, pero único lugar para un niño solitario.

La biblioteca.

El silencio es sepulcral. Hileras de anaqueles llenos me esconden. Elisa, la bibliotecaria, me ha visto pasar a su lado, traspasando la única entrada, pero dirá a quien le pregunte que no. El riesgo y la responsabilidad son mías, únicamente.

Pero vale el peligro por el privilegio de hojear, abrir y cerrar cuanto libro quiera, el tiempo que sea, en el orden que se me antoje. A mis manos tengo incluso esa fina selección de libros que alguien más arriba proscibió del catálogo.

Sólo debo ser invisible y preservar el silencio, que ahora es perfecto.

Estiro el brazo y tomo el libro de Stevenson. En una semana nadie lo ha tocado, y la solapa aún marca mi punto de partida. Ben Gunn sueña con queso, y yo con que el tiempo se detenga y nadie entre a interrumpirme hasta haber leído lo que falta. Hasta salir de la isla de la calavera, de todas las islas y (pronto lo haré) hasta escapar definitivamente de este recinto minúsculo donde los libros cada vez me parecen menos.

Pero mi sueño se apaga de un cañonazo mientras Jim ve izar la Jollie Roger. La puerta rechina y de un brinco devuelvo el libro a su sitio. El corazón me late con fuerza. Me siento dentro de un barril para manzanas. El cura pasa distraído entre dos anaqueles, pero no me ve.

Devuelvo el libro a su lugar y espero lleno de angustia. No sé qué es peor, si la expulsión temporal del colegio o el destierro permanente de la biblioteca.

Se mueve con rapidez. Va sacando libros y colocándolos en un carrito. No puedo verlo, pero lo escucho y siento el agresivo tufo ibérico en el mediodía tropical. Debo adivinar sus movimientos y oponérmeles con sigilo. Sin tropezar: él en la galería uno, yo a la dos; él en la dos, yo atrás del armario. Mi única ventaja, su ignorancia.

Finalmente, tras unos minutos de agitación se va y la paz vuelve a mi refugio, aunque por corto tiempo. Se ha llevado algunos libros. Entre ellos el mío.

De pronto, dando un portazo, entra Elisa.

—Estuvo a punto —le digo.

—Para mí es suficiente —me increpa—. Te vas de una vez.

No discuto con ella. Las reglas son estrictas y siempre las ha roto por mí. Me retiro mansamente, pero no sin antes preguntarle por el destino de los libros retirados. Me interesa sobre todo, poder terminar con el mío.

Los va a desechar —me responde con el rostro aún serio—. Hace días los quiere eliminar porque están en inglés, y no sirven.

No hay replica alguna, aunque el dolor me embarga y me acongoja. Los cuentos de Poe, un librito de Lovecraft, dos docenas de National Geographic, The Star Diaries de Stanislaw Lem y la obra completa de Stevenson purgados para siempre. Ninguno estaba en el catálogo, así que nunca existieron.

Y yo, se supone que era invisible y jamás estuve allí.

Sueño de Nathan Bedford Forrest la calurosa tarde en que decidió abandonar el clan

Lo miré a los ojos. Parecía no importarle mi presencia. Me senté con todos y con todos compartí el momento de íntima y extraña tranquilidad. Extraña paz. Extraña quietud. Al menos para mí, que sabía de antemano lo que iba a seguir.

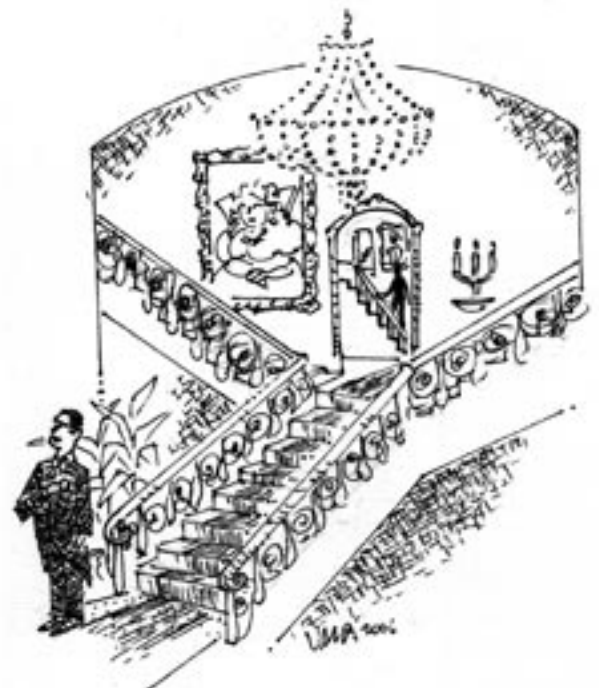
A veces hablaba y todos lo escuchaban con detenimiento. Cuando lo hacía, dedicaba a todos miradas intensas, atentas. De pronto, anunció que uno lo traicionaría.

Y aquí algo raro sucedió: el tiempo se detuvo para todos menos para él y para mí. Soltó el pan y de un salto atravesó el largo espacio entre nosotros, colocándose a mi lado, acercando su rostro al mío lo más que pudo sin tocarme. Con fuerza me espetó: “Hipócrita... Memoriza bien lo que vez y díselo a todos: di que soy negro... ¡Qué el Hijo del Hombre es sólo un negro como ese que mataste ayer con saña!”.

Fue allí que desperté empapado en sudor.

CLAUDIO DE CASTRO

La escalera



La invitación pedía puntualidad: “Una en punto. Vestido de etiqueta”. En esta ciudad agitada en que vivo basta una leve llovizna para entorpecer el tráfico, por eso salí a buen tiempo y esperé media hora afuera de la mansión; para no parecer, tampoco, impertinente.

Aquella mansión colonial, de pilastras y columnas, se erguía al fondo de un inmenso jardín, bien cuidado, con flores delicadas. En el trayecto, desde el portón hasta la casa fui percibiendo el suave olor de las rosas que se confundía con el aire.

En el portal, un mayordomo cuidadosamente vestido de frac, me indicó el camino: “Tercer piso, a la derecha, subiendo por las escaleras”. Rígido, arrogante, se limitó a pronunciar estas palabras. Candelabros inmensos colgaban del techo.

—Escaleras, tercer piso— lo repetí varias veces en mi mente. Había que evitar el descuido. Antes de subir, una señora (imagino que ha de ser la cocinera) pasó cerca de mí y sin voltear la cabeza musitó:

—Son laberínticas... Por amor a Dios... no vaya, señor. Ya se han perdido tres invitados.

—Esta pobre mujer debe estar loca —pensé—. Si no subo, ¿a dónde iré? ¿Regresar a la buhardilla

donde vivo? Todos mis ahorros están en este vestido ¿Voy a dejar que esta mujer arruine mi vida? Caminé despacio, disimuladamente, viendo un cuadro antiguo que colgaba de la pared, para dar tiempo a que mis pensamientos se ordenaran, y sacar una conclusión que me ayudara a desenredar esta compleja situación.

Con mi dedo índice tracé en el aire la figura de la escalera: torsión, media torsión, elevación hacia la izquierda, descanso, nueva torsión a la derecha y allí... justamente, creo que ese es el punto crítico... allí es donde se encuentran los escalones que suben ladeados, con los que bajan invertidos y ocurre la torsión completa.

—Es extraño que no haya llegado ningún otro invitado —pensé—, podría quedarme aquí un buen rato, en vista que a nadie molesto, esperando para ir acompañado. Pero luego escuché voces y risas arriba que me decidieron a subir.

No puedo decir con exactitud cuántos escalones subí, ni cuántas vueltas di. Una vez que estuve arriba, no pude descender. Varias veces lo intenté, pero me perdía en ese complicado laberinto de escaleras.

En un lugar que parecía un entrepiso, encontré a un hombre tumbado sobre los escalones de mármol. Se lamentaba de su suerte.

—Otro más que se pierde —dijo al verme—. No se me acerque... Siga su camino. Estuve muchas veces a punto de salir y por acompañar a un necio como usted, me perdí cada vez peor.

—¿Ya intentó el sistema clásico de los laberintos?

—¿Siempre a la derecha? ... ¡Por supuesto! Pero aquí algunas veces la izquierda queda abajo y la derecha arriba. Dígame: ¿Cómo he de sostenerme en los escalones?

—¿Cuánto tiempo lleva agazapado aquí?

—No lo sé. De veras que lo ignoro. La luz de los candelabros mantiene el lugar como si fuese de día. Nunca oscurece. No hay una forma efectiva de medir el tiempo.

—Y, ¿quién es el dueño de la casa? ¿Alguna vez lo ha visto?

—No lo conozco.

—Entonces, ¿por qué vino?

—¿Cómo rechazar una invitación así? ¡La oportunidad de mi vida! Aún recuerdo cuando me detuve en el umbral de la mansión, antes de entrar, para imaginar las delicias que aquí encontraría. Levanté la mirada y vi sus ojos llorosos, ensombrecidos.

—Me quedaré donde estoy —me aseguró—. No pienso dar un paso más. Enloquecería con tantas

vueltas. Prefiero morir cuerdo, sabiendo, cuando se acerque el momento.

—No crea que me resignaré —le dije—. Encontraré la salida.

—Que tenga suerte —dijo—. Después que camine un rato, regresará a este mismo punto. La escalera es inclemente. Aquí lo esperaré.

—Todos los laberintos se construyen con una salida —trataba de razonar mientras subía los escalones—. Luego, la salida debe estar cerca. Siempre las salidas están cerca para desorientar.

Me detuve para estudiar la escalera.

—A menudo los sentidos nos engañan —pensé—. Todo es tan obvio que no lo vemos.

Até alrededor de mi cabeza un pañuelo para cubrir mis ojos. Me así del barandal de bronce y comencé a ascender. No conté los escalones ni pensé en ellos. Al rato de estar subiendo comencé a descender. Seguí así hasta llegar a un lugar plano, en el cual, por más que caminaba, no encontraba otro escalón. Desaté el nudo del pañuelo y comprobé con satisfacción que estaba en el vestíbulo de la mansión. El mayordomo me salió al paso.

—Muy gentil el señor —le dije—. Fue una velada agradable.

Su rostro de piedra se suavizó con mis palabras y preguntó sorprendido:

—¿Le conoció usted?

—Sí —respondí—. ¿Por qué lo pregunta?

—En siete años que llevo trabajando en la mansión, nunca lo he visto. Mi trabajo se ha limitado en atender la puerta. Me han prohibido hacer otra cosa.

—Y, ¿por qué no aprovecha, ahora que él está de buen humor, y va a conocerlo?

—Iría en contra de todas las normas establecidas. Un mayordomo no puede hacer eso.

Se quedó pensativo un buen rato.

—Aunque, por otro lado —agregó—, sería bueno saber cómo es: no sea que un día le niegue la entrada a su propia casa.

—Me parece una decisión muy apropiada —le dije—. Vaya a la escalera del fondo, tercer piso, a la derecha.

El mayordomo, con gran elegancia y parsimonia, se encaminó hacia la escalera. Me quedé para ver cómo subía los escalones y se sumergía en las curvas interminables del laberinto.

Tomado de Claudio de Castro. El Cangrejo Azul. Editorial Norma, Panamá, 2006.

VIDA Y TIEMPO EN “ME BASTA UNA SOLA VIDA” DE RODOLFO DE GRACIA

¿Nos bastará una sola vida? ¿Y si nos bastara una sola tendría sentido la eternidad? El título de los cuentos que hoy comparto con ustedes, es sugerente, polisémico... Al rato nos da la sensación de plenitud, de intensidad: con una sola vida puedo absorber todo el torrente de segundos que equivale a vivirla; por otro lado, parece indicarnos que la experiencia de vivir es tan amarga y decepcionante que una sola vez basta vivir, que para qué las repeticiones de este absurdo cruel. La atinada imagen que acompaña la portada es un eco, a mi modo de ver, de estas reflexiones: por un lado una silla desocupada que nos sugiere soledad, hastío; pero que a su vez es una espera paciente por ser ocupada ¿por mí? ¿por otros? La silla frente a un mar inmenso que nos llama a pensar en esa intensidad que es el vivir.

Los cuentos, a su vez, fluctúan, con un ritmo acompasado, por esa polisemia descrita, propia de la buena literatura: ora proyectan visiones fatalistas, ora relampaguea la chispa de la alegría por medio del manejo del lenguaje, en el conocimiento de la idiosincrasia del ser panameño y la espontaneidad de las situaciones, ora sugiere las réplicas vitales: la vida del personaje, que podría ser la mía, ocupada por otra existencia hasta la infinidad.

Según Borges, ... nos vemos obligados a creer en un tiempo infinito: ya que si cada vida presupone una vida anterior, esa vida anterior presupone otra vida anterior, y así infinitamente. Es decir, no habría una primera vida, ni tampoco habría un primer instante del tiempo; en la obra de De Gracia, este concepto del tiempo manejado por Borges, pareciera, contradictoriamente afirmarse y negarse, pues las vidas que surgen en estos relatos, están supeditadas a una vida anterior, incluso aquellas vidas metaficcionales; por ejemplo, en el primer cuento, al estilo de Piradello y, en el ámbito nacional de Sinán, en el que los personajes reclaman un segmento de vida anterior o posterior, negado por el autor; exigen su derecho a ser ellos en plenitud, no a medias; no ser una proyección antojadiza de un autor cruel que se goza en humillar a sus personajes dándole a conocer a los lectores la parte más sórdida de su existencia, y lo más triste, y lo que descubre el lector, que el autor ni siquiera es capaz de reconocer sus propias creaciones, porque según el cuento, el autor o demiurgo ve las manifestación de seres que protestan, y no identifica a nadie. En este punto, surgió en mí como escritora una sensación de angustia, porque yo he creado personajes, sin embargo estoy convencida de

poder reconocerlos si llegara a verlos; pero bueno, son seres ficcionales y jamás los llegaré a ver tal cual como los cree, porque de seguro, no hay dos puntos iguales en este universo, como me explicaba el profesor Arrieta en mis clases de Geografía en el Instituto Nacional. Esta idea es la que está implícita en el planteamiento del desconocimiento de los seres creados son solo una imagen instantánea que tan pronto pasa el momento se transforma, porque el tiempo no es inocuo.

Para mí, vivimos siempre en un eterno pasado, no sólo por la rapidez del presente y la lentitud del futuro, sino porque todo lo que somos capaces de percibir, de experimentar (incluso en sueños), se realiza a la luz de una fuente de energía que si se trata del sol llega 8 minutos y 19 segundos después de ser emitida o si se trata de otra estrella pudiera tener años o miles de años atrás. Por ejemplo, si pensamos en una estrella como Beta Andromedae, la segunda estrella más brillante de la constelación de Andrómeda que está a 65 años luz de distancia, cuando vemos su luz, hoy en el 2007, ese rayo realmente había partido al inicio de la Segunda Guerra Mundial en Europa.

Entonces, si consideramos que esta luz tiene una medida (el año luz), para mí el tiempo equivaldría a una longitud que el hombre no es capaz de alcanzar jamás, por tal motivo seríamos eternos, porque seríamos incapaces de lograr agotar esa distancia ni siquiera viviendo varias vidas hacia atrás, tratando de querer alcanzar el origen de la fuente de Luz.

Para San Agustín, la memoria era el depósito del tiempo, por esa razón consideraba: «*Lo que es un hecho, no obstante, es que el hombre mide el tiempo, de modo que quizá el hombre posea un “espacio” en que el tiempo pueda conservarse lo suficiente como para medirlo, y acaso no trascendería este “espacio” que el hombre lleva consigo, tanto a la vida como al tiempo? El tiempo existe sólo en la medida en que puede medirse, y la regla con que lo medimos es el espacio. ¿Dónde se localiza este espacio que nos permite medir el tiempo? La respuesta de San Agustín es: en nuestra memoria, en que las cosas se depositan. La memoria, el depósito del tiempo, es la presencia del “ya no” (iam non), igual que la expectativa es la presencia del “aún no” (nondum). Por tanto, yo no mido lo que ya no es, sino que mido algo en mi memoria que permanece fijo en ella*» (Arendt, 2001).

La vida se ha dado en medir en años y por tal motivo vida y tiempo forman casi una fusión, siempre chocante, porque si mueres, lo primero que preguntan es ¿Y cuántos años tenía?; si te vas a casar, la pregunta de rigor es ¿Y cuántos años tiene tu pareja? Como si fuera un dato relevante para morir o vivir. Muchos mueren antes de nacer y todos nos casamos para no morir.

En los cuentos de “Me basta una sola vida” (2006) de Rodolfo de Gracia, sus personajes están amalgamados en la fusión vida – tiempo; pero alguien muy atinadamente comentaría: realmente todos los personajes, incluso nosotros, funcionamos gracias a esa relación, y es cierto; la única diferencia es que a nosotros nadie nos cuenta, bueno, eso creemos. En este libro, que hoy me honro en presentar, los vínculos entre el tiempo y la vida dan como resultado unos cuentos antológicos en el que la metaficción se apodera del espacio textual y nos lleva a la reflexión filosófica.

A partir de estos planteamientos examinaremos los cuentos **Rebelión, Una cuestión de tiempo y El cuento**

postrero que de manera interesante nos cuestiona e inquieta sobre la relación vida tiempo.

En el cuento **Rebelión**, desde la primera línea hay un indicio a través de un referente: Naya. El narrador nos indica que es una ciudad, sin embargo, de acuerdo con los datos conocidos, Naya es un río colombiano en cuyas orillas habita una comunidad indígena. Significa que no se refiere al topónimo colombiano; sin embargo, sí existe una Ciudad Naya, pero es una ciudad virtual de arqueología y antropología. Esto implica que nuestro personaje —autor, proviene de una zona abstracta, pero visible; él a su vez es una creación realmente temporal, porque ocupa y es un espacio virtual en la red. El ha sido la creación quizá de todo un equipo de personas desconocidas para el lector, es decir, la creación de un personaje sin autor conocido o con autor comunal, al estilo de los artículos de Wipedia.

No obstante, ese ser casi intangible que vive dentro de una longitud de creador. Inasoma a mi famoso cuento **Ruinas circunpor el tamiz** que quizá un inquietante que por el hecho de que se trata de una virtualidad que cobra vida para

bites es a su vez mediata mente imaginación el to de Borges **Las lares**, pero pasado de la postmoderni-cuento mucho más el de Borges,



darla, pero por supuesto, esta es una interpretación; porque ¿qué más da que le pongamos a la ciudad el nombre de Cueva de Montesinos o selva de “Minuni” o Selva de la muerte? Por dar algunos topónimos de territorios imaginarios dentro de la literatura. Según Barthes, la interpretación tiene un límite; pero sea una o la otra; ambas técnicas reflejan calidad e imaginación de un excelente cuentista como lo es Rodolfo de Gracia.

En **Una cuestión de tiempo**, el personaje queda atrapado en un laberinto tiempo – espacial que lo deja ante su novia como un poco hombre, por incumplido.

¿Qué tal si un día estuviera usted en un lugar a una determinada hora, pero realmente usted no ha estado allí en ese tiempo, a pesar de que alguien te ha visto y tiene prueba de tu presencia en ese sitio? Nos introduce el autor en el concepto de la relatividad, pues si estuvo y no estuvo, entonces eran un mismo ser escindido en dos espacios o tiempos y ambos realizan la misma serie de eventos. Sin embargo, al final de la historia, nuestro personaje queda vitalmente maltratado, como casi todos los que pueblan el mundo ficcional de Rodolfo de Gracia.

La metaficción alcanza su cima en el relato **El cuento postrero**. No obstante, y con el perdón del autor no pude evitar ver en esta narración rasgos, pinceladas de su vida: un hombre que daba clases en dos institutos, en la universidad y lo esperaban en otro lugar más, por supuesto que pensé en el periódico; sin embargo, el análisis de este cuento no lo centraré en el aspecto autobiográfico, sino en cómo la literatura es un lugar proteico que permite dar vida a múltiples voces en el mismo espacio temporal. Notamos que la creación de un narrador mutante identifica la técnica en este cuento.

La historia, según los primeros rasgos que nos dan del personaje— autor, es una voz masculina a la que atinadamente De Gracia le da toques muy personales de su vida, para engañarte como lector; porque al avanzar la historia, la esposa silenciosa y silenciada reclama su voz narrativa y nos enteramos de que ella nos ha contado la historia de su marido.

Este cuento nos convoca a pensar en la sucesión de vidas narrativas que tienen la voluntad y son conscientes de que nos cuentan, a diferencia de la obra de Borges en el que las creaciones son ingenuas y no son conscientes de que son una creación de alguien, entonces este planteamiento técnico de Rodolfo de Gracia es un concepto interesante y novedoso para la literatura panameña.

LIDIA EMIR CASTILLO

2 Cuentos líricos



Noche de copas y de amor, EJB

Macario

El viejo Macario miró su sombra detenidamente, escrupulosamente. Trataba de reconocerse y se contorsionaba buscándose. La mancha negra le hacía guiños. Se burlaba de su vejez. Macario la esquivaba pero la gran pérdida seguía ahí acechándole.

Macario decidió alejarse, ignorarla. La sombra se humilló ante él, casi parecía rendida. Macario se acercó, se puso de perfil. La sombra abrió una rendija y se lo tragó.

El hombre

El hombre permaneció en cunclillas sin importarle mi presencia. Con calma, parsimoniosamente, siguió colocando uno a uno los palillos sobre la tierra. Yo le miraba hacer. Me enervaba su laboriosidad.

De pronto quise pensar, quise recordar cuánto tiempo llevaba ahí mirando al hombre, y no pude. Quise mirar en derredor y no pude. Oscuramente comprendí que nada me impedía mirar más que mi interés en la labor del hombre que colocaba palillos sobre la tierra.

Mi mirada atravesó lentamente el espacio que había entre el lugar que ocupaba aquel hombre y el que ocupaban mis pies. Lo que vi me petrificó: estaban astillados.

FERNANDO BURGOS *University of Memphis*

Una temporada en la escritura: *En un instante y otras eternidades*

Encontrar el prodigioso espíritu renovador de lo literario en los rincones más íntimos que mueven su proceso cimienta los pivotes narrativos de los cuentos y minicuentos de la colección *En un instante y otras eternidades* (2006) de Enrique Jaramillo Levi. Es un texto en marcha y en ejecución, con las venas abiertas de una escritura que muestra los vacíos narrativos, las inciertas tentativas artísticas, las dudas del escritor, los percutores falsos del relato, las potenciaciones infinitas de comienzos y finales, las invenciones desgastadas, las tribulaciones de protagonistas originados en espacios baldíos, los pasos equivocados de personajes provenientes de la arena movediza que engloba el cruce de ficción y realidad, las manipulaciones de la historia

narrativa, los disimulos de las tramas, las poses y fingimientos del narrador y las confabulaciones del poder narrativo.

Por otra parte esa inmersión en los meandros que intervienen en la creación se propaga por el texto como una suerte de raptó metaficticio exultante en el transporte hacia el revés de la escritura. No se trata entonces de un planteamiento metatextual dirigido a curar las revelaciones de un malestar existencial ni de una catarsis ejercida para aliviar el aniquilamiento de la figura del escritor desalentado en total abatimiento ni de un estado metafórico depresivo de la escritura. Se explora la narratividad en el momento celebrante de su ejercicio. En los poros de esta piel expuesta de la escritura de *En un*

instante y otras eternidades se insinúa una y otra vez el hecho de que escribir es una pasión reconstituyente así como una obsesión que puede ser explorada en los mecanismos que impulsan la génesis del escribir creativo.

Regreso por ende a la escritura, al hecho de su productividad como atrevimiento y perturbación de los conceptos estatuidos de creación, es decir de nociones que ven en ésta el desenlace de una virtud. Nada más distante de la figura del escritor que su calidad de *virtuoso* ni en el sentido de dominio técnico de su instrumento escritural ni de la posible valoración positiva o ética de su obra. *Pervertir* en su acepción etimológica de trastocar, de re-volver el caos del magma creativo, transgrediendo el momento

en que éste tiende a institucionalizarse es un principio que se ajusta más a los resultados aleatorios y contingentes del hacer creativo de *En un instante y otras eternidades*. Vuelta así a la experiencia de la vanguardia aunque no necesariamente a una repetición de los modos que estos artistas utilizaron en esa tenaz búsqueda de la unidad mientras afrontaban al mismo tiempo la significación e impacto del avance de lo fragmentario por doquier.

A comienzos de los años setenta Barthes nos recordaba cuán fácil resulta instalarse en una fenomenología pura de la lectura como si la obra prácticamente no hubiese tenido jamás un *estado* de hechura, es decir, como si en el fondo ésta no hubiese sido escrita. La lectura de la obra de Gaston Bachelard, por ejemplo, señala Barthes, deja la marcada impresión de que “*los escritores no han escrito nunca: por una extraña ablación son solamente leídos*. . . . Con Bachelard es toda la poesía (como simple derecho de realizar el discontinuo en la literatura, el combate) que pasa al crédito del Placer. Pero desde el momento en que la obra es percibida bajo las especies de una escritura, el placer rechina, el goce asoma y Bachelard se aleja” (62).

El modo unilateral de enfrentarse a la producción artística, dejándose llevar por su carácter de entidades ya producidas, con escaso o nulo miramiento hacia los estados de gestación y proceso de una obra debería, hoy en día, ser desconcertante, sobre todo, si atendemos a los proyectos artísticos legados por las vanguardias europeas y latinoamericanas del siglo veinte, en los cuales se acentuaba la visualización del arte como realización naciente, inconclusa y revisable, cuestionándose por lo mismo el sentido de concertada culminación de éste. El inexplicable olvido de las lecciones de la vanguardia en el lado creativo, y de direcciones enfocadas en el centro de la escritura misma como el sugerido por Barthes en el lado teórico, puede llegar a ser visiblemente perturbador en el escrutinio de un cuerpo relativamente amplio de obras literarias aparecidas desde el último cuarto del siglo pasado, las cuales lanzadas al mercado por el fácil consumismo de su digestibilidad quedan intocadas por un discurso crítico que debe su patente condición

subliteraria, o su farsante naturaleza popular, o peor aun, en el hecho de que estas obras vengan a ser realizadas por una crítica alimentada por los alienantes simulacros sociales como los impuestos por modas, discursos de recuperación de determinados sectores o grupos sociales, e índices de popularidad de lectura arrojados por espurias encuestas de una modernización oficializada y burguesa invocada como conveniencia y efímera gratificación.

En su ensayo *The Use of Poetry and the Use of Criticism* —publicado originalmente en 1933— T. S. Eliot cuestionará la certeza de esa aspiración de durabilidad de una obra literaria declarando que “No hay poeta honrado que se sienta absolutamente seguro del valor permanente de su obra: acaso haya desperdiciado su tiempo y echado a perder su vida para nada” (163). Aun descontando los visos de desmesurada ambición y de egolatría que pueda admitir la cuestión de proyección de una obra en la continuidad prolongada de un determinado horizonte cultural, el atractivo por evadir la caducidad de una estética e instalar la creación personal en un contorno espacial de gravitación parece demasiado seductor como para negar su intención o al menos la postulación de tal anhelo. Los casos de total abulia por tal afán o de absoluta marginalidad frente a este empeño de persistir artísticamente en el tiempo han sido minoritarios en la historia del arte. De allí que Eliot ofrezca algún mecanismo de resarcimiento en esa sufrida tarea del artista, especialmente, frente a la conciencia de que el estado de atención de su arte pueda disminuir dramáticamente y hasta desaparecer por estadios prolongados en medio de la fugacidad de modas, reacomodaciones del gusto estético y, ciertamente, de los inevitables cambios culturales que afectan, remueven o transforman los cánones artísticos: “Imagino que excitar el placer colectivo procura una sensación de cumplimiento, compensación inmediata de las penas que cuesta convertir la sangre en tinta” (163).

Jaramillo Levi compacta la realización de lo instantáneo y lo eterno en el flujo de la temporalidad de la escritura. Las permanencias no son posibles en el rostro mutante de la escritura como se demuestra en “La obra perfecta”, un

texto sobre la imposibilidad de la ilusión creada en el proyecto de perfección, el cual supone la concepción de una temporalidad no expuesta al cambio. La ironía narrativa en este cuento va a satisfacer con acrimonia tal desiderátum otorgándole el título de “La obra perfecta” a un escrito insignificante el que, sin embargo, crea una simetría con el ego de la posteridad antes que su propia cronología y la temporalidad de la escritura lo maten. En “Largo viaje interior”—título de una novela de un escritor famoso—y alter ego del autor—quien siente a cada paso la necesidad de autorreferirse a los principios estéticos que guían su obra—las alternativas y circunstancias del éxito y fracaso de un artista son canalizadas como posibilidades absurdas frente al hecho de que estas estampas del escritor malogrado y triunfante son mediciones sociales de un gusto epocal eventualmente consumido por la vorágine del tiempo. El asesinato político del escritor es una necesidad absoluta en esta ficción en cuanto metáfora de un discurso que ha intimidado social y culturalmente en la inocente tarea de ser anticonvencional.

En “Nada es eterno” los peligros de los desplazamientos imaginarios residen en su conversión en realidad, es decir, que el deseo imaginante de un viaje en el que intentamos escaparnos del agobio de la temporalidad nos puede llevar más allá de la puerta que media entre el instante y la eternidad, anulándonos. Sólo la memoria queda después de esa experiencia, pero, ¿cómo saber que quien recuerda no es acaso el olvidado? Interrogante profundizada en el cuento “Uno y el universo”, donde la marcada conciencia del fluir temporal conduce a la escritura de un texto sin palabras que puede activarse indistintamente como el primero o el último de esa obra total devorada por el tiempo. En esa dimensión en que a través de la vida se comprende la muerte y sólo por esta última se enciende la vida, es decir, en la simetría, correlación e integración del uno y del universo, se puede además entender que los cruces entre la realidad y la ficción no son una aporía ni el artificioso encantamiento de un discurso crítico sino la vivencia de tropezar con el destino final para llegar a la existencia, descubriendo la inutilidad de todo proyecto,

incluido el de escribir. Es el punto en que la escritura misma se deshace atravesada por nuevas visiones —no ya las de las preocupaciones contingentes del escritor— en las que las palabras no se escriben ni se inscriben en un espacio sino en el tiempo.

“Por los vientos que soplan” vuelve al tema del primer texto de la colección “Carpetas”, es decir, el de la producción de escritos fragmentarios esparcidos en el tiempo que tendrán vida sólo después de la muerte del escritor anunciada por él mismo en sus textos amarrados en el presente de un pasado y de un futuro por la mano de su mujer: “Siempre era posible, solía decirle Rodolfo, plantear como tema, o incluso como argumento, ese proceso, esa autorreferencialidad, convirtiendo la forma en fondo y además reflexionando sobre el procedimiento mientras se lo implementaba” (138). La escritura como jirones del tiempo es un planteamiento artístico que en este libro de Jaramillo Levi apunta tanto a los pasos desconcertantes del escritor como a la necesidad de la escritura por autoexaminarse, abriéndose interiormente con el rostro adosado al tiempo. Cuestión que a su vez conecta con la plasmación estética del cuento “A veces pasa”, donde la búsqueda de soledad como medida en contra del tiempo “la consideró algo positivo, un ahorro de tiempo, una inversión” (139) lleva a la parálisis de la acción y de la escritura, por ende, a la muerte aunque ésta, a diferencia de la de “Uno y el universo” acaece con su sombra intrascendencia, perdida en las neologías de muchas otras puesto que un insignificante aunque ominoso error ha pretendido disuadirlo de las dinámicas de la reflexión que inducen a la acción, retirándolo, de esta manera, de su propia mirada en los espejos del tiempo.

Como se puede apreciar en el acercamiento a los cuentos discutidos, el tema de una temporalidad completamente fusionada a la escritura es recurrente en esta colección y se le plasma desde ángulos distintos cada vez. En “Voces y contravoces” la realización de la escritura rebota entre “un tiempo hecho de palabras” (125) y el espectro de éstas como partículas de un espacio que existe sólo en el tiempo. En otro procedimiento —congruente con los planteamientos estéticos de Jaramillo Levi en

esta colección— el relato “Voces y contravoces” optará por deshabitar al texto de sus protagonistas y de su espacio para darle cabida a la angustia del vacío anecdótico, estrategia que transforma esa concavidad en un tiempo valioso de reflexión, el más solidario con la soledad del escritor, también el más tolerante de su obsesión por escribir, y, en el fondo, el único posible que admite la pasión de la escritura en el mero acto de su hechura: “Por primera vez se detuvo un momento a pensar. Un cuento, reflexionó, debe narrar al menos el esbozo de una historia, y como parte de ésta lo más usual es que pase algo, y que ese algo le pase a alguien de cierta manera. Se dijo entonces que no siempre era así, que puede haber relatos sin historia, sin personajes, de lenguaje puro, hechos de la meditación que un escritor hace en torno a cómo va creando un texto” (124). En esa operación surgen los inevitables vacíos, una discontinuidad narrativa que sólo se puede llenar con más reflexiones y cuestionamientos. Al mismo tiempo es una suspensión recibida con deleite en la medida que ésta provoca un encuentro con el tiempo incuestionable e inmemorial de la escritura.

El avance concéntrico de esta figuración de la escritura como tiempo reflexivo que tropieza consigo mismo concluye en la aserción existencial de que la confirmación del tiempo humano es la escritura y que la manera más radical de experimentarlo así es la de residir una estación en el tiempo que esta escritura brinda. Cuando este tiempo de la escritura se detiene, convirtiendo al escritor en el punto referencial de una pintura solidificada, adviene el “tiempo sin respuesta” (55) caracterizado en el cuento “Naturaleza muerta”. Esa temporalidad irrumpe allí como una instancia adherida a la condición humana aunque muy diversa de esa simbiosis productiva entre el instante y la eternidad ya que en esta pintura de la naturaleza muerta que en realidad, es el retrato del ser humano sin escritura —y por tanto una pintura de la humanidad muerta— el tiempo transcurre sin realmente transcurrir: “las cinco de la incierta hora, un simple número congelado no sólo en el reloj sino en mi vida” (55). El cuarto de este ser humano —no ya escritor— representará el cuadro de una naturaleza (humanidad)

muerta, objeto del arte y de una escritura que retrata escarchándose en los sonidos que no se escuchan, en la pintura que no se ve, en la reflexión ausente.

Otro de los temas centrales de esta colección de Jaramillo Levi reside en la elaboración de planos integrales de la labor creadora, es decir, de perspectivas en las que el interés de su narrativa no dependa en particular de ese éxtasis final del producto engendrado para su lectura sino más bien de una experiencia en la que la lectura procese los azarosos avatares de la escritura, confrontando al mismo tiempo las circunstancias y fases del escritor en este transcurso así como su perplejidad, indiferencia o pesimismo frente a la idea de un arte construido para perdurar. Los textos que abren y cierran esta colección “Carpetas” e “Inexorable” officiarán por ello este circuito de relaciones entre la escritura y la lectura, estableciéndose que ninguna de las dos actividades puede escapar a las marcas que deja su realización: “Hay cosas que no se pueden hacer *impunemente*. *Escribir* es una de ellas” (11) y “Hay textos peligrosos, No se los termina de *leer con impunidad*” (189).

En el trazado de este puente, lector y escritor son afectados en cuanto no hay manera, en verdad, de separar ambas funciones. Que el escritor enjuiciado en el libro de Jaramillo Levi no pueda dejar jamás de ser un lector de la propia obra que escribe es desde ya reparable en la instalación de los manuscritos del escritor en las carpetas, espacios de temporalidad que no pueden ser inocuos puesto que el reingreso de ese manuscrito a la escritura debe necesariamente exponerse a las transformaciones que trae consigo leer. Por otra parte, la lectura comporta una invasión de la letra y de las palabras en todos los órganos y estructuras del cuerpo del escritor hasta el punto de que el propio texto—leído en su total regresión corpórea—termina disuelto como acto de recepción y resucitado como una nueva forma de escritura: “Soy un escritor-lector que no se rinde y asumo los riesgos. No sé bien de qué se trata, pero me intriga, y sigo. Es un delicioso frenesí el que me sube, el que me baja, el que me envuelve. No logro entender lo que sucede, esto que me pasa. El fluir del lenguaje lo llena todo, entra en mi ser como un extrañamiento,

empieza a saturarme. Las palabras me abruma, atontándome me impiden respirar al descomponerse en multitud de letras en mis pulmones, en mi sangre, al reintegrarse desde mis dedos que escriben. (189).

Esta imagen final del último texto de la colección reafirma que ineluctablemente el hábitat final del escritor es la escritura. Sin embargo, una revelación más crucial aún es el de detectar que en el medio de ese circuito ofrecido por “Carpetas” e “Inexorable”, es decir, en el tiempo de la escritura propuesto en el libro *En un instante y otras eternidades*, hay una estación llena de sorpresas y complejas visiones sobre la creación artística. Con esos materiales flexibles que constituyen el sueño, el mito, la visión poética, la resolución salvadora de lo absurdo, la procura inventiva de lo metatextual, la fantasía y otros medios no racionales de libre asociación cuyos amplios y móviles entornos van más allá de los confinamientos de cualquier sistema, Jaramillo Levi instituye en esta obra una clara conciencia de que la soberanía artística se construye en la ausencia de demarcadores culturales y de planos estéticos limitrofes. Tal percepción le permite instalarse dentro de la matriz narrativa como eje emanante de la imaginación. Su temporada en el tiempo de la escritura es por tanto una manera de liquidar todas las seguridades del escritor, todas las convenciones —incluidas las más atrevidas e imprudentes— sobre el quehacer literario, todos los planes y modelos de construcción narrativos, todas las sistematizaciones de procedimientos estéticos, todas las canonizaciones, y afirmaciones sobre lo artístico postuladas como verdades. No hay nada inamovible ni nada eterno, mucho menos escritura y escritor, entidades de densa conformación temporal cuya capacidad de corrosión y de muerte respectivamente posibilitan en realidad el poder de renovación de la lectura.

Jaramillo Levi plasma con lucidez la función de predigistador del escritor y de las ilusorias figuraciones de la escritura. Los magos —los escritores— existen en alguna medida por el deseo de imaginarnos que la realidad no termina en la experiencia empírica. La escritura, por su parte, nos apasiona por devolvernos al instante inimaginable de la creación, al

mito de antiguas lenguas y de su desencadenamiento misterioso. Deseamos a los magos —los del espectáculo y los que escriben— tanto como a la realización quimérica de la escritura aunque sabemos de sus disimulos, fingimientos y artificios. Los espejismos resultantes de la escritura y las maniobras adoptadas por el escritor son hechos consabidos e inevitables, precedidos, en verdad, por su ocurrencia en el sustrato de un consciente colectivo. En “Mañas” y otros textos de esta colección hay variadas perspectivas al respecto. Escribir, por ejemplo, sobre el tema del cuento que se va relatar. Poner, en otros términos, enfrente de los ojos del escritor—quien siempre es un lector multiplicado por un infinitesimal número de lectores y de lecturas—la descomposición de su escritura. Las indecisiones sobre la desembocadura de tramas, relevancia de personajes y trascendencia del proyecto mismo vigorizan el acto de escribir como proceso inagotable de lecturas y por lo tanto de re-escrituras.

De este modo el personaje de “Mañas”, cuyo encierro le posibilita escribir obsesivamente, echará mano de la realidad creando las condiciones propicias de infidelidad de la esposa con la sola idea de nutrir el mundo de la ficción. Asimismo, ese escritor de cuentos que va a ser entregado a la policía por la mujer después del crimen de su amante, decide dar un paso atrás en la historia narrativa y morir de un infarto en medio de la relación sexual con su mujer, evitando así su destino de cárcel y posible ejecución, al tiempo que trata de torcer pistas de lectura e irritar consecuentemente la preparación de lectores atentos primordialmente al desenlace de la historia. Es irrelevante que todo sea ficción ya que lo que en realidad permanece es la naturaleza de un proyecto que no es inabordable ni desmesurado: “Escribiría un cuento cuya trama oscilara entre la metaficción y la irrupción de lo fantástico. . . . El tema en verdad no le preocupaba, ya que desde el principio supo que abordaría el proceso mismo de la escritura” (88). El cuento encanta diversificándose, transformándose frente a la perspectiva de una lectura de expectativas. Se escribe, más bien, como un modo desenvuelto de aventura, una que pretende mostrar las entrebambalinas del reino de la ficción aun sabiendo

que nada es completamente ficticio en la escritura ni nada es completamente real en la ficción. En otros términos, representar la realidad no puede constituir una empresa de la ficción pues la primera es una desmesura y una invención de nuestra imaginación. Abrir, por otra parte, la ficción a una comprensión de lo real trae los riesgos de ser absorbidos y nuevamente engañados por sus espejismos.

Así cuando nos referíamos anteriormente a la convocación de una vuelta a la vanguardia evocada por *En un instante y otras eternidades* no aludíamos a la resonancia más inmediata del término en cuanto pesquisa de novedades y modos radicales de subversión artística sino al espíritu más central de los vanguardismos, el cual en realidad entronca con el concepto de modernidad, a saber, la connatural amalgama entre crítica y creación. Cuestión que supone desmitificar el culto de autoridad del escritor o del ejercicio de una gnosis de éste capaz de producir una visión articulada del mundo o aun de un aspecto parcial de la realidad. Entre ese cúmulo de nociones premodernas —necesarias de desmitificar— se encuentran, entre otras, la idea de héroe narrativo, la del poder salvador del arte, la de una construcción enaltecida del escritor, el de un sitio elitista del arte y la correspondiente condición aventajada del autor como intérprete social, edificante y moralista por lo tanto, que expulsa de sí mismo cualquier sentido de hedonismo. Representaciones que en su idealismo burgués —disfrazado muchas veces de un virtuosismo de abnegación social y reparación de injusticias— no admite intromisiones de ninguna clase en su escritura, cerrando la obra, en este caso, en la engañosa interpretación totalizadora del autor, ‘tras mí el mundo ha sido edificado’, o en su postizo derroche ético, ‘mi visión engloba auténticos principios de verdad’.

El tema del vacío como presencia en “Mariana y los gatos” es explorado esta vez en el uso de dispositivos fantásticos del cuento, en particular el de la dudosa existencia de una voz narrativa plural que repara en insólitas escenas como retratos de una cierta insania social: “Mariana estaba convencida de que los gatos esos, cuyo número iba en

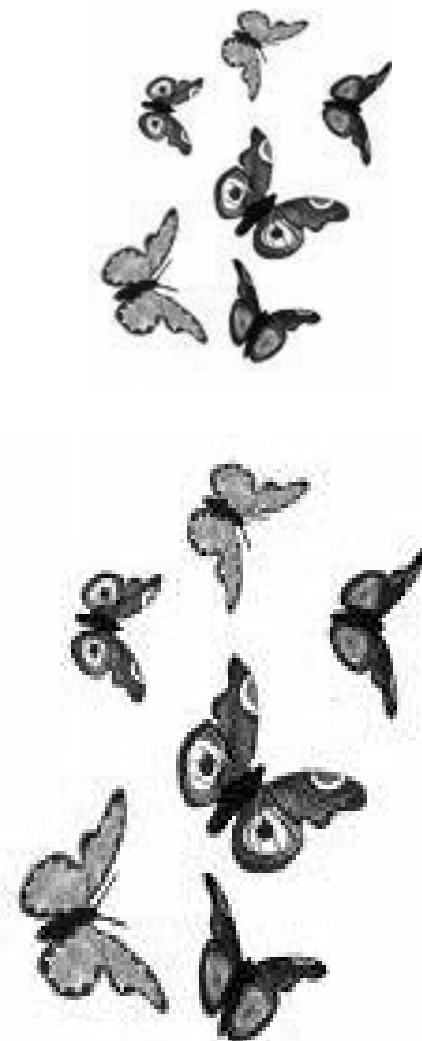
aumento cada tanto tiempo, eran hijos y nietos suyos y nos contó que a cada uno le tenía un nombre, lo cual resultó ser cierto, ¿recuerdas? Porque en una ocasión nos acercamos más de lo acostumbrado en uno de nuestros recorridos y claramente la oímos llamarlos: ‘Morelia, Alex, Irma, Francys, tranquilos, para todos hay, no se me sofoquen, mininos’” (83). Un suceso extraño sobreviene al otro en medio de escenarios teatrales que tan pronto se montan desaparecen, eliminándose en lo posible intervenciones o puentes de referencia cotidiana. El nosotros que narra puede corresponder a las figuras del escritor y su doble, a la de dos entes completamente anónimos, o a la del escritor que conversa con su lector. Enigma que no es menos inverosímil que el de las escenas teatralizadas y el de los escenarios portátiles que sostienen el curso representativo del texto. Un misterio encajado en otro que no se resuelve en el desciframiento del disfraz narrativo ni de las significaciones de lo raro sino en el cuestionamiento de la existencia narrativa: “¿Cómo entender que por más que hagamos ejercicios todo el mundo finja que no estamos y nos dejen siempre con la palabra en la boca?” (87).

La apertura debe producirse precisamente en ese vacío que escapa de un estrato social discernible y de narradores minimizados, carentes de autoestima. Los engaños del tiempo residen en las actitudes narrativas sacerdotales, en las fijaciones de la escritura como púlpito de salvación. Allí no habita el tiempo sino la adulteración de los signos. La necesidad de interrogar a la escritura en el proceso de sus temporalidades no está dirigida al encuentro de verdades ni de sistemas coherentes de explicación sino a los fundamentos del origen de la escritura, las dudas de sí misma y del mundo que va a describir. Retrotraer una voz narrativa a la inexistencia es un modo de hacer relevante e interdependiente el hecho de la lectura al tiempo que es un otorgamiento a las voces del silencio, las que se escuchan en las reverberaciones —reflejos y reflexiones por tanto— del tiempo en el espacio. Así cuando los significados no son claves facilitadas en la narración, el escritor y el lector aún tienen frente a sí un firmamento de signos a desmontar dado en la condición

reversible que permean las metáforas del tiempo y la confluencia de texto (tejido) y universo.

“Varado” es un relato que comienza con la imagen de un hombre que busca la restitución de su virilidad frente a la mujer de “enorme cuerpo rechoncho” (115) que lo lograría. Cuando ella se desprende la bata se interrumpe la narración: “Las teclas de la vieja máquina *Brother* dejaron de escucharse y todo quedó en silencio. No supo qué más escribir” (116). Pre-texto para ingresar en la narración que verdaderamente importa. El silencio, el obstáculo de la escritura, el ignorar lo que viene, el no saber como proseguir, y los tropiezos de la narración constituyen la puerta de ingreso a la reflexión de la escritura. Es un tiempo más significativo en el que la pausa, el silencio y la incertidumbre de lo porvenir actúan como los mejores instrumentos de la imaginación: “le fascinaba escuchar en toda su intensidad el silencio. Sentirlo metérsele por la piel en su indescriptible proceso de ósmosis que le permitía tener la certeza de casi desaparecer tragado por su fuerza inexorable” (116). La restitución que importa ahora es la del poder creativo que adviene con la música del silencio en un tiempo que ya no es premuras ni cronologías sino una eternidad (un instante) en que la escritura se relea en un proceso de inmersión total en el tiempo (en la muerte), con lo cual la narración inicial interrumpida puede proseguirse (nunca concluirse), tachando lo superfluo y sumergiendo al personaje impotente en la fecundidad de la mujer “gran mole de blanquísima carne fofa” (119), en la succión vaginal de jugos creativos por donde desaparece, absorbido y restaurado.

Jaramillo Levi reencuentra en esta colección la complementariedad de la lectura y la escritura, rechazando ver en ellas la constitución de un producto. Como producción y productividad no sólo ambas nos llaman con su deseo de completar y completarse sino que despiertan además la necesidad de crítica e interrogaciones propias del arte, especialmente cuando el cuerpo de la escritura es desnudado en su ocurrencia temporal, en la comprobación de que la escritura es tiempo, una naturaleza transformable, la majestuosa luminosidad de un desnudo no ajeno al cambio y



caducidad humanos.

Obras Citadas

Barthes, Roland. *El placer del texto seguido por lección inaugural de la cátedra de semiología lingüística del Collège de France pronunciada el 7 de enero de 1977*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2006.

Eliot, T. S. *Función de la poesía y función de la crítica*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1968.

Jaramillo Levi, Enrique. *En un instante y otras eternidades*. Panamá: Editorial Ma-

4 POEMAS

El fin

Mi corazón al fin está tranquilo,
mi corazón, que tanto dio pelea,
está tranquilo al fin, ya no reclama,
cuando el horror del mundo lo doblega.

No denuncia injusticias; si al filo
del abismo, lo indebido lo tienta,
su prístina nobleza se descama
y muere en su atroz indiferencia.

No exige para el débil paz y amor
y ni denuncia que el corrupto troca
el mundo –que es de todos– en su feudo.

Ya ni la Verdad ama. Sin rubor
deja pasar la luz que lo convoca.
Aléjense de él: ¡Apesta a muerto!

Olor

“Hombres que me sirvieron de verano...”
Carilda Oliver Labra

Hombres que me sirvieron de morada:
el que siempre soñé, o me soñó,
uno que tuvo todo y me dio nada,
quien me dijo que no, o le dije no.

Él, que para negarme, me quería;
aquél, que todavía me reclama;
ése, que de tan suya, me hizo mía;
éste, que amo hoy y que hoy me ama.

Todos son míos y yo soy de todos
pues los gocé y sufrí, y aunque no quiera
su esencia está en mi alma entretejida.

Gracias a Ustedes, de distintos modos
crecí en dolor y amor y cuando muera,
he de llevar este Olor a Vida.

Labores Mutuas

Se cose a la medida y por encargo,
tú das el corazón, yo pongo el hilo
y si el trabajo es demasiado largo
podrás usar mi pecho como asilo.

Se cose a la medida y por encargo,
yo pongo el corazón, tú das el hilo
y al compartirnos el amar amargo
podremos remendarnos con su filo.

Pues mutuas son mejores las puntadas:
zurcen al corazón su don marino
al tiempo que nos cierran las heridas.

Y en hilos nuestras almas hermanadas
aun si nos separa fatuo el sino
iremos a la par en nuestras vidas.

Vital

“Gracias a la Vida, que me ha dado tanto”
Violeta Parra

He de morirme en Olor a Vida,
Olor a Santidad no es para mí,
y al pecar o rezar no se me olvida
esté dar gracias por estar Aquí.

He de morirme en Olor a Amante,
a madre sueño sangre amigo tierra,
pues este amor por Todo es el causante
de convivirme en dolorosa guerra.

Llevo las de vivir, nunca he perdido,
mi buena mala suerte ha sido leal
pues al gozar-sufrir me he construido.

Así en dolor o amor me crezco igual
y en la segura muerte con su olvido
me salvará este Olor Vital.



MÓNICA LAVÍN *Mexicana*

La sobremesa

Te detienes frente al menú en el atril del restaurante y examinas la carta. Observas el decorado, una especie de bistró high tech que te llama la atención. La entrada del restaurante da al lobby del hotel, así que te asomas para saber de qué se trata, total es media tarde y no intimidas comensales. Los meseros están ocupados colocando los floreros para la cena. En los hoteles hay que prever las cenas desde las seis de la tarde. Bajo las lamparillas adosadas a la pared en una mesa, un hombre te descubre y te saluda con la cabeza. Tú sonríes y sientes la urgencia de salir. Ya viste el lugar, pero él te indica con la mano que te acerques. Parece el gerente, con un saco azul marino y una corbata roja. Saludas y dices que está muy bonito el lugar, que no lo conocías. Lo acabamos de remodelar, te contesta y te pide que te sientes. Venía por un regalo a Larios, te defiendes. Te dice que sólo tomará unos minutos, que quiere que pruebes unos platillos, todo es nuevo, el menú, el chef. Explicas que no tienes hambre ante su sonrisa serena y sus ojos azul plomizo. Extiende sus manos grandes — notas cuán grandes son— y ordena al mozo traer algunas muestras. Piensas que por qué no. Te gusta comer y ese hombre

quiere tu opinión. Las cinco de la tarde y el mozo coloca las copas y sirve un poco de vino en la del hombre del saco azul que hunde su nariz y aspira y te pregunta si no tienes inconveniente en acompañar la degustación con un poco de vino. Un placer, dices y él te explica que el año de la cosecha de ese vino francés es estupendo, que el tipo pinot noir va bien con el trozo de atún, una menuda porción de pescado crudo casi rojo cubierto por pimienta, una loncha húmeda y de intenso sabor que detienes en la lengua y que pasas por la garganta entrecerrando los ojos, luego das un sorbo a tu copa. Él te mira, ni siquiera ha tocado la muestra que le corresponde, descubre tu gesto, una mueca placentera de los ojos, un suspiro de agrado. Las porciones de cordero en hojaldre, un poco de endibias con queso de cabra, una ternera con morillas, todo pasa intermitente por el mantel blanco y tu paladar. Te cuenta que fue lavaplatos y ahora es el gerente del restaurante del hotel, la historia te interesa, ha estado en degustaciones de vino por todo el mundo, conoce catadores que se han vendado los ojos y han identificado regiones, variedades y años de cosecha. Llama al mozo y le pide que enderece un cuadro de la pared y que llene los saleros a tope, sus ojos se fijan en los zapatos. Siempre deben estar bien boleados, te explica. Sus ojos azul plomizo te miran con firmeza, con cierto deleite mientras pruebas el Chateau Lafitte que el mozo ha descorchado y lo observas como si fueras parte de una obra de teatro con el papel de someterte a los designios del personaje principal. Por último te ofrece una porción de chocolate amargo en un plato pequeño de porcelana blanca en forma de concha, y asegura que sabe mejor si se acompaña con champagne. Así que te toma de la mano, con esa su mano grande, y te lleva en volandas por los pasillos mientras tú descubres que es alto y que su pelo castaño cenizo te gusta y sus maneras, no sabes si son la genética francesa y escocesa mezcladas o lo aprendido entre platos, cacharros, mesas, chefs, meseros, lo que te seduce. Te lleva el 704 y no entiendes cómo la botella de champagne llegó antes y reposa en la hielera plateada. Te sientas en el sofá junto a la cama y esperas a que te extienda la copa, mientras en silencio miras por la ventana la ciudad ajena a tu observancia desde un séptimo piso. Te sientes extranjera en tu lugar, sonríes y el de los ojos azul plomizo te acerca la copa y en silencio mientras bebes te quita los zapatos, te desabotona la blusa y busca con delicadeza el centro de tus pechos para jugar con el pezón. Entrecierras los ojos nuevamente y te abandonas a las manos grandes que acaban por desnudarte toda y tenerte en el sofá con la tarde invadiendo el cristal y la alfombra y su nariz larga olfateando tu cuello y su lengua enchampagnada degustando tus pechos, succionando con su boca todo el sabor secreto de su blancura. Chupa tu ombligo, muerde

tus piernas, ensaliva tus pies, toca tu vientre como si palpara la frescura de un lenguado, observa a la carne responder y busca con dedos de artesano tu clitoris punzante. Lo incita con delicadeza como si sazonara el platillo que después su boca ha de sentir, su lengua herir. Te ha vuelto líquida: un amasijo de carnes húmedas, un batir de valvas marinas, un escurridero de babas y membranas. Toda tú eres comestible, te ha puesto al punto de no desear más que saborearlo, sentir su sexo crecido en tu boca, ahogándote, dejándote sin aire, exaltando el deseo de que te horade, que te rompa, que te ensarte como después lo hace para dejarte lacia y abandonada, como los restos en un plato.

Dejaste pasar una semana, necesitabas disfrutar la sobremesa y pensaste que escoger la misma hora y el día permitía la repetición del encuentro. Antes de salir de casa cuidaste de bolear los zapatos negros y manejaste con la idea de distraer la certeza. Podía ser solamente el embrujo de un momento, y sin embargo ya saboreabas el vino y tu cuerpo reclamaba su boca succionando tus pechos eternamente. Eran las cinco cuando te vio entrar. Al acercarte, se puso de pie con su camisa amarillo pálido asomando bajo su saco gris. Las dos copas en la mesa te estaban esperando. Todo sucedió como un concierto perfectamente dirigido por sus ojos azules y su mano experta, esa que ya extrañabas con apetito. Comenzó el desfile de viandas, los caracoles bourgignone que él extraía de la concha y que temblaban aún como si estuvieran vivos mientras los colocaba en tu lengua, para que ajos y aceite proveyeran del material deslizante y luego te ofrecía el Matarromera español para suavizar sabores y exaltar deseos que se calmaban con ostiones al parmesano y nacía una nueva apetencia que no se colmaba con más sabores que los de la piel y el sudor en otro cuarto distinto, con la misma luz de la tarde y la estridencia de la posesión frente al espejo mientras él miraba tu gesto, tu piel enrojecida, tus ojos desanclados y se aferraba a tus pechos como los duraznos que esa tarde eligiera para macerar en vino y azúcar. Y tú buscabas en sus ojos azul plumizo reflejados en el espejo, la razón del gozo, la permanencia del gozo que se perdía en el vidrio empañado por el vapor de la tina.

Te aferraste al rito, te hiciste adicta, te despojaste de la cordura cada viernes durante meses, entre vino y viandas y el champagne como antesala de los placeres carnales renovados y frenéticos que no necesitaban pedir la complicidad

del alma ni asentar que todo sucedería el viernes siguiente, así era. Así fue hasta la tarde en que su mirada azul plumiza te recibió más oscura, regañó al mozo en turno por la falta de brillo en los zapatos, regresó el salero que tenía huellas de grasa y dijo que las flores tenían un olor que estropearía la cena. Hubo platillos que comiste con cierta inquietud, las monedas no habían sido el cambio de moneda entre los dos, él te miró con nostalgia anticipada.

Por respuesta te hizo el amor con dulce parsimonia, te tocó con delicadeza hincado junto al sofá de la tarde rojiza y te dio de beber champagne de su copa. Absorbió la humedad para dejarte un cascarón reseco, te arrinconó contra la pared. Preparó la tina mientras tú mirabas la placidez de la oscuridad naciente, ajena al torbellino que también sería tuyo. Te lo dijo cuando te metiste en la tina mientras te observaba flotar en la tina y tu pelo extenderse sobre el agua. Me voy a un hotel en Niza. Te quedaste muda, te sumiste dejando el rostro cubrirse con el agua. ¿Cuándo? Mañana, te dijo, mañana por la tarde. ¿Por qué?, preguntaste mientras te lavaba con la esponja el pie que sobresalía de la tina. Es mejor trabajo. Lo miraste con rabia. Te hubieras quedado de lavaplatos, lo heriste, y él



siguió tallando aquella piel con insistencia, y luego tomó tu pierna y la frotó con fuerza, las manos hundidas en el agua raspando tu vientre, el pecho, los pezones enrojecidos y tú mirando su rostro desesperado te incorporaste para abrazarlo y mojarlo y besarlo y quitarle la esponja y posarte sobre él para hacer el amor en el piso del baño, como un aullido lastimero y último.

Tuvo a bien recomendarte; tal vez una manera de prolongar el tiempo que había sido suyo, pensaste. Habló al dueño de tu sapiencia gastronómica, de tu exquisitez, de tus papilas gustativas, de los vinos que conocías y podías recomendar, y aceptaste. Era un buen trabajo y podías estar en la mesa contra la pared, bajo la lámpara dando órdenes, disponiendo e inventando placeres ajenos, observando el lustre en los zapatos. Lo viste entrar con su libreta de notas, era un joven que escribía para un periódico. Siéntese, le indicaste y pediste al mesero el desfile de guisos y los vinos de tu preferencia, Entrecerró los ojos mientras masticaba el trozo de salmón a las finas hierbas y sonreíste. Hiciste una seña al mozo, el champagne te estaría esperando en la habitación 704.

Homenaje póstumo

al escritor guatemalteco- nicaraguense

FRANZ GALICH

(1951-2007)

La Universidad Tecnológica de Panamá, la Fundación Cultural Signos y la Asociación de Escritores de Panamá, lamentan profundamente la muerte del destacado escritor guatemalteco-nicaraguense FRANZ GALICH, quien falleció el 3 de febrero de 2007 en Managua, Nicaragua. Nacido en Guatemala el 8 de enero de 1951, cuentista, novelista, ensayista, investigador literario y profesor universitario, estuvo en Panamá como invitado de la UTP en 2000 -en dos ocasiones- al haber merecido el Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" 1999-2000, y posteriormente, al presentarse su novela premiada: **Managua, salsa city (¡Devórame otra vez!)**, habiendo sido jurado de dicho certamen los críticos panameños Emma Gómez de Blanco y Martín Jamieson, y el crítico cubano Rogelio Rodríguez Coronel. Era Presidente del Pen Club Internacional (Capítulo Nicaragua) y miembro del Centro Nicaraguense de Escritores. Otros libros: **"En este mundo matraca"** y **"Y te diré quién eres, mariposa traicionera"** (novelas) y **"El ratero y otros relatos"**, **"Ficcionario"** y **"La princesa de onix y otros relatos"** (cuentos).

Extracto de "Huracán, corazón del cielo" (novela de Franz Galich).

¿Cuántos días han pasado desde que tronó la tierra con sus montañas tristes, con sus montañas alegres, con sus montañas altas, con sus montañas bajas, con sus mon-

tañas azules, con sus montañas verdes, con su noche de muertos? ¿Cuántos días, cuántas noches, cuántos niños, cuántas mujeres, cuántos ancianos, cuántos hombres, cuántas lágrimas? ¡Ay!, qué doloroso resulta estar vivo en la muerte y no poder morir estando muerto entre tantos muertos. ¡Ay Dios! Cómo me duele el corazón, adobe destrozado, teja, sangre cocida. Los ojos los tengo ciegos, me los han comido las hormigas del sueño, sueño del que ya no se despierta. Su agua se salió del cauce: ríos. Temblor que me durará en los huesos para toda la eternidad. Me vaya al cielo o al infierno, no me importa, pues es lo mismo. Peor es estar aquí sin saber cuántos días, cuántas noches, cuántos ruidos, cuántos retumbos, cuántas tumbas, retumbos-tumbas y haber tenido que enterrar a tantos muertos que ni sus oraciones, ni sus oficios pudimos hacerles, pues ya hedían y había que buscarlos entre los adobes, entre las tejas, entre los arcones, entre la paja, antes de que los chuchos se los comieran. Después nosotros nos tuvimos que comer a los chuchos, porque si no ellos nos comían a nosotros. A toros como no los encontramos, los tuvimos que dejar así, sólo les rezamos sus responsos por las Santas Animas del Purgatorio, pues ninguno sabía el martes por la noche lo que iba a suceder el miércoles en la madrugada, pero de nada hubiera servido se de todos modos se hubieran muerto del susto o del riendazo. Y como uno es pobre, hay que agonizar como pobre. Pobre al que se le cayó el rancho. Pobre rancho porque todavía seguimos viviendo en rancho. Así como vivíamos antes de la venida de los rubios, con sus sotanas rubias y su Dios rubio. Rubios persiguiendo el oro rubio. Rubia sangre, rubia sangre de oro. Sed de oro, que no la calma ninguna agua, por rubia que sea. Y ahora, nosotros, aquí, solos con nuestro llanto de adobe. De hinojos, sobre las víctimas. Y tener que estar asistiendo al ritual misteriosos de los hombres rubios con balas rubias. Esperamos a que nos llegue la última muerte, a que nos alcance. Aquí nos hemos quedado encerrados, esperándola, deseándola, amándola, pues sin nuestra gente, ¿para qué queremos la vida? Así no sirve de nada. Con más no nos puede castigar Dios, pues suficiente nos ha castigado desde hace más de quinientos años, desde hace cuarenta mil estrellas muertas, con los ojos de los niños que estaban cerraditos, y de golpe de hecha fueron abiertos para no ver nada, nada, nada, a no ser la negrura de la oscuridad, con su grito agónico, mantilla de luto anticipado por los pobres difuntos que a saber si se irán a salvar, pues estaban sin confesión. Yo lo único que sé es que muchos se fueron con el estómago vacío porque la noche del martes se acostaron casi sin comer y pensando, inocentes, en que irían a preparar la tierra para la siembra del patrón y si daba tiempo, prepararían sus cuerdas para sembrar su maicito, frijolito y los ayotíos para ellos y los co-

chitos, alcancías del pobre, pues había que animarlos para que algún día la Francisca pudiera bajar al mercado con el Tino a venderlos. Había que juntar los centavos para ir pasando la vida, pues así como está de jodida hay que ver cómo se las espanta uno, y como los patojos ya estaban de edad para ir al monte, había que comprarles sus sombreritos y sus machetes, pues ni modo, tenían que ayudar.

Llevamos no sé cuántos días y cuántas noches tomando chicha, nuestro único consuelo, mientras nos llega la última muerte que pronto ha de venir, ya que nos quiso llevar aquella madrugada por andar metidos en el monte tratando de ganar toda la luz posible para que abundara el tiempo y el trabajo, pues como decía el señor cura: "Al que madruga, Dios lo ayuda". Y como el señor cura era buena gente, nosotros le obedecíamos. Ahora, pobre, él también murió. Como tomaba tantas aguas para dormir, pues él decía que el Demonio no le dejaba en paz y que le ponía tentaciones constantemente, esa noche no sintió el zangoloteo. Ha de ser santo, pero no se libró de la lluvia de tejas, polvo, adobes, telas de arañas, caca de paloma, machimbre, noche y estrellas. Ese fue el fin del mundo para el pobrecito. Siembre estuvo pensando en salvarse. Le preocupaba más vivir en al muerte que vivir en el mundo y nos quería hacer vivir en la misma forma que él. Por eso, en muchas ocasiones, cuando el patrón hacía algo malo contra nosotros y nos golpeaban, robaban y encarcelaban, él nos decía que era la voluntad de Dios y que por eso debíamos tener paciencia y perdonar a nuestros enemigos. Me recuerdo todavía cuando le pedimos al señor presidente que nos devolvieran nuestras tierras. Lo que resultó fue que, al mes, el patrón tuviera las escrituras de todas las tierras. Entonces, los principales nos convocaron para decidir y resultamos escogidos mi compadre a su patojo, el Santiago, de llevarlo a conocer donde vive el señor presidente. Ya en el palacio pedimos hablar con él para decirle nuestro caso y recordarle su ofrecimiento y denunciar lo del patrón. A los días, vinieron el tadeo y el Chus para saber qué había sido de nosotros, si no estábamos presos o muertos, pues como dicen que uno en la capital se muere de cualquier cosa: de hambre, de carro, de frío, de bala o de preso y ni modo, las mujeres tenían miedo. Los hombres que quedaron en la aldea veían la milpa de los que andábamos por la capital, y todo para que el señor presidente nos dijera que conforme la ley los terrenos le pertenecían al patrón. Entonces nosotros le dijimos que esas tierras habían sido de los abuelos de nuestros abuelos, antes de que vinieran los españoles y después de su rey había dicho que esas tierras volvían a nuestro poder

y nos las otorgó en propiedad y por si no nos cree, señor presidente, puede ir a desengañarse con su propia vista, pues no somos mentirosos, que ahí, en los terrenitos que le pedimos, puede verse los restos de los palacios donde vivieron los abuelos de nuestros abuelos. Entonces nos dijo el señor presidente: "No tengan pena, yo veré que no suceda nada malo y saldrán beneficiados". "Muchas gracias señor presidente, que Dios se lo pague y bendiga", dijimos todos y volvimos a la aldea, contentos. En el camino, de pura felicidad, nos pasamos a echar unos tragos y ya mareados mentábamos la bondad del señor presidente. En esas estábamos cuando nos cayó la policía y nos llevaron presos. Después de pasar una noche en la cárcel, de habernos sacado a bañar en la madrugada par que se nos quitara la goma, la hedentina a indio y llegáramos limpios a la aldea, nos hicieron pagar una multa que era más elevada de lo que teníamos. Al final se quedó en lo que teníamos y fue a parar, la mitad a manos del juez y la otra al jefe de la policía, un panzón, bigotes de pizote. Cuando nos dejaron salir, pasamos a la iglesia a dar gracias a Dios que no nos habían pegado o matado.

Al llegar a la aldea contamos lo sucedido y entonces el padrecito dijo que iba a mandar a decir dos misas: una en acción de gracias por la bondad del señor presidente y la otra en acción de gracias por no nos habían apaleado y matado, "Aunque se lo merecían", dijo el cura. Por eso estuvo bueno que se muriera, pues era mentiroso y ladrón sin necesidad, ya que ese día como no había mucho pisto le tuvimos que pagar las misas con una cocha que estaba cargada. Pero ahora ni cocha ni misa, ni padrecito, ni señor presidente, ni milpa, ni mujer, ni hijos, ni tatas, ni tierra, ni paisajes, ni nada. Sólo muerte. Muerte por aquí, muerte por allá y muerte que no nos llega, que no nos alcanza. ¿Por qué gozás con vernos en estos trances tan difíciles? ¿Qué te hemos hecho para que nos despreciéis? ¿Tal vez no hemos rezado como es debido? ¿Tal vez no hemos quemado bastante pom a nuestro Padre Corazón del Cielo, el que Da la Respiración, el que Da el Movimiento, el nos protege y nos castiga? Tal vez por no haberle ofrecido suficiente chicha el día de los Santísimos Difuntos, antepasados nuestros que vendrán a vengar todo lo que nos han hecho y nos están haciendo. Por eso queremos la muerte pues no le tenemos miedo, ya que la hemos vivido toda la vida.

—Ve compadre Checho, como ya está hablando, quedamos en eso: al entrar en la casa ya ninguno sale y si salimos es muertos. Allí moriremos juntos vos y yo, y el que se muera primero anuncia su llegada a nuestros antepasados y el que quede vivo lo vela hasta morir. Las

candelas están aquí, el incienso también. Aunque nos boten las puertas no abrimos y si nos quieren sacar será muertos ¿Estamos o no estamos?

—¡Claro que estamos, compadre! Ya me conocès: yo nunca he sido de los que se rajan. Terminemos de meter las cosas, pues pronto será de noche y no vamos a poder ver. Con este tinajón digo que nos alcanza para una semana, mientras, preparamos la otra.

—Yo creo que sí, compadre.

—Entonces, mejor si nos apuramos.

—Atrancá esa puerta, compadre, mientras que yo atranco esta otra, las ventanas hay que cerrarlas de una vez por todas.

—¿No se nos olvida nada, compadre?, porque cuando cerremos será para siempre. Esta será nuestra tumba y si vuelve a temblar, tampoco salimos. Sólo muertos y contra nuestra voluntad. Porque ésta es nuestra tierra y nadie nos puede obligar a que no muramos en ella. Sólo nos queda esperar... Sentados, pensando, recordando, llorando y tomando por nuestros difuntos, por nuestras mujeres, por nuestros hijos, por nuestros tatas, por nuestros abuelos, por nuestros amigos, por nuestros vecinos de Zaragoza, de Patzún, de Tecpán, de San José Poaquil, de Patzicia, de Parramos, de San Andrés Itzapa, de San Martín Jilotepeque, de El Tejar, de Acatenango, de Yepocapa, de Santa Apolonia, de Pochuta, y por todos los que se murieron con el terremoto. Empecemos con el rezo, compadre, encomendémonos a nuestros santos y empecemos a darle a la muerte, empecemos a tomárnosla trago a trago, compadre. Después de ofrecer el pom, la chicha y el maíz, recemos el oficio de difuntos y comencemos a darle: el maíz es vida, el maíz es muerte.

—El maíz da la vida y da la muerte.

—La verdadera vida es una, en cambio las muertes...

—Aquí nosotros, muertos en vida, rogando por morirnos para vivir, con la esperanza de que hemos de regresar a la única vida, justa. Aquí mismo, en estas montañas de sol, verdor, agua, cielo, aire y flores. Aquí donde la vida será bondadosa y justa con todos porque tenemos confianza en Ti, Huracán Corazón del Cielo, Corazón de la Tierra Raxá- Cuculhá, Chips-Cuculhá, el que Da la Respiración, el que Da el Movimiento, TEpeu, Gucumatz...

—Si yo me muero primero, me velás, y si vos te morís primero te velo yo. Nos acostamos en nuestro petate y cubrimos con el recuerdo de las difuntas mujeres, nos ponemos de cabecera lo que pudimos encontrar de los patojitos. A mí me colocás los dos sombreritos de los dos tiernitos, los que ya se iban conmigo para el monte, cada uno con su morralito y su mecapalito para ayudar a traer leña para la cocinada.

—A mí, vos compadre, me ponés la camisita y las tren-citas de la muchachita, y los caitíos y además el cocillo que le había comprado en mero Chimaltenango. Me ponés, además, el tocoyal de la Francisca. Tocoyal que le quedaba colgado sobre el corazón y sobre las chiches, chiches que alimentaron a las criaturas y que me alimentaron a mí también. Chiches que me ponían más contento cuando estaba contento. Para así sentirlos más cerca de mí y con ello sentir que la Francisca está cerca también, y poder besarla para que me contemple cuando me pongo a llorar como ahora, cada vez que me recuerdo de la tristeza de los muchachitos, de todos los muchachitos que se nos murieron, compadre. ¡Compadre!, ¡Por la gran puta, compadre! ¿Cuándo me iré a morir para irme a juntar con todos los muchachitos? ¡Ay, compadre!, quiero morir.

Cuando yo iba a la plaza en mero Chimaltenango, a vender frijolito, maíz, trigo y otras siembras, miraba a la Francisca que también bajaba a vender sus cositas. Tenía las trenzas largas y negras. Los ojos los tenía raros. De un raro que me daba friito. Su risa se distinguía entre las de las otras. Era clara, fuerte y franca. Risa e puño de fichas blancas tiradas sobre la banquetta del parque. Azafate de cofradía. Baile del torito. Cuando caminaba, adivinaba bajo el huipil esas nalas redondas que tanto bien me hicieron después. Se las vi la primera vez cuando se bañaba en el río. Cuando su madeja de pelo caía revuelta sobre sus chiches que como estaba patoja se parecían al volcán de Fuego y al de Agua. Me recuerdo que para la feria de Comalapa bailamos y comimos, tomamos batido y refrescos. Y en el camino de regreso, nos metimos entre un milperío y ahí, entre los ayoutes y la milpa nos hicimos nuestros. Su risa era redonda y calentita como su cuerpo. El sol ya se iba a esconder tras la montaña. El viento nos silaba entre los pinos, cipreses y hojas de milpa. A los pocos días, nos casamos en Comalapa y la fiesta la celebramos en Parramos, de donde era yo, porque ahora ya no soy de ninguna parte. Ahora soy del mundo, porque el que se va a morir ya no tiene pueblo. Regresa al lugar de donde vino. De la tierra, donde se siembra el maíz. Ahora, aquí, recordando, tomando para recordar en el olvido y en el deseo y en el deseo de estar con ellos. De volvernos a encontrar, principalmente con la Francisca y las criaturas, que tanta felicidad me hicieron pasar y que quiero volver a sentir para poder oír su llanto, para poder oír su risa. Verlos correr tras el chucho y tras los pájaros. Verlos cortar el maíz. Preparar el surco. Oírlos dormir. Verlos respirar. Querer llorar, comer, trabajar, aprender los verdaderos secretos de la vida.. ¡ay, quiero morir...!

—¿Qué hora será, compadre? ¿Será de día o será de noche? ¿Habrá luna y estrellas o estará nublado?

—No sé, compadre, pues como hace ya no sé cuántos días que nos encerramos, sólo el ruido de los helicópteros y los aviones se oyen. Cuando pasan, digo yo que es de día. De noche no se oye el ruido, sólo los grillos, además, el frío se hace más jodido.

—¿Te acordarás los primeros días, cómo se veían esos grandes animalotes volando?, que bajaban y descargaban un montón de cosas y después se iban cargados de gente, llevándolos a otros lados para curarlos y cómo aparecía gente que no se sabía ni de dónde era. Gente pobre que andaba lejos de su casa. Niños que perdieron a sus papás y a sus mamás y a sus hermanos y sus casas. Pero nadie como nosotros, compadre, que hasta en la desgracia hemos estado unidos. Nos quedamos sin nada ni nadie, ni chucho que nos ladre. Sólo tenemos los ojos

para llorarlos y lo que nos queda de vida para perderla, para reunirnos pronto con ellos, con la gran pena de no morir hoy, antes de que venga la gente a estar molestando con querer averiguar qué pasa aquí.

—Yo siento que el corazón se me marchita, compadre. Siento que le falta eso que sólo la familia da. Con decirte que ni odio siento ya, no como en los primeros días en que yo andaba odioso. Como loco, de arriba para abajo y de abajo para arriba, en busca de mis chirises. ¡Ay, compadre!, yo me quiero morir.

—Yo también, compadre, pero no nos podemos matar, eso no está permitido. En cambio, sí nos morimos de tristeza, compadre. De pura tristeza... y para llevar la tristeza, es mejor con guaro: tristeguarera. Somos tristeguareros. Pobres los tristeguareros como nosotros.

** Tomado de Franz Galich. Huracán, corazón del cielo. Signo Editores, Managua, 1995.*

Xiomi, EJB



Homenaje póstumo a Mireya Hernández

(1942-2006)



Mireya Hernández nació el 13 de febrero de 1942, en la ciudad de Panamá. Falleció en la ciudad de Panamá en octubre de 2006.

Profesora de lengua y literatura española, periodista y escritora. Ejerció el periodismo cultural y la jefatura de Relaciones Públicas en despachos gubernamentales como: Instituto Nacional de Cultura, Instituto Nacional de Deporte, la Asamblea Legislativa y la Presidencia de la República.

En 1976 obtuvo el Premio de Prensa del Sindicato de Periodistas de Panamá en la sección Entrevista. En 1989 gana el Concurso Literario Ricardo Miró en Teatro con ***El arcoiris (Del mambo al chachachá)***, escrita conjuntamente con Edgar Soberón Torchia, la que fue puesta en escena en el Teatro Nacional. En dos oportunidades obtuvo Mención Honorífica en el Concurso Literario Ricardo Miró, Sección Poesía. En 2001 obtiene el Premio Ricardo Miró de Teatro con ***Vivir la vida***. En 2005 ganó este certamen con la novela ***Crónica de caracoles*** (INAC, Panamá, 2006).

Obra poética: ***Estaciones de lluvia; El espacio prohibido de los pájaros*** (INAC, Panamá, 1998); ***Vivir la vida*** (INAC, Panamá, 2002). Aparece en las antologías: ***Ancón liberado; Poesía panameña 1, Poesía femenina y Poesía panameña contemporánea*** (1982).

En 2006 el Despacho de la Primera Dama le otorga la Condecoración “Gumersinda Páez” por el conjunto de su admirable trayectoria cultural y social.

SOBRE LA EDAD DEL VIENTO

Quise ser la fuerza,
el gesto auténtico,
la noche perfecta,
la luz amanecida a la orilla del mar
y los recuerdos.

Intenté muchas veces
colocarme el vestido de Casandra
y huir de la ciudad en llamas que
tanto
conocía.

Los gorriones heridos me atraían,
los pies descalzos,
las horas lentas,
las casas apenas habitadas.

Decidí entonces meterme en la
palabra
en
el sonido mínimo
de
la
gota
al
caer.

Por eso estoy aquí
desnuda
con todo lo que tengo.

Crónica de caracoles

(fragmento de novela)

LA COLA DEL TIEMPO EN LUNA NUEVA

Josef de la Cruz tenía tres años el 13 de febrero de 1820, el mismo día que su abuela Irene de Urriola, compró su libertad. Orgullosa llegó llevando en la mano derecha un pañuelo rojo en el que tenía amarrados trescientos pesos y en la otra, la carta de libertad del nieto. Pensando en otros tiempos y otros atardeceres, Irene lo cobijó en su pecho ancho y voluminoso y partieron hacia el Sitio Real de San Lorenzo de Chagres. A la orilla del río, los esperaba el cimarrón Andrés con un manojo grande de pencas de palma real para proteger al niño recién liberto. Esa tarde, a pesar de ser verano, el firmamento había lanzado un clamor perseverante de truenos y relámpagos.

—Es un buen augurio dijeron los abuelos, al mismo tiempo que el aire se convirtió en un espectáculo a color iluminado por ráfagas incesantes de mariposas vistosas de todos los tamaños.

Irene reprimió un suspiro cuando percibió los extraños santos y señas de esas lamparillas flotantes que dejaban en su vuelo un pequeño espacio en círculo: un hoyo celestial para que pasaran intactos peces y más peces en catarata de saludos a Josef de la Cruz.

—Será un hombre fuerte y sabio, eso dicta el cielo, sentenció Andrés recibiendo en sus brazos al pequeño, reconociendo o adivinando de manera anticipada, un cariño que habría de tejer lazos tan fuertes como las lianas que colgaban de un centenario naranjo a la orilla del río. Desde ese mismo instante, el abuelo Andrés comenzó a enseñarle a Josef cada rincón, cada saliente del recorrido de ese y otros sitios, como lo haría hasta el día de su muerte y más allá.

Chagres, era una población pintoresca. Verde, profundamente verde y secular, inhóspita también como su gente. En San Lorenzo del Chagres, los Intendentes no se atrevían a cobrar contribuciones ni tampoco intentaban el reclutamiento de los negros. Sobre una roca muy grande, podían observarse la entrada a tierra y el castillo construido para defender a la población de los piratas, filibusteros y también de las embestidas del Caribe. Por mar había dos parajes, él de Limón, que se introducía en el río y el otro a través de las salientes formadas por el río Lagartos que sirvió a los metedores o bodoqueros para el contrabando en épocas de ferias. Un contrabando que se realizaba en balsas construidas con tallos de plátano, las que permitían sortear los peligros y esquivar el puesto de Aduanas. En ese territorio especial la mayoría de las chozas estaban dispersas por los declives de una pendiente y flanqueadas por una serie de montañas de poca elevación. Josef observó cómo las aguas del río se mezclaban con las del mar sin formar grandes oleajes. Habría que ser medio pez, medio hombre y medio pez y sabio, para poder llegar a la costa con las aguas poco profundas que circundaban la población. Muchos años pasarían antes de que Josef sacara en conclusión que solamente los hombres sagaces como Andrés Mandinga, podían manejar las pangas hasta hacerlas llegar a la orilla.

—Vieja, dicen que lloverá como nunca, creo que debemos quedarnos en Chagres a ver si baja polvo de oro lavado desde las montañas—murmuró Andrés tratando de convencer a su mujer.

Irene no contestó y él sabía que cuando no respondía como lo hacía ahora, significaba una rotunda negativa. Ella prefería contemplar el mar Caribe con la secreta ilusión de que alguna vez, por encima de las olas, vería regresar a su hija.

Razones intangibles no podrían ser rebatidas, una semana después los tres se mudaron a San Felipe de Portobelo, ocupando la abandonada choza del padre de Josef, muerto de una extraña fiebre. Al llegar, Irene de Urriola y Andrés Mandinga arreglaban las cajas con poco equipaje y muchas plantas medicinales, cuando el niño se adelantó feliz. No había acabado de poner sus pequeños pies descalzados en tierra cuando unas plumas blancas de garza le sobrevolaron.

—Es mi ángel protector, sentenció el viejo, marcando sus palabras con una extraña cruz por encima de la cabeza del pequeño.

Josef vio por primera vez esa mirada del abuelo que reconocería siempre.

El tiempo, en esa vastedad perdida no alcanzaba para el aprendizaje, todos los secretos que el mar encerraba en esa bahía y los afluentes de sus ríos fueron bebidos sorbo a sorbo por el niño. Nieto y abuelo rescataron algunos murmullos y voces antiguas, incomprensibles. conversaciones ancestrales, inquietantes diálogos en diferentes idiomas que sentían venir como una ráfaga helada de lo que quedaba del Fuerte de San Lorenzo, la famosa fortificación española.

—¿Ves esas ruinas Josef?, preguntó Andrés apuntando hacia el otro extremo, cerca del río Francisca en donde estaba la ciudadela de Santiago El Príncipe.

—¿Y allí vivía un príncipe?, respondió el niño con otra pregunta.

—No Josef, los que sí vivían eran esclavos fugitivos que habían sido perdonados. Fíjate si eran tontos los españoles: ellos creían ¡por todos los santos! que si dejaban a los negros fieles andar libremente y cerca de los esclavos rebeldes, como por milagro, se acababan los problemas,

—¿Tú fuiste esclavo como yo abuelo?

—Sí Josef, pero un día huí y solamente he vuelto a bajar de la montaña por ti— le dijo abrazándole con dulzura.

Cuando Andrés terminaba sus labores, se sentaban a contemplar la bahía, una hermosa y ancha bahía, que una vez en su época de grandes ferias, cobijó al mismo tiempo trescientos galeones y mil navíos más pequeños. Para ese tiempo habían varios castillos: el de San Lorenzo, la Fortaleza de Santiago de la Gloria o del Príncipe y el de San Cristóbal o Camangua, la última de las obras militares construidas en pleno esplendor colonial. Quedaban las baterías de San Fernando y las de Santiago a la entrada de la ciudad, estaban ocultas entre frondosos árboles, altas murallas y un puente levadizo. Defenderían el poblado de cualquier ataque, se dijo, como otra de tantas mentiras. Era Portobelo surgido desde el agua. Las piedras convertidas en número y relámpago. La noche viajando por las piedras.

—¿Escuchas, Josef?, le dijo al oído el abuelo levantándolo en sus brazos. Las monedas de oro tienen un sonido especial. Por esa aduana, pasó todo el oro que nadie jamás pudo contar.

Por un momento el viejo Andrés se quedó callado. Su rostro se contrajo rememorando aquellas fantásticas historias que alguna vez había vivido.

—Ven... pon las manos sobre la muralla. Ahora... ¿Escuchas voces?

Josef se alejó asustado, de las piedras salían lamentos, espantosos lamentos. Por un instante fugaz, el niño recibió los gritos y el dolor de los negros sometidos, humillados y torturados. Voces de espanto que habían quedado guardadas y palpitanes entre paredes de cal y canto, voces que todavía salían a buscar refugio en la memoria de los vivos. Eran las voces de los hombres y mujeres que dejaron dormido su corazón en la arena. Allí depositaron su cuota de cansancio, un pedazo de piel, unos ojos invocando litorales nuevos. Hombres y mujeres que llegaron sin brújula aparente, sin rastro y germinando desgarrados la luz de la mañana.

—Es una historia que ya te he contado. No la olvides nunca ¿Me lo prometes?

Josef de la Cruz, abrió y cerró los inmensos ojos negros y, finalmente, asintió con un leve movimiento de las párpados. Como quien hace un juramento interno y sin palabras, selló su respuesta. Andrés aspiró profundamente el aire salino que le llegaba de la bahía, tomó de la mano al niño y con pasos lentos emprendieron el regreso, lo que siempre aprovechaban para iniciar otra ceremonia conocida.

—Josef de la Cruz, inquiría el viejo apartando con el brazo izquierdo algunos herbazales enfrente de ellos.

—¿Cómo se llama ese árbol pipón?

En ese rito que ambos habían inventado, Josef se adelantaba, le tocaba la corteza al árbol, le hablaba secretamente en un diálogo con código propio, y respondía con una certeza pasmosa que ya no le era extraña a Andrés Mandinga:

—Ceiba, abuelo..

Así con este juego, en el que pequeño recibía un legado de cientos de años, Andrés le iba entregando los conocimientos de los Neles iluminados de la selva. El viejo había aprendido, para qué servía cada especie de la exuberante flora silvestre, qué curaba cada planta, cuándo florecían y qué animales propagaban el polen de sus flores. Era la transmisión diaria de una memoria histórico-geográfica con la que agotaban todos los espacios disponibles de cielo, mar y tierra en un reconocimiento de la naturaleza y de los palenques distribuidos en varios kilómetros a la redonda. Una fiesta especial que solamente ellos disfrutaban, incluso cuando ya de vuelta y cerca del rancho adivinaban, por el aroma, lo que había cocinado la abuela esa tarde.

—¡Bulgao, fufú y arroz! -exclamaron felices los dos y al mismo tiempo.

Irene de Urriola había sido liberada cuando tenía quince años porque su ama enfermó gravemente y tuvo que emprender el regreso a su tierra. Era una noble asturiana que no quiso venderla y le concedió la libertad graciosa. Un día cualquiera, cuando afanosa estaba buscando plantas de ruda, conoció al cimarrón Mandinga y bastó un suspiro largo de ella para cambiar la soledad de dos libertos jóvenes. Comenzó una nueva vida junto al cimarrón Mandinga, el que tuvo como herencia mil lágrimas y sin embargo, estaba allí fecundando el rocío. Dos libertos pasión, holocausto y fuego empujando ilusiones, motivando la hoguera que dilata el corazón. Desde aquella vez, todo fue compartido, sin embargo, a lo único que no pudo sobreponerse fue a la muerte de su hija.

—Fueron los espíritus del mal —repetía siempre como una letanía hueca y lacerante.

Irene no era una negra linda, pero tenía el cuerpo más espectacular que pudiera conocerse en toda la región. Y Andrés con el paso de los días y sus noches, se hizo diestro y práctico en todas las oquedades de esa palpitante mujer que se cubría de colores, colocando muchas flores en una faldona de arandelas y una blusa blanca que lavaba con curí para aromatizarla. Para los días de fiesta, hacía un almidón de yuca que al secarse marcaba los pliegues de la enagua, previamente suavizada por la armoniosa tarea de deslizar sus manos una y otra vez sobre la tosca tela.

Andrés tampoco era un negro hermoso como otros esclavos, le faltaba la tensión en las músculos que se alcanzan con el esfuerzo puesto a prueba. Sin embargo, sobresalía por su clara inteligencia, pues tenía además de la sabiduría adquirida en los libros la agudeza del animal salvaje.

Al bajar el inclemente sol, Irene hacía aquella sopa de pescado y ñame con la sazón singular que ninguna otra mujer sabía darle. Únicamente el día de su partida le entregó a Teresa el secreto culinario mientras cocinaba entonando una vieja canción de los congos. Cerca de la hora de las perlas Andrés tomaba uno llevando sobre sus magras espaldas aquella caja azul llena de libros.

La negritud de este hombre iba más allá de sus largas piernas y de sus extensos brazos: le rebasaba el corazón. Tenía un don especial que transmitía a cualquiera que tuviese una relación con él, aunque fuese fugaz. Poseía una transparencia que emanaba de su voz, que se escapaba de sus ademanes, que mantenía en su mirada abierta, en aquella pasión por la vida que a muchos resultaba contagiosa. Su negritud era una bandera libertaria al viento..

Un pensamiento que le llegaba cuando la noche era más profunda y el viento del norte golpeaba los árboles como una advertencia, lo hacía esclavo de miedos

ancestrales y temblar como una hoja huérfana en descampado. Era la inquietante imagen recurrente de una gigantesca serpiente de mar. El recuerdo de historias evocadas en tiempos que no reconocía, podía detener hasta el desmayo, la corriente de sangre que hervía en sus venas. En el barco negrero que lo trajo desde África cuando era niño junto a su madre y un hermano gemelo, había escuchado tenebrosas historias de enormes serpientes de sesenta y hasta ciento cincuenta metros de largo, que se erguían como una columna desde el fondo del mar, utilizando sus colas aplanadas como timón.

—“El Antiguo Testamento las menciona cinco veces”, dijo con exactitud uno de los custudios, quien para demostrarlo y tratando de asegurarse el miedo de los acarreados se sacaba de un bulto amarrado a la cintura un papel amarillento y arrugado donde se apreciaba la monumental especie de las sombras: la serpiente tenía una melena que le pendía del cuello y estaba engulléndose a un hombre.

—Puede salir del mar de un salto y tragarse un barco entero. Despacita ... el barco entero, con blancos y negros dentro, aseguraba el toso y enorme Felipe, quien se desplazaba agudizando su mirada torva por la reducida y sofocante nave al mismo tiempo que movía sus grillettes con aquel ritmo que había ya dejado atrás y que ahora le hacía sangrar las tobillas.

—Sí existen, ¡claro que existen! —le dijo el cura José de los Ángeles, años más tarde, sellando así toda posibilidad de escapataria de esa tenebrosa y angustiante zona en la que perdía siempre las batallas, una zona lo más cerca posible a una pesadilla en la que quedó detenida al mismo tiempo, la imagen de su madre y la de un hermano perdido entre alas y naves, naufragando en el recuerdo.

En más de una ocasión despertó aterrizado, creyendo ver al monstruo marino de sus sueños. La negra Irene, asustada al principio, corría y le hacía un té de orégano y dormidera que le calmaba el miedo al animal desconocido visualizado solamente en los vericuetos de la fantasía de su marido. Cuando eso sucedía, Josef de la Cruz, temblando. también, se acercaba y le daba la mano al abuelo, compartiendo sin palabras el terror.

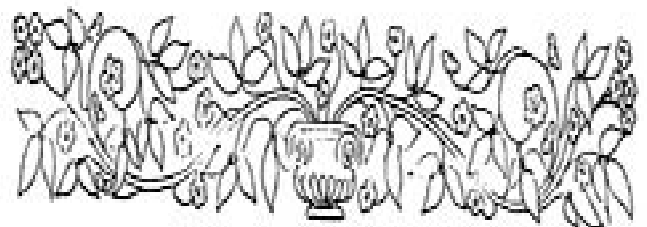
Irene de Urriola y Andrés Mandinga siempre fueran muy unidos. En dos ocasiones, el negro se fue sin su mujer a una fiesta de congos. La primera vez, después de tres días, regresó en un lamentable estado por causa de la bebida, las trasnochadas, el desenfreno del baile y el desvanecimiento que le provocaban la embriagadora lujuria de las más jóvenes del grupo. Cuando pudo recuperarse, Irene lo miró seria.

—Mejor no, nunca más- y siguió revolviendo la sopa de culantro que lo reanimaría.

Pero Andrés -como muchos otros- caía en el gusto sin retorno del jugo de palma. La segunda vez, Irene preparó un brebaje y lo esperó pacientemente. Al verlo llegar, y sin pronunciar palabra alguna, le dio a beber el mejunje. El cimarrón no pudo levantarse durante toda una semana.

—¿Mujer, qué me hiciste? — Era lo único que preguntaba cuando podía tomar tregua del vómito negro que lo acompañó por esos días y que sé sólo se suspendía por momentos.

Irene movió su abanico de plumas de gallina, y con una sonrisa embozada, siguió recogiendo impasible las raíces de ipecacuana y otras yerbas que había herido, con la seguridad de que Andrés Mandinga no olvidaría nunca esa infusión.



BREVE APUNTE SOBRE LA MÁS RECIENTE ECLOSIÓN DE NUEVOS CUENTISTAS PANAMEÑOS

(Y antología de novísimos cuentistas)

Por Enrique Jaramillo Levi

El cuento panameño se inicia como texto artístico a finales del siglo xix, con cuentos dispersos, nunca recogidos en libro, de Salomón Ponce Aguilera (1868-1945). El primer libro de autor nacional, en este género, es **Horas lejanas** (1903), una espléndida colección de cuentos de Darío Herrera (1870-1914). Desde entonces el cuento se mantiene vigente, con altas y bajas, pero siempre en la vanguardia de la creatividad literaria del país. La figura de Rogelio Sinán (1902-1994), literariamente multifacético y siempre de primer orden, sin duda sobresale. Pero son muchos, y muy variados, los creadores de ficción breve que durante el siglo xx van dejando testimonio de su talento.

Entre 1990 y 2006 -16 años- ocurre algo sorprendente. He contabilizado un total de 71 nuevos autores nacionales, de muy diversas edades y experiencias profesionales (hombres y mujeres), quienes han publicado al menos un primer libro de cuentos en ese lapso. Es probable que haya más. Algunos han publicado dos, tres o hasta cuatro libros en ese género. Es sin duda un número extraordinario en proporción a la pequeñez de nuestro país, y en relación a nuestro pasado literario. Y más si tomamos en cuenta las consabidas dificultades que suele haber para publicar en Panamá y el hecho de que, a mi juicio, aproximadamente un 80% de estos creadores tienen un nivel tal de evidente talento que parecen destinados a llegar lejos en el duro oficio de la Literatura si continúan cultivándose. Vocación, les sobra. Pero, ya se sabe, no suele ser suficiente.

Este fenómeno, que todavía no ha sido estudiado como merece, ocurre mientras muchos de los escritores de otras generaciones continuamos creando y publicando. Y aquí sólo hablamos de los cuentistas. También hay, evidentemente, aunque en mucha menor proporción (en cuanto a cantidad y talento),

poetas, novelistas, ensayistas y dramaturgos (los menos), tanto de reconocida trayectoria como nuevos, que simultáneamente con los cuentistas nuevos escriben y publican en este período. Resulta evidente, entonces, que cuando hay talento y voluntad -habría que agregar, por supuesto, salud-, no existe obstáculo que se interponga de forma contundente.

Al mismo tiempo llama la atención el hecho de que algunos de estos nuevos cultores del cuento en mayor o menor medida son producto del innovador **Diplomado en Creación Literaria** que desde 2001 ha venido impartándose exitosamente en la Universidad Tecnológica de Panamá. Varios de éstos, así como otros autores de poca trayectoria anterior, han ganado diversos certámenes literarios que, como parte del premio, les han permitido publicar la obra ganadora. Esto ha ocurrido sobre todo con el **Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez”** convocado anualmente, desde 1996, por la U.T.P.; y cuyo más reciente ganador, A. Morales Cruz, ha publicado su primer libro de cuentos recientemente: **Lejanos parientes indecentes** (U.T.P., 2007).

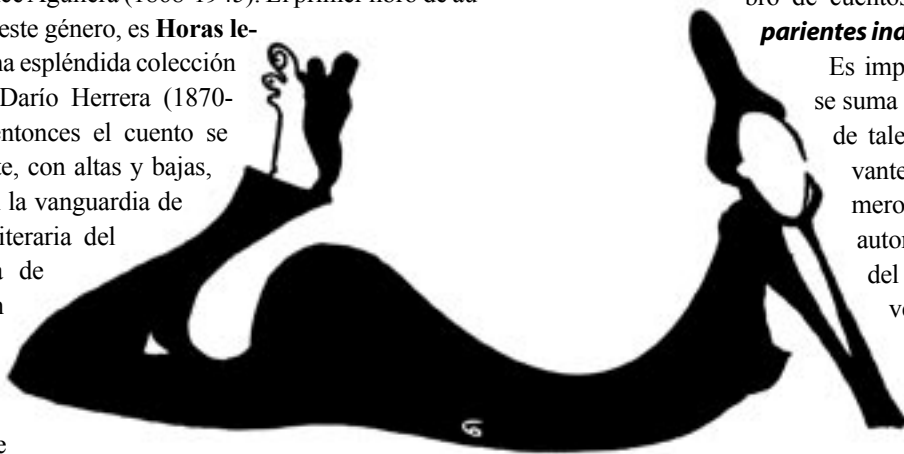
Es importante señalar que ahora se suma a esta afortunada eclosión de talentos otro fenómeno relevante: la aparición de los primeros volúmenes colectivos de autores, producto precisamente del trabajo realizado por noveles plumas en dos de esos

Diplomados: el libro **Soñar despiertos** (U.T.P., 2006), que consta de cuentos y poemas

de 13 nuevos creadores que formaron parte del Diplomado en Creación Literaria 2004; y otro volumen colectivo similar, con textos de diversos géneros, pertenecientes a 19 nuevos autores, titulado **“Letras cómplices”**. En ambos volúmenes, el Cuento prevalece y se destaca significativamente. Es probable que tarde o temprano muchos de estos escritores decidan publicar su propio primer libro de cuentos. Sabemos de dos que ya están por hacerlo.

Tomando en cuenta todo lo anterior, en este número doble de “Maga”, con el cual se cierra la tercera época de la revista -a mediados de 2007 se iniciará una cuarta época, ya fuera de los generosos auspicios de la U.T.P.-, hemos querido presentar un pequeño muestrario de cómo escriben algunos de nuestros más recientes nuevos talentos, gente joven y no tan joven, entusiastas cultores del género *cuento*. Así, convencido de que el futuro les depara un sitio digno en las letras nacionales siempre y cuando perseveren y se perfeccionen cada vez más, para incentivar a estos noveles autores pongo en manos del Lector algunos de sus textos más esperanzadores. Con los riesgos que ello implica, lo hago con genuina satisfacción y orgullo.

Panamá, 7 de noviembre de 2006





Victoria Jiménez Vélez

Cepillo

—Recuerda. Sonríe cuando los veas; contesta con cortesía; no te metas los dedos en la nariz. No te sientes en el suelo. Amarra el cordón de esa zapatilla...

La voz de la señora siguió sonando con su bla bla bla de consejos pero él ya no la escuchaba pues había taponado sus oídos con la mayor desatención de que era capaz y así, las palabras de la doña rebotaron en el caracol de su oreja, saliendo disparadas hacia fuera sin llegar al tímpano.

Enrique apoyó una rodilla en el suelo; enlazó los dos cabos de cordones de su calzado izquierdo con un lazo disparejo y se mantuvo quieto, con una mirada ausente.

—¿Y te vas a quedar allí? Déjame peinarte.

Sintió que alguien lo tiraba de un brazo haciéndolo ponerse en pie y que unas manos le mecían los cabellos de un lado al otro tratando de acomodarlos.

—Es por gusto; tienes la pelambarrera como un cepillo. Ni para atrás ni para adelante. Bueno, ahora está de moda andar con los pelos parados. A ver... mírate... Pareces otro.

Las dos manos lo empujaron frente al espejo.

—Mírate, dijo otra vez Ida, la trabajadora social, y al decir esto le levantó con los dedos de una de sus manos la barbilla, para obligarlo a verse.

Muy a pesar suyo Enrique contempló el espejo. Enfrente de él un niño de siete años lo observó con una mirada triste; vestido con un suéter bastante gastado pero limpio; unos pantalones que se notaba que no eran de su talla porque le colgaban; y unas zapatillas que le apretaban los dedos.

—Siéntate en una banca allá afuera pero no te ensucies. Ya no demoran en venir por ti.

Arrastrando los pies, él se alejó.

—¿Y de dónde has sacado ahora ese modo de caminar? Vas a gastar las suelas de las zapatillas y sabes que aquí no sobran zapatos- lo persiguió la voz.

Se sentó en un banco.

Era la estación seca y algunas hojas marchitas caían de los árboles al piso del patio. El viento jugaba con ellas; las llevaba rozando al suelo; las hacía volar, revolotear. Y así, sin darse cuenta, Enrique se embarcó en una de ellas. Como no quiso ir solo, invitó a una hormiga que se acomodó a su lado y de esta manera, sentados

en la hoja salieron del orfanato; viajaron entre las nubes y luego tocaron tierra.

Al bajar de la hoja la hormiga creció del tamaño de un perro pequeño; igual que el tamaño de Clarín, el perro callejero que él adoptó cuando vivía con la abuela. Le puso ese nombre porque su ladrido era tan chillón como el del sonido que hacía el instrumento que tocaba Ramiro para las fiestas patrias.

—No podemos quedarnos con él, sabes que con mi sueldo de jubilada ni siquiera alcanza para que comamos nosotros.

—Yo lo alimentaré.

—¿Y cómo...?

Él no contestó pero desde ese día cumplió su promesa y Clarín nunca pasó hambre porque todas las tardes salían juntos a recorrer los basureros donde el can comía. Hasta que un carro lo atropelló. Desde entonces no quiso tener otro perro.

Miró frente a él. La destartalada casa de madera, de tres pisos, mostraba su intestino a través de los espacios producidos en las paredes por el tiempo y el abandono. La escalera estaba sucia, como siempre. También como antes, faltaban los dos escalones, por lo que tuvo que agarrarse del pasamanos para poder saltar los huecos donde las tablas ya no estaban.

Al llegar al pasillo un fuerte olor a aguardiente le golpeó la nariz. Sí, en efecto, tirado en el suelo estaba el machigua; el Pachita como le dicen todos por aquí porque siempre está borracho.

Pachita le sonrió desde su inconciencia, como otras veces. Una chispita prendió los ojos del hombre al ver al niño. Pachita era su confidente y consejero. Por eso aquella vez que Cepillo entre lágrimas le preguntó: —¿Cómo encontraré a mi mamá si no sé como se llama?

—No llores, pasierito, ella volverá a buscarte.

—¿Pero cómo podré conocerla si nunca la he visto?

—Ella te reconocerá- le había contestado el beodo entre hipos.

Iba a saludarlo y entonces Pachita desapareció.

Kiko recordó que un mes antes de ocurrir la tragedia, como decía la vecina, Pachita se había muerto en la aceira. —Ahogado en alcohol- dijo la gente.

Si Pachita había muerto no podía estar allí.

Con temor subió al otro piso. La abuela lo estaría esperando.

—Ella no es tu abuela- le contó cierto día Pepe, el que vende la piedra, esa droga que vuelve loca a la gente. ¿No ves que tú eres blanco? Tu madre te dejó donde la vieja. Le dijo: —Sosténgame aquí a este niño un momento; vengo enseguidita, y se marchó y hasta la fecha no ha regresado. Tenías apenas meses de nacido. Gondolina se quedó contigo sin papeles y sin saber nada de ti.

—¿Dónde está mi madre?—quería preguntarle Enri-

que a la abuela, pero el último recuerdo que le quedaba de la anciana le llegó de pronto, arrebatándole la respuesta. La vio tirada en el suelo, tan real como aquel día en que la vecina con su griterío llenó el patio de curiosos: —Está muerta —gritaba— está muerta.

Recordó esa apretura en el pecho. ¡Cómo le costaba respirar!, hasta que lloró. Lloró mucho, tanto como no recuerda haberlo hecho antes.

Entonces llegó la policía; un carro llamado de la morgue y la trabajadora social. La mujer se lo quería llevar; él no quería, forcejearon. Buscó con la vista a la abuela; la abuela no estaba. Empezó a llorar. El presente y el pasado se mezclaban, se confundían.

—Abuela —llamó— Quiero preguntarte cómo conoceré a mi mamá cuando venga a buscarme.

—Ella te reconocerá- le respondió la hormiga. La imagen de Pachita y el insecto se intercambiaban.

La hormiga lo miró. Ahora tenía el tamaño de una persona adulta. Él le devolvió la mirada con un poco de miedo. El insecto lo abrazó. Se dejó abrazar. Sus bracitos rodearon las anchas caderas del animal. La imagen de la abuela y de la hormiga se fusionaban, se trasponían, se sucedían.

Las lágrimas vertidas en su sueño quisieron mojarle los ojos. Se las tragó como había aprendido a hacerlo en esos dos años que llevaba en el hospicio.

Una pelota le golpeó la pierna. Los niños jugaban a su alrededor pero él no podía jugar, tenía que estar limpio porque ese día llegarían a buscarlo.

Un carro se estacionó; bajó una pareja. No, no son ellos sino el matrimonio que adoptará a Lucita.

Recordó que hacía un año a él también habían ido a buscarlo. Diez años de casados y sin hijos, era la historia.

—Me porté muy bien. Hasta me comí las espinacas. Fuimos al cine- Eso se lo estaba contando a la hormiga que ahora, sentada al lado de él, lo miraba con su negra cara y su sonrisa de hermosos dientes.

—¿Las hormigas tienen dientes?, se preguntó. Recogió una dejando que se le subiera a la palma de la mano. —Es imposible verle la boca- comentó. Volvió a dejarla con cuidado en el suelo.

—Mi abuela tenía unos bonitos dientes- recordó. —Ella decía riendo que eran de marfil como los de los elefantes- porque en el tiempo de la Colonia su familia vino de África, donde hay muchos paquidermos, como los llama el señor del cuarto uno, ese que siempre está leyendo libros viejos.

Sí, aquella pareja lo había llevado al cine; también al circo. Habían comido algodón rosado y para él solo, toda una cajita feliz. La pareja reía; los tres reían. Eran tres caritas felices.

La semana siguiente la pareja siguió riendo, pero él no. Ella estaba embarazada; después de diez años de

matrimonio sin hijos, ella estaba preñada. Lo abrazaron; les había traído suerte, le dijeron. Le dieron un beso y un donativo al orfanato. Por eso él quedaba todavía allí, esperando que lo fueran a buscar.

Y entonces llegaron ellos, los otros, los de ahora.

La trabajadora social los llevó a donde él estaba.

—Serán tres días de prueba, como primer intento- les recordó.

—Es curioso, hoy es el aniversario de nuestra boda- dijo el hombre alegremente. Hace quince años nos casamos. —Enrique: ¿Así te llamas, no?, podrás conocer esta noche a toda la familia pues celebraremos el aniversario en casa.

El niño se atrevió a alzar la mirada. Hasta ese momento contemplaba el suelo. Levantó también levemente la cabeza. Fue cuando los vio. Un hombre de anchos hombros con unos bigotes que se reían. Ella estaba al lado; lo miraba fijamente. Enrique bajó los párpados.

Subieron al carro, ellos dos adelante y él atrás. Era un automóvil chévere como el del tío Mac Pato. Sí, debían ser ricos por como estaban vestidos.

Bajaron en El Dorado. Le probaron pantalones, camisas, suéteres y hasta una gorra.

—Mírate al espejo, le dijo ella.

Frente a él un chico de siete años lo desafiaba. Ropa a la medida; zapatillas de cuero. Ese no era él. ¿Realmente se veía así? Descubrió por primera vez su buena apariencia. Quien no lo conociera pensaría que era un pifioso. ¿Qué dirían los de la vecindad, los del asilo, si lo pudieran ver?

En la vecindad era Kiko, sobrenombre que le pusieron porque vivía en el cuarto número ocho que en realidad era el dieciocho al que se le había caído el uno. En el hospicio era Cepillo, por lo del pelo; pero ahora se sintió por primera vez Enrique, sí, Enrique, como le decía la pareja.

—En la fiesta de aniversario todo estuvo bien.

—Es guapo- dijo una señora gorda.

—Mírale la pinta. Sus padres deben ser extranjeros- comentó la que estaba sentada a su derecha. —Mírale la piel.

—¿Y quién te dijo que aquí en Panamá no tenemos blancos? Mírate a ti, a mí y a todos los que aquí estamos. —Puede ser de Azuero- le ripostó un poco molesta la gordita.

Enrique se dejó llevar de un lado al otro por la anfitriona. Las invitadas lo besaron en una y otra mejilla. Se sintió admitido, pero había algo que no acababa de encajar: la mirada de Carlota, la señora que lo había ido a sacar del orfanato. La sorprendió varias veces con los ojos prendidos en él. Cuando esto ocurría un escalofrío le recorría el cuerpo.

Después que los invitados se fueron el señor Federico le enseñó el cuarto donde iba a dormir. ¡Un cuarto para

él solo! Y qué cuarto. Tenía teléfono y televisión.

Carlota colocó sobre la cama el pijama, como ella dijo, mientras guardaba en el gavetero el resto de la ropa que habían comprado.

—Báñate y pónelo para dormir. Cámbiate en el baño y no dejes tirada la ropa que te quitas. Colócala en el canasto de la ropa sucia, el que está al lado del lavamanos.

Se sintió un poco confundido sin comprender muy bien lo que le estaban diciendo.

Sorprendido se dio cuenta de que dentro de la habitación había un baño para él solo.

Cuando volvió, listo para acostarse, el único que lo esperaba era Federico. El hombre le sonrió; lo ayudó a arrojarse; le dio dos golpecitos en el hombro con los dedos de su mano derecha.

—Que duermas bien. Si necesitas algo solamente tienes que decir “papá” y por ese aparatito que vez allí escucharé tu voz y vendré a ayudarte- le dijo. Después encendió el aire acondicionado, apagó la luz y salió.

Enrique se tapó la cara con la sábana por miedo, pues era la primera vez que dormía solo en un cuarto inmenso. Sin darse cuenta el sueño lo venció.

A la mañana siguiente lo despertó Clarisa, la empleada. Lo mandó a bañarse después de darle una nueva muda de ropa.

—Apúrate, que ya van a desayunar- le dijo.

Durante el desayuno se dio cuenta cabal que había entrado a un nuevo mundo, donde tenía que aprenderlo todo. Se sintió asustado. ¿Podría aprenderlo?

Miró a Carlota, erguida a la cabecera de la mesa. Se sintió aterrado; por eso derramó el cereal. Sin ningún comentario de parte de la dueña de la casa y bajo su mirada fija, Clarisa limpió el estropicio. Enrique sintió su silencio más duro que cualquier palabra.

Era sábado. Los regalos traídos por los invitados aún ocupaban una mesa dispuesta a propósito para tal fin. Carlota empezó a guardarlos. Cuando lo hacía comentaba lo fino y delicado que era cada uno. Dejó de último las copas. Las puso sobre una bandejita plateada y ésta sobre la mesita del centro de la sala. Las miró desde varios ángulos ante la sonrisa de Federico.

—Es mi regalo de aniversario; supe que te gustaban.

Ella las había visto en el almacén. —Cuestan una fortuna- comentó.

—Tú te lo mereces todo— le dijo él.

Ella se fue al aparador de palo de rosa donde guardaba su vajilla y platería más preciada. Empezó a hacerle sitio a las copas. Escogió el mejor lugar dentro del mueble, al centro, en el sitio de honor. Cuando ya estaba listo el espacio se volvió y por primera vez Enrique la vio sonreír con una sonrisa que le cambió la cara.

El niño se sintió feliz. Tomó la bandeja plateada de la mesita y entusiasmado trató de llevársela a Carlota.

Los pies se le enredaron. Cayó. El ruido del metal sobre el piso y el de los cristales rompiéndose se mezclaron. Miró aterrado a la mujer que se le tiró encima. Él se cubrió con los brazos la cara esperando los golpes. Sintió que lo izaban; que unos brazos le apretaban el cuerpo desnutrido. No intentó defenderse.

—¿Te hiciste daño, hijo mío?- preguntó Carlota que lo estrechaba contra su pecho.

Las lágrimas rodaban de los ojos de ambos.

—Cuando ella te encuentre te reconocerá- oyó que le decía, lejana, la voz de Pachita.

El niño reclinó la cabeza sobre el hombro de la mujer. Y lloró, lloró tanto como cuando se había muerto la abuela pero esta vez sus lágrimas eran de alegría.



Diego Enrique Quijano

Rumbo a Siberia

Esa mañana me desperté preocupado. Un aire húmedo y poco liviano se hacía sentir en el ambiente, lo que no ayudaba a despejar mis pensamientos lúgubres. Esa mañana apenas si podía vislumbrar un presentimiento sobre lo que habría de acontecer.

El arroyo que dio vida a nuestro campamento la noche anterior amaneció seco. Recuerdo claramente que cuando salí a cazar, se escuchaba el pasar del agua distraída sobre las pequeñas rocas que adornaban el suelo del arroyo. Nuestra compañía de aventureros estaba formada por cinco caballeros y dos sirvientes. Empezaba la primavera y ya llevábamos tres semanas viajando a caballo hacia el corazón de la Siberia.

No íbamos en busca de alguna ciudad perdida ni a salvar una princesa prisionera de un dragón, sino por la experiencia de la aventura en tierras desconocidas y deshabitadas, la camaradería, la supervivencia por nuestro propio esfuerzo y conocer profundamente las tierras que algún día heredaríamos. Por supuesto, aunque no nos lo queríamos admitir, en un rincón de nuestra imaginación siempre estaba la esperanza de que pudiéramos rescatar a esa princesa.

En la tarde del día anterior una espesa niebla había caído sobre la tierra en que viajábamos y antes de que la neblina venciera a la luz, decidimos acampar cerca de un fresco arroyo para suplirnos de agua. Pero la niebla trajo consigo discordia, y discutimos fuertemente sobre

si salir a cazar o no esa noche. Era peligroso y no conocíamos suficientemente bien los alrededores, por lo que dependíamos plenamente de nuestra vista. Eran cuatro contra uno y yo era el partidario de que saliéramos a cazar. Lo último que quería hacer esa noche era comer esos duros panes que teníamos de provisión. Hace algunos días tuve terroríficas pesadillas cuando nos vimos forzados a cenar los panes, se me formaba una crema pegajosa de harina mojada dentro de la boca que no me dejaba respirar ni hablar, que me empezaba a ahogar hasta que finalmente despertaba con una esquina de la sábana babeada dentro de la boca.

Así pues, no queriendo sufrir nuevamente, salí a cazar solo, a pesar de los argumentos de mi hermano mayor y mis primos, pero salí sabiendo que al estar cerca de un arroyo, algún animal salvaje vendría a beber agua en cualquier momento.

Esa mañana mis compañeros demoraron en despertar. Yo lo había hecho con la sugerencia de los primeros rayos de luz. En la fría mañana, todavía dominada por la niebla, me dirigí silenciosamente en dirección al arroyo para beber agua. Me extrañaba que no lo pudiese escuchar. Al llegar a él y ver que el cauce estaba seco, me senté bajo un árbol de hojas negras a meditar mientras esperaba que se despertara el resto del campamento.

Los dos sirvientes fueron los siguientes en levantarse, caminaron hacia el arroyo, pero a diferencia mía, trajeron jarras y ollas, para verse frustrados de la falta de agua. Hoy sólo habría pan duro de desayuno. Pude notar las negras ojeras que pesaban bajo sus ojos azules. No me lo podía explicar. La niebla había tiranizado la noche con silencio y yo había pasado la noche sin interrupciones.

No me inmuté en saludarles y ellos tampoco me consideraron para un “Buenos días”, quizás porque la niebla entorpecía su vista. Poco después, Leonoff y Roscoff salieron de sus tiendas. El blanco que flotaba en el aire resistía ante los rayos de sol que se diluían en él. Ambos evadieron mi mirada, incluso el saludo que les dirigí con mi sombrero. Unas palabras salieron de mi boca, pero fueron ahogadas sin hacer ruido por una brisa helada que llegó hasta mis huesos.

Continué observándolos desde el arroyo seco. Los vi masticar su pan como un castigo y luego empezaron a levantar sus tiendas de campaña. Ya con el agitar del campamento, salieron mi hermano mayor Iván, con su largo capote negro, Rastrinsky y Kalasnoff. Los dos sirvientes levantaron mi tienda, la empacaron cuidadosamente, y junto con mi bolsa, la montaron sobre mi caballo. Mientras esto ocurría yo permanecía congelado bajo el sombrío árbol, viendo cómo la niebla hacía desaparecer y aparecer al pequeño grupo

de aventureros.

Los sirvientes terminaron de empacar el campamento, apagar el fuego, esparcir las cenizas, y preparar a los caballos. Mientras tanto, los otros cuatro discutían silenciosamente. Me sorprendía que aún nadie me dirigiera la palabra; no podía explicarme el porqué.

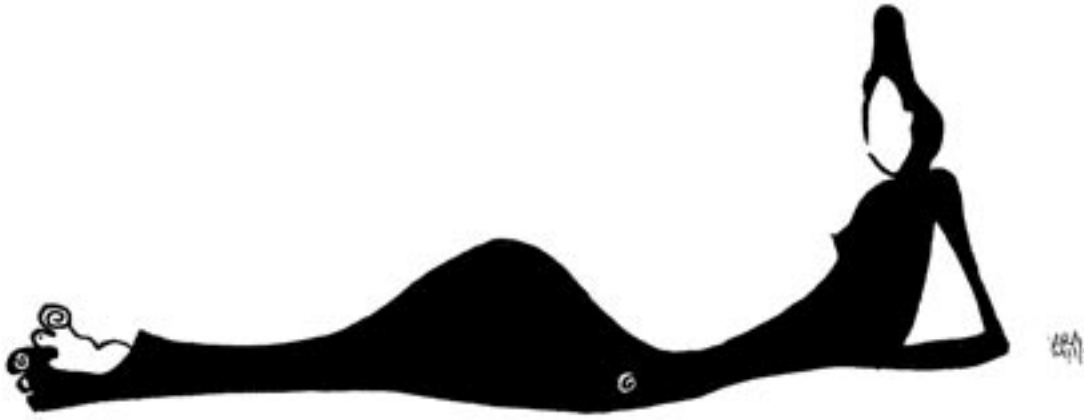
En contra de sus consejos y argumentos había decidido irme a cazar la noche anterior. Empecé el camino siguiendo el arroyo cuesta arriba, de tal manera que mis compañeros supieran la dirección general en la que me había dirigido, sobretodo, porque esperaba sorprender una buena presa bebiendo agua. Avanzaba velozmente con todo y niebla, saltando rocas y raíces, esquivando ramas y arbustos, cuando de repente me topo con un oso negro casi encima mío. No estaba preparado para este encuentro y escucho el rugir del oso al pararse en sus dos patas traseras. Era un asombroso gigante. Doy unos pasos atrás y tropiezo, caigo, pero consigo realizar un buen disparo desde el piso.

Me levanto rápidamente y corro en dirección al campamento, orgulloso de mi hazaña. En medio camino los veo venir en mi dirección, me doy media vuelta para que me sigan. En medio de la niebla, parecen perderme de vista, porque demoran en llegar al lugar del hecho. Los seis miembros de la escuadra aventurera se quedaron atónitos, petrificados, boquiabiertos, contemplaron la escena durante unos breves minutos y se retiraron, lentamente.

Poco a poco todos fueron montando sus caballos y salieron en fila con Leonoff como líder de la compañía. Usualmente era yo el líder y su actitud ya me parecía exagerada. Corrí y les grité para que se esperaran, ¡se estaban llevando a mi caballo también! Pero me ignoran y no voltean a mirar.

Me tropiezo con algo pesado que no se veía a través del nubarrón y me desplomo contra la tierra fría. Me volteo y gateo tanteando a ciegas el suelo blanco. Me parece ver la silueta de un cuerpo, una helada corriente de viento acaricia mi rostro causándome cosquillas de hielo, es la parte de un cuerpo, con mi mano siento un brazo, lo levanto y veo mi mano pálida, terrenal. Me acerco para ver quién es, el brazo está amputado, su pecho, hecho añicos, se veía una amalgama de órganos y sangre seca, sus costillas expuestas, una cabeza desfigurada, y los colores se empiezan a borrar. La niebla me envuelve en su sábana blanca, atrapándome, desapareciéndome y mientras tanto, mis compañeros se dan la vuelta más adelante, hacia el oeste, fuera de Siberia, de vuelta a sus hogares.





Gina Stanziola

No hay enemigo pequeño

La tenue luz que como un ladrón se cuela por la cortina semiabierta me despierta. Perezosa me deslizo descalza. El piso frío me hace tiritar.

A lo lejos me llegan las voces, los pitos y motores de los autos y el grito cada vez más fuerte del periodiquero: “La prensa, “Crítica, La Estrella... El Panamá América...”

A través de la ventana le hago señas al muchacho y compro un par de ejemplares.

Con la holgazanería permitida en domingo, comienzo a ojear sus páginas.

Siempre lo mismo: Elecciones en Colombia y México, cortes de cintas e inauguraciones. Martín por aquí, Vivian por allá, referéndum, ampliación del Canal... Lo mismo, lo mismo... lo mismo.

Leo mi horóscopo y luego de cerciorarme de que hoy voy a conocer al amor de mi vida, voy a tener suerte en los negocios y a emprender un gran viaje, busco un lápiz y empiezo a hacer el crucigrama.

Todo está muy bien hasta que llego a la 5 horizontal, parece una broma del destino, no puede ser esa palabra, debe haber un error, ¡sí esa no es castiza!, aunque a lo mejor por su uso la Real Academia lo haya permitido. Tiene que ser, pues no son muchas las palabras con 6 letras y doble p (pp), sí, ya no hay dudas, forma común de nombrar al artefacto ya sea de plástico o de metal que sirve para unir dos extremos...

Mi problema o fobia hacia este individuo nació un sábado en la noche cuando me disponía a asistir a una boda a la que había sido invitada. Por ser el primer evento social al que iría, luego de mi divorcio, tomé especial interés en prepararme, se diría que era mi segundo debut

en sociedad. Con tiempo escogí el vestido (que a propósito, en la boutique en que lo compré no hubo ningún problema, pues no me percaté en ese momento que eran dos las dependientas que, poseedoras de musculosos brazos, habían hecho gala de su ingenio y fuerza y me habían cerrado el z...

-¡ Qué bien se ve! ¡Luce más delgada!

-Definitivamente ese diseño está hecho para usted...

Y yo embelezada por la imagen dos tallas menos que me devolvía el espejo, caí en la trampa... ¡ y compré el vestido! Fui al salón de belleza, me peiné, me pinté las uñas y me maquillé. Llegué a mi casa con suficiente tiempo para tomar un descanso y llegar puntual a la iglesia.

Faltando media hora para partir decidí vestirme, y con tremendo horror descubrí que estaba sola, sola, sola, terriblemente sola. Los empleados se habían ido, mis hijas brillaban por su ausencia. Me asomé a ver si veía algún vecino, traté de enseñarle al perro un nuevo truco... ¡pero nada!

El tiempo corría... Ya el maquillaje no se veía tan perfecto, el cabello sudado empezaba a frizarse. El desespero y desconuelo se apoderaron de mí. ¡Nunca me había sentido tan sola. Quizás otra se hubiera dado por vencida, pero ¡yo no! Paula Luján, después de haber vencido la tristeza y la depresión no iba a dejar que un insignificante objeto le ganara la partida.

Me quité el vestido, lo puse frente a mí y como quien estudia al enemigo antes de una batalla, lo analice fríamente, entrelacé mis manos y estiré mis brazos hacia el frente, el ruido que brotó de mis dedos fue como una cómplice señal, ¡adelante Paula, estamos contigo! Tomé el vestido y con sumo cuidado lo fui subiendo, a mitad de camino, se detuvo, hubo un titubeo, entonces me replegué, lo dejé sobre la cama y me senté en mi escritorio pensando... ¡Ya sé! Prendí la televisión para distraerlo y aprovechando lo que parecía un parpadeo, de un solo tirón lo terminé de subir.

La primera parte de mi plan había sido un éxito, ahora

venía lo más difícil. Tenía que lograr ponerme el vestido con el cierre arriba. Ni siquiera las mamografías me habían dolido tanto, ay, ay, ayayayay... ¡lo logré!

A estas alturas con el maquillaje totalmente arruinado, el cabello con un "wet look" que no había planeado, el vestido ajado, corrí a la iglesia... Al pasar por el pasillo pude oír a una doña murmurar:

-¿Esa no es Paula Luján? Pobrecita, sabes, el marido la dejó, ¡está acabada!

Regresé a casa cabizbaja, mi gran noche había sido un fracaso y todo por culpa de ese... rufián sintético afeminado, pero esto no iba a volver a pasar, no lo permitiría, y planeando mi venganza me dormí con el incómodo vestido puesto, pues nadie había regresado para ayudarme.

La oportunidad llegó pronto, la invitación para la Gala social más importante del país estaba en mi poder, la revancha era mía, riendo leí la fecha: miércoles 7 de diciembre, ja, ja, día de semana. Tenía el triunfo asegurado. Ese día estaría todo el mundo en casa, los empleados, mis hijas. No había problema.

Atendí todo el día clientes, mi celular se quedó sin batería y apurada a final de la tarde llegué al salón de belleza, me relajé y dejé que me transformaran. Al rato observé complacida la imagen que me devolvía el espejo.

Juana, Juana, Juaaaaaana. Bernardino, Juana ¿Dónde se han metido?

Corrí al teléfono para averiguar qué estaba pasando.

Hola mami, oye te dejé un recado en el celular, mis hermanas y yo vinimos a la fiesta de cumpleaños de Eric en Gorgona, vamos a regresar tarde y acuérdate que mañana es libre, así es que le dije a los empleados que podían irse temprano. ¿o.k?

Esto no podía estarme pasando. ¿Quién conspiraba en mi contra?

De nuevo cara a cara con el diabólico invento.

Yo lo miraba de reojo y sentía su burla. A medio subir, desafiante, hasta se atrevió a tragarse un pedazo de tela, mientras reía. Ojalá y te atragantes, le grité. Acto seguido me arrepentí, pues la única perjudicada era yo, sola sin nadie que me ayudara, sola, ingrata y con la vaina esa trabada.

De repente oí voces, alguien llamaba a la puerta, ¿quién es? ¿Quién es?

Esperanzada la abrí, era el novio de mi hija, que venía a buscar el juego de dominó que se les había quedado.

Lo recibí con un fuerte abrazo, como quien recibe al portador de buenas noticias, a un socio, a un aliado. Y con voz solemne le dije: Te necesito, esto es una emergencia.

Momentos más tarde, mientras Archie luchaba por no peñizcarme, yo le gritaba:

¡Vamos, aprieta, tú puedes, si te da pena cierra los

ojos, mete esos gordos, no tiembles, carajo con fuerza! Gracias, me salvaste la noche, tranquilo, no te preocupes, que esto va a quedar entre tú yo.

Desde entonces no he vuelto a usar un traje largo. Pero ahora que me he atrevido a romper el silencio, son muchas las que se acercan a contarme sus experiencias, hemos creado un grupo de apoyo, donde nos turnamos para hacer guardias, pues nunca se sabe cuando un ZIPPER puede volver a atacar.



Klenya Morales

Mentiras

Desde que renuncié a mi puesto como directora médica de la clínica mi vida ha sufrido algunos cambios radicales. Me cambié el color y el corte de cabello. Soy otra. Cuando comencé a trabajar como telefonista de un *call center* de emergencias, sabía que estaba sobrecalificada, pero desconocía sus efectos inmediatos en mi vida personal. Soy casi un vampiro. Falta de apetito. Básicamente lo único que me falta es el ataúd; es como tener una *jetlag* sin haber dejado de tocar tierra. Yo, toda una fisiatra. Viviendo de noche. Tan alerta de las urgencias absurdas del resto de la gente que no puedo conciliar el sueño por muy cansada que llegue a casa. La que habría sido nuestra. Oigo tantas cosas extrañas. Toco tantas vidas. Resuelvo tantas vainas diferentes. Las personas se meten en los problemas más inverosímiles cada día. Y es gente que jamás conoceré. No es normal. No tengo tiempo de estar ni conmigo, pues cuando estoy sola pienso en todo lo que pasé dentro del monótono cubículo de mi oficina. Solo me acompañan la radio y los extraños en problemas. Hoy tuve que negociar largamente con una mujer que había inventado unas 25 formas de suicidarse. No le gustaba lo que veía en el espejo por las mañanas. Ni por las tardes, ni por las noches. Estaba tan lejos de sí misma. Mientras conversaba con ella, le enviaba un mensaje de texto a los paramédicos para que acudieran a prevenir que cometiera alguna locura. Tiene cuatro hijos y un marido que está bastante más allá de la infidelidad. Llegaron justo a tiempo ya que la pobre tipa tenía el Kama Sutra de los suicidios en su botiquín. Mil y un maneras de morir sin receta. No es por nada pero salvé otra vida. Siempre quise salvar vidas.

Hoy decidí caminar a casa. No acostumbro a caminar

sola a las tres de la madrugada en esta ciudad. Pero la brisa es irresistible esta noche. El cielo me recuerda aquella creencia egipcia de que las estrellas son huequitos por los cuales se filtra la luz del paraíso. En las tardes asisto a una clase de Literatura Universal. Todos esos escritores estaban abusaban de todo, del café, del opio, del sexo, de la vida y aun así eran geniales. Probablemente por eso eran geniales. Desde luego que estoy muy ocupada. Pero sinceramente no tengo tiempo de acordarme de ti, ni de que pisoteaste mi dignidad, mi alma, ni de que fue un desastre el haberte conocido. Es como terapéutico y hasta ahora está funcionando. Te he extirpado como a un tumor. Ni siquiera te recuerdo mucho aunque sigas programando nuestras canciones en la radio. Al menos las que yo creía que eran nuestras canciones. El hecho de que tu turno sea igual al mío es mera coincidencia. El hecho de que escuche tu programación en la estación de radio, obedece simplemente a que siempre me gustó. A veces abusas de nuestra sacrosanta *One* de *U2*. ¿A quién quieres engañar? Es obvio que entre una y otra cosa quisieras volver a empezar y ser normal, como pretendiste serlo al conocerme. Apuesto lo que sea a que tienes mi foto en la cabina, como de costumbre, aunque solamente sea como coartada. Deberías buscar ayuda profesional. Deberías pasar largas y caras horas en el diván de un psicoanalista que te explique la verdadera razón de por qué me dejaste ir. Debiste haberle explicado tus traumas de niñez, de tu juventud en la academia militar, del abusivo de tu padre borracho, tu madre pusilánime y tu incapacidad de comprometerte y amar a una mujer. Quizás necesitas medicinas, internamiento o vigilancia. O las tres cosas al mismo tiempo.

¿Cómo diablos fue que terminamos así? Más bien la pregunta sería ¿cómo fue que llegamos a comenzar este asunto? No es que me guste pensar en la cerveza fría del Fenway Park en medio de un juego de los malditos Red Sox o de los malabaristas de fuego en el Farmer's Market. Es que todo eso era porque tú estabas. Realmente nada de eso me gustaba. Bien sabes que nunca tuve mucho criterio propio. Más bien nunca me gustó la confrontación. Hace mucho frío aquí. Ahora estamos escuchando a Nirvana. Y digo estamos, pues sé que tú la estás programando y yo la estoy oyendo. Sabes que la estoy oyendo. Sé que no la programas para mí. Fue muy difícil convencer a esa mujer de que no se matara. Fue fácil entender sus directrices.

Y pensar que un día decidí que no iba a dejar de quererte. Y entonces me enteré de que en algún lugar del mundo habías dejado de pensar en mí. Habría sido mucho más sencillo si la competencia hubiera sido entre otra y yo. Al menos contra una mujer podría haber salido bien librada. De lo nuestro no hay regreso. Me hormiguean las piernas.

Dicen que uno nunca se acuesta a dormir sin haber

aprendido algo nuevo. Yo hoy aprendí algo de la mujer a quien ayudé a salvar. Has pasado a *Air Supply*. Algo en el Agua de Maravilla sobre tu tocador debió haberme advertido. Algo en tus exfoliantes Clinique y en tu habilidad para llamar al color rosado de quince maneras diferentes. Yo que te creí el más sensible de los hombres. No es bueno que la gente no sepa la verdad de las cosas. ¿Cómo se puede dormir tantas noches junto a un desconocido? Se acaba el espacio pero no tengo mucho más que decirte. La gente no debe vivir en la mentira ni dentro de un closet. Tengo sueño. Son las 9 de la ma...



Mady Miranda

La dieta panameña

Espero con paciencia mi turno en la Corregiduría de Ancón. Cuando al fin llega, le digo al oficial de turno: “Buenos días, señor, he venido a denunciar un asesinato. Yo lo cometí. Yo soy la culpable de la muerte de mi esposo.”

El ruido de los motores del avión casi no se percibe aquí. La azafata nos da instrucciones de cómo proceder en caso de una emergencia. Mi recién estrenado esposo acomoda la computadora y luego ordena algunos documentos, sumergido en su mundo de probabilidades, decisiones y números. Miro por la ventana y doy el último adiós a mi hogar. ¡Ojalá pudiera ver el monte Fuji desde aquí! El avión despega. Cierro los ojos y trato de dormir. El viaje será largo.

Me siento honrado por la misión que esta empresa me ha asignado: Panamá. Al principio lo consideré un castigo. No me imaginaba qué error pude haber cometido para ser incluido en este proyecto, al otro lado del mundo, en una selva infestada de animales salvajes y enfermedades exóticas. Sin embargo, después de investigar un poco me di cuenta que se me ha concedido un gran honor. Ser parte del equipo asesor en la modernización de una vía de tanto impacto para nuestra economía y de tan enorme valor histórico es algo que debo agradecer profundamente. Aún cuando he tenido que casarme. Era una condición indispensable para participar en el proyecto. Según la empresa, un soltero en este tipo de trabajo en el extranjero, es una complicación.

Mis padres me ayudaron. En realidad, yo no lo sabía, pero desde que era un niño he estado comprome-

tido para casarme. Fue un pacto entre amigos y aunque siempre me he opuesto a esta medieval costumbre, tuve que comerme mis principios y aceptar a esta mujer a quien no conozco. Al menos no es fea y será una esposa obediente ya que no tuvo reparos en consentir a este arreglo.

“Coyi, amado mío, perdóname, lo nuestro no puede ser. Mis padres me obligan a casarme. Te amaré por siempre.

Tuya,
Noriko”

No logro acostumbrarme a esta humedad infernal. Han pasado ya tres años y las obras marchan tal como lo planeamos. El clima es horroroso pero la comida excelente. Fue un acierto casarme con Noriko. No molesta ni exige. No he tenido tiempo para preguntarle en qué ocupa su día. Casi no hablamos, pero cuando llego a casa me trata como a un rey. Realmente no tengo que preocuparme en atenderla, pues ha hecho amistades y tiene una vida social muy activa. No sé qué cosas interesantes puede ver aquí. En fin, ella es antropóloga y ellos han de tener otro punto de vista. Lo único que me interesa es que cuando voy a casa, la encuentro envuelta en los maravillosos olores de la comida que me prepara. Mis favoritos son los mariscos: pescado frito con patatas, langosta y camarones. Las almejas y conchas las sirve como entremeses. Frecuentemente prepara lomo relleno, hígado encebollado, frijoles, tortillas y el eterno arroz al estilo caribeño con aceite de coco, entre otras muchas delicias. En las pausas de mi trabajo me deleito preguntándome qué me tendrá de comer en la noche que llego a casa. Siempre me recibe con un aperitivo. Ya no extraño el sake, teniendo siempre a mano el delicioso Carta Vieja con Coca Cola. Usualmente me tiene postres variados. Y los habanos; después de cenar, acompañados de un buen café de Boquete, éstos realmente cierran con broche de oro un día de arduo trabajo.

Me gusta el trabajo de Takeshi. Lo mantiene ocupado todo el día y casi no lo veo. He estado aprendiendo muchísimo de este país, tan distinto al nuestro. El español que hablan es muy diferente al que aprendí en la universidad. Al principio sobreviví con el inglés pero poco a poco logré descifrar la melodía y las expresiones. No hay rincón de la ciudad por el que no me haya metido, he conocido gente de todos los estratos sociales y me he inscrito en muchas actividades culturales, clases de cocina, baile y artesanías. Pero por muy ocupada que esté, no puedo olvidar por qué estoy aquí. No puedo olvidar el amor que dejé atrás. No perdono a Takeshi por haberme usado de esta manera. Me siento prisionera. Pero

no desespero. He ideado el crimen perfecto. Tengo el tiempo a mi favor, y soy paciente. Seré libre.

Me estoy engordando. En realidad, todos mis compañeros están un poco pasados de peso pero yo me sienten obeso. He tenido que cambiar todo mi guardarropa. Creo que debo ir al doctor pero nunca tengo tiempo. Y menos ahora cuando estamos iniciando el vaciado de las esclusas. Aunque no me gusta hacer ejercicio, apenas terminemos con la siguiente etapa, me inscribiré en un gimnasio.

—Señora Nagumo, siento mucho comunicarle que su esposo se encuentra recluido en el Hospital de Paitilla. Aparentemente, sufrió un ataque cardíaco.

—Gracias, enseguida voy para allá.

Tomo un taxi y me dirijo al hospital. Al llegar encuentro a dos personas que se identifican como compañeros de Takeshi. El doctor se presenta. “¿Necesita un traductor, señora?” “No, gracias. Hablo bien el español”.

El doctor me explica que, en efecto, mi esposo ha sufrido un ataque cardíaco y que se encuentra en estado delicado. Trato de reprimir una carcajada. Ellos creen que lloro y tratan de consolarme. “Ánimo, que sólo queda esperar”.

Vestida de negro y con las cenizas de mi esposo en el bolso de mano, emprendo mi viaje de regreso a casa. Atrás queda el insoportable calor, el mal olor de la marea baja, las fritangas cómplices. Frente a mí, la libertad y el amor.

Mi familia y amigos me recibieron con los brazos abiertos. En cuanto tuve la oportunidad, hablé a solas con mi prima.

—¿Qué fue de Coyi? ¿Dónde está? Quiero verlo y decirle que estoy libre para él.

—¿Acaso nunca te enteraste? Coyi se casó. ¿Qué creías, que te iba a esperar para siempre?

El mundo dejó de girar en ese momento.

“Señora, no sea ridícula. Aquí no hay caso. Según este expediente todos los testigos vieron a su esposo sufrir un ataque cardíaco y el doctor certifica su muerte por esta causa. No hay asesinato. No me haga perder el tiempo”

Al día siguiente los titulares del tabloide *Crítica* publican en primera plana lo siguiente:

CAMARERA ENCUENTRA CADÁVER DE CHINA QUE SE HACE HARAKIRI EN UN HOTEL DE LA LOCALIDAD.

Y una espeluznante foto.



Rosalba Morán Tejeira

Fantasma

El olor a mar, a agrio sudor, a trabajo duro, a podredumbre; el ruido de cubos y cajones, el ¡plas!, ¡plas!, seco y húmedo de las tortugas que, boca arriba, intentan desesperadas volver al mar, el golpeteo rítmico de las chalupas que el oleaje estrellaba furioso contra el muro del terraplén, los gritos de los pescadores o la algarabía de los campesinos, la humedad que calaba los huesos, el aroma a café, a hojaldra con salsa, que doña Zulima, afectuosa y sin asco, le servía todos los amaneceres, en aquella esquina del Terraplén y que no siempre pagaba, pues casi nunca tenía los diez centavos, constituían su mundo, sus posesiones, lo único verdadero que le fue dado porque sí, no había otro mejor que ese. Sin embargo, ellos no lo entendían.

Desde su espacio vital, un cajón sucio y mal oliente en cuyo suave y calentito colchón, eso era para él, letras y caras sonrientes lo miraban perplejos; en el que no cabía más que él, aunque siempre debía compartirlo con otros inquilinos: ratas, cucarachas, algunos gatos y de vez en cuando uno que otro escorpión; ah, y por supuesto su pachita, compañera inseparable, siempre apretujada en su temblorosa mano y que no le permitía extraviarse, pensaba en su niñez, en el por qué cuando se tiene mucho se tiene poco y cuando se tiene poco se tiene todo.

Aquella mañana una vez clareó el día se levantó, si se puede llamar levantarse a los malabares que, como contorsionista, tenía que hacer, intentando salir sin despertar a sus huéspedes; aunque, lastimosamente, a pesar de los cuidados, una que otra cucaracha desparramaba su blanquecina entraña en su rala cabellera, se pasó la mano ennegrecida por el rostro surcado de gruesas arrugas que, como grietas en tierra reseca, revelaban los años de soledad; se estiró los raídos harapos y confirmó si su compañera inseparable seguía junto a él, pues nadie lo separaría de ella, y sin más, con altivez, con gran dignidad, caminó hacia su destino. Ya lo esperaba el Mercedes Benz que, como fantasma, se aparecía cada tanto tiempo a devolverle su pasado.



Dennis Smith

Eterna despedida

El aire es denso y frío, el viento golpea suavemente los herbazales que en su vaivén hipnotizan. La sinfonía de los animales de la noche callan al silencio que se repliega en las esquinas del lago, las luciérnagas y los ojos de criaturas semihundidas brillan con el resplandor de la luna. El delicado golpe de las pequeñas ondas de agua que arremeten contra la maleza, cada vez que algún ser salta por la superficie, me hacen sentirme acompañada.

Un golpe de remos secuenciales y firmes me avisan su presencia. Por fin, nuevamente lo veo deslizarse en su canoa. Como todos los años, el mismo día, a la misma hora y en el mismo lugar donde cayó el carro en el que iba yo.



LILIA MENDOZA

La cura

El doctor recomendó baños de agua de mar dos veces a la semana y una vida sosegada lejos del mundanal ruido. No le quedaba más remedio que retirarse a tomar las aguas en su pueblo natal así que, con bártulos y familiares, tan pesados todos, se mudaron una mañana, con la intención de mejorar o morir. Y murió eventualmente: se ahogó en la arena, dormido mientras subía la marea.

Lejano Oeste

Contar mis nostalgias es tarea que me impongo, diaria, cotidianamente. Escribo un cuento y el cuento se divorcia. Primero unos pasos; tambaleándose se encuentra con piernas propias y decide andar. Se va separando de mí y se lleva mi voz, la minúscula fracción de mi cerebro que sirve para algo y la prende de su pecho, una estrella. Así el cuento toma el sendero feliz de los vaqueros de las películas, hacia el horizonte maravilloso. Jaysilver agüei.

A ciegas



Fui su primera hija, lo que se llama un accidente. Y digo fui, porque ya murió... La maté por no amarme nunca. Mi única madre, de ahora en adelante, será la Virgen María. Con ella me basta y sobra, me repetía en silencio, una y otra vez.

Calculo que tengo dos horas de estar aquí en la sala del cuartel más próximo de donde ocurrían, diariamente, mis desgracias; y de donde ocurrió, hoy, la de mi madre. Ya me han hecho varios interrogatorios a los que no he respondido nada. Por lo que he escuchado, me remitirán a la Policía Técnica Judicial y mi nuevo hogar será el Centro Femenino de Rehabilitación (quizás allí, sea más feliz, porque me decía la vieja Nanita que hay personas ajenas a ti que te quieren y respetan más que la propia sangre de tu sangre).

Tengo un rosario en mi cuello, el cual no he dejado de apretar dentro de mi mano y sobre mi pecho. Aún estoy sucia: mis manos y mi rostro los siento llenos de sangre y mi ropa está húmeda de ella. Percibo la curiosidad de la gente y deben de estarse preguntando por qué lo hice.

Más tarde, una fuerza extraña me hace levantarme del asiento al que estaba casi pegada y grito:

- Ha muerto mi madre, yo la maté. Y todo el que quiera saber por qué lo hice que escuche con atención, puesto que es la primera y última vez que hablaré sobre los hechos.

Mi abuela, la única persona de mi familia que me ha querido, pero no amado, se percató de mi ceguera, cuando al comenzar a dar mis primeros pasos, me estrellaba con todo. Creo que fue entonces cuando mamá me aborreció del todo. Supe por su propia boca que nunca quiso darme pecho, no quería alimentarme, quería que muriera y me convertí en una niña desnutrida y raquítica. Sin embargo, no morí.

Tengo dos hermanos menores de la unión que le dio su ansiado "DE" de casada a mi difunta madre, cuando yo tenía cuatro años. Blancos muy blancos mis medios hermanos, Carlos ya tiene 20 añitos y nunca ha tenido novia, en cambio, demuestra mucho afecto por sus amigos varones, comentan las asistentes domésticas, y yo creo que mi mamá y mi padrastro ya empezaron a aceptar que sólo un milagro le normalizaría sus preferencias sexuales. Y ella, igual a mamá, tiene un corazón negro,

tal vez, debí matarla también por mala hermana y por robarme todo el amor de mi madre.

No, mejor que no lo hice, no me importa que ella no me quiera, por qué premiarla con la muerte por no quererme, más cuando me habrían subido la condena por aquel desagradable insecto. No, no valía la pena, ensuciarme con su sangre igual de hedionda que la de mi madre.

Mamá nunca me atendió, quien lo hacía era mi abuela, hasta que enganchó a ese gordo apestoso, pero millonario y me puso una niñera exclusivamente para mí, y le pagaba mucho dinero para que me mantuviese lejos de su vista.

Mi recámara era una de las habitaciones del servicio doméstico. Y desde que cumplí 10 añotes, ese gordo apestoso me hizo su segunda mujer y mamá lo sabía, pero ella prefería que me usara a mí, pues sus horribles jaquecas no la dejaban cumplir con su obligación de cónyuge.

Desde aquel entonces, he tenido hongo en mi vagina y secreciones que manchaban mis pequeños pantis por ese pene infeccioso que maltrataba mi delgado cuerpo que carecía de formas de mujer. La primera vez que abusó de mí, sangré por cuatro días y, en mi ingenuidad, pensé que mamá lo había mandado a matarme —y que esa era una forma de matar— y que pronto se me acabaría la vida: el dolor, el ardor que sentía en mis genitales eran prueba de eso. Luego comprendí que no iba a morir de esa forma, sin embargo, me sentía morir, cada noche que el maloliente ese me usaba para sus perversidades. Y mi mamá, quien no me amaba, pero yo sí a ella, se enteró al poco tiempo más nunca hizo nada por mí, por la niña ciega, negra e indefensa que era sangre de su sangre.

Discúlpeme, hago un alto en mis declaraciones porque siento que la sangre de la mujer a la que siempre amaré se me empieza a pegar de una manera increíble en mi piel como si después de muerta quisiera ser parte de mí.

Respiro y exhalo profundamente, me llevo a la boca el rosario que aún mantengo dentro de mi mano y lo beso, buscando esa fortaleza que me ayude a continuar.

No saben ustedes cuánto sufrí deseando el amor de mi madre.

A mis hermanos, cuando niños, iba a levantarlos a sus habitaciones por las mañanas; los despedía con besos y abrazos cuando se iban para el colegio; a las horas de las comidas, compartía con ellos la mesa, mientras que yo comía en la única compañía de mi nana. De grandes, les seguía dando tanto los buenos días como las bendiciones cuando se marchaban con besos y abrazos; y, a mí, en toda su vida, no me llegó a dar ni una sola caricia. Señores, imagínense sufrimiento tan grande para una

niña que, en el presente, para esta mujer, seguía siendo igual.

Y mi querida Nanita me decía no te castigues así mi niña, porque la interrogaba, todos los días, cuantas veces fuera posible acerca de cómo era mamá con mis medios hermanos blancos e hijos de un matrimonio; también, les preguntaba por ellos, ¿cómo eran físicamente?, ¿qué hacían?, ¿qué les gustaba?... Me traté de acercarme a ellos, las veces que tuve valor para hacerlo, y todas esas veces, fui rechazada.

¡Odiaba ser ciega!, ¡odiaba ser negra!, ¡odiaba sentir mi cuerpo sucio de actos impuros!, a los que como he dicho antes fui obligada, pues pensaba que por aquellas circunstancias mamá no me amaba y era mi culpa.

Eran veinticuatro años de llevar auestas el rechazo y desamor de la mujer que me trajo al mundo. Eran 14 años de soportar el abuso sexual por parte de mi padrastro. En la tarde de ayer, la nostalgia embargó mi alma y decidí ir a hablar con mi amada madre, preguntarle por qué no era capaz de amarme. Pues por Nanita sabía que mamá no era exactamente negra, pero sí de color, entonces, no me podía odiar por ser negra. Pensé que el asunto se remontaría a mi ceguera y que se agravó por la depravación que cometía su esposo conmigo. Le iba a pedir perdón, a tratar de convencerla de que yo no era culpable de ninguna de las dos situaciones. Hasta le confesaría que había intentado suicidarme para que mi padrastro no pudiera abusar más de mí y, sobre todo, porque no le veía sentido a la vida sin gozar de su amor de madre del cual gozaban mis hermanos.

Cuando llegué a su habitación a la hora de su siesta y la desperté, muy enojada me increpó:

- ¿Qué haces aquí, bastarda?

- Mamá, estoy aquí para decirte que te amo y para pedirte perdón por lo que sea que te moleste de mí. Dime ¿por qué no me amas? ¿No puedes o no quieres?

- ¡Nunca debiste haber nacido! Fuiste el fruto de una violación, tu padre es un negro depravado al que siempre odiaré - lo mismo que a ti - por ser hija de semejante vileza. Lárgate ya de mi cuarto... en mi corazón no existe amor para ti.

Me fui a mi cuarto y lloré y lloré, hasta que una voz dulce que resonaba en toda mi pequeña habitación decía: "Yo sí te amo, te ofrezco mi amor de madre y serás, dentro de las mortales, mi hija preferida". Caí en un plácido sueño en el que no cesaba de escuchar aquel melodioso canto repitiendo lo mismo una y otra vez.

Sin embargo, al despertar amanecí con una idea que nunca antes había tenido, pero, desde que la pensé, resolví que la iba a llevar a cabo, pues ya no quería sufrir más. Veinticuatro años pensando eran suficiente castigo para un humano. Ahora, podía ser feliz, había encontrado una madre y no quería que mi felicidad se viera em-

pañada con el rechazo de mi madre biológica. Por eso, esperaría hasta las cuatro de la tarde (hora en que mamá tomaba normalmente su siesta) y subiría con un gran y filoso cuchillo y la despertaría, esta vez, a puñaladas.

Les he escuchado decir que mi mamá quedó totalmente desfigurada: no sabía dónde le enterraba el cuchillo y tenía que asegurarme de que muriera, no podía seguir viviendo con el sufrimiento que me causaba mi progenitora.

Cuando creí que mi pobre madre ya estaba muerta. Hice lo que nunca había podido hacer y lo que siempre había deseado: me acosté a su lado, la abracé y la besé.

Sabúl Hernández

La audiencia



Al ingresar en el recinto, ella no llamó la atención de nadie. Aquél era un salón de nerviosos reos esposados, custodios carcelarios taciturnos y abogados con cara de aburrimiento, todos en espera de que iniciaran las audiencias fijadas para esa tarde por el Tribunal. Sin embargo, después fue inevitable el verla derrumbarse mientras conversaba con el defensor de oficio, sus sollozos eran sentidos y más de una vez alzó la voz para clamar que era inocente, que jamás tuvo conocimiento de la doga encontrada.

Jesús la observa con detenimiento y no puede evitar la rabia que le provoca pensar que, igual como a él, el licenciado le debe haber recomendando a esa desdichada que al margen de la inocencia que afirma, se declare culpable para así tratar de lograr una rebaja en la pena y que no sean muchos los años de prisión que se le impongan. Pese a que su rostro mantenía una expresión de ira contenida, él siente nacer con fuerza en medio de esa mezcolanza de odios, agonías y frustraciones que desde hace tiempo padece, una especie de compasión por esa mujer, sensación que de alguna forma lo reconforta y muy dentro lo hace experimentar la necesidad de brindarle su apoyo. Ya la mira distinto. Descubre en ella una belleza que la desgracia y el encierro no logran ocultar del todo, que ni el gris uniforme de reclusa ni la falta de maquillaje habían podido opacar. Una hermosura que se resistía a marchitarse ante los embates de la adversidad.

Todavía aturrida por su terrible congoja, la reclusa se sienta junto a Jesús. Lo sentido de su llanto evidencia

el terrible abatimiento que experimenta al ser inocente y no poder ni saber cómo demostrarlo, con sus esperanzas truncadas por la desoladora recomendación que le acaba de hacer el abogado de oficio. De golpe, sus ilusiones de una pronta libertad casi habían desaparecido y con una mirada mecánica recorrió inútilmente parte del salón buscando “alguien o algo” que de alguna manera le sirviera de consuelo. Nunca antes como ahora se había sentido tan sola y desamparada; con su madre muerta, ya nadie en este mundo parecía interesarse en su situación. Casi sin pensarlo comenzó a orar.

En ese momento siente que alguien se apoya en su hombro y por primera vez observa esos ojos que la miran con ternura, quizás desde un sufrimiento peor que el suyo, él le susurra que no pierda las esperanzas pues le han dicho que el juez es un hombre justo que estudia bien sus casos. Sorprendida, intenta esbozar una sonrisa y, casi en secreto, le da las gracias, no tanto por lo dicho como por haberle hecho sentir que alguien en este universo parecía brindarle su comprensión y estima.

Así permanecen, apoyados uno en el hombro del otro, flotando como precarias embarcaciones a las que la furia de los elementos aún no logra hundir del todo en aquel océano de penurias del que parecían estar rodeados sin posibilidad de salvación.

Poco después, un funcionario anuncia que las audiencias se habían suspendido y la nueva fecha para todos los casos sería para dentro de seis meses. Ya de regreso ambos en sus prisiones, esa noche su estado de ánimo es una mezcla de amargura, tristeza y desilusión, agravadas por aquel encierro infernal. Sin duda tendrían seis meses más para meditar en torno al futuro que les esperaba y para pensar en ese reencuentro que extrañamente ya en ese instante parecían ansiar. Ella ya no veía a través de los barrotes de su celda la oscura noche, ahora miraba las estrellas y como un lujo se permitía soñar con el rostro que se dibujaba en medio de los astros.



Lisette E. Lanuza S.

Este cuento se ha acabado...

Hay setenta y cuatro baldosas verduscas y sucias en la pared de tu baño. Lo note por primera vez la otra noche, mientras levantaba la cabeza para dejar escapar un grito de pasión. Me llamó la atención el color, un verde mohoso y triste que no se ajustaba para nada con mis románticas nociones de ti.

Un par de semanas después comencé a contarlas. Llegábamos ya unas cuantas ‘sesiones’ y hacía rato que la experiencia había dejado de ser excitante. Es más, ya estaba comenzando a rayar en ridícula, así que decidí que contar sería una buena manera de pasar el tiempo.

Hay setenta y cuatro baldosas en la pared de tu baño.

Nunca pensé en descubrir esto cuando te conocí. Parecía hasta un cuento de hadas todo, o no? Lo recuerdo perfectamente, pues era una tarde preciosa y yo sentada en aquella pequeña banca mientras los últimos rayos de sol bañaban el parque con su resplandor rojizo, pensé haber encontrado mi príncipe azul.

Tenía sentido que fuera en el parque, mi lugar favorito. Antes de conocerte no había para mí nada mejor en el mundo que aquellos árboles majestuosos, a veces coronados con verdor, y a veces vestidos de colores variados, como una niña coqueta que cambia de vestido con la época. Pero al tenerte a ti, de repente cambié de opinión.

Un idilio de cuento de hadas, eso fue lo que tuvimos. Y cuando terminamos aquí, en este baño oscuro un par de horas después, ni siquiera noté el sucio color de las baldosas.

Lo comencé a notar con el tiempo, con cada día soleado que pasamos en este encierro verde y vomitivo que según tú nos brindaba la libertad de disfrutar de nuestro amor sin que nadie nos interrumpiera.

El color se volvió francamente repugnante después de un rato. Fue más o menos por ahí que comencé a contar, no hay mucho más que hacer mientras uno se deja llevar por el amor, o sí?

En un momento, algo cambió.

Seguí contando, por si las dudas, y cuando terminé... setenta y cuatro, claro está, lo mismo que ayer, me dediqué a observar a mi nueva compañera.

Le puse por nombre Holly.

No era más que una pequeña arañita, pero era la mejor compañía que podía alguien imaginar, siempre presente, aun cuando mis ojos se cerraban y mis manos estaban

ocupadas en otra cosa.

Las arañas no viven mucho tiempo, me dice el Discovery Channel, pero Holly me acompañó por una eternidad y más en tiempo de araña, y cuando por fin murió, ni tuve corazón para sacarla afuera y enterrarla, como seguramente habría querido.

La deje ahí, mi incansable compañera mientras disfruto de este amor que estaba llamado a ser de cuento de hadas.

Yo aposté al felices para siempre, colorín colorado, el príncipe azul viene a rescatar a su princesa en un corcel blanco para cabalgar hacia un futuro juntos. Pero ahora cuando cierro mis ojos y todavía puedo ver las baldosas del baño me despierto a la triste realidad. Yo aposté a un final feliz, pero después del atardecer, los árboles y los pájaros, todo lo que conseguí de ti fueron caricias apresuradas y las verdes baldosas de un baño, y ya está. Colorín, colorado, este cuento se ha acabado.



Alejandra Jaramillo Delgadillo

Vendaval

Las calles estaban desiertas. Los edificios y las casas de maderas retorcidas, enmudecidas ante la oscuridad total. La luna ausente, los faros rotos; en las calles la basura, un olor a podredumbre y apatía, ventanas sin vidrios y a lluvia se aproxima, hay gente indefensa y pido a Dios no corra nuevamente el río de agua sucia. Cae la lluvia, las pocas estrellas se ocultan ante la nube de negro que todo lo envuelve.

¿Dónde estás?, me pregunto. ¿De dónde vienes?, me respondes. Siento sobre mis hombros la pena de no encontrar respuestas. Corro y busco cartuchos, algo para proteger esto que llamo hogar. Con vientos fuertes, la lluvia se convierte en tormenta y no tengo protección, ni fuerza para detener su furia. Mis hijos lloran, su colchón se ha mojado nuevamente, su enfermedad no ha sanado y no tengo respuestas, sólo búsquedas, sólo espera. Espera, bendita espera que desespera, la animo, la entretengo ¿y las respuestas?, no llegan.

Sus hijos corren. No hay refugio, toda está a oscuras y el río corre por nuestras vidas. Salvemos nuestras cosas; con fuerza les digo, ¡evitemos que todo se lo lleve su cauce! Por mi cuarto corren cajas y colillas de ciga-

rrillo, por la sala cajas de leche, jugos, envases de soda, bolsas de pan y sacos de arroz. Todo lo que nunca hemos tenido, invade la habitación. Ironía. Todos corren, yo corro, mis hijos me siguen, no pudimos salvar mucho. Las vidas.



Minerva de Jované

El idealista

Eramos veinticinco; bachilleres en ciencias todos. Estaban los “comelibros”, también los idealistas y aquellos que les importaba salvar la física y química para poderse graduar.

Leopoldo me dice un día:

-¡Oye, Tania! Te tengo en la lista, para formar un grupo como célula estudiantil de la democracia. ¡A este país hay que salvarlo! Se lo quieren entregar a extraños. Y a esos que están arriba, no les importa entregarlo.

-¡Está bien! ¿Quiénes más están en el grupo? ¡Acuérdate! Tiene que ser gente valiente y que tenga principios, sobre todo que no sea traidora, porque esa directora es muy implacable. Y ante cualquier resbalón nos expulsará.

-He pensado en Rodolfo y también en Abdiel, son compañeros muy inteligentes. ¿A ti que te parecen ellos?

-¡Me parecen bien!

El grupo se conformó. Ya creían en nosotros, éramos los líderes, distribuíamos volantes.

Pero una mañana, las paredes de la escuela, amanecieron pintorreteadas en su fachada, también atrás y en los costado, todas con pintura roja:

¡Abajo Berta Costarango!

Algunos compañeros decían que esto era obra del “grupo verde”; otros, que eran los “comunistas” (los pupilos de un tal Marín). Después de muchas acusaciones y un sube y baja escaleras, ¡fue expulsado Leopoldo!, el idealista.

Supimos que él se fue a Estocolmo a estudiar Derecho Internacional y que desde allá, planteaba su tesis del agua: “Son millones y millones de galones de agua pura que se van al mar por cada barco que pasa por el Canal de Panamá. Si los gringos le pagaran al pueblo panameño por todas las décadas que han usufructuado el agua,

saldríamos de la pobreza y resarcirían el daño”.

Después vino a Panamá a exponer su tesis. Por las emisoras, la televisión y en el Paraninfo de la Universidad. Pero su tesis cayó en oídos sordos y nadie se le unió.

Me decía Abdiel, a quien me lo encontré una tarde de enero de mil novecientos setenta y siete: ¿sabes a quién vi?. A Leopoldo. Anda de paso con una tesis extraña. Dicen que está loco. También supe que lo habían mandado a la cárcel. Que lo golpearon todo y que su padre

finalmente pudo sacarlo del país. No oí más de él.

Seis meses después de ese encuentro con Abdiel, en julio del setenta y siete, vi en las noticias de televisión internacional que “Leopoldo había rociado su cuerpo con gasolina frente al Consulado de Panamá en Estocolmo. Y que bajando las escalinatas gritaba, “¡No entreguen el Canal! ¡no entreguen el Canal!”

-¡Se había inmolado el idealista!





LUIGI LESCURE Y
LUPITA QUIRÓS ATHANASIADIS

Premio de cuento

“FACULTAD DE CIENCIAS Y TECNOLOGÍA” (UTP) a la promesa literaria del año

La Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá tiene el agrado de comunicar que el Jurado Calificador del Premio de Cuento “Facultad de Ciencias y Tecnología” de la U.T.P., a la Promesa Literaria del Año emitió su Fallo el 6 de noviembre de 2006, con el siguiente resultado:

El ganador de la Sección A (autores inéditos) del Premio de Cuento “Facultad de Ciencias y Tecnología” de la U.T.P., a la Promesa Literaria del Año, convocado para todos los egresados de los cinco Diplomados en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá, impartidos entre 2001 y 2006, es :

LUIGI LESCURE (del Diplomado 2006), por su cuento: “*FLUIDEZ*”. La decisión de mayoría “se basa en el hecho de que es un texto que explora las posibilidades técnicas del cuento y aplica el metatexto como una forma de narración que nos ofrece una historia interesante, en la que se percibe la madurez narrativa de su autor o autora”, dice el jurado, integrado por Ariel Barría Alvarado, Rodolfo de Gracia y Raúl Leis, profesores del Diplomado en Creación Literaria 2006.

La Primera Mención Honorífica es para el cuento “La Inundación”, de MADI MIRANDA (Diplomado 2006), “porque desde lo tradicional sorprende y subyuga con su

fuerza”. La Segunda Mención, es para el cuento “Pescar mariposas”, de Luigi Lescure.

Luigi Lescure publicará en 2007 su primer libro de cuentos: *Pecados con tu nombre*.

En la Sección B (libros publicados), el Premio lo ganó la escritora LUPITA QUIRÓS ATHANASIADIS (Diplomado 2003), por su cuento “LA CERCA DEL ALAMBRE DE PÚAS”. La decisión de mayoría es porque “el cuento ganador muestra una situación social y humana desgarradora, no muy lejana de la cotidianidad, y atrae la atención del lector por el hábil manejo de la tensión”, dice el jurado.

Las dos Menciones Honoríficas fueron para la escritora ISABEL HERRERA de TAYLOR (Diplomado 2003), por su cuento “Esta cotidiana vida” (“por imaginativo y contundente, además del buen uso del lenguaje”) y “De madrugada cae la lluvia”, respectivamente.

LUPITA QUIRÓS ATHANASIADIS ha publicado un libro de cuentos: *Si te contara...* (2004); y una novela *La viuda de la casa grande* (2005). Isabel Herrera de Taylor tiene un libro de cuentos: *La mujer en el jardín y otras impredecibles mujeres* (2005), y en 2007 publicará *Esta cotidiana vida*

SECCIÓN A

Autores inéditos

Luigi Lescure

Fluidez

Deja de leer mis cuentos. No quiero que sigas. Sé que no te interesa lo que escribo. Me lo dicen tus ojos, que se asoman despectivos detrás de tus pequeñas gafas. Cuando levantas tus cejas y el ceño se te frunce arrogante, mirándome como a un bicho raro, como si no entendieras lo que lees, entonces comprendo que tu único propósito es amedrentarme, que me sienta mediocre. Quieres cohibirme, para que no me lance al ruedo. Anticipo tu opinión. Pretendes que al salir de aquí reprima mis dedos, que les impida galopar sobre el teclado, tan raudos como mi imaginación. Pero nadie puede detener esta lluvia de ideas que cae letra a letra, como gotas negras, empapando cientos y cientos de páginas. Nací con este don, ¿sabes? El don de la fluidez. No termino de escribir una historia cuando ya empiezo otra. Pero eso no es inconstancia, no. Es precisamente lo contrario, porque en creación literaria cada idea es como un río que fluye, pero a la vez tiene sus afluentes, sus ramificaciones, cada una se torna independiente y sigue su propio curso, mas el origen es el mismo. No tengo que formular una teoría, ni redactar un ensayo para sostenerlo y probarlo. Tampoco me interesa convencer a nadie. Es así y punto. Sé muy bien lo que digo. Lo sé por experiencia. Ya desde muy niño escribía. Dice mamá que de bebé no daba vueltas en la cuna, sino que permanecía boca arriba toda la noche, con la mano levantada, trazando grafismos en el aire. Esto lo hice antes de siquiera balbucear. Mis primeros cuentos los garabateé en las paredes de mi casa. En todas. Hubo que forrarlas de plástico. Resultaba más fácil borrar con alcohol la tinta de los marcadores que pintar habitaciones enteras una y otra vez. Luego aprendí que para eso están los cuadernos, claro. Y llené millares. Y es que no hacía otra cosa que escribir. No cantaba, no jugaba, no veía televisión. Sólo escribía. Hasta comiendo, con los granos de arroz, las lentejas o las hilachas de la carne, anotaba algún pensamiento. Te imaginarás que era flaco como un lápiz, tal como me ves hoy. Escribo incluso ahora en mi *laptop*, mientras tú me lees. De hecho escribo esto que alguien algún día leerá, aunque tú te opongas. Me recuerdas a mis maestras. En

la escuela ellas optaron por no enviarme al tablero pues enseguida empezaba a trazar algún relato. De inmediato media clase soltaba una carcajada y el resto abandonaba sus sillas para acercarse y leer mejor mis historias. En realidad, a mí nunca me importó compartirlas, que los demás las leyeran; porque una vez vertidas en el papel o en cualquier superficie, sentía que las imágenes que me revoloteaban en la mente, como palomas enjauladas, ya no me pertenecían. En cierta medida, las liberaba y me liberaba. Por eso quise publicar todo, para darles más libertad. Quizá no lo comprendas, pero una palabra escrita es una idea presa. En especial cuando la anotas en hojas de rayas. Los renglones son delgados barrotes horizontales que las aprisionan. Un papel o cualquier superficie, incluso los discos de una computadora, son cárceles para las ideas. Es apenas cuando un ojo las ve y las conduce hasta el cerebro que la decodifica cuando empieza su verdadera liberación. ¿Me sigues? Te explico. Yo, que tanto he escrito, comprendí que sólo encerrándolas en otras cabezas podía hacerlas volar, saltar a otras mentes, donde tarde o temprano también encontrarían un pensamiento para escaparse y fluir en palabras, en acciones, en piezas de arte, o simplemente en nuevas ideas. No necesitaba darles alas, porque ya las traen consigo. De ahí, la metáfora con las palomas. ¿No te parece brillante? ¿Sabes lo que es una metáfora, cierto? Deberías saberlo, diriges una editorial. Ahora, que sepas construirlas, es otro asunto. Si fueras escritor, como yo, sabrías que las ideas vuelan solas, y se siguen unas a otras como golondrinas. ¡Ja!, de nuevo una metáfora, ¿la agarraste? ¿Ves cómo las ideas dejan de ser palomas para convertirse en golondrinas, pero siendo las alas el hilo conductor, al menos en mi razonamiento...? Aunque, como habrás notado, también pueden ser un río... ¿No te parece maravilloso la facilidad con la que fluyen las palabras? Van de un elemento del cielo a otro del agua en un santiamén? Pero volvamos a donde estábamos... Este es el problema con la fluidez, ¿sabes? Es difícil no dejarse arrastrar. A mí me cuesta. Ella me obliga a cambiar de rumbo sin cesar. Pero en esta ocasión estoy intentando ser concreto, sólo para complacerte; aunque quizá sea tarde ya, y no llegues a darte cuenta, ni a apreciar mi esfuerzo por no desbordar esta idea-río... Aunque desbordarme es mi ideario. ¿Te das cuenta qué juguetonas son las palabras? Se sujetan como niños en rondas cuando van encadenándose entre sí. ¿Ves con qué sutileza te lleva la fluidez, de una cosa a otra, sin que lo notes? Te juro que esto no estaba pensado... En fin, te decía que quise publicar mis escritos, aunque, en el fondo, mi intención era liberarlos. Por eso te los traje. Vine con treinta cajas grandes que reunían sólo una pequeña muestra de todo lo que he escrito en mis cuarenta y dos años de vida. ¿Te imaginas todo lo que aún me falta por escribir? ¿Cuántas historias maravillosas puedo todavía

relatar? Pero según tú, todo mi material está inconexo, no cuenta nada, no hay tales historias, ninguna tiene final, son apenas inicios de posibles tramas, anotaciones. Sostienes, con fingida amabilidad, que por el momento todo lo que te mostré es sólo letra muerta. ¿Cómo puedes ser tan insensible, tan teórico? ¿Quién dijo que los relatos tienen que empezar y concluir con una sorpresa para el lector? La vida misma es siempre algo inconcluso. Siempre nos quedará algo por terminar. Del mismo modo, a mí me cuesta finalizar las historias. Nunca encuentro dónde detenerme. Lo admito. Eso es producto de la fluidez. Pero, precisamente, es mi estilo, mi sello. Es mi propuesta estético-formal. Yo, puedo presumirlo, concebí la literatura del no final. Con el tiempo los literatos entenderán que terminar es mutilar, porque todo debería ser un continuo. Yo mismo, y mi obra, somos una progresión constante. Por eso nadie puede pararme, ¿lo entiendes? Nadie. Ni siquiera tú. Menos tú, editor de pacotilla. Si quieres que una historia tenga fin, esta lo tendrá. Terminará contigo tragándote tus palabras, o mejor dicho, las mías. Te haré saborear mis relatos. Página a página te las meto en la boca, hasta que te ahogas. ¿Estás contento? ¿Te gustó el desenlace? Ahora explícame cómo puede tanta letra muerta quitarte la vida. Pero ni así llegamos al final. ¿Lo entiendes ahora? Tu vida terminó, pero inicia tu post muerte, y en algún lugar de este espacio estás empezando a irte para comenzar otra forma de existencia interminable. ¿Y qué me dices de mí y de este cuento? Tampoco concluye aquí, conmigo escribiendo junto a tu cadáver, porque pienso enviarlo a un concurso y hasta que no sepamos el fallo, éste no llegará a su final. Lo siento, quise concluir pero, como te dije antes, no sé terminar. A propósito del concurso, ya, de algún modo, te contaré el resultado. Mientras tanto, sigo escribiendo para seguir fluyendo...☪



Mady Miranda

La inundación

El sol aún no había nacido es día, pero ya se sentía el movimiento de la gente en la casona de tambo. En medio del frío y los sonidos mañaneros de las gallinas, los esposos conversaban en la cocina. Ella, de pie delante del ordenado fogón, con hábiles aplausos moldeaba las tortillas en sus manos y las ponía en la paila llena hasta la mitad con aceite caliente; él, sentado a la mesa, la observaba y saboreaba su café tinto, endulzado con poca raspadura, como lo toman los hombres de montaña.

Ella era mestiza y zamba, criada en la costa y aún seguía usando las cotonas multicolores que le dejara su abuela india para estar en casa y a veces hasta para ir de visita, pero nunca para ir a misa. Se veía un poco rara, con su cabello increíblemente rizado, salvaje y al viento y su indumentaria autóctona. Era también heredera de los conocimientos ocultos de la bisabuela africana y de sus cartas de adivinar. Pero guardaba todas estas cosas en su corazón. La gente teme lo que no entiende, y destruye lo que teme.

Él, de piel dorada y ojos color de la miel, era devoto católico y gran trabajador. Tenía vacas y caballos y en su casa nunca faltaba nada de comer. Había sacos de frijoles y arroz, y la carne seca colgaba siempre sobre el fogón. Era un hombre áspero, callado y caballeroso a toda prueba. Sin embargo, tenía un corazón tierno, que sólo descubría ante su mujer, cuando estaban a solas. A veces sus costumbres le daban curiosidad y, en secreto, un poco de miedo, pero confiaba ciegamente en ella. Era su amuleto de la buena suerte, su estrella, su guía, su amor.

—Hoy me llevo al niño al monte. No quiero que se acostumbre a estar en la casa revuelto con este mujererío, dijo él mientras buscaba la lima para comenzar a afilar el machete.

Tenían otras tres hijas pero el niño era su orgullo. Había llegado una mañana de mucha lluvia y su padre se asombró al ver que la mirada atenta del recién nacido se posaba en una rendija de la pared por donde se colaba un rayito de luz. Era un niño muy especial, con su atención puesta siempre en la naturaleza y ensimismado en sus observaciones del mundo.

Ella puso la última tortilla en la paila, reservando los almojábanos para cuando las niñas despertaran. Tomó la totuma ya vacía que había dejado su esposo sobre la mesa y, como todas las mañanas, observó atentamente los restos del líquido que se deslizaban por el fondo del recipiente. No le gustó lo que vio.

—Hoy no te lo lloves. Mejor otro día, cuando pasen las lluvias. Déjalo dormir un rato más.

El niño llegó a la cocina bañado y vestido. Su padre le amarró los zapatos y le acomodó los botones de la camisa.

—No te asustes. Acuérdate que tengo el escapulario de la Virgen de Guadalupe que me diste. Se lo pongo al muchachito y ya, no le va a pasar nada.

Ella recordó la primera vez que él la llevó a la iglesia. No iba desde que la bautizaron. Fue cuando reconoció con gran regocijo a su querida Madre, La Reina del Cielo, la del poder sobre la Vida y la Muerte, allá, en el altar. Desde entonces no se perdió una misa, occidentalizó un poco su aspecto para salir, y procuraba tener imágenes de la Virgen por todas partes. El recuerdo se escabulló entre la neblina que envolvía la casa y sus ojos brillaron como las brasas del fogón al amanecer. “Sí, es cierto, nada les va a pasar si van protegidos por mi Madrecita”. Y sonrió.

Padre e hijo salieron de la casa y comenzaron a caminar.

—¿Para dónde vamos, papá?

—Para la finca del otro lado del río. Quiero ayudarle al peón a reparar la cerca antes de que el ganado se empiece a salir y se pierda.

Siguieron caminando en silencio, ambos absortos en sus propios pensamientos. El niño admiraba el brillante espectáculo del sol que, al salir, le daba tonos dorados y rojizos a la cumbre del viejo volcán, en cuyas laderas se encontraban. Su madre siempre le decía que ese monte era en realidad un dragón dormido, y esa mañana cristalina se veía tan cercano que él sintió ganas de tirarle una piedra para ver si se despertaba. Después de un rato de caminar fueron entrando en una selva milenaria, del color del jade antiguo, sustentada por un río caudaloso, el cual tendrían que cruzar para llegar al lugar donde estaba el ganado.

No muy lejos, un gato de montaña escuchó el ruido de pisadas humanas y se escondió. Cuando el hombre y su cachorro pasaron, él los siguió a prudente distancia. No los quería perder pero tampoco quería descubrir su presencia. “Los humanos pueden ser peligrosos”. Y los siguió a través de la espesa selva mientras sus ojos brillaban como brasas.

El padre no pudo evitar sentirse intranquilo al percibir que alguien lo vigilaba. Recordó las emboscadas de los cholos guerrilleros en los no lejanos tiempos de la guerra, y aunque ya las cosas se habían tranquilizado, se aseguró de tener el machete en su lugar.

—No te me alejes, mi ‘jito —le dijo al niño tomándolo de la mano y las palabras de su esposa se presentaron en su mente. En ese momento comenzó a llover.

El río normalmente bajaba en espumoso torrente desde la cumbre de la cordillera y le daba vida a la efer-

vescente fauna y flora que deleitaban los ojos del niño. Frondosos árboles se levantaban en ambas orillas, entrelazando sus ramas sobre el agua y formando una espesa cúpula de verdor que dejaba caer bejuocos con hojas exóticas. Pero el padre no puso atención a tanta belleza. Le extrañó que el caudal del río hubiese bajado y sobre todo en temporada de lluvia. Las piedras que normalmente estaban sumergidas en la orilla hoy podían verse. Cargó al niño en sus brazos y caminó por un frágil zarzo. La lluvia arreció y el hombre apuró el paso. Con rapidez, llegó a la otra orilla, caminó un trecho en que la selva se convertía en llano y se dirigió al cobertizo de las vacas, a encontrarse con el peón. Poco después empezó a escampar.

El gato de montaña subió a un árbol en la orilla del río y cruzó al otro lado por las ramas que se entrelazaban, bajó por el tronco de otro árbol, se escondió entre las raíces y las plantas de la orilla, se hizo invisible entre ellos, y esperó.

A media tarde, después de haber trabajado sin descanso, el peón y el patrón terminaron la tarea mientras el niño estudiaba caminos de arrieras, hurgaba sapos con un palo para verlos saltar y perseguía libélulas. Luego todos comieron el almuerzo envuelto en hojas de bijao.

—Tenga cuidado al regreso, Don, me dijeron que el río hizo un embalse más arriba con el último aguacero y en cualquier momento se nos viene encima una cabeza de agua cuando se rompa el dique.

—Me lo imaginé, cuando vi el río tan bajo esta mañana.

El patrón le dio algunas instrucciones al peón y, finalmente, se despidieron.

El niño y su padre caminaron apurados para cruzar cuanto antes el río. Al llegar, comenzó a llover con fuerza y el padre dudaba de si cruzar por el zarzo. De repente escucharon un fuerte ruido de piedras y palos arrastrados por la corriente y vieron a lo lejos una ola inmensa, bajando por el cauce del río. No tenían tiempo de regresar y, si no cruzaban pronto, la corriente se los iba a llevar. El padre decidió no usar el endeble puente, por estar demasiado cerca del agua, sino cruzar por la cúpula de ramas sobre el río, y le dijo a su hijo que subiera él primero. El chiquillo obedeció y comenzó a trepar por el resbaladizo tronco. El padre lo siguió, y justo a tiempo, porque cuando estaban a la mitad, exactamente sobre el río, pasó demoledora la cabeza de agua más grande que el hombre hubiera visto en su vida. Palos y piedras se abalanzaban debajo de ellos a una velocidad asombrosa haciendo un ruido infernal. Lo que más impresionó al niño fue la limpieza y verdor del agua delante de la ola en contraste con el sucio color marrón que arrastraba. La visión fascinante lo hizo perder el equilibrio y quedó colgando de una frágil rama que a duras penas lo sostenía.

El gato de montaña saltó de entre la espesa cúpula de vegetación y con sus mandíbulas sujetó al niño por el cuello de la camisa. Antes de que el padre pudiera sacar el machete, el animal se lo llevó de rama en rama y bajó al otro lado, lejos de la orilla. El padre los siguió desesperado, y los encontró cuando el animal soltó momentáneamente a su presa sobre una gran piedra. El niño se escapó y corrió en dirección a su padre quien, confiando en su puntería invencible, tiró el machete consiguiendo herir al gato en una pata delantera. Éste lo miró, mientras sus ojos brillaban como brasas y desapareció en el verdor.

Los dos siguieron caminando por la selva hasta llegar al prado, en donde se sentaron a descansar. Estaban asustados, pero felices de estar juntos y a salvo. El padre pensaba que nunca más iba a tirar en saco roto lo que su mujer le decía. “En fin, salimos de eso ya y lo podemos contar”, concluyó para sí. “El domingo voy a mandar a decir una misa de acción de gracias”.

Un rato después llegaron a la casa, cansados, mojados y temblorosos. Entraron en la cocina y encontraron a la esposa, con su cabello alborotado y su cotona multicolor, poniéndose un ungüento aromático en el brazo.

—¡Bruto! La próxima vez, mira bien a quién le tiras ese machete. Y sus ojos, por una fracción de eternidad, brillaron como las brasas del fogón al amanecer.

Luigi Lescure

Pescar mariposas

El zumbido de llantas sobre asfalto caliente, el agudo estruendo de las bocinas y el ronroneo de los motores se encapsulan con el humo de los escapes para subir densos sobre la Avenida Balboa, creando esa atmósfera de ciudadano estrés. El tráfico estaba endemoniadamente lento. Más rápido parpadeaba la enorme flecha de focos que señalaba el cambio de carril. En esta ciudad, cuando se decide arreglar una calle todo se vuelve un caos. Peor cerca del mediodía cuando media humanidad tiene que aprovechar escasos sesenta minutos para resolver citas, negocios o asuntos personales.

Desde su auto lo ve. Era imposible no notarlo. El niño estaba sentado sobre el muro del malecón con una larga ramita que usaba como caña de pescar. Lo rodeaba un aura de tranquilidad. Sin embargo, el resto de los transeúntes parecía ignorarlo o verlo con la misma indiferencia de piedra que el monumento de Balboa. ¿Será que todos están tan embebidos con sus prioridades rutinarias y sus urgencias de agendas que no tienen tiempo para notarlo? ¿Será que lo único verdaderamente importante

en la cabeza de la gente en horas como éstas es correr para volver al trabajo, o hacer una llamada desde los celulares para avisar que se va a llegar un poco retrasado a equis reunión? ¿Acaso lo único que persiguen los que transitan esta ciudad es el obligatorio sueño de hacer dinero? ¿Estaremos en una carrera por pisar a los demás o ser pisoteados? ¿Será eso lo que nos mueve tan veloz o tan despacio como el tráfico lo permita? Tenía la sensación de ser el único imantado por el pequeño de ropas harapientas y modesta caña de pescar sobre el que gravitaba un remanso de paz. Entró a la rotonda, estacionó su auto, y se acercó al chico.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Voy a pescar mariposas.

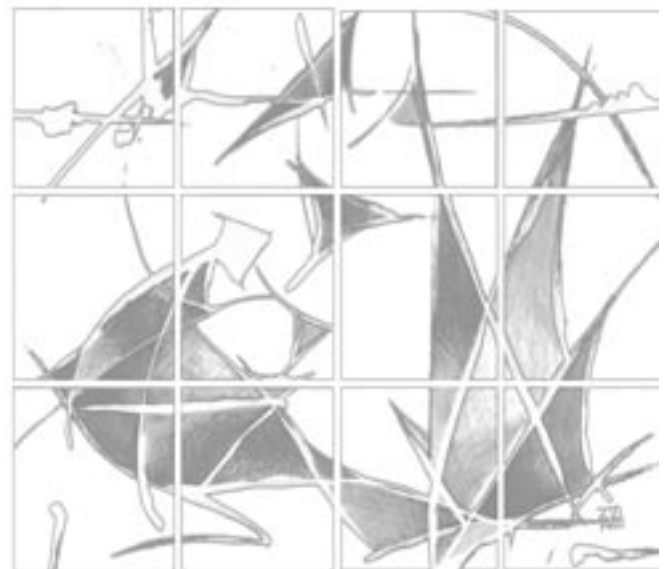
Tanta ingenuidad le arrancó una inesperada risa.

—Es imposible. Las mariposas vuelan, no nadan. Además, no puedes pescarlas. Las matarías con el anzuelo. Más bien necesitas una redcilla para atraparlas. Y sería mejor si fueras a cazarlas al campo o a una pradera.

—Pues yo las saco del mar. Pero cállate, que las vas a espantar.

Sin entender por qué obedecía guardó silencio. En medio de la espera se percató de que el hilo de la caña se extendía lejísimo. Parecía fundirse en el horizonte. Hacía tanto que no se tomaba una pausa para contemplar el azul y difuso abrazo entre el mar y el cielo. De pronto, con pequeños y vertiginosos jalones de muñecas, el niño empezó a sacar mariposas del agua. Su agilidad impresionaba. El larguísimo nailon ondeaba como un delgado y translúcido látigo hasta las nubes. Allí las mariposas se liberaban y aleteaban suspendidas por breves segundos y se convertían en peces multicolores que inundaban el cielo.

—Ves, que sí puedes. Te regalo mi caña. Tómala. Ahora me voy a atrapar peces en el cielo. ☪



SECCIÓN B

Autores con libros publicados

Lupita Quirós Athanasiadis

La cerca del alambre de púas

El tren se deslizaba rápido por la llanura: un sembradío de hortalizas, unas personas arando, una casita de campesinos. Que nadie le dijera nunca más dónde buscar la felicidad. Ella lo sabía, estaba allá, hacia donde la llevaba el tren.

Paula Savater había conocido a Ernesto Milano hacía trece años en un lujoso bar al que llegó a guarecerse de una densa lluvia que cayó de pronto sobre la ciudad. Las gotas hacían brillar los autos y los edificios. El papel de sus bolsas de compras estaba arruinado, al igual que su largo cabello castaño, a pesar de haber pasado dos horas en la peluquería.

Se había mudado hacía poco a esa pequeña ciudad y rápidamente consiguió trabajo como ayudante de contabilidad en un pequeño negocio. Tenía entonces veinte años y dos de haberse graduado en la universidad.

Él se le aproximó con una amplia sonrisa, preguntándole si a ella también la había sorprendido la lluvia. Era un hombre atractivo, de aspecto respetable. Hubiera podido hacerse pasar por profesor universitario.

Sus modales sencillos y simpáticos la llevaron a involucrarse sentimentalmente con él. Fue cuestión de semanas. Sin que ella casi advirtiera cómo, se vio inmersa en el sucio negocio de las drogas.

A pesar de estar consciente de la gravedad de la situación a la que se exponía, Ernesto Milano le había asegurado que no correría ningún peligro. Él mismo lo había hecho infinidad de veces sin ningún problema. Además, le aseguró que deseaba salirse de ese negocio, que ésa sería la última entrega. Después se reunirían para irse en un crucero por el mediterráneo. Ella ya estaba demasiado enamorada como para negarse y confiaba ciegamente en él.

Justo antes de abordar el avión alcanzó a ver dos policías uniformados que se le aproximaban.

—¿La señorita Paula Savater?

Un escalofrío la recorrió.

—Sí...

—Queda detenida.

Enseguida sintió el frío acero de las esposas que le

apretaban las muñecas. Mientras la sacaban del aeropuerto, todos se volteaban para mirarla. Nadie sabía quién era Ernesto Milano. Aparentemente él actuaba con distintos seudónimos en diferentes países. Tal vez habría otras “Paula Savater” en distintas prisiones de Latinoamérica.

El tren seguía su marcha. Ahora estaban a punto de entrar en un túnel. Así se sintió ella cuando el juez le fijó una sentencia de quince años. Los primeros meses en la cárcel de mujeres fueron los más difíciles. Se sentía sola, humillada y burlada. Su madre fue recluida en un hospital para enfermos mentales.

Aún recordaba nítidamente su llegada a la El Retiro, la cerca de ciclón y los hilos de alambres de púas en la parte superior. También los olores pestilentes de los colchones, las palabras obscenas, las miradas de lascivia de parte de otras mujeres, las comidas insulsas, los fuertes castigos a las revoltosas, el tono severo de las guardianas al dar una orden: “¡A levantarse, haraganas!”, “¡pónganse en fila!”, “¡tú, cierra las piernas, que apestas”!

Sin embargo, poco a poco fue encontrando valor en sí misma para subsistir, olvidándose del mundo exterior y aceptando las normas que le imponía el sistema. Le había servido mucho el consejo que le dio el director del penal el primer día que llegó. Era un hombre como de sesenta años, gordo y bonachón, que se encontraba sentado detrás de un viejo y gastado escritorio.

—Paula, he estado revisando su expediente. u historia también ha sido muy difundida en los periódicos. Sé de varios casos como el suyo. Es posible que si tiene buena conducta, pueda ser liberada después de once o doce años. Lo mejor que puedo recomendarle es que acepte las condiciones de su reclusión, de ese modo todo le resultará más fácil. En las cárceles no hay relojes, sólo calendarios.

Y así había sido: Allí el tiempo no se contaba por horas, sino por días, meses y años. Se hizo de buenas amigas: Cuqui, la puertorriqueña; Lolita, la mexicana y Rita de Panamá. Todas cumplirían condenas mucho más largas que las de ella. Rita era la intelectual con quien Paula podía disfrutar de amenas conversaciones sobre temas políticos y literarios, Cuqui era un salón de belleza ambulante. Siempre estaba dispuesta a limarle las uñas o a cortarle el cabello a cualquiera que se lo pidiese. En cambio Lolita, quien tenía una estatura enorme y se ejercitaba para fortalecer sus músculos, era morena de tez, pero con el corto cabello teñido de rubio. Usaba su voz de trueno y su imponente figura para hacer las veces de protectora de sus amigas.

Poco a poco, el calendario se fue deshojando y los años pasaron lentos, escurriéndose por entre los barrotes del penal.

Y llegó el día en que conoció a Julián, quien trabajaba en un negocio que abastecía de alimentos a la prisión.



Para entonces ella tenía once años de reclusión. Sus compañeras la instaron a que le hiciera caso. Julián era un hombre soltero, de unos cuarenta y cinco años que vivía todavía en casa de su mamá. No tardó en ofrecerle matrimonio. Era casi seguro que ella obtendría una libertad anticipada, debido a su intachable conducta.

Paula volvió a tomar conciencia de que iba en el tren cuando una señora le tocó el brazo para preguntarle:

—Perdone, ¿puedo sentarme a su lado? Estaba más atrás, pero el pasajero contigo no cesa de roncar.

—Sí, señora —contestó Paula.

La mujer acomodó los bártulos que traía, se puso sus gafas y abrió un libro. Paula entonces recordó cómo después que salió de prisión se casó con Julián. Buscaba hacer una vida normal, formar una familia. Pero la suegra, una mujer baja, corpulenta, insoportable y altanera, manejaba al hijo con el dedo meñique. Ni qué hablar de que Julián se mudase. Cada vez que se hablaba de eso, la doña se volvía una energúmena y el hijo enmudecía. Con el tiempo, el bueno de Julián se tornó belicoso cuando bebía. Poco después perdió su empleo. Se hizo más hosco y Paula empezó a recibir grandes palizas. La suegra se hacía la desentendida.

¿Qué estoy permitiendo?, se dijo un día Paula y tomó una determinación. A escondidas, sin decir una palabra a nadie escribió una carta solicitando un puesto de trabajo. Al cabo de dos semanas de estar atisbando al cartero para recoger personalmente cualquier misiva que llegase a la casa, recibió una respuesta afirmativa.

Observó de nuevo el horizonte a través de la ventanilla del tren y acarició el sobre que traía en el bolsillo de su vestido. Ya se estaba acercando a la estación donde terminaría su viaje y empezaría a vivir una nueva vida en la que podría sentirse querida y respetada.

A lo lejos distinguió los hilos de los alambres de púas que parecían darle la bienvenida, esta vez de otra manera.

Isabel Herrera de Taylor

De madrugada cae la lluvia

A Maité N. Oro W.

Te has despertado a esta hora tantas veces que no vale la pena mirar el reloj. ¡Se es tan necia! Lo miras. Las dos de la madrugada. Acomodas la almohada y te colocas en posición fetal, como estuviste en el vientre de tu madre. Y aunque tu madre es un bonito recuerdo, prefieres dormir. Cierras los ojos, casi apretados. Esperas que el sueño llegue de algún lugar remoto y logres descansar.

¿Para qué tanto acomodo? Hace tiempo que el reposo tomó camino y se alejó de ti.

“¡Basta de engaños!”, dices y suspiras. Deseas que la luz del día llegue a romper el impasse. Y mientras amanece, llegan los recuerdos. Las evocaciones surgen con tanta fuerza como el agua del río cuando se sale de su cauce y destroza a su paso los sembrados. ¡Tú eres un sembrado golpeado por el torrente!

—Es cuestión de tiempo, de adaptación —dijo la psicóloga.

La miraste dudosa y contestaste:

—Viajé a este país, dejando todo atrás, para ser feliz y sin embargo, me siento a la deriva.

—Busque dentro de usted —replicó, y fijaron una cita cada mes.

Eras una desconocida para ti misma, hasta que viajaste al primer mundo. Lo has visto de cerca: las calles tan limpias, los trenes tan veloces, los enmarañados caminos de cemento, los museos tan imponentes, los parques tan espaciosos, la gente tan..., y siempre comparas, es inevitable. Allá, las calles rotas y con desperdicios, allá... Pero, poco a poco, se te confundió el acá y el allá. El sol que alumbra el verano de acá te parece más opaco que el que vibra todo el año allá. No sientes suficiente perfumes en las flores, ¿Dónde se halla el verdor que te cegaba en tu tierra? ¡Acá descubriste que tu alma es caribeña! Se acabó el juego. El acá y el allá son puntos de un mismo círculo.

¡Hay tantas batallas por ganar! Luchas por perder el acento, el cantito como dicen en tu pueblo. ¿Por qué si hablan tu misma lengua, ante una palabra pro-

nunciada sientes que la equivocada eres tú? Has tenido que reaprender el idioma que heredaste de tus padres.

¡Mejor te sientas! Los recuerdos se te han vuelto tormenta.

Gabriel y tu hermano juegan contigo. Gabriel hace de papá, tú de mamá y tu hermanito de hijo. No precisas cuándo dejaron el juego y se inició el romance. La vida los separó. Volviste a encontrarlo, pero nada fue igual.

—Adela, ten paciencia, no olvides que tengo dos hijos con ella. Es cuestión de prepararla para la noticia —. Eso dijo Gabriel y tú quisiste creerle.

—Pronto estaremos siempre juntos —lo repitió como el eco.

Cuando a la mujer de Gabriel le nació otro niño, gritaste muchas ofensas. Te sentiste tan imbécil. ¡Tú tomabas píldoras para cuidarte!

Pensaste que más allá del mar todo sería mejor y conocerías al hombre perfecto. ¡Y esto sí es un charrón de la memoria!

Lo conociste una tarde de un domingo de verano, cuando tratabas de agotar el tiempo caminando por la Plaza Mayor; y se volvieron a encontrar una y otra vez. ¿Por qué no? Eran dos almas solitarias. El piso de él, en la calle de Goya, podría narrar las confidencias, las risas, los sudores, la pasión sin condiciones. ¿Recuerdas los paseos por el Parque del Retiro? Iban felices al vaivén de los anhelos compartidos. Pasaron los días, se fue otro verano. El otoño barrió las caducas hojas de los árboles y llegó el invierno con su mensaje de hielo. Pasado un tiempo, se tornó taciturno. Luego supiste el por qué.

— Me regreso a mi país —te dijo un día —. Me mata la nostalgia.

Caminas hacia la ventana y cuando la abres una brisa fresca entra alegremente. Afuera una lluvia fina se desprende del cielo. Quizás te des por vencida y te regreses a donde se escucha la saloma y los bananos dejan caer la fruta madura. Quizás, te decidas a luchar por el ser y el estar o busques la última despedida. Te asomas y miras cuatro pisos más abajo. Ante tus ojos el pavimento mojado se convierte en el río en que nadaste cuando eras niña; te llama con sus aguas claras, refrescantes. Es cuestión de subir los pies al alféizar y dejarte caer con gracia; y cuando te vean sobre el piso, con tu cuerpo roto, se ocupen de ti, aunque sólo lo hagan mientras seas noticia. Pero, abres bien los ojos y retrocedes. Das media vuelta, corres al cuarto de baño, buscas con ansia en el botiquín el frasco de calmantes y, con mucho cuidado, tomas una y sólo una de las tabletas que te recetó el doctor.

Isabel Herrera de Taylor

Esta cotidiana vida

El sol se asomaba en el horizonte cuando Carlos despertó. En realidad, la voz del vecino le hizo abrir los ojos. Éste hablaba con estridencia, parecía que su voz rebotaba en las paredes, acumulaba energía y salía por las ventanas con gran sonoridad. El vecino se llamaba Jean-Francois, un francés radicado en Panamá, el cual tenía la terrible costumbre de tirar las puertas de su residencia y de hablar a gritos a su mujer y a los hijos. La mujer por su parte respondía en español en el mismo tono. Esa forma de expresarse le hacía pensar a Carlos que la pareja mantenía constantes y acaloradas discusiones. La casa de estos vecinos quedaba justamente detrás de su recámara; si acaso tres metros de patio separaban las dos viviendas.

Carlos ojeó el reloj colocado en la mesita junto a la cama. Eran las seis y treinta de la mañana. Bostezó. Pensó en la siguiente fase de su despertar. No pudo evitar imaginar lo que vendría: le correspondía al niño de los vecinos. Tendría diez años de edad, se levantaría maldiciendo por tener que ir al colegio y, antes de bañarse, pondría el juego electrónico que emite un sonido repetitivo y monótono. Un sonsonete que, según Carlos, estimula la estupidez. Pasó un largo rato. Nada ocurrió.

Encendió la televisión, pasó canal tras canal en busca de un noticiario matutino. Miró el reloj nuevamente. Ahora indicaba las siete. ¡Qué extraño! ¿Las siete de la mañana y no hay noticieros? Abrió la ventana, la luz del sol inundó la estancia y una sospechosa tranquilidad se mantenía en los alrededores... Se estremeció. ¡Hoy es domingo!, dijo en voz alta.

¡Coño, domingo y estos desgraciados haciendo ruido! Sentía el cuerpo agitado. ¡Domingo y yo estoy levantado buscando noticias! ¿Qué les pasa? El único día que puedo dormir más tiempo. Se sentó al borde de la cama. Si tan solo pudiera dormir un poco más. Pulsó el comando del televisor y apareció una escena que retuvo su atención. La pantalla mostraba a un hombre alto, fornido, que mantenía entre sus manos un fusil AK47, con el cual le disparaba a cuanta persona se encontraba en el camino. El personaje se apodaba “El Exterminador”. Carlos sentía rebullir la sangre en sus venas. Se necesitaban varios exterminadores en este mundo, pensó.

Hacer ruidos era lo cotidiano en sus vecinos: el radio, los tres perros que ladraban, y el aparatito ese con su música artificial. Durante las noches, a Carlos le llegaba en sordina el ronroneo del aire acondicionado de la otra casa, ubicado frente a la ventana de su recámara.

¡Malditos!, gritó. El hombre disparaba una vez más. Los músculos faciales rígidos, unos lentes oscuros ocultando la terrible mirada. Carlos tenía una mirada amenazante, la misma que, probablemente, ocultaban los lentes oscuros del protagonista de la película.

Recordó la última vez que intentó dialogar con la vecina. Le explicaba que él trabajaba en turnos rotativos y que su única noche libre era la del sábado. Toda la semana guardaba la secreta alegría de poder dormir el domingo hasta tarde en la mañana. Le vio cara de tonta a la mujer ¿o se hacía la tonta? Sin embargo, parecía escuchar atenta, y le dijo que sí, que lo comprendía; pero, el estúpido aparato era uno de los juguetes preferidos del niño. ¿Jugar en la calle con otros niños? Jamás. Estar fuera de casa era muy peligroso y lo repitió como dos veces. Carlos no recordó las otras explicaciones. Entonces, con sórdida intención, le dijo: “comprendo, sólo ese francés se pudo casar con usted”, y la dejó con la palabra en la boca.

El hombre en la televisión se dirigía a otro lugar, tocaba una puerta y decía algo que ya a Carlos no le impor-

taba. La ira llenaba todo su ser. Se dirigió a la pantalla del televisor, arrancó el fusil de las manos al hombre y, con el arma lista para disparar, se dirigió a la casa de su vecina. Tocó a la puerta. La mirada fiera. La mujer protestando decía: “Es domingo, ¿quién viene a esta hora a molestar?” Abrió. Carlos apuntó sin la menor vacilación... Ella lanzó un grito agudo y largo, y cayó lentamente al suelo. Al escuchar el terrible alarido, el marido apareció gritando: “Qu'est-ce que c'est que ça? “Y se encuentra con la mujer en el piso y a Carlos apuntándole con el puño de la mano y el dedo índice como si fuera un revólver. En español, el vecino le grita:

— ¡Usted se ha vuelto loco!

Carlos mira a la mujer y, como despertando de un sueño, le dice al hombre con un tono de voz grave, adoptando el aire displicente y hosco del exterminador: — ¡La próxima vez los mato a los dos!

Mientras se va durmiendo, a Carlos le parece escuchar la voz del vecino que, por primera vez en mucho tiempo no grita, susurra: “¡mujer, por favor abre los ojos, abre los ojos!”



Mario H. Galindo

ABOGADO

PREMIO SIGNOS DE TEATRO INFANTIL

“TILSIA PERIGAUT” 2006

La Fundación Cultural Signos (segunda época) y la empresa 9 Signos Grupo Editorial, S.A., con los auspicios de la Unión Nacional de Empresas, S.A (UNESA), y con el fin de incentivar la escritura creativa y la posterior escenificación del buen teatro infantil en Panamá, crea el Premio Signos de Teatro Infantil “Tilsia Perigault” de acuerdo a las siguientes

BASES :

1. Con el propósito de honrar la memoria de la destacada escritora de literatura infantil Tilsia Perigault (1930-1990) y de crear condiciones adecuadas para la escritura y posterior representación del mejor teatro para niños, se crea el Premio Signos de Teatro Infantil “Tilsia Perigault” a partir de la presente convocatoria. Este certamen cierra el jueves 31 de mayo de 2007.

2. Podrán participar los panameños por nacimiento o naturalización, y los extranjeros con un mínimo de cinco años consecutivos y verificables de residencia en Panamá.

3. No podrán participar en este certamen los miembros de la Junta Directiva de la Fundación Cultural Signos ni los socios de 9 Signos Grupo Editorial, S.A., así como tampoco las personas relacionadas con cualquiera de aquéllos dentro del segundo grado de afinidad y tercero de consanguinidad; de igual manera, no podrán hacerlo los familiares de la escritora Tilsia Perigault - cuyo nombre lleva este Premio -, que tengan con ella el mismo grado de parentesco antes señalado.

4. Las obras se presentarán con seudónimo, en tres ejemplares perfectamente legibles.

5. Las obras deberán tener uno o varios actos, subdivididos o no en escenas o cuadros, pero que al llevarlas a escena permitan una hora de representación, incluido el intermedio (si lo hubiera).

6. El texto teatral en sí tendrá un mínimo de 50 páginas tamaño “8 1/2 x 11”, a doble espacio, presentadas en papel bond blanco, por un solo lado, en letra tipo Times New Roman de 12 puntos. Cada página irá numerada.

7. En sobre aparte (plica), cerrado, debe presentarse el verdadero nombre del autor o autora, sus teléfonos, correo electrónico, breves datos biográficos, una fotografía de buena calidad, así como copia de la cédula. En el caso de los extranjeros residentes, adicionalmente se presentará copia del permiso o constancia de residencia. Por la parte de afuera del sobre se consignará el título de la obra y el seudónimo del autor o autora.

8. Tanto en la página inicial como en el exterior del folder o cartapacio al cual vendrá sujeta cada copia de la obra, se consignará la siguiente información:

FUNDACIÓN CULTURAL SIGNOS / 9 SIGNOS GRUPO EDITORIAL
PREMIO SIGNOS DE TEATRO INFANTIL “TILSIA PERIGAUT” 2006
TÍTULO DE LA OBRA:

SEUDÓNIMO:

9. Los 3 ejemplares de la obra, así como el sobre cerrado (plica) con los datos de identidad del autor, se entregarán dentro de un sobre de manila que por su parte exterior diga: Premio Signos de Teatro Infantil “Tilsia Perigault” 2006.

El sobre debe enviarse a:

9 Signos Grupo Editorial, Apartado 0832 - 2745, World Trade Center, Panamá, Rep. de Panamá.

10. Una vez cerrado el certamen, las plicas que contienen la identidad de los participantes serán custodiadas por un Notario Público mientras duren las deliberaciones de los jurados. Éste sólo abrirá las correspondientes a la obra premiada y a las menciones honoríficas, si las hubiera, en el momento de hacerse público el Fallo en Conferencia de Prensa, y destruirá todas las demás plicas.

11. El Premio Signos de Teatro Infantil “Tilsia Perigault” 2006 consiste en la suma de B/.1,000.00, diploma de honor al mérito, un paquete de libros y la publicación de la obra ganadora. Para tal fin, el ganador del premio firmará contrato de edición exclusivo con 9 Signos Grupo Editorial, S.A., empresa a la cual entregará un CD que contenga su obra. Adicionalmente, Fundación Cultural Signos y 9 Signos Grupo Editorial, S.A. procurarán que la obra premiada se escenifique dignamente para beneficio de la niñez panameña.

12. Podrá otorgarse un máximo de dos Menciones Honoríficas, sin compromiso de publicación ni de escenificación. A los autores mencionados se les entregará diploma de honor al mérito y un paquete de libros.

13. Las entidades organizadoras designarán un jurado de tres teatristas nacionales o extranjeros de reconocido prestigio, cuya identidad permanecerá secreta, y quienes dispondrán de un mes para emitir su Fallo. Si a juicio mayoritario del jurado ninguna de las obras tiene la calidad suficiente, el Premio podrá declararse desierto mediante la debida sustentación. En cualquier caso, el Fallo del jurado es inapelable.

14. El Fallo se hará público en Conferencia de Prensa el 29 de junio de 2007.

15. No se devolverán obras.

16. Cualquier asunto no previsto en estas Bases será resuelto por la Comisión Organizadora del Premio, integrada por directivos y socios de las dos entidades que lo convocan.

17. La participación en este certamen implica la aceptación total de sus Bases.

Panamá, diciembre de 2006

Para mi padre en el Día del padre. Junio 18, 2006. EJB



**Caricatura de
Enrique Jaramillo Barnes**

Homenaje a Enrique Jaramillo Levi

(30 de octubre, 2006)

TODOS MIS LIBROS E INICIATIVAS CULTURALES SON MIS HIJOS

entrevista exclusiva a Enrique Jaramillo Levi
por Leadimiro González C.

Un grupo de escritores organizaron la iniciativa de hacerle un Homenaje al escritor nacional Enrique Jaramillo Levi. Este evento se llevó a efecto el lunes 30 de octubre, a las 7:00 p.m., en la librería Exedra Books. Un acto justo y necesario, que se desarrolló lleno de emotividad, y que puso de manifiesto lo que le debe la literatura panameña a este incansable escritor y promotor cultural que en diciembre de 2006 arriba a los 62 años.

1. ¿Quiénes y por qué te hicieron ese Homenaje?

La iniciativa fue del escritor Carlos Oriel Wynter Melo, y fue secundada por otros escritores de dentro y de fuera de la Asociación de Escritores de Panamá. Me sorprendió el gesto, pensé en un inicio que era un poco prematuro, que iba a suscitar más críticas que apoyos y así se los hice saber. Fue todo lo contrario. Un evento maravillosamente espontáneo y fraternal por parte de sus numerosos participantes, en sus despliegues de solidaridad y emoción. Me imagino que se juntaron varias

cosas que dieron lugar a la iniciativa: mi extensa y constante trayectoria como escritor y promotor cultural dentro y fuera de Panamá; mi arribo a los 62 años de edad en diciembre; el hecho de que estoy por jubilarme; la convicción que sienten los organizadores de que los homenajes hay que hacerlos en vida de las personas, no después de muertos...

2. *¿Qué actividad valoras más y cuál de ellas crees que otros aprecian más: tu obra literaria o tus iniciativas como promotor cultural?*

Yo, por supuesto, valoro más mi profunda y permanente vocación y actividad como escritor. Mi vida se define en función de haber sido escritor desde los 17 años. La literatura me ha dado enormes satisfacciones, y sé que me depara todavía algunas más. He publicado más de 45 libros, incluidas las antologías de mi propia obra y acerca de la de otros. Estoy convencido de que fuera de Panamá se me aprecia más como escritor, porque se me lee más, la crítica ha sabido ver en mis libros determinados méritos... Sin embargo, cada vez hay más críticos panameños que estudian mi obra y escriben sobre ella. Gente como Ricardo Segura J. (q.e.p.d.), Vielka de Carrillo, Ricardo Arturo Ríos Torres, Fredy Villarreal Vergara, Melquiades Villarreal Castillo, Rodolfo de Gracia, Irina de Ardila, Ariel Barría Alvarado, Fulvia Morales de Castillo, Yolanda Hackshaw, Allen Patiño, Nimia Herrera Guillén, entre otros. Pero creo que, en general, en Panamá se me valora más como promotor cultural.

3. *Realmente hay iniciativas tuyas que han marcado el contexto literario nacional, tales como la creación por Ley del "Día de la Escritora y el Escritor Panameños" cada 25 de abril, fecha del natalicio de Rogelio Sinán; la enorme cantidad de libros de autores panameños que has publicado a lo largo de los años; la creación de importantes premios que permanecen vigentes, tales como el "Gustavo Bastista Cedeño" de Poesía, el Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" y el José María Sánchez" de Cuento; la creación del Diplomado en Creación Literaria en la UTP; la creación y dirección de la revista "Maga"; y la creación e la Asociación de Escritores de Panamá. Creo que ningún otro escritor nacional ha hecho nada similar. ¿Por cuál de estas iniciativas sientes más satisfacción u orgullo?*

Pasa como con los diversos hijos y libros de uno, difícilmente hay favoritos. Uno los ama a todos, a todos los parió con amor o pasión. Me siento satisfecho y orgulloso, tus palabras son certeras, con todas estas iniciativas porque todas han contribuido a ampliar las manifestaciones de la cultura nacional, y porque todas han acrecentado un necesario respeto por la condición social y personal del escritor. Yo espero que quienes vienen detrás continúen esta labor, que no la dejen morir.

Tomado del diario El Siglo

Algunos mensajes leídos en el evento

FRANCISCO J. BERGUIDO

(escritor panameño residente en Nueva York)

Es con gran placer que envío estas líneas desde la Ciudad de Nueva York, donde resido ya por varios años, para brindar mi pequeña contribución al homenaje que hoy se hace a una persona que es uno de los pilares del desarrollo cultural de mi país: el profesor Enrique Jaramillo-Levi.

Conocí a Enrique hace casi 10 años en uno de esos cole-tazos que da la vida, y en un período de transición donde estuve en la ciudad de Panamá por dos meses.

Leyendo el periódico me enteré de un curso que ofrecía la Universidad Tecnológica de Panamá en escritura creativa, esto fue antes del Diplomado. Era un curso de tres meses. Decidí participar.

Hace poco, en un prólogo escrito por el profesor Jaramillo-Levi y tema de un libro suyo que será publicado próximamente, él se refiere con sorpresa al reciente *boom* de cuentistas en Panamá; un *boom* surgido a partir de 1990 y que se continúa a la fecha con más de 70 autores panameños que participan de un cada vez más activo ambiente literario.

A mí me hace gracia su sorpresa, porque este *boom* no sería tal sin la visión de Enrique de crear la revista literaria **Maga**, sin su constante docencia y estímulo a los que a él se acercan para desarrollar sus dotes de escritor, sin los numerosos concursos, ediciones y conferencias que tienen su base en el esfuerzo de Jaramillo-Levi. Su capacidad organizadora y su energía parecen tener base en algo más que en las dosis diarias de cafeína y una que otra empanada de pollo del quiosco de la UTP. Para mí, es claro que su esfuerzo parte de su propia experiencia como escritor y lo difícil que él encontró desarrollar su oficio en este medio literario donde muchas semillas no siempre significan muchas flores.

Yo partí dejando el curso a la mitad. Pero gracias a los contactos que Enrique me dio, llegué a Nueva York para conversar con Isaac Goldemberg en Hostos y Alina Camacho en St. John's y a través de ellos, empecé a asistir a los talleres del *Bronx Writers Corp.* Hoy ya son varios años que formo parte del ambiente literario en español de la ciudad de Nueva York.

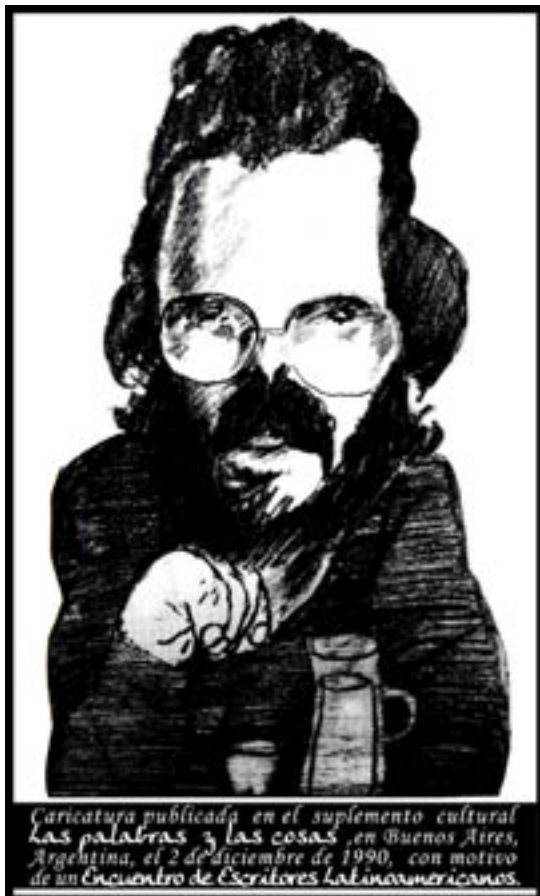
Mi vida, como todas, a tenido altos y bajos en cuanto a lo

literario se refiere, pero a través de mi contacto con Enrique, se mantiene la voz de una consciencia que me lleva a escribir, no sólo como un medio de expresión sino como una forma de comunicación y socialización.

Desde el exterior me sigue llegando la voz fuerte y clara de Enrique Jaramillo-Levi y sus esfuerzos: La Asociación de Escritores de Panamá, el Directorio de Escritores Vivos, el Congreso de Escritores y Escritoras Centroamericanos, el Diplomado en Creación Literaria, la Fundación Cultural Signos, los premios José María Sánchez, Rogelio Sinán, Stella Sierra, Gustavo Batista Cedeño, entre muchos otros y los nombres de Héctor Collado, Carlos Wynter Melo, Roberto Pérez-Franco, Damaris Serrano Guerra, José Luis Rodríguez Pittí, Isabel Herrera de Taylor y tantos y tantos otros que tenemos en común no sólo nuestro amor por lo literario sino también la presencia transformadora de Enrique Jaramillo-Levi.

Gracias profe por su esfuerzo y su constancia en reconocer que en Panamá hay talento literario y por abrirnos las puertas a los que sin Ud. nos habría sido difícil explorar el campo de la belleza y la mente.

Le deseo muchísimos años en buena salud y buena compañía (la de nosotros por supuesto) para que nos siga brindando su genio creativo y su inagotable esfuerzo para promover la literatura y la cultura en general de los panameños.



Caricatura publicada en el suplemento cultural *Las palabras y las cosas*, en Buenos Aires, Argentina, el 2 de diciembre de 1990, con motivo de un Encuentro de Escritores Latinoamericanos.

JORGE ÁVALOS (escritor salvadoreño, San Salvador)

En ocasión del Homenaje al escritor Enrique Jaramillo Levi

Mi primer encuentro personal con Enrique Jaramillo Levi estuvo signado por una curiosa nota de ironía. No guardo ninguna duda al afirmar que este escritor panameño, nacido en Colón en 1944, es uno de los más notables cuentistas latinoamericanos. Pero hasta hace dos años yo no lo sabía.

Todos los escritores de la región conocemos esta amarga realidad: es muy difícil, desde un determinado país centroamericano, tener acceso a las obras que se publican en un país vecino. Vivimos en una región minúscula: 523 mil kilómetros cuadrados de extensión en un área de estrecha y sinuosa geografía. Y a pesar de que compartimos una tierra y una historia común, nuestras libertades de expresión y de pensamiento enfrentan fronteras internas casi infranqueables. No tiene porqué ser así: nada detiene la distribución de la literatura europea y norteamericana. Tal parece que el empuje del mercado editorial internacional es más fuerte que las demandas colectivas de nuestras identidades.

Por eso no es extraño que Enrique, fuera de Panamá, sea mejor conocido y reconocido más allá de las fronteras de América Central. No intento con esto excusar mi ignorancia porque, después de todo, hasta hace dos años, yo sí conocía parte de la obra de Enrique. En ese detalle radica la ironía. En el 2004 gané el Premio Centroamericano de Literatura «Rogelio Sinán», uno de los contados esfuerzos actuales por hermanar la creación literaria de la región. Es así como entré en contacto directo con el coordinador de premio, el promotor cultural más infatigable que yo he conocido. Sólo pensar en lo que Enrique hace y logra cada año en Panamá y en el resto de la región me deja sin aliento. Su labor como escritor es envidiable por ser tan prolífica, su papel como editor es indispensable por ser tan necesaria y su función como gestor cultural se ha hecho esencial por ser tan enriquecedora; y todas estas actividades se distinguen por la indudable calidad de ejecución que nos hemos acostumbrado a esperar de él.

Pero esto también me lleva a considerar al ser humano, al carácter detrás de los logros. Si estuviese escribiendo una crítica literaria tendría que obviar los aspectos más subjetivos. Pero estoy escribiendo una pieza para un homenaje, y un homenaje es una venganza al revés: es rendir cuentas

con una persona que se ha hecho imprescindible, y por esa razón no puedo evitar la tentación de confirmar que Enrique es la persona más insufriblemente tenaz que yo he conocido en mi vida. En dos ocasiones, gracias a él, he visitado Panamá sin tener un solo centavo en el bolsillo. De la última vez puedo asegurar que durante un período de dos meses me envió más de un centenar de correos electrónicos en los que trató de convencerme para que asistiera al Primer Congreso Centroamericano de Escritores. Por razones personales tuve que negarme. Y entonces Enrique apeló a mi sentido de responsabilidad. Si esos argumentos hubiesen venido de cualquier otra persona, los habría considerado un chantaje moral, pero al escucharlos de Enrique era imposible dudar de su sinceridad. ¿Por qué? Porque tarde o temprano uno llega a comprender que para él la literatura es más que una vocación, es una misión. Agobiado y avergonzado, sin ninguna otra excusa a mi alcance, finalmente le escribí para decirle que me era imposible asistir por razones económicas. Un día después recibí la llamada del rector de una importante universidad privada en El Salvador. «Hablé con Jaramillo Levi y creo que es necesario que vayas a ese congreso», me dijo. «La universidad pagará tus gastos de viaje».

Supongo que la sinceridad sin tapujos de Enrique es ya notoria. Pero cuando se mezcla con la vanidad literaria que poseemos todos los escritores emerge con un candor casi infantil. Mi primer encuentro con él ocurrió en abril de 2004, cuando vine a la ceremonia del premio Sinán, y el primer tema de nuestra conversación fue su claustrofobia; no recuerdo por qué pero eso nos llevó a sus aficciones visuales; la lista no terminó allí. Creí que estaba ante el mayor hipocóndrico que había conocido cuando caí en la cuenta de que todas las dolencias que estaba enumerando eran reales. Esto significaba que yo estaba siendo tratado con una dosis de honestidad personal tan alta que reconocerlo me dejó completamente desarmado, porque, sin lugar a dudas, él esperaba lo mismo de mí. Fue en ese momento cuando Enrique remató su neurasténico perfil personal con una pregunta que exigía una respuesta igualmente honesta: «¿Has leído mis libros?». Y esto estableció la pauta para esa nota de ironía a la que aludí al principio. «Sí, contesté. He leído tu poesía». Y entonces abrió la boca, meneó la cabeza para sacudirse el asombro y dijo: «Nadie me conoce por mi poesía». Gracias a esa respuesta inesperada me salvé de ser confrontado con la siguiente pregunta lógica: qué pensaba de su obra.

Pero yo también había sido honesto. Yo no conocía sus cuentos, pero sí conocía su poesía. Sus libros habían sido reseñados con regularidad en la revista *Ars* de El Salvador y en una ocasión apareció una nota crítica sobre una colec-

ción de poemas. Esto me llevó a buscar su obra poética y fue así como lo leí. El autor de *Cuerpos amándose en el espejo* (1982), *Fugas y engranajes* (1982) y *Extravíos* (1989), despliega en su poesía un matiz estilístico particular, un aspecto que sus críticos reconocen en su obra narrativa y lo señalan como un ejemplo de metalenguaje. Sucede que mucha de la poesía de Enrique, aun cuando surge de experiencias emocionales, está filtrada por una conciencia que admite su condición literaria: presentimos en muchos de sus versos al autor consciente de que está escribiendo un poema.

Estoy convencido de que esa vocación por la poesía, con esa variante metaliteraria, es fundamental a la obra narrativa de Enrique. Esto explica la tensión poética que alcanzan muchos de sus cuentos, sobre todo a partir de su libro más conocido, *Duplicaciones* (1973). Enrique no explora el cuento breve en los mismos términos en que lo hicieron los escritores de la generación anterior: no hay nunca una intención paródica ni la sensación de que se trata de un pastiche. Ciertas aplicaciones usuales en los cuentistas, el uso de la síntesis, por ejemplo, adquieren en los cuentos de Enrique un valor particular. La función de la síntesis en sus cuentos no es estructural, no implica necesariamente una abreviación de sucesos; de hecho, en muchas ocasiones ocurre lo contrario, la lectura se hace más densa. El uso de la síntesis en su obra cumple una función poética y se distingue porque la prosa se intensifica: las emociones se suman, los miedos se acumulan, las ansiedades se concentran. Desde la publicación de ese libro clave para la literatura de América Central, los cuentos más breves de Enrique alcanzan la condición de poesía en prosa sin contradecir los preceptos de la ficción. Esto es un triunfo muy personal del autor porque indica que su vocación central, esa que proclama su amor por las palabras, ya no necesita ser marginada y se ubica indiscutible al centro de su oficio como narrador.

Él mismo lo confiesa en «Escritura automática», el proemio de su libro *Luminoso tiempo gris* (2002):

Simplemente escribo sobre el arte de escribir de una cierta manera. Ésta. Y reflexiono mientras brotan las palabras que meditan, a su vez, sobre su propia secuencia proteica en el papel. Escribo lo que escribo porque escribo. Lo hago y me deleito en ello como quien fluye con la corriente. Sin personajes, sin escenas, sin argumento incluso, y probablemente con una vaga estructura implícita que no es más que la propia forma de su contenido. Un contenido que ni yo conozco, que no he buscado, pero que aquí se manifiesta para quien pueda penetrarlo.

Soy la escritura que se mira deletrear el infinito desde su precario inicio hasta el final que no termina. La palabra que en el texto me derramo multiplicándome hasta ser todo y nada.

Por lo tanto, la ironía de mi primer encuentro con Enrique es también la ironía de un homenaje que pretende celebrar «al escritor panameño vivo de mayor proyección internacional». Amigos, se equivocan, porque este homenaje merece una mejor definición: necesitamos reconocer que celebramos la vida y la obra de un poeta.

Muchas gracias.

El Salvador, octubre 30, 2006

Viviane Nathan *(poeta panameña residente en Jerusalén)*

Querido Enrique

Es difícil decir en pocas palabras lo que quiero expresar en este merecido homenaje que se lleva a cabo en tu honor.

Ante todo, lamento mucho no estar presente, no poder abrazarte y decirte de viva voz: gracias.

Gracias por todo lo que eres y por todo lo que representas en el mundo de las letras panameñas, por lo que has logrado a través de tantas décadas en beneficio de los escritores y escritoras de Panamá -muchos de ellos, veteranos y otros tantos principiantes que apenas comenzaban, con miedo y timidez se asomaban y aun se asoman y necesitan ese estímulo y ese empujón que tú has sabido dar siempre de forma desinteresada y generosa

Gracias por luchar incansablemente, a pesar de la indiferencia de los gobiernos de turno y de la sociedad en general, a pesar de los obstáculos económicos, a pesar de la envidia y de las críticas de los que nunca estuvieron a la altura de tus actos.

Y gracias, sobre todo, por la amistad que me has brindado desde el primer día, ya no recuerdo bien las fechas, pero hará cosa de unos veintitantos años... por ahí por los años '80.

A lo largo de todo este tiempo aprendí a conocerte y a valorarte. Te vi siempre como un caudal de energía, un motor incansable, un Quijote incomprendido que libraba sus batallas impulsado únicamente por sus ganas de Hacer, con H mayúscula, ganas de crear diálogos, construir puentes, levantar el polvo y sacudir las almas y las mentes de nuestra sociedad.

Un Quijote solitario y hacendoso. Un hombre grande y tierno que no sabía cómo perder las esperanzas. Nadie te

enseñó a perder la esperanza y por ello, seguramente, hoy estamos aquí. Para celebrarlo y celebrarte. Para agradecerte que no te hayas dado por vencido. Para decirte que, todos, de alguna forma, hemos crecido, hemos aprendido, hemos conquistado espacios importantes y logros literarios y creativos gracias a ti.

Eres un escritor importante, un promotor cultural reconocido internacionalmente, un académico valioso, pero por encima de todos estos merecidos calificativos, eres un ser humano muy especial y un gran amigo.

Recibe junto con estas palabras todo mi cariño, mi admiración... y un gran abrazo.

Tu amiga de siempre.

Fernando Burgos *Crítico chileno, University of Memphis*

Las venas de la escritura en la obra de Enrique Jaramillo Levi

Me es muy grato adherirme al acto de homenaje que la Asociación de Escritores de Panamá le rinde a Enrique Jaramillo Levi. Conocí a Enrique en los años ochenta en la ciudad de Memphis, Estados Unidos, y desde entonces nos ha unido una estrecha amistad a través de la cual hemos intercambiado intereses comunes académicos y literarios. Por otra parte, Enrique me ha ofrecido de modo continuado y muy generosamente su extraordinario conocimiento de la literatura centroamericana así como de la hispanoamericana en general, lo cual fue para mí esencial en la publicación de dos antologías mías del cuento hispanoamericano, la primera publicada en México en 1992, y la segunda en Madrid en 1997. Tuve el honor de escribir la introducción de la edición de *Duplicaciones* aparecida en España en 1990, así como otros ensayos sobre su obra.

Puedo decirle a los amigos que se reúnen esta tarde que la obra cuentística de Enrique Jaramillo Levi —que es la que yo más conozco y género al cual Enrique le ha entregado las venas de su vida con una pasión que sólo en contadas ocasiones podemos ver en la historia literaria nuestra— tiene esa intensidad que caracteriza a las grandes obras de la literatura, lo cual ha traído consigo el conocimiento de su narrativa a nivel internacional, brindándole así un extraordinario prestigio a las letras panameñas. He usado anteriormente la expresión “venas de la vida” pensando en la lectura de la narrativa de Enrique porque, en realidad, al leer su obra

se abren las venas de la escritura y uno empieza a entender toda la compleja gama de relaciones que existe entre el modo como se asume una obra literaria —esa vorágine selvática de la ficción— y la pasión misma con que se enfrenta la vida. Y es esa doble pasión de la vida y de la ficción la que se respira en cada uno de sus cuentos.

El discurso posmoderno en el que se sostiene la obra de Enrique Jaramillo Levi expone por ello la necesidad de situar el total de nuestra experiencia psíquica —lo consciente y subconsciente— como la formación receptora de una experiencia plural de tiempos en los que confluyen lo imaginario, lo espiritual y lo confesional. A través de esta particular concurrencia de perspectivas, su obra logra un punto de universalización en el poder introspectivo del arte, que muestra elaboradamente las dudas metafísicas de la escritura y del escritor, con lo cual también se consigue crear un lector alerta e imaginativo que va mucho más allá de las sorpresas que depara la trama del cuento o el destino de los protagonistas. La narrativa de Jaramillo Levi alcanza así ese punto cénit del arte en el que el ser humano comienza a despertar de la imposición de los simulacros sociales, de las alienaciones socioculturales y a examinar, por lo tanto, con mayor lucidez su propio entorno.

Esto nos lleva a afirmar que en la obra de Jaramillo Levi se cuestionan las secuelas de una sociedad posmoderna que descoloca al ser humano del centro de la Historia, reemplazándolo por una espuria proyección de progreso o de alarmantes formas de alienación cultural que controlan, limitan y potencialmente anulan el sentido de búsqueda y renovación. En contra de ese conformismo enajenante, su obra desata todos los temores, neurosis y pesadillas de nuestro desenvolvimiento, conducta y acontecer socioculturales. De aquí la idea de duplicidad permeable en los cuentos de Enrique, es decir, nadie puede ser ya uno mismo. En el desdoblamiento se anticipa la defensa de la desolación y en la necesidad de lograr un punto de transformación o de dividir el ego en múltiples personalidades se convoca un refugio del acecho impuesto por todo tipo de instituciones posmodernas desde el centralismo y uniformidad de los medios de comunicación hasta los recursos más sofisticados de control de gobiernos y corporaciones.

Por otra parte, la duplicidad es un modo también de enfrentar el agobio afrentoso de la anonimidad, la conversión del individuo en número, o sea esa expresión amordazada de encuestas manipulables, de dato estadístico y reflejo de preferencias masivas. En este sentido, duplicarse quiebra la propensión hacia una identidad homogénea controlable, invita al despiste genérico y a la desubicación social. Es una emigración hacia la diferenciación y, por ende, hacia los medios más provocativos de la imaginación.

El ubicuo teatro cultural posmoderno que recorre la narrativa de Jaramillo Levi obliga al individuo que quiere escaparse de ese control vigilante de lo posmoderno a re-

currir a los envolventes mundos personales de introspección, a la gratificación de absoluta libertad que acarrea el acceso a lo onírico, a la volición de alcanzar estados de transformación puramente sugeridos e inofensivos o verdaderamente radicales y perturbadores. La reunión de reflejos y simulaciones impuesta por un modelo cultural posmoderno, eficazmente artificioso y coercitivo, revela en los personajes de los cuentos de Jaramillo Levi una profunda dimensión de soledad e impotencia que puede alcanzar al desgarramiento, la esquizofrenia o a un desaforado ejercicio de la fantasía, el cual una vez ejecutado cancela la posibilidad de regreso. Los personajes y situaciones que se duplican en la obra de Enrique traspasan los límites,

invitándonos a una sublevación de lo convencional y a un desenfreno de la fantasía.

Es así que en los textos de Enrique Jaramillo Levi podemos apreciar que las venas abiertas de su creación son las de su propia existencia, el espacio que engloba el cruce de ficción y realidad para mostrar tanto las transformaciones psíquicas de lo humano como las posibilidades de creación y renovación que hay en cada uno de nosotros. Su obra es crítica de nuestra condición y de nuestra sociedad, pero no es pesimista. Su mayor esperanza se encuentra en el hecho de que esa conciencia crítica que reside en las raíces de su obra conducirá a una realización más plena de nuestras capacidades.

Un fuerte abrazo, Enrique, por estas esperanzas y antenas que has sembrado en tu creación. Tu jubilación de las aulas



Caricatura de VIC, publicada en *La Prensa*. Julio 20, 1990.

universitarias es merecidísima y te agradecemos verdaderamente tu inmensa contribución académica a la universidad panameña y del extranjero. Te jubilas como profesor, pero ya sabemos que los escritores jamás se jubilan, así es que te seguiremos leyendo y releendo lo que has publicado y lo que seguirás publicando, los poemas y cuentos tuyos que hacen nuestras vidas más plenas y sobre todo más atentas a nuestra propia condición humana.



Irina de Ardila *(crítica ruso—panameña)*

“La literatura ha sido mi primer y más grande amor, la más querida de las servidumbres.”

Mario Vargas Llosa

Sospecho que estoy aquí por ser la más vieja amiga de Enrique o será la amiga más vieja. Hicimos un breve cálculo y hoy cumplimos 15 años de compartir el mismo vicio de la literatura. Fue en el 91 que fui a visitarlo en la Editorial Universitaria, mucho antes de que lo conociera Carene. Tenía una visión muy ecléctica de él gracias a las referencias de José, mi esposo: escritor, colonense, judío-católico, su mamá es Levi (para uno que vive en el extranjero es importante encontrar un paisano, aún siendo críptico), era fisiculturista y creo que casi fue Mister Panamá, se agitaba políticamente.

Me encontré a un hombre muy enérgico, directo, claro, exento de frivolidad, parecido más a mis ex-colegas rusos que hablan sin muchos rodeos y sin saber qué es piropo o galantería. Recuerdo que me retiré de su oficina cargando una torrecita de libros, por supuesto, la mayoría era de Enrique, y con una tarea concreta, la cual confieso, cumplí a largo plazo.

En aquella época comencé a colaborar en el semanario **El Herald** y cuando Enrique pasaba por la redacción, conversábamos. Me propuso, sin que fuera posible rechazar, como lo sabe hacer sólo Enrique, que fuera jurado de un concurso de cuento breve donde ganó Héctor Collado con el cuento “*La trampa*”. Celebramos juntos el talento de nuestro muy querido amigo.

He podido conversar mucho con Enrique y conocí a una persona muy lúcida, muchas veces bastante ingenua, a veces insegura a pesar de todo el éxito profesional. Tiene unos principios a los que siempre se ha mostrado fiel. Pareciera que nunca se ha visto envuelto en una situación cómica o jocosa. Más bien si hace referencia a algún incidente, tiene ribetes dramáticos, trágicos o simplemente achacosos. Él

mismo confiesa que no sabe contar chistes ni provocar risa, pero tiene su sentido de humor, aprecia el buen humor y sobre todo la amistad.

Casi todos sus versos y cuentos son dedicados a sus verdaderos amigos. Hablo de aquellas dedicatorias que figuran, impresas, al inicio de cada uno de sus escritos, en todos los ejemplares puestos a la venta. Este tipo de dedicatorias tiene por principal función dejar constancia de la deuda que tiene Enrique con amigos o familiares que de alguna manera contribuyeron a la elaboración de la obra, inspirándola o facilitando las condiciones de su realización, autores, pensadores, personajes históricos hacia quienes él siente admiración o con cuya obra la suya propia tiene algún tipo de relación.

Yo también tengo un poema dedicado que titulé “An-tropófago”. A mí me gusta mucho ese poema. Está escrito en forma de diálogo, lo percibo como si Enrique hablara conmigo. Tal vez, son mis ideas, pero eso me hace sentir muy especial. Gracias, Enrique.

Todos sabemos cuán largas y tediosas son las esperas en los aeropuertos. Ya leíste todo lo que querías leer, compraste todo lo que te permitía tu escuálido bolsillo, comiste todo lo que ofrecen los cafés y sólo deambulas buscando rostros simpáticos, viendo dónde sentarte.

Aterrizo al lado de una pareja, que al igual que yo, está disgustada con que los españoles fuman en el aeropuerto Barajas a pesar de los anuncios prohibiéndolo. Comenzamos la conversa, el señor resulta ser originario de La Habana, Cuba, que emigró a Nueva York, judío, poeta, muy reconocido, de nombre José Kozzer. Al ver mi pasaporte y enterarse que esperaba el vuelo para Panamá, de una vez me preguntó si conocía a Enrique Jaramillo Levi.

Me habló sobre nuestro común amigo con admiración y se interesó mucho en saber en qué estaba trabajando. Después de la famosa exclamación “el mundo es chiquito”, entablamos una conversación muy amena sobre poesía, literatura en general. A medida que José Kozzer hablaba sobre sí (la espera era larga) me dí cuenta de que Jaramillo Levi era su alma gemela.

Me explicaba el poeta que no podría decir cuándo ni por qué se inició como poeta, no era capaz de comprender por qué había invertido toda una vida en hacer 4.200 poemas: ¿Cuántos son los tuyos, Enrique? Sólo sabía que todos los poemas habían ido a parar a un vertedero que tiene la forma de carpetas, que los guardaba con rigor, a veces con desesperación: eran su fatiga; y como todo estado bien llevado de fatiga, eran su felicidad, igual a la de Jaramillo Levi.

Como siempre nos confiesa Enrique, él también desea hacer cuentos o versos todo el tiempo, de día y de noche, despierto o dormido, vivo o muerto. Hace poco la hija de



Dibujo del artista Kuna Oloquadi, publicado en la revista MGA (Panamá, 1991).

Enrique, lo invitó a su boda en México. ¿Y saben, cuál fue su respuesta? ¡Si era posible cambiar la fecha de la boda para que ésta no coincidiera con la Feria del libro en Panamá! Fuente de entero crédito. Llegan a mi memoria Kafka que dice: "Un escritor que no escribe es una monstruosidad," y Flaubert con: "El artista, a mi modo de ver, es una monstruosidad, algo que yace exterior a la naturaleza".

En 2001 en Moscú, en el Décimo Foro Mundial de Latinoamericanistas, tuve otro encuentro inesperado; esta vez con la crítica española María Jesús Mayans Natal, de la Universidad de Tennessee, conoedora, admiradora e investigadora de la obra de Jaramillo Levi. En ese evento dictó la conferencia: "El relato como signo: materia y lenguaje en **Caracol y otros cuentos** de Enrique Jaramillo Levi".

Hace unos años estuvimos en Montreal y entramos en una librería de Literatura Latinoamericana. El único libro

de autor panameño que encontramos en las repisas de esta gran librería fue **A flor de piel** (poemario, 1997).

Definitivamente: Nadie es profeta en su tierra.

La Asociación de Escritores de Panamá quiere mucho a su escritor y presidente. Le aprecia, lo elogia, lo lee y hoy le rinde homenaje. Basta hablar con varios de sus estudiantes del Diplomado de Creación Literaria para detectar que tienen un cariño especial hacia su profesor y admiración por toda su obra. Y no pudo ser otro lugar que en un taller literario en la UTP, donde Enrique conoció a Carene. Es que para el Maestro Jaramillo Levi no existe otro mundo.

Para mí, el primer acercamiento importante a su obra fue escribir sobre el libro "**Luminoso tiempo gris**". Celebré su fe en el cuento fantástico y me acordé de sus palabras que "la imaginación es más densa y tesonera y convincente que la memoria, frágil tejido al que le van naciendo fisuras y telarañas vergonzosas que se extienden con el inexorable avance de los años."

A mi modo de leer, los personajes de Jaramillo Levi heredan su incertidumbre personal que es uno de los componentes de un final desesperanzado, al que se abocan tantas vidas sin visos de comunicación afectiva, en total soledad.

Enrique nos enseña a leer de otro modo y crea así un nuevo tipo de lector. Nos está enseñando a no identificarnos con los protagonistas de sus cuentos, sino con el propio autor, sea cual fuere su disfraz o su máscara.

Convencido fatalista, es de sospechar que el Jaramillo Levi escritor es de los que piensan que nada ocurre por casualidad en sus escritos.

A través de su obra se perciben difíciles búsquedas y grandes aspiraciones de un autor inteligente. Recuerdo una pregunta que me obligó a reflexionar: "Las cosas, una vez nombradas, son. Igual los hechos. ¿Y por qué no también las personas?"

¡Ojala todos los escritores nuestros estimularan así a sus lectores, no sólo a leer, sino también a razonar!

¡Es un gran hombre y eso es lo que le hace también ser un gran escritor!

ESPEJO EN LAS ESQUINAS

Cuando en 1971, estando en México aprovechando una Beca Centroamericana de Literatura en el Centro Mexicano de Escritores, Enrique Jaramillo Levi publica **ANTOLOGÍA CRÍTICA DE JOVEN NARRATIVA PANAMEÑA**, empezaba para él toda una vida de trabajo empeñoso y creación literaria que hoy día todos aplaudimos.

Acaba de publicar **Sueño Compartido**, una compilación histórica de cuentistas panameños que abarca 112 años de producción narrativa nacional. Son dos volúmenes donde convergen 134 autores. Su trabajo como investigador - que es el que aquí nos ocupa - de la literatura panameña y centroamericana, durante 34 años, no tiene paralelo en Panamá.

No queremos hacer aquí un recuento pormenorizado de títulos aparecidos durante esos fructíferos años. La obra de Enrique Jaramillo Levi es no sólo abundante sino abrumadora. Pero sí vamos a ocuparnos un tanto de unos pocos trabajos suyos que han visto luz, digámos, desde el año 2003 a la fecha, es decir, a partir del Centenario de la República, para marcar así de alguna manera un hito o una esquina más en la historia de nuestra cultura literaria.

Señalamos particularmente los títulos que se han ocupado de la narrativa. Son ellos: **Pequeñas Resistencias, Panamá Cuenta y La Minificción en Panamá**, de 2003; el primero dedicado a Centroamérica. Al año siguiente sale **Flor y Nata**, donde recoge la obra de narradoras del Istmo. Al 2005, lleva editados no sólo **Sueño Compartido** sino además **Para más Señas**, un libro de su autoría presentado con éxito en la recién pasada Feria del Libro que organizara la Cámara Panameña del Libro en nuestro país, y **Las Esferas del Viaje**, una selección del cuento de Moravia Ochoa L., sirviéndose de cada uno de sus libros a partir de **Yesca** (1961).

Ochoa López era una de las firmas recogidas por Enrique Jaramillo en la **Antología Crítica** de 1971, junto a Enrique Chuéz, Griselda López, Luis Carlos Jiménez, Pedro Rivera, Bertalicia Peralta, Benjamín Ramón, Dimas Lidio Pitty, Arysteides Turpana, Roberto McKay y el mismo Jaramillo Levi. Ya en el prólogo de entonces el antólogo anunciaba lo que habría de ser su trabajo en los próximos años. Surge, decía Enrique, "una meritoria prosa de ficción breve" que, añadimos nosotros, ha crecido vigorosa entre los cuentistas de Panamá.

Esa prosa breve que entonces empezaba, acosada insistentemente por Enrique Jaramillo Levi, el investigador cuyo trabajo y esfuerzo aquí reconocemos produce años después el libro **La Minificción en Panamá**, editado por la Universidad

Pedagógica Nacional en Colombia, subtitulada Breve Antología del Cuento Breve. Otros son los nombres que aparecen allí, como es natural: Justo Arroyo, Rey Barría, Claudio de Castro, Raúl Leis, Oscar I. Muñóz, Allen Patiño, Rogelio Sinán, Consuelo Tomás, repitiéndose los de Pedro Rivera, Benjamin Ramón, Bertalicia Peralta, Moravia Ochoa y Griselda López.

Hasta aquí esto que es apenas una reseña rapidísima del trabajo grueso, reciente, de Enrique. Porque en él se da también el trabajo un tanto más liviano y permanente del editor de revista de literatura como **MAGA**, en la cual desde 1998 (número 33) hasta el 2002 (número 49-50) publicó distintos textos y artículos de distintos autores que se ocuparon con especial dedicación al cuento o narrativa breve como género predilecto. Podemos mencionar a Mempo Giardinelli, Lauro Zavala, Françoise Perus, Edmundo Valadez, Angela Romero y textos como Hacia una definición y características del cuento, El cuento según la crítica hispanoamericana, El cuento como enigma y reto, Reflexiones sobre el minicuento, El minicuento en Panamá y Apuntes sobre el arte de escribir cuentos, por ejemplo.

MAGA sin duda preparó el camino. Exploró el territorio inmenso que es la narrativa breve, su rica geografía y crecimiento en América Latina. **Pequeñas Resistencias** es sólo una muestra de ello. Además de ser - como **Sueño Compartido** - una casi exhaustiva historia del género.

Pero hay más. Aunque corramos el riesgo de quedarnos cortos frente a la obra y el empeño al parecer sin límites o ante la generosa necesidad de Jaramillo Levi, necesitamos decir que creemos que el trabajo realizado por él entre nosotros continúa el aporte que hiciera, desde otra perspectiva, Donald L. Shaw con **Nueva Narrativa Hispanoamericana** en 1981. Quiero decir que la de Enrique le da continuidad y nos pone al día. Otro valor que hemos de reconocerle. Sin mezquindad ni celo alguno. Al margen toda diferencia o distancia. Como dice Susana Reyes en algún poema: "la necesidad acaso era la mejor de sus virtudes".

Finalmente, menciono otro libro, a mi modo de ver fundamental en la trayectoria creadora de Jaramillo Levi. Fundamental, digo, en su sentido más raizal, estrico. Se trata de **LA MIRADA EN EL ESPEJO**. Publicado en 1998, otro año esquina en nuestra historia patria, justo cuando brota lozano interés por el cuento breve (visible en tantos número de la revista **MAGA**) y justo cuando luego de años y más años de escribir abundantemente - exageradamente diría - opta por mirarse en el espejo y reflexionar sobre el trabajo realizado a pesar de dificultades y casi contra corriente. Era cuestión de detenerse un tanto y mirar atrás para ver el camino recorrido. La mirada en el espejo es un libro que hay que leer mucho más. Es un texto sumamente importante, valioso. Fechado, como ya lo dije en 1998, creo que el mismo explica y fundamenta y da sentido al trabajo literario de Enrique Jaramillo Levi. Digo todo el trabajo. El de antes del 98 y, con mayor razón, el trabajo llevado a cabo con pasión a partir de entonces.



¿Qué puedo decir?

PALABRAS DE
ENRIQUE JARAMILLO LEVI
EN EL HOMENAJE RECIBIDO
EL 30 DE OCTUBRE DE 2006

Me abruman las emociones. Así, en plural. Porque muchas son las personas aquí reunidas esta noche para mostrarme su cariño y solidaridad; muchas las expresiones de admiración vertidas; diversos los enfoques, los matices. Uno no suele recibir en vida estas muestras fehacientes de afecto. ¿Qué puedo decir? Se supone que soy escritor, así es que he redactado unas notas, cuyo contenido les prometo será breve, aunque larga, larguísima es mi gratitud. Sería imposible con sólo palabras –única herramienta de trabajo del escritor- expresarles la magnitud de mi emoción esta noche.

Gracias Carlos Wynter, gracias José Luis Rodríguez Pittí, culpables iniciales de esta gracia, acaso prematura, que se me brinda. También, por supuesto, a los que después secundaron esta grata conspiración.

Toda mi vida he querido sacar a la literatura nacional de su ostracismo, que no postración; de su a veces autoinducido reducto de conmisericordia; de los hondos complejos y las falsas modestias que contribuían a mutilar su calidad y su merecida difusión. Por ello he luchado como autonombrado promotor cultural desde hace exactamente 36 años; pero mucho antes de eso como escritor, ya que empecé a escribir a los 16. Y cuando uno escribe su propia obra, como cuando promueve la de los demás, o lo hace lo mejor posible, de forma profesional y además innovadora, o mejor no hace nada. Porque la verdad es que de otra forma –permítaseme el mexicanismo: por razones familiares y de convivencia cultural, México es mi segunda patria-, a uno se lo lleva la chingada.

En diversas entrevistas se me pregunta a menudo en qué actividad me siento más cómodo, o en cuál pienso que va a quedar mejor grabado mi trabajo: ¿cómo escritor o como promotor cultural? Como los hijos y los libros que uno produce, sobre ambas actividades señaladas debo decir que todos son mis hijos. La necesidad de escribir y la de estar constantemente inventando nuevas maneras de incentivar

y de promover la buena literatura son consubstanciales con mi vida misma. Creo que eso lo saben bien algunas personas, pocas en realidad. Pero... cómo negar que cronológicamente el escritor nace primero. Es incuestionable. Lo que no hay manera de saber es si la humilde contribución de mis libros quedará marcada en la historia de la literatura nacional con menor o mayor huella que la de mis inventos promocionales.

Porque resulta que éstos, objetivamente hablando, tal vez afectan la actividad de más gente, por lo que es posible que prevalezcan en la práctica, en la medida en que sus efectos continúen dejándose sentir. Me refiero, por ejemplo, a iniciativas como la creación, por ley, del “Día de la Escritora y el Escritor Panameños” cada 25 de abril (natalicio de Sinán); a los más de 200 libros de autores nacionales y extranjeros que he publicado desde diversas trincheras desde 1982, cuando fundé en México la Editorial Signos, después convertida en Fundación Cultural Signos, hasta la fecha; a la creación de diversos certámenes literarios importantes, de los cuales varios siguen vigentes: el Premio de joven poesía “Gustavo Batista Cedeño” (del INAC), el Premio Centroamericano de Literatura “Rogelio Sinán” y el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” (ambos auspiciados por la U.T.P.), así como el Premio de Poesía “Stella Sierra” que está por renacer este año; el recuerdo de mi actividad docente de muchos años en cursos y talleres literarios; algunas de mis antologías de literatura panameña, mexicana y centroamericana; y, por supuesto, la revista “Maga” y el Diplomado en Creación Literaria (de la U.T.P.).

Si estas iniciativas perduran, seguramente tendrán más valor para la gente, sobre todo para los escritores, que mi obra literaria personal. Aunque, por supuesto, ¿qué más quisiera un escritor que poder dejar un legado literario trascendente? El tiempo, supremo antólogo, dirá como siempre la última palabra.

Espero jubilarme en junio de 2007. Como yo no me puedo estar quieto, vienen otros retos, otros proyectos que ya están en marcha y que serán anunciados a su debido tiempo. (1) Y, claro, también otros libros... Mientras tanto, todos los días continúo escribiendo con dedicación, con pasión irrenunciable. ¡Qué remedio..., es un destino!

¡Muchas gracias!

(1) Me refería a la creación y lanzamiento en diciembre de 2006, de la empresa 9 Signos Grupo Editorial, S.A. y a la reorganización de la Fundación Cultural Signos. La primera dio a conocer el 13 de diciembre sus cinco primeros libros, y la segunda reactivó el Premio de Poesía “Stella Sierra” y creó el Premio de Teatro Infantil “Tilsia Perigault”, dando a conocer ambos certámenes conjuntamente con la nueva empresa editorial, de la cual soy socio fundador y Secretario.

CARLOS E. FONG A.

GANA EL PREMIO “MAGA”

DE CUENTO BREVE 2006

El Premio “Maga” de Cuento Breve 2006, que cada año convoca la revista del mismo nombre, y que consta de B/.100.00 y publicación del cuento ganador, tuvo como jurados este año a los escritores Luis Pulido Ritter, Héctor M. Collado y Alondra Badano. Participaron 32 autores con un total de 60 minicuentos (cada autor podía enviar un máximo de tres). La revista “Maga”, fundada en 1984 por el escritor nacional Enrique Jaramillo Levi, quien la dirige, se publica desde 1996, en su tercera época, como una coedición de la Universidad Tecnológica de Panamá y la Fundación Cultural Signos.

El jurado se reunió a deliberar el 6 de junio en la tarde, en la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá, y a las 3:00 p.m. emitió su Fallo. Al abrirse las plicas, la identidad del autor premiado y la de los cuatro autores mencionados resultó ser la siguiente:

El ganador del PREMIO MAGA DE CUENTO BREVE 2006 es el escritor: Carlos E. Fong A., con su minicuento: “Dejá vú”.

Primera Mención Honorífica: Lupita Quirós Athanasiadis, con “La prueba de ADN”.

Segunda Mención Honorífica: A. Morales Cruz, con “La embarcación de Frus”.

Tercera Mención Honorífica: Hjalmar Jones G., con su cuento: “Sin consuelo”.

Cuarta Mención Honorífica: Benjamín Ramón, con “Solo y final”.

Carlos E. Fong A. es funcionario del Departamento de Letras del INAC. Ha publicado los libros de cuentos: **Desde el otro lado** (2003) y **Fragmentos de un naufragio** (2005). En 2001 gana el Premio “Darío Herrera” de Cuento de la Universidad de Panamá; y en 2004 el Premio Nacional de Cuento “José María Sánchez” y el Premio IPEL de Cuento “Nacho Valdés”.

Lupita Quirós Athanasiadis es autora del libro de cuentos **Si te contara...** (2004) y de la novela **La viuda de la casa grande** (2005).

Morales Cruz es poeta y cuentista. Sus poemarios son: **Esta primera vez bastó el sol** (1978) y **El círculo, la grieta** (1996).

Hjalmar Jones G. Es candidato al Doctorado en Psicología Clínica, por la USMA. Tiene Maestría en Diagnóstico y Rehabilitación Neuropsicológica, así como Licenciatura en Psicología.

Benjamín Ramón es poeta y cuentista. Sus poemarios son: **Arbol, mediodía** (1983), **No olvidemos y otros poemas** (1997) y **Música sabida** (2001), entre otros. Tiene un libro de cuentos: **Contra reloj** (1992).

Minicuentos Ganadores

CARLOS E. FONG A.
(Premio “Maga” de Cuento Breve 2006)

❖
DEJA VÚ

Qué extraño, pensó mientras se ponía el cañón del revolver en la boca, siento como si esto lo hubiera hecho antes, ¿para qué matarse dos veces?

Tiró el arma y se durmió.

LUPITA QUIRÓS ATHANASIADIS
(Primera Mención)

❖
LA PRUEBA DE ADN

Doña Déborah está esperando, ansiosa, el resultado de la prueba de ADN. De pronto se pone de pie porque ve aparecer al fondo del pasillo al médico que se le acerca con el sobre en la mano. Por unos segundos pierde su férreo aplomo porque se siente atenazada por la angustia, intenta reponerse respirando profundamente y toma el sobre que le ofrece el galeno. Da las gracias y se sienta, como un reo que se apresta a recibir su veredicto. Entonces lo rasga, muy despacio, como queriendo amortiguar el golpe mortal que supondría la confirmación de su sospecha o porque algo dentro de ella se niega a saber lo que prefiere ignorar. Pero procede, abre la página y lee. El desenlace la llena de júbilo.

BENJAMÍN RAMÓN
(Cuarta Mención)

❖
SOLO Y FINAL

Eva está otra vez en la cocina. Limpia la casa, como quien acomoda la sombra del árbol, al fondo. Nada le está prohibido. Una vez a la semana viene y se va. Limpia y acomoda. Termina al mediodía, cuando el sol arrecia.

A esa hora el nieto duerme. Como un angelito.

Mi mujer no está. Ella, de día, vende el alma. De noche también.

Yo (triste, solo y final) me la paso viendo lejos, desde hace un montón de años.

A. MORALES CRUZ
(Segunda Mención)

❖
LA EMBARCACIÓN DE FRUS

Miro los clasificados. Primero los de “bellas masajistas...” Me pongo serio y encuentro: “necesito alguien que cobre, entregue la plata, ordene un montón de papeles... que llegue temprano y hable un poco inglés. Tel. 239-2111”. Me encuentro con el dueño, un cincuentón que te habla mirando su negocio. “Se cobra por carro... el tiempo que dure estacionado, por hora... y te pago el mínimo de salario más un bono si nos va bien...” pero no dijo cuándo nos va bien. Me pongo manos a la obra, y empiezo a pinchar llantas y eso hace que duren más tiempo estacionados, mientras hacen el cambio con los repuestos. Si son mujeres mejor, porque te dan propina por ayudarlas. Terminé mi primer día feliz. Me acosté y me dormí como siempre he dormido después que nací y que me acuerdo. Me paro a media noche y veo un montón de llantas pinchadas alrededor del jardín. Me lavo los dientes y empiezo a construir mi balsa y la llevo a la orilla, y comienzo a remar. Y remo y remo y remo...hacia *mayami* como lo hacen los cubanos. Me tomo mi orina, como pescado crudo como lo hacen ellos. No *gatorade*, sólo flipperes saltando sobre el mar cabeza de espejo y lanchas de narcotraficantes. Hasta que pongo pie en *Coral Gables* y me invaden las preguntas cuando se está frente a un país: cuántas habitaciones habrán, cuántas tazas de café tomarán, cuánto papel higiénico usarán, cuántos estacionamientos... y me invade la risa soñando cuántos bonos podré ganar.

HJALMAR JONES G.
(Tercer Mención)

❖
SIN CONSUELO

—Oye tú... ¡cierra la ventana!— Pero fue muy tarde. Ya todos sus recuerdos habían volado.

Eduardo Hurtado *México*

Impresiones y certezas

Irina Nemchenok de Ardila,
Impresiones y certezas (Reflexiones sobre literatura panameña),
 Universidad Tecnológica de Panamá,
 Col. Testimonios Nacionales, núm 14,
 Panamá, octubre de 2005.

Me formo en las filas de quienes consideran que el gusto es la credencial más confiable de un crítico. Un gusto forjado, claro está, en el trato cercano y persistente con la literatura. Junto a ésta, otras dos cualidades me parecen inexcusables: la ausencia de prejuicios y la sensibilidad. Por lo demás, la crítica moderna de literatura se me aparece estrechamente vinculada al ensayo, "centauro de los géneros" en el que, según Alfonso Reyes, cabe de todo, como lo demanda una cultura que ya no responde "al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al etcétera".

Con la lectura de *Impresiones y certezas*, primer libro de Irina Nemchenok de Ardila, se me revela una ensayista que acata el oficio con la versatilidad de un guía atento al carácter mutable del territorio que ha elegido cubrir. La autora emprende su tarea, como conviene hacerlo, armada de una generosa disposición al asombro y sostenida por una triple vocación: interpretar, informar, orientar. Tengo para mí que estas tres voces detallan la función esencial de quienes, de una u otra forma (en las aulas, en la prensa, en el diario acontecer cultural), asumen el compromiso de la crítica. En los hechos, esa función encarna en actividades inexcusables para el florecimiento y la continuidad de una literatura: las presentaciones de obras y autores nuevos, si no es que francamente desconocidos; el rescate de poetas o narradores injustamente ignorados; la ineludible reivindicación de los raros y, muy importante, la puesta al día de quienes han sido inscritos en el canon.

Hay críticos que gustan de introducir la lupa en cada interlínea, en busca del traspíe que les permita situarse por encima del creador. Su fisgoneo resulta, al final del día, estéril, pues la arrogancia pervierte, ya desde el arranque, sus lecturas. Al buen crítico, me parece, le viene mejor el talante del lector gozoso que no ignora el placer adicional de interrogar al poema, la novela, el ensayo, la pieza teatral o el cuento que ha caído en sus manos. Después de todo, no es conveniente olvidarlo, las obras que hoy se aceptan como notables han sido, en su momento, novedades: como cosa nueva fueron interrogadas por sus lectores contemporáneos, y si han llegado a nosotros adornadas con el prestigio de lo clásico es porque les fue concedido salir del interroga-

torio sin mayor daño.

Otros críticos hay (y en este linaje se inscribe Irina Nemchenok) que se ven a sí mismos como intérpretes de los títulos que excitan su interés y, en ocasiones, su más honda pasión. En el creador ven a un aliado, sin que su solidaridad los aparte del compromiso de señalar lo que está bien y lo que está mal, o, más aún, de registrar simulaciones y, si es preciso, derribarlas. Enemigos de la chocante solemnidad de sus colegas más estrictos, estos curiosos impertinentes evitan la impudicia de rizar el rizo a la hora de proponer una opinión; saben extremar sus diferencias ahí donde resulta necesario, y no temen caricaturizar de cuándo en cuándo su propio juicio, sabedores de que, en rigor, la equivocación es una constante inseparable del oficio.

Borges hace notar, con su habitual humor, que la profesión del crítico, de todo crítico, es errar. Los comentaristas literarios, para él, se especializan en el error, "en el minucioso error". Agudezas aparte, lo cierto es que todo crítico se expone de manera constante a errar el tiro. Quienes acometen su trabajo con dogmatismo están condenados a enfrentar, tarde o temprano, el ridículo, la indiferencia o el implacable olvido. El crítico, es verdad, requiere un máximo de conocimiento y de rigor, pero su auténtica función es proponer pautas, no abordar las obras como quien destripa renacuajos en una mesa de disección. Hasta donde se sabe, no es posible disectar a un animal sin asesinarlo. Al crítico le pedimos que nos entregue vivo, más vivo que nunca si es posible, el cuerpo analizado.

Así, vivitos y coleando, es como Irina Nemchenok nos devuelve a los autores y las obras que circulan por este libro suyo, consagrado a recorrer las más variadas estaciones de la literatura panameña. Debo admitir que una buena parte de los escritores que aquí se comentan eran, antes de recorrer estas páginas, desconocidos para mí. Esta carencia, atribuible a diversos factores, como la escasa difusión en mi país de las actividades artísticas de Panamá, me ha permitido comprobar las habilidades de la autora en el difícil arte de embelesar al lector, para lanzarlo a los brazos de unos textos con los que no ha tenido trato alguno. Y cuando Irina se ocupa de las pocas voces para mí ya conocidas, lo que confirmo es su destreza para hacernos ver aquello que no habíamos visto, o que habíamos vislumbrado con la vista enturbiada por los numerosos vicios que como lectores nos afligen. Corroboro, además, su generosa disposición a entregarnos su percepción personal de una obra, para luego dejarnos con ella en la intimidad.

Para T.S. Eliot, uno de los espíritus más influyentes entre quienes hoy aspiran al ejercicio del criterio, un gusto genuino es un gusto imperfecto, por eso desconfía del lector que no siente una debilidad especial por alguna obra menor. Para él, apreciar sólo la gran literatura no es sino la prueba de un escaso talento. Nuestra autora, formada en una importante universidad europea y templada en la frecuentación de los más conspicuos representantes del canon occidental, ha dado pruebas fehacientes de su versatilidad como lectora y de su natural simpatía por toda literatura capaz de atestiguar una manera de estar en el mundo.

Ella misma confiesa que, durante sus más de veinte años de residencia en Panamá, ha seguido leyendo, principalmente, a ciertos escritores latinoamericanos (Paz, Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes, Rulfo, Guimaraes Rosa, Carpentier y García Márquez, por ejemplo), así como a diversos representantes de la literatura universal. La lectura de autores panameños, admite con irreprochable honestidad, la ha ejercitado para cumplir su afán de integración al país y la ciudad que han sabido acogerla. Nos dice ella misma que ha realizado esa lectura con interés, responsabilidad y entera satisfacción, pero sobre todo, y esto es lo que aquí me importa resaltar, con el deseo de hallar en lo leído manifestaciones de imaginación, ingenio y talento.

Esta disposición parece echar raíces en una “ética de la hospitalidad”, para recoger una frase acuñada por Fernando Savater. Hospitalidad recíproca: Panamá recibe a una moscovita de origen hebreo, rara estudiosa de la lengua española y las literaturas de Hispanoamérica, y ella responde con una entera disponibilidad a conocer y discernir la producción literaria de este país, a partir sobre todo de sus productos más recientes. Echando mano de una notable claridad, un gusto certero, una viva inteligencia, una sabiduría sin afectación y una benevolencia que no entra en pugna con la seriedad y el orden, Irina ha sabido atender y cobijar las más variopintas expresiones de la literatura panameña. Todo esto, con el soporte de un dúctil y eficaz sistema crítico en el que la mirada experta convive con la cordialidad. Frente al dogmatismo y los excesos racionalistas de tanta crítica actual, libros como el que ahora comentamos son una bocanada de aire puro.

Sin embargo, no se inscriben los ensayos de nuestra autora en la tendencia antiteórica que desde hace algunos años recorre el ámbito de la crítica literaria en ciertos espacios, considerados centrales por su producción cultural. Como muchos críticos en Latinoamérica, Irina Nemchenok no ha querido treparse tan rápido al carro de los logofóbicos. A través de algunos comentarios expuestos en su libro, sólo en apariencia marginales, ella pone en claro su diferencia con quienes entre nosotros, con sospechosa comodidad, se declaran hartos del racionalismo y la teoría. ¿Cómo estarlo en países que apenas inauguran una manera propia de pensar y de aprovechar ciertas tesis?

Gracias a su disposición a explorar el objeto de su estudio sin renegar a ultranza del método académico, es que ha descifrado la autora las ventajas de las literaturas llamadas “menores”. En los tiempos que corren, rebatida la noción misma de “centro” y “periferia”, las obras literarias surgidas en países que, como Panamá, han resistido las más sofisticadas formas de imposición, están en condiciones de aprovechar al máximo su singular movilidad, así como su aptitud para trazar diferencias a partir de un dialogismo abierto y plural, como propone Bajtin. Esta especial condición de la literatura panameña se pone de relieve a través de la insistencia con que Irina se ocupa del entorno en el que se han formado los autores y sus creaciones.

Contra los dinosaurios de la semiótica, obstinados en sostener que a la hora de calificar una obra no importan para nada la biografía o la condición social del escritor, que

el texto debe atenderse sin invocar tales “minucias”, nuestra autora echa mano de una metodología de análisis en donde la subjetividad organiza el sentido y los detalles más comunes se ponen al servicio de la interpretación. Este enfoque tiene un trasfondo altamente subversivo, pues cuestiona la tendencia a considerar que las obras de envergadura son producto exclusivo de los países o las tradiciones que durante siglos han llevado la voz cantante. ¿Pero cómo explicar, desde esa perspectiva, la creciente relevancia de las literaturas menores?

Muy a pesar del doctor Bloom, en nuestros días esa clasificación jerarquizante, la de lo mayor y lo menor, lo canónico y lo accesorio, ha perdido vigencia. En todo caso, si le damos a lo “menor” el sentido que le otorgan Deleuze y Guattari al celebrar la condición influyente y revolucionaria de la obra de Kafka, acabaríamos por asumir que lo menor ha devenido mayor, debido al poder que tienen las obras presuntamente “menores” de trastocar un orden, poder que les viene precisamente de su descentramiento. Una buena parte de la literatura que hoy atrae la atención de los lectores en todo el mundo, ha sido escrita por personas con una clara conciencia de su segregación por razones de clase, sociales, étnicas, de género, de rezago histórico, o por su discrepancia con ciertas consideraciones morales aceptadas por las mayorías como “norma”.

Impresiones y certezas hace una apuesta silenciosa en favor de esa conciencia. La autora no se lanza, como lo han hecho en el pasado los críticos oficiales de esta o aquella literatura nacional, a celebrar las virtudes “superiores” de la tradición que la ocupa. Se atiene al color y el clima de sus lecturas, para enseguida apuntar los hallazgos del autor en turno —sobre todo aquellos que podrían parecer insignificantes—; luego, en contragolpes de simpatía o devoción, resalta cualidades que casi siempre tienen que ver con la rareza, la incomodidad, la condición oblicua de las obras. De los catorce apartados del libro, al menos la mitad pone énfasis en este tipo de valores. Apunto unos cuantos casos emblemáticos.

En el primer capítulo, acertado ejercicio de literatura comparada, la autora coteja dos novelas fundacionales de las literaturas rusa y panameña: *La pobre Lisa* (1791) de Nicolai Karamzin y *Josefina* (1903) de Julio Augusto Ardila Aizpuru. Es inevitable que una rusa judía como Irina muestre interés por las genealogías y se zambulla en el pasado, en este caso literario, de la familia de su esposo. Parentescos aparte, lo que nuestra ensayista pone en primer plano es el carácter insumiso de ambos escritores: de Karamzin por su doble gesto, precozmente socialista y feminista, de reconocerle a una campesina, por primera vez en la historia de las letras rusas, el derecho de amar y sufrir; del panameño, por el arrojo que implica el haberse distanciado de las formas abstractas y frías del seudoclasicismo imperante, sin arrimarse a las innovaciones del Modernismo, la escuela dominante en el amanecer del siglo XX.

En otro capítulo, dedicado a homenajear a la poeta Elsie Alvarado de Ricord, Irina se adhiere a quienes hoy definden la literatura escrita por mujeres como expresión de un

grupo al que durante siglos se le quiso confinar al silencio. Desde ahí, procura establecer un mínimo registro de las marcas propiamente femeninas en la obra de una de las figuras protagónicas de la lírica panameña. Durante el siglo XX, apunta la autora, las mujeres poetas conciben las formas, pero sobre todo los asuntos más originales, espoloadas por una historia de sometimiento a toda clase de roles subalternos.

En uno de los capítulos más sustanciosos, nuestra ensayista entabla un diálogo problemático y emocionante con el trabajo de la española Ángela Romero Pérez titulado *La mirada oblicua*, notable ejercicio crítico en torno a uno de los libros más representativos de las letras panameñas: *Duplicaciones* del destacadísimo escritor y promotor cultural Enrique Jaramillo Levi. Aquí, Irina Nemchenok se vale de una cita de Víctor Hugo para apoyar su convicción de que los productos literarios son resultado del genio individual, y no de unas reglas impuestas por las escuelas o las tradiciones dominantes. El acuerdo mayor de nuestra autora con el análisis de Romero Pérez tiene que ver con las virtudes contestatarias de *Duplicaciones*, un libro que violenta ciertos paradigmas del pensamiento moderno y que prefigura, desde el temprano año de 1973, algunas nociones propias de esa corriente ulterior conocida como “postmodernismo”.

En otro apartado, el lector recibe una invitación a conocer los poemas de Tristán Solarte, en especial los que componen el libro *Viene de lejos*. Conmueve y convence la manera en que la autora alude a su origen foráneo y a sus lecturas, más bien anómalas en el ámbito panameño (Ajmátova, Tsvietaieva), para luego relatar su deslumbrado encuentro con “la poesía de un bocatoreño”. ¡Con qué entusiasmo exalta nuestra escritora el temperamento artístico de Solarte! ¡Cuánta humildad y sabiduría a la hora de ponderar la erudición sin pretensiones, la sinceridad infantil del poeta! Tengo para mí que éstos son atributos esenciales en un lírico, y que un elogio así obraría en cualquiera de nuestros poetas más ilustres (Vallejo, Neruda, Huidobro, Paz, Rojas o Montejó) como un estímulo superior a las sesudas disquisiciones de algún perito intertextual.

En fin. El libro daría, en manos de alguien más atento al panorama problemático y disímil de la literatura panameña, para un debate en torno a la soberbia de la crítica literaria, que en el caso de las letras centroamericanas ha exhibido una indolencia atribuible a un montón de manías centralistas y escalafonarias. Por mi parte, me declaro deseoso, gracias a las artes seductivas que con tanta pericia despliega la autora, de leer o releer cuanto antes a Javier Riba Peñalba, Ernesto Enrique Endara Estrada (el hombre de las cuatro “e”), Ramiro Ochoa, el poeta José Franco, Berna Burrell, César Young Núñez, Arístides Martínez Ortega, Ramón Oviero, Pedro Correa Vásquez y Alberto Osorio Osorio, quienes junto a los ya mencionados conforman el elenco de autores en este libro docto, deleitable, puntual y sobre todo necesario de Irina Nemchenok de Ardila.

México, marzo de 2006

Agustín Del Rosario

El Panamá América

“El círculo, la grieta”, de A. Morales Cruz

Una primera sensación que se suscita al leer a A. Morales Cruz (“El círculo, la grieta”) es la sensación de extrañeza. Ello porque en nuestro medio la fuerza de la costumbre, por parte de quien escribe poesía o por parte de quien interpreta poesía, pareciera determinar que el discurso literario de la poesía es uno estructurado con la convicción de que trata, exclusivamente, metáforas argumentativas, sonoridad al versificar, complacencia semántica, entre otros recursos, y con la idea de que lo “poético”, sustancialmente, es suma de cosas que no son, como debiera, impulsos discordantes internos de quien escribe. Es decir, el discurso literario de la poesía solamente alcanza valor existencial al constituirse en un derrame, o desangrado de metáforas que de forma estridente se acercan a cualquier estado externo dejándose de lado que, primero que todo, ella, la poesía, es una forma de escritura que va mucho más allá del lenguaje y del estilo.

Se deja de lado que el discurso literario poético, a lo sumo, tendría que ser básicamente un acto de elección y una forma si bien se quiere de entender más que la historia de quien la escribe, la historia de ese momento social, personal, individual, dentro del cual se escribe. Es decir que ella está más próxima a la verdad interna de ese trasfondo de quien escribe que a la forma sonora, estridente, melosa, manierista que se practica como única vía para escribir poesía.

Al paso del tiempo y al transcurrir de poemarios y de interpretaciones reiterativas en torno estas apreciaciones resulta ya normativa la idea de que el discurso literario del poemario es eso. Un discurso asentado de manera cerrada, tradicional, autoritaria, en la premisa del “hermosamente decir” y dentro de una concepción en la cual no son válidas las palabras por su naturaleza de rescatar la vida, historia, sino en base a la idea de que ellas se constituyen en formas obvias y en cierta forma redundante y única, de quien las utiliza, el (la) autor (a), para repetirnos el mismo acto de alumbramiento que hemos observado, y que tiene que maravillarnos igual que lo hizo antes. Romper ese cordón umbilical no es tarea del discurso literario de la poesía sino prolongarlo at infinitum.

Cuando un poemario toma otros rumbos, en cierta forma atenta contra esa connotación y lo desconsideramos, lo negamos, lo rechazamos, hacemos mofa del mismo, dado que intuimos, vislumbramos, sabemos, nos percatamos que

de forma radical atenta contra la significación de lo que nosotros mismos, y con nosotros la sociedad en la cual convivimos, quiere entender como "poético".

En ello prima, justo es consignarlo, la costumbre y la tradición y en ambas orillas la inmovilidad, lo que hemos pretendido entender como válido. Al menos en poesía. Que es en donde más desconsideramos lo que es vital, por reducirlo a verdad expresada con conceptos sustanciales para reemplazarlos por lo que se antoja como metafóricamente poético: enfatizando la aceptación de lo que solamente son vivencias expresadas en el poema y no vivencias que son válidas por su exterioridad por lo que tienen y poseen como claves de una identidad cultural, la nuestra. Esto queda por fuera del poema y reemplazado, sustituido por la experiencia poética de quien solamente entiende que se trata de arquitectura de las palabras. Extrañamente se olvida que son éstas, las palabras, las que hacen el poema y que hay una forma de hacerlo, de utilizarlas, remisible esta forma a un momento dado y no a un momento eterno dado con anterioridad y que se constituye en paradigmático. El intento puede o no remitirse a la verdad de la vida pero siempre deben remitirse a la verdad de ese momento único, irrepetible, en el cual se escribe el poema.

Es decir las palabras suyas deben estar preparadas a sobrevivirlo (la) porque están dotadas de la fuerza vital y necesaria de hacerlo y no necesariamente porque parten de él o de ella sino porque fueron entendidas, desde siempre, desde el inicio, para quedarse y para trascenderlo (la) y no solamente para dejar constancia de su dimensión como poeta.

Con el "El círculo, la grieta" esto es lo que sucede. ¡Maravilloso país este de las indefiniciones y que, como tal, reserva las sorpresas para cualesquiera momento! Es un libro que no entraña la idea antes mencionada, obsesiva para la casi generalidad de quienes transitan por la poesía en Panamá y en este cierre de milenio, de escribir "poéticamente". Es decir a partir de concepciones o de visualizaciones metafóricas, externas, dado que se hace necesario demostrarle a todos que se escribe "poesía". Quizá en el intento Morales Cruz (Panamá, 1952) se acerca, a veces en demasía, a lo prosaico, a lo convencional –dicho sea de paso, riesgo que se asume al entender que se trata de una escritura, pero ello partiría de desligarse de lo trascendental, lo novedoso, y la pirotecnia de lo que a todas luces es, de acuerdo a la mira convencional, el discurso literario de la poesía. Quizá en el intento Morales Cruz rebasa la idea y va más allá de lo indicado. ¿Acaso, apartándonos de ese convencionalismo, la poesía no puede ser y es en efecto más que "poesía", "prosa", y viceversa? Como respuesta a esta clarinada, desde un extremo de nuestra América, Mario Benedetti y desde el otro extremo, Ezra Pound y entre ambos, y también entre otros, Manuel del Cabral y más recientemente, Gerardo Deniz.

Si bien el intento de Morales Cruz bordea lo críptico dada su oposición a un discurso enraizado en lo tradicionalmente "poético", su libro es uno que en cierta forma innova entre los escritos por los posibles miembros de la generación dentro del cual él se inscribe. Mismos y mismas en quienes aún es factible rastrear a Pablo Neruda –para citar un solo

caso- y el desespero de una canción egocéntrica y engañosamente cotidiana.

Lo curioso es que el intento de Morales Cruz se origina a partir de evadir lo que de intimista connotamos dentro de la poesía (y por extensión dentro de lo "literario", como discurso creador). Por ello la efectividad de "El crimen de la novia" y "Mujer con jarrón", quizá los mejores poemas del conjunto. Olvidando los versos introductorios de Lezama Lima ("Fragmentos a su imán") que se han olvidado (?), los poemas de ambos textos convergen en la idea de la metonimia, entendiendo el mismo como escritura.

"Cero matinal", desequilibra esta continuidad con poemas abiertamente "malos": el caso de "Habitación 309" y que contrastarían con, del primer libro "Escena con guantes blancos" o "Paradero nocturno", poemas en verdad antológicos. "por eso llueve amarillo entre los rifles/ por eso duele desaparecer/ porque se agotaron los sitios para los huesos muertos/ y hay tantas constelaciones que nos lo recuerdan". Mientras que "Bordeando a la deriva", el último aparte del poemario, al tiempo se acerca y se aleja de la coordenada del discurso y se nota lo errático de Morales Cruz en ese intento de desacralización. Los cinco poemas que cierran el libro dejan como una incógnita, duda, en torno a si en verdad lo surreal es consciente o si Morales Cruz como que toca la flauta por accidente.

Al momento de la duda, volvemos a los dos primeros momentos de "El círculo, la grieta" y allí está el poeta seguro de una escritura con todo lo que de vida hay en la poesía. Con éste nos quedamos y a éste, estamos más que seguros, tendríamos que remitirnos en los siguientes libros que leeremos de él. En ellos, en sus poemas, no cabe la menor duda: se trata de un poeta en toda la extensión de la palabra y alejado a años luz de lo retórico y de lo convencional.



Catherine Díaz

ESPERANZA O REALIDAD:

UNA INTERPRETACIÓN

DE LA IDENTIDAD NACIONAL A TRAVÉS DE LA POESÍA

En esta ocasión, voy a reseñar la obra **Esperanza o realidad: fronteras de la identidad nacional** (de la autoría de Melquiádes Villarreal Castillo), la cual obtuvo el premio nacional de literatura Ricardo Miró, sección ensayo, 2003, dentro del marco de la conmemoración del Primer Centenario de la República.

La interpretación que se hace de la identidad nacional en esta obra, se fundamenta en un recorrido a través de la poesía panameña del siglo XX. Este viaje se inicia con la décima, que es la estrofa empleada por el campesino con el fin de exteriorizar sus pensamientos e ideas. Al campesino, esta estrofa, según el autor: "le resulta más atractiva, pues el folclor ha impuesto una serie de torrentes (tonos) en mejoranera (guitarra rudimentaria típica de Panamá) o guitarra española, que facilitan su canto, profundizando el lirismo presente en la misma."

El autor nos conduce al análisis del pensamiento propio de la vanguardia de la poesía panameña, periodo en el que se destaca el poeta Rogelio Sinán, el más grande de todos los escritores panameños. Se nos demuestra que los poetas exponen el pensamiento panameño a través de la literatura para esbozar la realidad de nuestra identidad en los primeros cien años de vida republicana.

De manera inexplicable se presenta un giro, puesto que en la obra infantil titulada **La Cucarachita Mandinga**, Rogelio Sinán da a conocer su punto de vista sobre la realidad panameña, manifestando el carácter y el pensamiento propio de los panameños. La Cucarachita, personaje principal de la obra, se encontró una moneda, la cual, como es natural en una mujer en edad de casarse, utilizó para engalanarse y así encontrar un novio adecuado a sus aspiraciones.

La comparación de esta fábula con la condición de Panamá en su evolución histórica a mí me pareció muy buena. La Cucarachita se encontró un medio (moneda de dos centavos y medio de balboa, cuyo uso está discontinuado) el cual utilizó para hacerse atractiva a sus posibles pretendientes, de la misma forma como Panamá al conocer la importancia de su posición geográfica y el canal, entiéndase el medio, busca hacerlo suyo con el fin de ser atractiva al resto de los países y sacar el provecho de ello. Al igual, que la Cucarachita Mandinga, Panamá tenía muchos atributos que desconocía en ese tiempo, pero al descubrir la importancia que representa su posición geográfica (su medio), tuvo conciencia de su propia importancia.

La Cucarachita es también una representación de la mujer de la época, la cual no tenía ni siquiera derecho al voto, pero tenía las responsabilidades del hogar y de los hijos, por eso trata de invertir de la mejor manera el dinero encontrado; el respecto Melquíades Villarreal nos dice que "la mujer latinoamericana, por ende la fémina panameña, tiene la mentalidad mejor puesta sobre la tierra que el hombre." Más adelante se ratifica cuando afirma: es probable que si hubiera sido un hombre el que se hubiera encontrado el medio, inmediatamente lo hubiera malgastado en una fiesta con sus amigos, sin pensar en las consecuencias adyacentes."

De la misma forma como el canal se ha constituido en el elemento más trascendente para nuestro desarrollo, tal y como lo confirma la historia, el mismo también ha sido la causa principal de muchas violaciones que han atentado contra la integridad nacional de nuestro país. Es aquí donde se elabora la comparación Panamá-Cucarachita Mandinga.

Uno de los capítulos que más llamó mi atención, es el que se le dedica a Demetrio Herrera Sevillano, sobre cuya

poesía se hace un profundo análisis que demuestra la realidad de miseria en la que viven muchos capitalinos llenos de dificultades, a través de imágenes impresionantes como barrios míseros habitados por hombres que experimentan carencias materiales y espirituales.

Demetrio Herrera Sevillano, un hombre con pocas oportunidades, nos regala una poesía testimonial que produce una sensación de impotencia ante la cruda y veraz descripción de los problemas cotidianos del hombre de la capital y su insignificancia debido a la pobreza en la que se encuentra sumergido. Tanto en la década de los cincuenta, como hoy existe un gran número de personas con dificultades de tal magnitud que parecieran estar excluidos de su calidad de panameños.

En el poema **Cuartos** se ponen de manifiesto las vivencias de estos panameños, su despiadada realidad y la miseria en la que se desenvuelven los niños de esos suburbios. Según este poema los cuartos de alquiler se les arrendaban a personas de extrema pobreza. Eran cuartos oscuros que no reunían las condiciones para la vida decorosa a la que aspiran las personas. En estos cuartos sólo hay sufrimiento debido a las privaciones de que son víctimas las personas que allí viven.

La promiscuidad trae consigo intranquilidad, desesperación, angustia y muerte. Además, los moradores de estos cuartos carecen de esperanza y se hunden en una cruel soledad. Al igual que en aquellos tiempos, hoy día existen estos cuartos y existen estas personas olvidadas por la sociedad, las cuales viven sin ninguna esperanza y se hunden en una atmósfera de incertidumbre.

Un tema muy interesante dentro la obra es el dedicado al poema **Panamá Defendida** de José Franco, en el cual se da a conocer un punto de vista sobre la esencia de lo panameño. Se expresa en verso la trayectoria de nuestra nacionalidad desde la época de la conquista y el descubrimiento unido a todo esto el mito de la posición geográfica de nuestro país, visto desde la perspectiva del amor a lo propio, hasta llegar al presente y prever un mañana lleno de promesas. Al pensar en la libertad nos queda la esperanza de la reivindicación para descubrir un horizonte alentador de mejores días para todos los panameños. El poema evoca la justicia como última esperanza para el hombre panameño. Sólo cuando la justicia llegue: "entonces y sólo entonces, cuando este sueño se haya cristalizado en el molde de la realidad a la que todos aspiramos, podremos unirnos para gritarle al mundo, mientras contemplamos los ojos maternos de nuestra patria: "Junto a tu corazón/ mañana te lo juro/ cantaremos un himno/ por la vida."

También llamó mi atención el análisis del **Himno Nacional** de Don Santos Jorge, el cual evidencia la esencia de nuestra nacionalidad, basada en un pensamiento modernista, por tanto evasivo de la realidad, lo cual es comprensible cuando nos remontamos a la realidad vivida por el panameño de 1903.

Esperanza o realidad: fronteras de la identidad nacional nos muestra la esencia de nuestro ser, la cual a pesar de estar construida con sufrimiento angustia y dolor, nos permite la posibilidad de abrigar la esperanza de una pa-

tría nueva donde no habrá dolor, tristeza ni incertidumbre, donde reine la comprensión, la solidaridad y la unión fraterna entre todos los panameños, o dicho en palabras del autor: "En este ensayo, se ha pretendido evidenciar cómo la poesía panameña es el vaso depositario de una interesante porción del pensamiento del hombre panameño del Primer Centenario de la República, que la poesía y la filosofía se han comportado en esta primera centuria como hermanas gemelas y que las mismas son el único acicate para que la esperanza de la realidad de un mundo mejor se mantengan vivas y que tal vez algún día todos los panameños, podamos cantar con propiedad y exactitud un fraterno: "alcanzamos por fin la victoria/ en el campo feliz de la unión."

Las Tablas, 24 de octubre de 2006.



Rick Mc Callister

Perita en lunas:

Luna que no cesa de Lety Elvir

Luna que no cesa, obviamente, es un título *portmanteau* compuesto de los nombres de dos libros de Miguel Hernández: *Perito en lunas* y *Rayo que no cesa*. Es un libro informado por las mismas circunstancias y las mismas preocupaciones que demostraba Hernández en su verso: el compañerismo, el horror a la violencia irracional de una sociedad que quiere callar las verdades, el respeto y la solidaridad hacia los marginados, y la precisión en cuanto a la voz poética. A todo esto, Elvir agrega un feminismo egalitario –la mujer como ser igual en todas las decisiones y todas las acciones; ya que una sociedad que menosprecia a la mujer pierde la mitad de su potencia.

Las cuatro secciones del libro, las que corresponden a las fases de la luna, forman un *diatessaron* –en este caso más bien un <<*dis-angelio*>> que plantea las realidades de Honduras. <<Buscando Palabra Nueva>>, la primera sección, corresponde a la luna nueva. Define la poética de Elvir y sus razones para escribir. La segunda sección, <<Luna Propia y Creciente>>, sale de la metapoética para presentarnos el compañerismo y el buen consejo a través de lo maravilloso y lo absurdo de la vida cotidiana. <<Paradoja Plena>>, la tercera sección, es más aguda y punzante. La última sección, <<Proscritas en Cuarto Menguante>>, honra a los caídos en la defensa de los derechos humanos.

<<Buscando un poema>> es una *ars poetica* que enseña

la paciente impaciencia necesaria para ser poeta. A pesar de sus esfuerzos de escribir un poema, las palabras salen una por una.

Caminas
poeta
triste

Por ende, la poeta siempre anda armada de un bolígrafo.

llave en mano
abriendo el reflejo del mar
en calles solitarias.

La poeta, como el fotógrafo, el detective o el periodista, debe su éxito tanto a la suerte, la ubicuidad y la paciencia como a la destreza y la sabiduría. Siempre es una cuestión de estar lista en el lugar indicado a la hora apropiada. Es preciso tener el valor de arriesgarse a cruzar hasta el espacio crítico entre el orden y el caos.

Y en ti
prohibido,
revienta a cada paso
--como palomitas de maíz—
una estrella
caída de tu gracia
sobre un papel cualquiera.

Arquitectónicamente, el poema se asemeja a una bomba con una mecha larga. Empieza a quemar despacio, amenaza apagarse. Al final estalla, un bello polvorín. La estructura refuerza su gracia paradójica de *zen*. Lo que vemos aquí es emblemático del *Punk Eek* (el equilibrio puntuado), el que postula la evolución como una alternación entre largos períodos de equilibrio y eventos abruptos. Semejante al colapso a la función de una onda cuántica que ocurre en el momento de intenso escrutinio y que define la identidad y el futuro del objeto observado [Dozier 11], el acto de señalar las contradicciones sociales puede efectuar un colapso de las realidades existentes. Siempre hay una tensión debajo del equilibrio que crece hasta producir un *estado crítico* –una especie de organización autocatalítica que se desarrolla a través del caos [Buchanan 2001: 16, 23]. Por tanto, <<La rutina es el prefacio de la revolución>> [Emile de Girardin cit. Klein 87]. Así que las posibilidades colapsan en realidades

<<Existen versos>> sirve para desmentir la idea de *ars gratia artis*. Vivimos en la historia y cada texto tiene su contexto.

Existen versos
que trascienden
las esquinas del papel:

Lo completamente ordenado es paradigmático y, llevado al extremo, paranoico. Nos precisa escapar del cuadro establecido y andar por la vía nómada --por una alternativa existente al paradigma capitalista que no es ni modelo ni prototipo [Buchanan 2000: 6]. Más allá del texto establecido están los marginados, los excluidos con su potencia com-

pletamente ignota --renovadora o destructiva.

atizar el alma
para que no anide olvido
ni indiferencia.

Es la extensión más radical de esta crítica. Engendra un pensamiento que no debe nada a los modelos establecidos, ni que tampoco tiene nada que ver con ellos [Buchanan 2000: 75]. Sólo sobrevive como un diagrama. Ofrece la posibilidad del cambio --en continua variación, como la polifonía [Buchanan 2000: 119]. Este cambio, como señala Helen Umaña, viene de la capacidad de Elvir <<de visualizar las trampas del entorno>> [Umaña 15].

Desgajar el tiempo
a torrentes
a pedradas
de ese reloj colonial
en pared de colonia nueva
y poner nuestra hora.

El desafío, según Ashis Nandy, es transformar el futuro al cambiar la conciencia humana. Al definir lo *inmutable* y *universal*, el Oeste silencia las visiones de otras culturas para asegurar la continuidad de sus propias trayectorias lineales del pasado y del presente hacia el futuro. Al olvidarse del futuro, otras culturas se hacen prisioneras del pasado, presente y futuro del Occidente. Para escapar de esta estructura, tienen que definir su propio futuro en términos de sus propias categorías y conceptos. Hay que articular sus visiones en una lengua fiel a su propio ser. Las culturas no-dominantes tienen que dar representación colectiva al sufrimiento por todos lados y por todos tiempos para evitarlo en el futuro. Tienen que estar conscientes de las fuerzas extranjeras de la crueldad y la tristeza, tanto como los *vectores interiores* que les ha quitado el ser verdadero. Es imprescindible que se transformen en culturas de resistencia [Sardar & van Loon 88-9].

<<Un poema es>> revela el proceso agónico de compartir los pensamientos con el mundo. De esta manera, el poema es una especie de *interface* entre la poeta y el mundo. Por revelarse, la poeta sufre el castigo de Prometeo por el mismo crimen de haberle iluminado a la humanidad.

Un poema es
desnudarse,
picotear el alma,

Por esta cualidad *parergonal* va más allá del texto escrito a intercambiar los contextos y los sucesos exteriores y las intenciones y los pensamientos interiores. Pueden ser los asuntos más graves, sean de importancia mundial o meramente personal.

nuestro tiempo
lucha
amor
patria.

....

Conversación inconclusa
con el compañero que se fue,
con la amiga que no retornará.

O pueden ser pensamientos u observaciones pasajeros:

Murmullo de mar,
pajaritos locos,
que los desentendidos
no podrán sentir.

De todos modos, nosotros los lectores somos *voyeurs*, mirando furtivamente a un mundo que no es nuestro, ni que completamente entendemos. Es una visión esquizofrénica en el sentido crítico. La esquizofrenia es una energía autónoma que oscila entre una ruptura hacia un nuevo modo de existencia y la descomposición de un modo ya gastado [Buchanan 164]. Deleuze y Guattari la ve como un fluir no-codificado del deseo --el deseo en su estado natural es pernicioso a la sociedad civil y, por ende, hay que codificarlo para dirigirlo [Buchanan 2000: 161].

<<Caperucita>> es una fábula deliciosa de la codificación del deseo. Todos sabemos la historia de Caperucita pero, *pace* Vladimir Propp, ni el mundo de las fábulas es inmutable, --no se puede sostener ningún código para siempre [Buchanan 2000: 161]. Aquí hay una esquizofrenia crítica que representa <<una ruptura en la cadena de significantes, *i.e.*, la serie sintagmática interconectada de significantes que constituye un vocablo o un sentido>>. En consecuencia, <<de repente el presente rodea el sujeto con una sensación vivaz e inefable; una materialidad de la percepción que zozobra>> [Fredric Jameson cit. Buchanan 2000: 159].

La abuela
ya me había alertado
sobre lobos y otros riesgos.

Entraba al bosque
con muchas flores y prudencia,
siempre salía ilesa.

Pero un día,
cuando más dudaba de su existencia,
encontré uno
de ojos suaves y cansados
--sin un pelo de lobo--
se echó en mi regazo ...

Cuando desperté,
había devorado
hasta mis esquemas.

Estamos listos para los lobos, pero nada nos prepara los lobos no-peludos. La esquizofrenia crítica es un *pharmakon* que puede matar o puede curar. El sujeto está tan cautivado por el espectáculo posmodernista que se siente encandelado. El encandelamiento es una especie de enajenación que

paraliza nuestra habilidad de actuar, pero al chocarnos, nos obliga ver el espacio disponible al código ideológico. Crea una distancia crítica [Buchanan 2000: 159-60].

<<Luna que no cesa>> es el poema titular del libro. Esto le da un significado *parergonal* que lo liga con los *parerga* –el cuadro <<Lunática>> de la portada y los dibujos oníricos asociados que acompañan cada capítulo, todos por la pintora Xenia Mejía. Esta asociación con la locura revela una esquizofrenia deleuziana –el arte lucha con el caos para engendrar una sensación, o una visión que lo ilumina por un momento. El arte es una composición del caos que rinde la visión o la sensación para constituir un *caosmos* (caos + cosmos –palabra de James Joyce), un caos compuesto –ni visto ni pensado antemano [Deleuze & Guattari 1994: 204]. El arte saca un pedazo de caos en un marco para formar un caos compuesto que se vuelve sensorial o del que saca una sensación <<caoide>> como variedad; la ciencia hace algo semejante para formar un caos referenciado que se hace la naturaleza, de la que extrae una función aleatoria y variables <<caoides>>. La existencia de *strange attractors* (atractores caóticos) y atractores del equilibrio expresan la lucha entre la ciencia y el caos [Deleuze & Guattari 1994: 206].

La luna es la luz fría que vigila la noche, un espejo de la soledad y del sufrimiento.

Madre solitaria,
te nombro
búfala de Venus,
espejo de mar.

Sus cachos simbolizan la llegada de la plenitud, la concupiscencia, durante la luna creciente –de ahí <<búfala de Venus>>. Durante la fase menguante simbolizan una hoz. Representa el aspecto oscuro de la naturaleza: las fuerzas invisibles, lo espiritual, lo irracional, la intuición y la subjetividad [Cooper 106-08].

Estás completa,
vacía,
siempre adolescente
sobre los hombros del ocaso
--un día ya no serás
samaritana apedreada--.

Como el reloj nocturno celestial, mide el ciclo de la fertilidad femenina, el destino, el sufrimiento y el tiempo de vida que nos queda. Sus fases recuerdan el nacimiento, la muerte y la resurrección del ciclo de la creación. La luna nueva representa la bajada temporal del dios muerto al infierno, del cual se levanta triunfante; la luna creciente –la luz, el crecimiento, la regeneración; la luna llena –la totalidad, lo cumplido, la fortaleza y el poder espiritual; la luna menguante –el mal y lo demoníaco [Cooper 106-08].

Multiluna única,
incesante como la muerte,
la mujer, la vida.
Igualita que mi América Latina.

Debido a su naturaleza cíclica, es emblemática del tiempo

épico arraigado en el pasado. Este tiempo pertenece a una sociedad de tendencias irracionales que ve el futuro en el pasado --en términos espaciales como un edén u otra tierra prometida. El desafío es salir del oscurantismo y aprovecharse de la luz de la luna como *strange attractor*.

<<Paradoja del olvido>> demuestra la naturaleza paralizante de la paradoja como esquizofrenia crítica. Seudo-Dionisio el neo-platonista postuló que por el uso del inefable, de lo oximorónico y de las contradicciones, la teología negativa nos permite hablar de lo inalcanzable a través de la metáfora y el oxímoron [Eco 32]. Esto produce una *a-temporalidad* --una realidad *más allá del tiempo* como es conocido, medido y experimentado. No es lo mismo que la eternidad. Las *funciones al punto zero* indican estructuras mínimas del tiempo-espacio, el *estado-vacío*, que puede producir partículas y campos, aparentemente discretos y separables pero en la realidad son estructuras estables que se pueden abstractar de sus contextos para propósitos experimentales. La idea tradicional del tiempo es una estructura estable arraigada sólo dentro de los contextos limitados de la temporalidad clásica absoluta y la temporalidad relativista convertible. Cada estructura contextual <<tiene un tiempo puramente lógico, ideal o dialéctico. Este tiempo virtual, sin embargo, determina un tiempo de diferenciación o, más bien, ritmos y singularidades de la estructura y, por su parte, miden el pasaje de lo virtual a lo real>> [Murphy 219-20]. Por ende, vemos un colapso entre opuestos como el olvido y la eternidad.

Olvido,
eternidad
inmortal deseo.

No existís.

El deseo es fundacional; es una cancelación más vigorosa de las filosofías anteriores. Colapsa el recordar y el consumir en un solo proceso de producción. Estipula que los humanos y la naturaleza pertenezcan a una realidad esencial, el producto-productor; se define como un proceso que no es ni una perpetuidad infinita ni un fin en sí. Todo es una producción de producciones, de procesos de recordar, y de consumir [Buchanan 2000: 16].

Tu máscara vuela,
se destruye
cada vez que el recuerdo delira

Es decir, el deseo colapsa la diferencia. Hay una necesidad de pensar la diferencia entre dos series incomensurables como el fluir no-codificado sin recurso a las estrategias de la homogenización como el expresionismo. Hay que preservar la diferencia radical, en vez de vencerla, en la determinación de una forma de comunicación que logra una conexión de series heterogéneas que no compromete su heterogeneidad [Buchanan 2000: 5]. <<El deseo no *quiere* la revolución sino que es revolucionario en sí, aunque involuntariamente, por querer lo que quiere>> [Buchanan 2000: 24]. Donde hay

deseo, la relación del poder ya está presente [Foucault 81].

No cedés
ante la mueca de la muerte
ni a la huida de la rutina.

Hay un miedo del límite esquizofrénico, de la pared en blanco, que le hace sentir más seguro <<ceder a la ley del significante marcado por la castración, triangulado>> que arriesgar la disolución en el fluir esquizofrénico [Buchanan 2000: 28]. Para poder actuar, el sujeto tiene que trascender el orden establecido (que le quita la agencia) para ser activo –a formarse. Es imprescindible esforzarse a pensar, evitar la inundación por los pensamientos caóticos [Buchanan 2000: 86]. De esta manera, la esquizofrenia resulta ser una etapa utópica (de antítesis) en la dialéctica hacia lo nuevo.

No sé qué vas a hacer
con los perseguidores de tu mano,
esos necesitados
esos obsesionados.

La esquizofrenia como proceso universal es anterior al momento terminal de la transformación. Como parte del desarrollo creativo concuerda con el concepto de Fredric Jameson del discurso utópico como un éxito a través del fracaso [Buchanan 2000: 161].

<<Esperar>> establece la importancia de la paciente impaciencia en toda clase de *poiesis*. Sigue el patrón del equilibrio puntuado visto en poemas anteriores. Utiliza la repetición para iniciar el proceso del desarrollo creativo (*becoming*). Algo nuevo sólo puede emerger a través de la repetición –la que repite no sólo cómo el pasado *fue efectivamente* sino su virtualidad inherente traicionada por su realización anterior. La llegada de lo nuevo no cambia retroactivamente el pasado sino el equilibrio entre la realidad y la virtualidad en el pasado [Zizek 2004: 12]. El uso de varios tiempos del esperar enfatiza que vivimos en la historia lineal: *esperar, esperaba, espero, esperaré* –empezando con la atemporalidad (el infinitivo), y progresando por el pasado (el imperfecto), el presente y el futuro.

Esperar,
Conjugación calendario,
Invierno, pistilo.

Yo esperaba no sufrir,
esperaba que te quedaras.
Esperabas que no lo dijera.

Espero poder esperar
el próximo encuentro,
que se rompa el espejo,
que no te toque la muerte.

Vemos también el uso del paralelismo –típico del verso religioso de sociedades arraigadas en el tiempo cíclico. En

este poema, está asociado con el imperfecto y el presente –tiempos verbales opuestos al cambio. Disuelve el paralelismo con la llegada del futuro, el que estalla el equilibrio.

Esperaré
perderme, encontrarnos
en la sabana del silencio
con la sensación de tu boca
y mi piel desbordada.

Los momentos de la llegada de lo *nuevo* son precisamente los de la *eternidad* en el tiempo. Ocurre cuando una obra vence su contexto. El proceso trasciende sus condiciones históricas al dar luz a un suceso –aquí el acto del amor [Zizek 2004: 11].

<<Exilio>> es una disolución de las ligas entre la narradora y la patria. Separada de la patria, tiene que encontrar otra manera para comunicar:

Aprenderé a escribir
para enviarle cartas
a mi país.

En el destierro, el miedo de fracasar produce la nostalgia –una preferencia para las cosas del pasado que resulta ser un atentado terrorista hacia el futuro, ya que no permite nacer lo nuevo. [Buchanan 2000: 186]. La reconciliación utópica es un *Versöhnung*, un momento de plenitud, que se destaca contra las otras etapas históricas. Pero sólo puede resultar en la nostalgia metafísica o el utopianismo [Jameson 1971: 78].

Le diré que:

La nostalgia es lluvia,
los recuerdos
tormenta
su tristeza
llanto;
su calor
frío.

En su poética, Elvir acude a la antinomia para mostrar sus efectos traidores y perniciosos. Disuelve la nostalgia a favor del *aura*. El *aura* benjaminiana le otorga al objeto con el poder de mirar hacia atrás. Ya que los fragmentos quebrados de la alegoría representan una cosa –un mundo de fuerzas destructivas que inunda la autonomía humana, los objetos del *aura* se destacan como el paisaje de una especie de utopía en el presente, una plenitud efímera de la existencia. Este componente del pensamiento de Walter Benjamin, no obstante, sólo existe en un pasado cultural más simple [Jameson 1971: 77]. Para Jameson, el fracaso de la utopía regresa más intensivamente a lo real. Es inmanente porque es un fracaso que no progresa más allá del reino del pensamiento [Buchanan 2000: 166].

<<Fatalidad>> es una elegía dedicada a Miguel A. Pavón, un campeón de los derechos civiles asesinado por los es-

cuadrones de la muerte. Es un homenaje no sólo al actor fallecido sino también a la resurrección de la utopía fracasada. La utopía, como indica su nombre *ou-topos* <<ningún lugar>>, no es un espacio. Es un instante efímero cuando todo es posible. Es la realización perceptual del *Aleph-0* de Georg Cantor, el matemático que inspiró la historia de Jorge Luis Borges. No es un fin, sino un proceso de acercarse al máximo posible. Cada repetición del fracaso utópico es un paso adelante. No nos sorprende que muchos abandonan los sueños de libertad ante la represión.

Muchos de mis amores
llevaban una cruz de ceniza
en el corazón.

Se han arrepentido y han sacrificado sus derechos como si fueran vicios o gustos de carnaval para dejar en la estación de cuaresma.

--¿Dónde estará
el que marcó la furia
y calculó silencios
al ruiseñor?--

Hay dos batallas –la física del campo de batalla contra el asesino y la batalla espiritual que se realiza en el corazón. Al silenciar al ruiseñor de la libertad, les quita a sus seguidores su voz y, por consecuencia, su visión y su valor.

Algunos de mis amores
Todavía cargan esa cruz,
Pero dicen
--los que no ven
llover sobre mojado—
que estamos
en tregua.

El pueblo que no avanza, se estanca en el presente bajo un régimen paranoico. Para salir del presente hacia adelante, hay que recuperar el entendimiento de la historia y revivir el sueño.

Los poemas de Elvir son notables por su uso frecuente de una prosodia dialéctica que refleja su mensaje. Su uso de la paradoja y su dominio de la palabra exacta tiene semejanzas con el espíritu *zen* del *haiku*. Como indica Umaña, es una poesía engañadora con <<el aparentemente fácil secreto de la poesía>> que sólo viene a través de un <<largo y tortuoso proyecto de trabajo para lograr el atrape de la palabra esquiva>> [Umaña 15].

De acuerdo al consejo de Nandy, es un esfuerzo de escapar las estructuras del dominio por definir su propio futuro en términos de sus propios conceptos y categorías, de articular su visión en una lengua fiel a sí misma, al riesgo de no ser comprensible <<al otro lado de la cerca global de la respectabilidad académica>> [Ashis Nandy cit. Sardar & van Loon 88]. Es significativo que el título alude a poemarios de Hernández que fueron escritos *antes* de la Guerra Civil. Todavía hay tiempo para quebrar el ciclo de la represión y la violencia.

Bibliografía

- Buchanan, Ian. *Deleuzism: A Metacommentary*. Durham: Duke, 2000.
Buchanan, Mark. *Ubiquity*. New York: Crown, 2001.
Cooper, J. C. *An Illustrated Encyclopaedia of Traditional Symbols*. London: Thames & Hudson, 1987.
Deleuze, Gilles & Félix Guattari. *What is Philosophy?* New York: Columbia UP, 1994.
Dozier, Rush W. *Codes of Evolution*. New York: Crown, 1992.
Eco, Umberto. *Kant and the Platypus*. New York: Harcourt, 2000.
Elvir, Lety. *Luna que no cesa*, 2a ed. Tegucigalpa: López, 1999.
Foucault, Michel. *The History of Sexuality*, vol I. New York: Vintage, 1990.
Hernández, Miguel. *Poesía*. La Habana: Arte y Literatura, 1994.
Jameson, Fredric. *Marxism and Form*. Princeton: U Princeton P, 1971.
Marinello, Juan. <<Orbita española de Miguel Hernández>> Hernández 9-15.
Murphy, Timothy S. <<Quantum Ontology: A Virtual Mechanics of Becoming>>. Eleanor Kaufman & Kevin Jon Heller, eds. *Deleuze & Guattari: New Mappings in Politics, Philosophy, and Culture*. Minneapolis: U Minnesota P, 1998: 211-29.
Sardar, Ziauddin & Boris van Loon. *Introducing Cultural Studies*. Duxford UK: Icon, 1999.
Umaña, Helen. <<La voz de Lety Elvir>>. Elvir 13-16.
Zizek, Slavoj. *Organs Without Bodies*. London: Routledge, 2004.



José Luis Rodríguez Pittí

Cenizas de Ángel

de Roberto Pérez-Franco

Colección Cuadernos Marginales. #32.
Universidad Tecnológica de Panamá, 2006.
72 páginas. ISBN 9962-802-73-3
Premio "José María Sánchez" 2005.

*Con mucho gusto, por una invitación que agradezco a Enrique Jaramillo Levi, esta noche les presento el libro **Cenizas de ángel** con el que mi doble colega, el escritor e ingeniero Roberto Pérez-Franco, ganó el año pasado el Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" que muy atinadamente organiza cada año esta universidad. Universidad que resulta ser la que casualmente nos graduó también a los dos.*

Cenizas de ángel es un libro de relatos breves. Quince es el número de piezas que componen esta colección de temática y estilo heterogéneo, unidas por la precisión y rico lenguaje, metáforas e imágenes con que fueron forjadas y que por su calidad, para mí, resultan cada una un homenaje bien logrado a algunos de los mejores autores del siglo XX de cuyas ricas letras sin duda alguna se nutrió el autor durante su formación.

Por tema, el libro trata de muchas cosas: lo fantástico, lo onírico, el individuo ante su destino a veces inexorable pero siempre enfrentado con valor, Azuero con sus paisajes mágicos, atardeceres, leyendas, llanos y colinas.

JUAN ANTONIO GÓMEZ

Gana Premio ADEP

de novela corta

“Ramón H. Jurado” 2006

Cada uno de los cuentos está escrito con precisión. Muy acabados. Con la perfección que sólo da el pulir con calma, refinar, perfeccionar por suficiente tiempo, como debe hacerse con toda obra de arte. Con ellos Roberto demuestra el dominio del oficio de cuentista y, sobre todo, de artista de las letras.

De los cuentos, mis favoritos son **La intrusa**, **Viento del norte**, **Cenizas de ángel**, **Hacia el jardín** y, el que aprovecho para agradecer al autor por la amable dedicatoria, **El invento**. Muy bien acabados también, debo mencionar **El corazón de oro**, **La última rosa** y **Destino**.

La intrusa es un relato en que los sueños y la realidad, los deseos, la lujuria, el respeto y el pudor se entremezclan de manera fascinante, llevando al personaje del deseo de un sueño a una realidad extraña, tal vez aberrante; o quizás de una realidad desdeñada a un ansioso y muy apasionado sueño.

El mismo juego de combinar lo onírico con lo real reaparece en el relato **Hacia el jardín** (muy atinadamente dedicado a Sinán), pero de manera inversa: en éste, el personaje es capaz de enfrentarse con la realidad usando elementos mágicamente traídos del mundo de los sueños.

El cuento **Viento del norte** es el más visual y delicado de todos. Más que un cuento, una viñeta. En él, el autor nos coloca en un sitio hermoso (visualizo una de las colinas del sur de Azuero cuya cabellera de hierba dorada es peinada en verano por el viento del norte) y valiéndose de una delicada descripción nos lleva de la mano a un desenlace pasmoso.

En el cuento que da nombre al libro, **Cenizas de ángel**, Roberto nos narra el encuentro de un cazador aventurero, hombre moderno en todo el sentido de la palabra, por el insondable mundo de los espíritus que atormentan y a veces salvan a los pueblos de la selva, en este caso, de la de Darién.

El libro cierra muy bien con **El invento**, relato que rompe el estilo modernista de todos los cuentos anteriores: una metaficción en la que el autor escribe sobre cómo se escribe un relato de ciencia ficción. Al mejor estilo postmodernista, anuncia el porqué de colocarlo al final del libro y remata con la misma frase con la que comienza en un ciclo, un *loop* interminable, diciendo: “la capacidad de escribir divide el pasado del hombre en prehistoria e historia...”

Y este final me parece de lo más interesante: la razón del libro entero revelada, un guiño de ojo con el que el autor nos dice algo. Y explico: Todo el libro es un ejercicio de cómo escribir bien un cuento. Es también un homenaje a algunos de los autores modernistas más importantes, quizás influyentes. Pero es, sobre todo lo anterior, una pieza cuya unidad nos es revelado precisamente en este último relato: todo el libro es una metaficción, en la que el autor escribe sobre cómo se escriben los cuentos.

Con sus treinta años, y cuatro colecciones de cuentos, Roberto ya no es más un joven que da la casualidad que escribe bien; ahora, en todo el sentido de la palabra y con los deberes y derechos que da el título, Roberto es un escritor. Punto. Un escritor que, con este libro, siento que alcanza finalmente la madurez y encuentra la tan ansiada voz que, estoy seguro, les sorprenderá en este libro.

La Asociación de Escritores de Panamá (ADEP) informa a la comunidad que el ganador del **Premio ADEP de Novela Corta “Ramón H. Jurado” 2006** es el escritor Juan Antonio Gómez, por su novela *Ajuste de Cuentas*, presentada con el seudónimo El Ajustador. El jurado, integrado por los escritores Carlos Oriel Wynter Melo, Ariel Barría Alvarado y Enrique Jaramillo Levi, emitió su Fallo el pasado 23 de septiembre. En esta ocasión participaron ocho novelas cortas, y otras dos fueron descalificadas. Este Premio consiste en la suma de B/. 1,000.00, más la publicación de la obra ganadora.

Juan Antonio Gómez nació en David, Chiriquí en 1956. Es Licenciado y Profesor de Español. Tiene una Maestría en Docencia Universitaria. En 1996 obtuvo el primer premio del Concurso Nacional de Cuento “César A. Candanedo” y en 2002 la beca literaria “Pedro Correa Vásquez” para escribir el libro **Vida y obra del poeta Demetrio Herrera Sevillano**, publicado en 2003 por Editorial Portobelo. Para el Grupo Tablas, que dirige Norman Douglas, ha realizado las adaptaciones teatrales de las siguientes obras: “Loma ardiente y vestida de sol” (de Rafael Pernet y Morales), “Gamboa Road Gang” (de Joaquín Beleño), “El ahogado” (de Tristán Solarte) y “El principito”. Ha publicado los libros de cuentos: **El puente** (1983), **El escritor de ficciones** (1993) y **Del tiempo y la memoria** (2001). Autor del drama histórico **Prestán**.

La Primera Mención Honorífica le fue concedida a la obra *Agua de vida*, que resultó ser de un autor desconocido hasta el momento: Víctor Francisco Paz Fuentes, quien es Analista de Sistemas, nacido en 1972. La Segunda Mención Honorífica fue para otro autor hasta ahora desconocido: José Antonio Amador Velarde, nacido en 1934 y oriundo de Chiriquí, por su obra *El Polvorín... ¿accidente o sabotaje?*

La Ceremonia de Premiación se realizó durante un acto cultural organizado por la Asociación de Escritores de Panamá en la Galería Manuel E. Amador (Universidad de Panamá), el martes 31 de octubre 2006, a las 7:00 p.m.

Esta es la segunda ocasión en que se convoca el Premio ADEP de Novela Corta “Ramón H. Jurado”: en 2005 otro jurado declaró desierto el Premio porque a su juicio las obras participantes en esa oportunidad no tenían el mérito suficiente.

La Asociación de Escritores de Panamá (ADEP) fue creada en diciembre de 2004 por el escritor Enrique Jaramillo Levi. En 2005 organizó con éxito en Panamá el "Primer Congreso de Escritores y Escritoras de Centroamérica" y en 2006 el "Primer Encuentro Nacional de Escritores, Críticos y Lectores".

Enrique Jaramillo Levi

Discurso en la entrega del Premio ADEP de Novela Corta "Ramón H. Jurado" 2006

La Asociación de Escritores de Panamá nace oficialmente, con la toma de posesión de su primera Directiva, en diciembre de 2004. Nace, con el entusiasmo inicial de un grupo heterogéneo de idealistas creadores literarios de diversas edades y tendencias ideológicas y estéticas, porque desde hacía mucho tiempo hacía falta un gremio que luchara no sólo por unirnos, sino también por la realización periódica de actividades que mejoraran la condición del escritor nacional, desde la incentivación de los procesos creativos, el perfeccionamiento del oficio, la publicación de sus obras y su adecuada promoción, hasta el logro de un estatus social digno, respetable, cónsono con la importancia de su papel de productor de bienes culturales de la nación. Llevamos dos años de existencia, y la labor ha sido ardua y a veces desgastante. Pero los logros no dejan de ser satisfactorios.

Si bien por el camino se ha colado a veces la apatía, esa tendencia funesta a la inercia que tan a menudo ha plagado de aislacionismo a los escritores, que los desliga entre sí y separa del corpus social, y pese a que algunos miembros de la ADEP han preferido quedarse a la vera del camino, incluso varias unidades de la Directiva original, un puñado de esforzados idealistas hemos continuado luchando, manteniendo unido al gremio, contra viento y marea. Varios de nuestros miembros han sobresalido recientemente al obtener diversos premios literarios nacionales o al publicar nuevas obras. Y hemos logrado, con gran esfuerzo sin duda, llevar a cabo varias iniciativas que, desde todo punto de vista, cabe llamar importantes: en octubre de 2005 organizamos y realizamos con éxito en nuestro país, con apoyo de la Universidad Tecnológica de Panamá, el **Primer Congreso de Escritores y Escritoras de Centroamérica**, al cual acudieron 45 escritores centroamericanos y otros tantos panameños, y en el que se presentaron conferencias, ponencias, recitales poéticos y lecturas de cuentos con una camaradería fraternal y solidaria que, tras intenso debate, sentó las bases para la creación, este año en el segundo Congreso Centroamericano, realizado en Tegucigalpa, Honduras, de la Asociación de Escritores y Escritoras de Centroamérica (ADEECA). Asimismo, en septiembre del presente año organizamos y llevamos a efecto exitosamente el **Primer Encuentro Nacional de Escritores, Críticos y Lectores**, con el apoyo de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá, el cual resultó ser de muy alto

nivel. Además, desde hace más de un año coordinamos, el primer lunes de cada mes, los "Cafés Literarios" en Exedra Books, en los que se presentan informalmente temas y autores de interés, con quienes dialoga el público presente.

En 2005, creamos el **Premio ADEP de Novela Corta "Ramón H. Jurado"**, con el apoyo de la familia de ese ilustre escritor nacional; el Premio fue declarado desierto. Este año lo volvimos a convocar, y en la versión 2006 el escritor Juan Antonio Gómez resultó ganador del certamen con su novela "Ajuste de cuentas"; que la Asociación se dispone a publicar próximamente; con otro nombre, por cierto, por disposición de su autor. Ojalá que la familia del escritor Jurado se anime a continuar apoyando económicamente esta iniciativa que contribuye a fortalecer la creatividad literaria en el país en este género –el de la novela corta, que tan admirablemente ejemplificó Ramón H. Jurado con la publicación de su estrujante obra "El desván"-, pero tan poco cultivado entre nosotros.

Esperamos que al darse a conocer la novela de Juan Antonio Gómez como la primera obra que sale con el sello editorial de la ADEP, esto sea el inicio de otras publicaciones del gremio. Si bien hemos intentado tratar de coeditar libros con el INAC y con una universidad estatal, esto no ha sido posible; por lo que tendremos que abocarnos a buscar patrocinadores o a coeditar con los autores para llevar a feliz término este ideal. Todos sabemos que, aún en esos términos salomónicos, lograrlo conlleva, sin duda, una vocación de servicio de parte de los editores –nosotros mismos-, pues además requiere de un trabajo profesional de diseño y revisión que implica tiempo y dedicación no siempre disponibles. Pero en esa lucha estamos. Asimismo, la idea de crear nuestra propia revista literaria o suplemento cultural también nos ronda desde hace tiempo, con los mismos ideales, apremios y cortapisas en el camino, que trataremos de resolver. Estamos convencidos de que es necesario abrir nuevos espacios a las mejores obras de nuestros hombres y mujeres de letras.

No cabe duda de que nuestra literatura se ha diversificado y fortalecido en los últimos 15 años con la aparición de nuevas plumas de talento, sin que hayan dejado de escribir determinados autores prestigiosos de otras generaciones. Esto ocurre de tal manera, que el panorama literario actual consta de por lo menos 250 escritores de muy diversas edades y experiencias, activos en diversos géneros. Esto sin contar los inéditos. La pregunta es: ¿hay suficientes lectores instruidos para tantos escritores? Evidentemente no. La literatura panameña sigue leyéndose poco y, a mi juicio, mal. Pero hay círculos de lectura, talleres literarios, diplomados en creación literaria y presentaciones constantes de libros que oxigenan el ambiente y poco a poco rinden frutos. Y sabemos que pronto se darán a conocer buenas nuevas en cuanto al crecimiento de nuestro reducido mundo editorial, en beneficio de las letras panameñas. Además, los escritores nos conocemos más y mejor entre nosotros mismos, y creo que, pese a ciertas antipatías personales que nunca faltan, nos respetamos más que en otras épocas en las que la impronta ideológica pesaba más que el talento estético. Sin duda alguna, el oficio mismo de la escritura creativa ha

salido ganando en esta sostenida evolución.

La Asociación de Escritores de Panamá, consciente de su responsabilidad gremial, así como de sus objetivos de promoción literaria, felicita al escritor Juan Antonio Gómez por su triunfo, y le desea mucho éxito en el futuro. Asimismo, felicitamos a los nuevos escritores Víctor Francisco Paz Fuentes y José Antonio Amador Velarde, por haber obtenido la Primera y la Segunda Mención Honorífica, respectivamente, por sus novelas "Agua de vida" y "El Polvorín... ¿accidente o sabotaje?". Esperamos que cada uno de ustedes obtenga en el futuro nuevos galardones. El PREMIO ADEP DE NOVELA CORTA "RAMÓN H. JURADO" consiste en la suma de B/. 1,000.00 donados por la familia del escritor Jurado, diploma de honor al mérito, y un compromiso para la publicación de la obra premiada. El Jurado Calificador del **Premio ADEP de Novela Corta "Ramón H. Jurado" 2006** estuvo integrado en esta ocasión por

los escritores Carlos Oriel Wynter Melo, Ariel Barría Alvarado y este servidor. Damos las gracias a la escritora Jilma Noriega viuda de Jurado, por su desinteresado aporte económico, el cual hizo posible la convocatoria y feliz término de este certamen por segundo año consecutivo.

Para terminar, permítaseme leer un resumen de la hoja de vida de Juan Antonio Gómez.

Texto leído el 31 de octubre de 2006 en la Galería Manuel E. Amador, de la Universidad de Panamá, con motivo del Acto de Premiación en el que la Asociación de Escritores de Panamá entregó al escritor Juan Antonio Gómez, ganador del Premio ADEP de Novela Corta "Ramón H. Jurado", la suma de B/. 1,000.00, diploma de honor al mérito y acuerdo de publicación de la obra premiada. El premio fue apoyado económicamente por la familia de Ramón H. Jurado.

NACE 9 SIGNOS GRUPO EDITORIAL

Con gran satisfacción y orgullo se informa a la comunidad que un grupo de idealistas escritores y empresarios panameños ha creado, con visión de futuro y a favor de las diversas manifestaciones escritas de la cultura en nuestro país, la empresa **9 SIGNOS GRUPO EDITORIAL**. Se trata de un concepto diferente, innovador, de la actividad editorial en Panamá. La meta principal es ofrecerle una alternativa real, efectiva y de calidad a los autores talentosos, a fin de ampliar y consolidar el prometedor espectro cultural del país.

Integrada por 8 egresados del Diplomado en Creación Literaria 2006, y por un reconocido escritor y promotor cultural, esta nueva empresa tuvo su "lanzamiento" el miércoles 13 de diciembre, a las 6:30 p.m., en la Sala de Extranjeros de la Biblioteca Nacional "Ernesto J. Castillero Reyes" (Parque Omar). Los nuevos escritores/empresarios son: Diego E. Quijano, Lissy Jované, Luigi Lescure, Gina Stanziola, José Ángel Cornejo, Zoraida Chong, Gorka Lasa Tribaldos y Dennis Smith; así como el escritor Enrique Jaramillo Levi, gestor del proyecto editorial.

La entrada de 9 Signos Grupo Editorial al ámbito empresarial y cultural panameño se da con la publicación simultánea de 5 libros de autores nacionales en la colección "Anclajes", de índole literaria, la primera de varias colecciones que habrán de abarcar diversos aspectos del conocimiento y el entretenimiento dentro de las ciencias sociales y las humanidades, las ciencias naturales y la tecnología, biografías y libros de texto, así como temas de particular interés cotidiano y utilidad práctica.

Los primeros libros de 9 Signos Grupo Editorial son: **Blackjack**, antología de cuentos de Ernesto Endara (1932); **Los truenos de la Aurora**, la cuarta novela de Rafael Pernett y Morales (1942); **Gato encerrado**, colección de cuentos inéditos de Enrique Jaramillo Levi (1944); **Para narrar la identidad**, compilación de estudios sobre literatura panameña, de Carlos E. Fong A. (1967); y **Meditación en un laberinto y otros extravíos**, poesía reunida de Javier Romero Hernández (1983). La idea es combinar la edición de obras de autores de

singular trayectoria y prestigio, con la de talentosos escritores menos reconocidos y la de creadores totalmente inéditos, de diversas edades y tendencias estéticas, tanto hombres como mujeres. La colección "Anclajes" incluye novela, cuento, poesía y ensayo literario.

Es importante resaltar que **9 SIGNOS GRUPO EDITORIAL** ha llegado a un acuerdo con la Universidad Tecnológica de Panamá para, a partir de 2007, publicar la obra que resulte ganadora cada año del prestigioso Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán", creado por dicho centro de estudios superiores en 1996 para exaltar la memoria del destacado escritor panameño Rogelio Sinán (1902-1994) e incentivar la creación literaria regional al más alto grado de excelencia.

Para abril de 2007 aparecerán otros cinco libros, cuyos autores son: Luigi Lescure (cuentos), Gorka Lasa (poesía) y Fulvia Morales de Castillo (libro de texto sobre metodología para el análisis de cuentos panameños en la Secundaria y la Universidad); se trata del primer libro de cada uno. Además, un libro de ensayos sobre literatura panameña actual, de Rodolfo de Gracia R., y una colección de cuentos de Isabel Herrera de Taylor.

De manera simultánea se ha reactivado y rediseñado el radio de acción de la Fundación Cultural Signos, entidad creada en 1997 por Jaramillo Levi como remplazo de su Editorial Signos (México, 1982- Panamá, 1996). El principal ámbito de trabajo de dicha Fundación será la docencia cultural, la promoción de la lectura y la coedición de diversos premios literarios. En este sentido, la Fundación trabajará algunos de sus nuevos proyectos en paralelo con 9 Signos Grupo Editorial. Cuatro de estos proyectos mancomunados a realizarse en 2007 son: la creación del Premio Signos de Teatro Infantil "Tilisia Perigault" y la recuperación del Premio Signos de Poesía "Stella Sierra"; la creación del Círculo de Lectura "Signos"; y la creación de diversos talleres literarios dictados por escritores nacionales e internacionales.

PREMIO SIGNOS DE POESÍA STELLA SIERRA 2006

La Fundación Cultural Signos (segunda época) y 9 Signos Grupo Editorial, S.A., bajo los auspicios de la familia Sánchez Galán -Sierra, retoman la iniciativa - creada años atrás por la primera de estas entidades - de promover y difundir el PREMIO SIGNOS DE POESÍA "Stella Sierra", con el fin de estimular en Panamá la escritura poética al más alto nivel de excelencia en formato de libro. Esta decisión se rige de acuerdo a las siguientes

B A S E S :

1. Con el propósito de honrar la memoria de la insigne poeta Stella Sierra (1917-1997) y de incentivar la creación de la mejor poesía en Panamá, después de un periodo de varios años se organiza nuevamente el PREMIO SIGNOS DE POESÍA "Stella Sierra" a partir de la presente convocatoria. Este certamen, que será anual y permanente, cierra el jueves 31 de mayo de 2007.

2. Podrán participar los panameños por nacimiento o naturalización, y los extranjeros con un mínimo de cinco años consecutivos y verificables de residencia en Panamá.

3. No podrán participar en este certamen los miembros de la Junta Directiva de la Fundación Cultural Signos ni los socios de 9 Signos Grupo Editorial, S.A., así como tampoco las personas relacionadas con cualquiera de aquéllos dentro del segundo grado de afinidad y tercero de consanguinidad; de igual manera, no podrán hacerlo los familiares de la poeta Stella Sierra - cuyo nombre lleva este Premio -, que tengan con ella el mismo grado de parentesco antes señalado

4. Las obras se presentarán con seudónimo, en tres ejemplares perfectamente legibles

5. Las obras deberán tener un mínimo de 80 páginas de poesía, sin contar las páginas adicionales (título, índice, posibles epígrafes o dedicatorias), y un máximo de 100, escritas por una sola cara en papel bond blanco tamaño 8 1/2" x 5 1/2", a doble espacio, en letra tipo Times New Roman de 12 puntos. Cada página irá numerada.

6. En sobre aparte (plica), cerrado, debe presentarse el verdadero nombre del autor o autora, sus teléfonos, correo electrónico, breves datos biográficos, una fotografía de buena calidad, así como copia de la cédula. En el caso de los extranjeros residentes, adicionalmente se presentará copia del permiso o constancia de residencia. Por la parte de afuera de este sobre se consignará el título de la obra y el seudónimo del autor o autora.

7. Tanto en la página inicial como en el exterior del folder o cartapacio al cual vendrá sujeta cada copia de la obra, se consignará la siguiente información:

FUNDACIÓN CULTURAL SIGNOS / 9 SIGNOS GRUPO EDITORIAL
PREMIO SIGNOS DE TEATRO INFANTIL "TILSIA PERIGAULT" 2006
TÍTULO DE LA OBRA:

SEUDÓNIMO:

8. Los 3 ejemplares de la obra, así como el sobre cerrado (plica) con los datos de identidad del autor, se entregarán dentro de un sobre de manila que por su parte exterior diga: Premio Signos de Poesía "Stella Sierra" 2006.

El sobre debe enviarse a:

9 Signos Grupo Editorial, Apartado 0832 - 2745, World Trade Center, Panamá, Rep. de Panamá.

9. Una vez cerrado el certamen, las plicas que contienen la identidad de los participantes serán custodiadas por un Notario Público mientras duren las deliberaciones de los jurados. Éste sólo abrirá las correspondientes a la obra premiada y a las menciones honoríficas, si las hubiera, en el momento de hacerse público el Fallo en Conferencia de Prensa, y destruirá todas las demás plicas.

10. El PREMIO SIGNOS DE POESÍA "Stella Sierra" 2006 consiste en la suma de B/. 1,000.00, diploma de honor al mérito, un paquete de libros y la publicación de la obra ganadora. Para tal fin, el ganador del premio firmará contrato de edición exclusivo con 9 Signos Grupo Editorial, S.A., empresa a la cual entregará un CD que contenga su obra, la cual será publicada ese mismo año.

11. Podrá otorgarse un máximo de dos Menciones Honoríficas, sin compromiso de publicación. A los autores Mencionados se les entregará diploma de honor al mérito y un paquete de libros.

12. Las entidades organizadoras designarán un jurado de tres poetas o críticos literarios nacionales o extranjeros de reconocido prestigio, cuya identidad permanecerá secreta, y quienes dispondrán de un mes para emitir su Fallo. Si a juicio mayoritario del jurado ninguna de las obras participantes tiene la calidad suficiente, el Premio podrá declararse desierto mediante la debida sustentación. En cualquier caso, el Fallo del jurado es inapelable.

13. El Fallo se hará público en Conferencia de Prensa el 29 de junio de 2007.

14. No se devolverán obras.

15. Cualquier asunto no previsto en estas Bases será resuelto por la Comisión Organizadora del Premio, integrada por directivos y socios de las dos entidades que lo convocan.

16. La participación en este certamen implica la aceptación total de sus Bases.

Panamá, diciembre de 2006

Convocatoria

BASES

Coordinación de Difusión Cultural/ Vicerrectoría de Investigación,
Postgrado y Extensión/ Universidad Tecnológica de Panamá

CONVOCA AL PREMIO CENTROAMERICANO DE LITERATURA

Rogelio Sinán 2007-2008

POESÍA



Dibujo de Zdenek Privy (Paris, 1932)

INTRODUCCIÓN

La creación literaria es uno de los grandes y más antiguos vehículos artísticos de la comunicación. El mundo hispánico ha hecho contribuciones fundamentales al acercamiento espiritual e intelectual entre los hombres a través de obras literarias tan trascendentales como *El Quijote* y *Cien años de soledad*, entre otras muchas. América Latina, en particular, ha dado al mundo obras de gran calidad artística generadas por brillantes plumas, tales como Rubén Darío, Miguel Ángel Asturias, Juan Rulfo, Ernesto Sábato, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Mario Benedetti, Julio Cortázar, Juan Carlos Onetti, Octavio Paz, Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda y muchos otros; y en Panamá, Rogelio Sinán (1902-1994).

La Universidad Tecnológica de Panamá, dentro de sus funciones y responsabilidades Académicas y de Extensión Cultural, busca acrecentar la formación humanística e intelectual de sus estudiantes, personal docente y administrativo, así como enriquecer la sensibilidad cultural de la sociedad panameña. La buena literatura, tanto para sus creadores nacionales y extranjeros como para la recepción de ésta por parte de los lectores, es una de las más profundas e integrales manifestaciones del desarrollo cultural de un país.

La República de Panamá perdió en 1994 a su escritor más connotado: Rogelio Sinán. Autor de novelas (*Plenilunio*, *La isla mágica*), libros de cuentos (*A la orilla de las estatuas maduras*, *La boina roja*, *El candelabro de los malos ofidios* y otros cuentos, *Cuentos de Rogelio Sinán*), poemarios (*Onda*, *Incendio*, *Semana Santa en la niebla*, *Saloma sin salomar*, *Poesía completa de Rogelio Sinán*) y obras de teatro infantil (*La cucarachita mandinga*, *Chiquilinga*, *Lobo go home*), Sinán fue también diplomático, funcionario público, profesor universitario, director teatral, periodista y permanente promotor cultural. Su vida y su obra merecen ser difundidas y valoradas con amplitud en Panamá y en otros ámbitos.

Como un necesario homenaje a su memoria, y con el fin de propiciar un mayor acercamiento a su compromiso con la literatura y con Panamá, así como para estimular la creación literaria al más alto nivel de excelencia en toda el área centroamericana, la Universidad Tecnológica de Panamá creó en abril de 1996 un certamen anual y permanente cuyo nombre es: PREMIO CENTROAMERICANO DE LITERATURA "ROGELIO SINAN", el cual se convoca cada 25 de abril, fecha del nacimiento de Sinán, y se premia en la misma fecha del año siguiente.

La primera convocatoria se hizo en el género NOVELA y participaron 17 obras. La convocatoria correspondiente a 1997 se hizo en el género CUENTO; se recibieron 28 obras. La convocatoria de 1998 se hizo en el género POESÍA y participaron 31 obras. En 1999 se volvió a convocar en NOVELA: llegaron 18 obras.

Fueron 29 las obras que en el 2000 compitieron en CUENTO; en 2001 participaron 63 obras en POESÍA; 32 obras se presentaron en NOVELA en 2002; en 2003 se recibieron 19 colecciones de cuentos; en 2004 llegaron 23 obras de POESÍA; y en 2005 participaron 15 NOVELAS.

Este Premio lo han ganado hasta el momento: Manuel Corleto (Guatemala), con su novela "Con cada gota de sangre de la herida" (U.T.P.; 1997); Justo Arroyo (Panamá), con su libro de cuentos "Héroes a medio tiempo" (U.T.P., 1998); Miguel Huezco Mixco (El Salvador), con su poemario "Comarcas" (U.T.P., 1999); Franz Galich (Guatemala), con su novela "Managua", salsa city (¡Devórame otra vez!) (U.T.P./ Editora Géminis, S.A., 2000); Ernesto Endara (Panamá), con su libro de cuentos "Receta para ser bonita y otros cuentos" (U.T.P./ Editora Géminis, S.A., 2001); Ronald Bonilla (Costa Rica), con su poemario "A instancias de tu piel" (U.T.P./ Editora Géminis, S.A., 2002); Ramón Varela Morales (Panamá), con su novela "Primum" (U.T.P./ Editora Géminis, S.A., 2003); Jorge Ávalos (El Salvador), con su libro de cuentos "La ciudad del deseo" (U.T.P./ Editora Géminis, S.A., 2004); Carmen González Huguet (El Salvador), con su poemario "Palabra de diosa y otros poemas" (U.T.P./ Editora Géminis, S.A., 2005) y Carlos Alberto Soriano (El Salvador), con su novela "Listones de colores" (U.T.P., 2006).

BASES

1. El Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" consta de un solo género o sección cada año. En el 2007, el género que se convoca es POESÍA uno de los tres géneros literarios que mejor cultivó Sinán (novela, cuento y poesía).
2. Este Premio se declara abierto a partir de la presente Convocatoria y se cerrará el viernes 4 de enero de 2008, a las 4:00 p.m.
3. Podrán participar todos los poetas centroamericanos por nacimiento, incluidos los panameños, independientemente de su lugar actual de residencia. Asimismo, también podrán hacerlo los autores de cualquier nacionalidad latinoamericana de habla hispana, que hayan adoptado legalmente la

- ciudadanía panameña, costarricense, nicaragüense, salvadoreña, hondureña o guatemalteca, siempre y cuando al momento de competir residan en su país de adopción y puedan demostrarlo.
4. No podrán participar escritores que en años anteriores merecieron el Premio Sinán en cualquier género.
 5. Cada autor puede participar con uno o varios poemarios, pero con títulos y seudónimos diferentes. Cada obra será de un solo autor.
 6. Las obras participantes deben ser inéditas en su totalidad, tanto en papel como en Internet; y no pueden estar concursando en otros certámenes literarios locales o internacionales mientras compitan en este Premio; tampoco pueden estar contratadas para su publicación en forma alguna, ni haber sido premiadas, ni leídas parcial o totalmente en actos culturales.
 7. El tema y el estilo son libres.
 8. Habrá un premio único de \$4,000.00 (cuatro mil dólares) y Pergamino de Honor. Además, la empresa 9 Signos Grupo Editorial publicará la obra premiada, en coedición con la Universidad Tecnológica de Panamá.
 9. Esta empresa editorial conservará los derechos de edición solamente hasta que se agote la primera, la cual será de 1000 ejemplares. Al autor se le entregarán 200 ejemplares (el 20% de la edición) como pago único de sus regalías. El autor no podrá hacer otra edición ni ceder sus derechos para hacerlo a ninguna otra editorial mientras no se agote la primera. El autor dará preferencia a 9 Signos Grupo Editorial en caso de que haya necesidad de hacer una segunda edición cuando la primera se agote.
 10. El Premio sólo podrá declararse desierto si participan 5 obras o menos y ninguna de éstas tiene, a juicio del jurado, la calidad literaria necesaria
 11. Podrá otorgarse una o dos Menciones Honoríficas si el jurado Calificador lo estima conveniente; dichas Menciones recibirán diploma alusivo.
 12. Los poemas deben estar escritos en 12 pts; tener un mínimo de 80 páginas y un máximo de 150 por una sola cara, a doble espacio, en papel bond blanco tamaño carta (8.5" x 11"), a máquina o en computadora. Un disquete o CD que contenga la obra premiada deberá ser entregado necesariamente por el autor a la Universidad Tecnológica de Panamá posteriormente, para el proceso de edición, en caso de merecer el Premio.
 13. En años posteriores este Premio se abrirá, en forma alternada, en otros géneros literarios que cultivó asiduamente Rogelio Sinán. Así, en el 2008 se convocará en NOVELA.
 14. Cada obra debe entregarse por triplicado en la Coordinación de Difusión Cultural (teléfono: 205-6627) de la Universidad Tecnológica de Panamá (antigua sede provisional); o bien enviarse a tiempo (debe llegar al correo de la U.T.P. antes de la fecha de cierre) a la siguiente dirección:

Premio Centroamericano de Literatura
 "Rogelio Sinán" 2007-2008
 Coordinación de Difusión Cultural
 Universidad Tecnológica de Panamá
 Apartado 0819-07289
 El Dorado, Panamá,
 República de Panamá

15. En sobre aparte (cerrado y rotulado por su parte exterior con el título de la obra y seudónimo), debe consignarse el nombre del autor, teléfono, breves datos biobibliográficos y una fotografía reciente de buena calidad, así como fotocopia de la cédula de identidad personal o de la página principal del pasaporte, el cual debe necesariamente estar vigente*. No cumplir con estos requisitos puede ser causal de descalificación. Estos sobres o plicas serán entregados por la U.T.P. a un Notario Público, quien solamente abrirá los correspondientes a la obra premiada y a las mencionadas, en Conferencia de Prensa a realizarse el lunes de la última semana de abril del año 2008. La Ceremonia de Premiación se llevará a cabo el viernes de esa misma semana, en acto solemne, como parte de la "Semana del Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán 2007-2008".
16. Cada copia deberá venir sujeta a un cartapacio o portafolio. Se requiere incluir un índice. Las páginas deberán enumerarse solamente a partir del primer poema en sí (el índice y los posibles epígrafes o dedicatorias no se cuentan). En la parte externa del cartapacio, así como en la primera página, deberá aparecer el nombre de este Premio, el título de la obra y el seudónimo.
17. Se designará un Jurado Calificador formado por 3 destacados poetas o críticos; dos de ellos serán nacionales y uno internacional; éste será invitado a la República de Panamá para las deliberaciones con los jurados nacionales, y con el fin de que imparta una conferencia o taller de su especialidad.
18. La Universidad Tecnológica de Panamá, con el apoyo de patrocinadores estatales y de la empresa privada, cubrirá los gastos de viaje, así como los de hospedaje y comida, del jurado internacional y del autor premiado (sólo en caso de ser éste un autor centroamericano; o panameño que resida en alguno de los países de esta área). Cabe señalar que si el autor premiado resulta ser un panameño o centroamericano residente en algún país ajeno al área centroamericana, éste cubrirá sus propios gastos de transporte, pero la Universidad Tecnológica de Panamá, con el apoyo de sus patrocinadores, cubrirá sus gastos de alojamiento y comida en nuestro país.
19. El Fallo del Jurado Calificador se dará mediante dictamen escrito y razonado, por unanimidad o por mayoría, y es inapelable.
20. Las obras no premiadas sólo podrán reclamarse en la Coordinación de Difusión Cultural de la U.T.P. hasta el 30 de agosto de 2008; después de esta fecha serán destruidas.
21. Cualquier asunto no previsto en las Bases de este Certamen, será decidido por el Comité Organizador del Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" 2007-2008, nombrado por la Vicerrectoría de Investigación, Postgrado y Extensión para los fines de este certamen.

**El ganador del Premio Sinán, si es centroamericano, deberá tener su pasaporte vigente, ya que tendrá que viajar a Panamá a recibir su premio en un término de 48 horas después de ser notificado.*

Panamá, 25 de abril de 2007

"DIA DE LA ESCRITORA Y EL ESCRITOR PANAMEÑOS"

LANZAMIENTO DE

9 SIGNOS GRUPO EDITORIAL

Enrique Jaramillo Levi

Sin duda esta es una noche de gran satisfacción y regocijo para los nueve socios fundadores de la empresa **9 SIGNOS GRUPO EDITORIAL** y para los autores cuyos libros dan razón de ser a este acto de "lanzamiento" del inicio de este sueño ardua pero gozosamente realizado. Y perfectamente podríamos hablar en este caso de un "Sueño compartido" -como reza el título de una voluminosa compilación de cuentistas panameños que publiqué en dos tomos el año pasado-, ya que durante seis meses nos hemos venido reuniendo una vez por semana durante tres horas en cada ocasión, para ir planeando y llevando a cabo cada detalle, cada minucia de ese sueño, tanto en sus aspectos organizativos y económicos, como en los legales, comerciales, y de orden estrictamente editorial y literario.

Un sueño, por cierto, que hacía falta materializar de forma profesional en nuestro país, de manera integral y obligadamente novedosa, para que diera los resultados que esperamos se hagan patentes a partir de esta emotiva noche: crear una auténtica editorial, publicar las mejores obras de autores panameños, no cobrarles un centavo por publicar con nosotros y, al contrario, firmar contratos con cada uno de ellos y pagarles sus regalías, al principio en especie (es decir, con libros), y esperamos que algún día, con dinero.

Algo tuve yo que ver con este sueño editorial como se dice por ahí, sí, pero si bien éste había estado durante muchos años bullendo en mi mente y, como es sabido, antes ha tenido, a menor escala y siempre sin fines de lucro, otros escenarios, sólo ahora cristaliza pleno con el apoyo, el entusiasmo y la dedicación infatigables de los otros ocho socios fundadores: Diego Enrique Quijano, Zoraida Chong, Luigi Lescure, Lissy Jované, Gorka Lasa Tribaldos, Gina Stanziola, José Ángel Cornejo y Dennis Smith, talentosos y emprendedores profesionales, todos ellos talentosos escritores inéditos hasta el momento, algunos de ellos en realidad muy jóvenes, egresados todos del Diplomado en Creación Literaria 2006, de la Universidad Tecnológica de Panamá. Para mí está muy claro que **9 SIGNOS GRUPO EDITORIAL** no hubiera logrado nacer como lo ha hecho -con eficiencia, y además creo que con buena estrella- sin ellos. Sus ideas, sus desvelos, su inquebrantable fe en la necesidad y éxito de lo que pretendemos lograr en Panamá en el mundo editorial a favor de la buena Literatura, no dejan de conmoverme. ¡Gracias, socios!

También agradezco a nuestros socios capitalistas, cuyos nombres por el momento me reservo, el habernos aportado ese indispensable capital semilla que, junto con nuestro

propio aporte, nos ha permitido arrancar con buen pie. Estamos seguros de que su confianza en este proyecto editorial se verá recompensado en el tiempo, con creces.

Y qué decir de los cuatro escritores que, junto conmigo, entregaron confiados sus obras para que se las editáramos: Ernesto Endara, con "**Blackjack**" (una antología de algunos de sus mejores cuentos); Rafael Pernet y Morales, con "**Los truenos de la Aurora**" (su cuarta novela, y tal vez una de las mejores); Carlos Fong, con "**Para narrar la identidad**" (una colección de acuciosos ensayos sobre literatura panameña); y el más joven, Javier Romero Hernández, con "**Meditación en un laberinto y otros extravíos**" (una compilación exhaustiva de su sorprendentemente madura obra poética). En lo personal, contribuí con "**Gato encerrado**", un libro inédito de cuentos recientes. Gracias Neco, Rafael, Carlos y Javier, por confiar en nosotros. Es un honor para **9 SIGNOS GRUPO EDITORIAL** servir de puente para ayudar a dar a conocer sus valiosas obras. Esperamos haber cumplido con sus expectativas, y seguir haciéndolo.

Queremos agradecer públicamente a José Ángel Cornejo el original diseño de las hermosas portadas, y a Silvia Fernández Risco su eficiente y puntualísimo diseño de interiores de los cinco libros. Confiamos en que la calidad literaria de cada obra, ahora incluida en nuestra Colección "**Anclajes**", así como el esmero puesto en su formato editorial, marcarán la pauta de los logros empresariales por venir. Porque, por supuesto, esto es sólo el principio. Por lo pronto, ya en marzo de 2007 esperamos publicar obras de los siguientes cinco autores: Luigi Lescure (cuentista), Gorka Lasa (poeta) y Fulvia Morales de Castillo (ensayista y promotora didáctica), todos con su primer libro; y Rodolfo de Gracia (ensayista y cuentista) e Isabel Herrea de Taylor (cuentista), quienes ya han publicado antes pero todavía no tienen el reconocimiento que merecen. Y cada cuatro meses, si todo va bien, esperamos continuar dando a conocer obras literarias, tanto de autores de trayectoria y prestigio como de talentosos creadores menos conocidos, pero también de prometedores escritores completamente inéditos, combinando en el proceso interesantes novelas, libros de cuentos, poemarios, colecciones de ensayos y obras de teatro: todas fundamentalmente de autores nacionales, aunque no estaremos cerrados a los escritores de otros ámbitos.

También es necesario señalar que vamos a abrir nuevas colecciones de libros a fin de cubrir otras áreas del conocimiento y abarcar algunos temas prácticos: obras de temas científicos, históricos, sociológicos, psicológicos, gastronómicos, biografías y hasta libros de texto. Y que, conjuntamente con la recién reestructurada **Fundación Cultural Signos** -que fundé en 1997 como secuela de su antecesora, la Editorial Signos, nacida en México en 1982-, a partir de hoy estamos convocando a los escritores nacionales para que participen con entusiasmo en dos importantes certámenes literarios: el **Premio Signos de Teatro Infantil "Tilisia Perigault"** y el **Premio Signos de Poesía "Stella Sierra"**, cuyas Bases podrán recibir esta noche las personas interesadas. Este último concurso literario -el "Stella Sierra"- ya existía hace algunos años como iniciativa de la Fundación Cultural Signos, y ahora renace con el apoyo económico de

la familia de esa insigne poetisa.

En el primer caso, buscamos estimular la creatividad teatral con obras dirigidas hacia nuestros niños, así es que la que resulte ganadora procuraremos que se escenifique dignamente en nuestro país; el premio consta de B/. 1,000.00. El segundo certamen, obviamente, pretende incentivar la creación de la mejor poesía, y también consiste en la suma de B/. 1,000.00, en este caso generosamente auspiciado por la Unión Nacional de Empresas, S.A. (UNESA). Las obras ganadoras de ambos Premios serán publicadas en una colección especial, coeditadas entre la **Fundación Cultural Signos** y **9 Signos Grupo Editorial**.

Pero las buenas noticias para los escritores nacionales no terminan aquí. Hacemos público que pronto firmaremos un acuerdo con la Universidad Tecnológica de Panamá para hacernos cargo de la publicación de la obra que resulte ganadora, cada año, en el prestigioso **Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán"**, que auspicia dicha institución, y que lleva once años convocándose exitosamente. Esto significa que cuando el 23 de abril de 2007 el jurado calificador de ese certamen dicte su Fallo, la publicación de la obra ganadora será responsabilidad de **9 Signos Grupo Editorial** cuatro meses más tarde. Por supuesto, se trata de un gran honor, y de una seria responsabilidad, y esperamos hacerlo bien.

Por otra parte, deseamos manifestar que la **Fundación Cultural Signos** también labora con **9 Signos Grupo Editorial** en el aspecto docente: la creación e implementación de diversos talleres literarios, a fin de perfeccionar los conocimientos y las técnicas de los incipientes escritores del país. Además, crearemos juntos el **Círculo de Lectura Signos**, en el que propiciaremos la discusión de libros diversos, a menudo en presencia de sus autores. En enero de 2007 podremos ofrecerles información concreta sobre ambas iniciativas: los talleres y el **Círculo de Lectura**.

Para finalizar, es preciso explicar que tanto la empresa **9 Signos Grupo Editorial** como la nueva versión de la **Fundación Cultural Signos**, trabajarán arduamente a favor de similares objetivos de promoción de la Cultura, sólo que sobre carriles distintos si bien paralelos, y obviamente colaborarán entre sí. La primera —la empresa—, es un ente fundamentalmente comercial que tiene su mirada puesta en la importancia de fortalecer nacional e internacionalmente el aspecto editorial de nuestra Cultura mediante mecanismos de promoción y venta de libros hermosamente diseñados, por lo que legítimamente buscará obtener razonables ganancias; es un negocio. La segunda, es una fundación sin fines de lucro, que procurará fortalecer los aspectos docentes y de incentivación artística e intelectual de la producción literaria del país. Para ambas entidades, sus funciones no sólo son complementarias sino inseparables como parte de un proyecto cultural sólido y coherente.

Estos son los sueños, los hechos y los nuevos proyectos. Esperamos contar con el apoyo de todos y cada uno de ustedes para poder avanzar con verdadero éxito por los ambiciosos senderos trazados por el entusiasmo y la visión de futuro en nuestra meta de fortalecer y difundir la Cultura nacional. Asimismo, tenemos fe en que la literatura panameña va a alcanzar finalmente el sitio que merece, por lo que apelamos a la solidaridad de los escritores de Panamá.

En este sentido, invitamos a la Asociación de Escritores de Panamá para que se sume también a similares iniciativas. Cuantos más espacios culturales se abran en Panamá, más y mejor circulará por ellos la sangre de la creatividad.

Señores y señoras: Esta noche les estamos ofreciendo un adelanto de esa visión. ¡Por lo pronto, con respecto al lanzamiento de nuestros primeros libros: para muestra no un botón, sino cinco!

Panamá, 13 de diciembre de 2006

Palabras pronunciadas el 13 de diciembre de 2006 en el acto de lanzamiento de la empresa 9 Signos Grupo Editorial en la Biblioteca Nacional "Ernesto J. Castillero Reyes" ante numeroso público.



Las palabras a menudo nacen de las palabras

Discurso de Jaramillo Levi, en la presentación del volumen colectivo **SOÑAR DESPIERTOS**, del Diplomado en Creación Literaria 2004

Las palabras a menudo nacen de las palabras, a veces convirtiéndose en imágenes, otras sólo en nuevas palabras y eso es suficiente; van construyendo su propia morada al entretejerse unas con otras y así habitan una casa común, que no es otra que la que el autor construye para sus personajes, situaciones y atmósferas, proyecciones todas de sí mismo y del mundo, hasta el momento secretas; de sus deseos, esperanzas y temores. Por eso quien escribe se pone, sabiéndolo o no, un espejo en frente; o se lo pone al mundo, que a veces es casi lo mismo. Sólo que los espejos pueden serle fieles a la realidad, o no serlo; o bien ocurre que es la realidad misma la que cada tanto tiempo se descompone o distorsiona al entrar en contacto consigo misma como si se reflejara en un espejo.

Pero cuando, en cambio, en la escritura las ideas y las emociones encuentran su equilibrio; cuando el lenguaje que las expresa se ha elaborado con el arte de la necesaria precisión o con el de la aguda sugerencia para revelar o para encubrir; cuando la historia que se cuenta en una novela o en un cuento o la emoción que los versos exorcizan cumplen su función catártica en el creador y de empatía en el lector, el texto que resulta puede tranquilamente autocontemplarse y, como su autor, ahíto de satisfacción, sonreír;

al igual que el Lector... Todo esto es la Literatura, pero por supuesto es también mucho más: es todo lo que no cabe en las palabras y también lo que les sobra; lo que nunca llegamos a saber pero se insinúa; lo que late en el fondo de la alegría o del oscuro abismo. Todo lo que la sensibilidad y la experiencia, la imaginación y el conocimiento, la memoria y el oficio, son capaces de intuir y expresar en el momento adecuado, en el sitio preciso, con las mejores palabras posibles.

Una vez que uno se sabe escritor, que lo acepta como algo irremediable y permanente, escribe como respira, respira como escribe; porque todo es uno y la misma cosa: un no saber ya si es de día o es de noche cuando pugnan por salir las palabras, si emocionalmente pensamos o si intelectualmente sentimos, si tenemos hambre o frío o ganas de hacer el amor, o si es sólo la sensación que en ese momento experimenta alguno de nuestros personajes. Ya no hay entonces una clara distinción de los límites mientras dura la obsesiva necesidad de crear. Y esto no es bueno ni malo, simplemente es lo necesario. Porque sin esa identificación, sin la pasión que escribir entraña, no hay buena literatura, ni por tanto auténticos escritores.

Esta introducción viene a cuento porque esta noche se presenta un libro singular. Se trata, muy probablemente, del volumen colectivo de creación literaria más voluminoso y variado –de mayor número de autores, hombres y mujeres, de Panamá y de otros ámbitos– que se haya publicado jamás en nuestro país. **Soñar despiertos**, que así se llama el libro que nos congrega en esta presentación, no es, sin embargo, como su nombre pudiera sugerirlo, un simple sueño que se tiene con los ojos abiertos, eso que suele llamarse más bien un *ensueño*. Por el contrario, es una realidad –¡aquí está, miren, vean este hermoso libro!–; un sueño hecho realidad. Un cúmulo de palabras que individualmente se fueron forjando, que en estas páginas comparten un espacio, y que al empezar a existir socialmente otorgan a cada uno de sus 13 autores una nueva identidad, un sitio especial en la sociedad.

Cada uno de ustedes, estimados egresados del Diplomado en Creación Literaria 2004 de la U.T.P., esta noche asume la responsabilidad de poder ser realmente considerado escritor o escritora. Un oficio que empieza a respetarse en Panamá; un duro, tenaz, a veces ingrato y sin embargo a menudo también satisfactorio oficio de luz y de tinieblas con el que las Musas en algún momento los han ungido. (leer aquí los nombres de los 13 escritores): ¡Bienvenidos a su nueva Casa, bienvenidos a la Literatura!

De ahora en adelante cada quien debe pensar en continuar escribiendo seriamente, en hacerlo procurando perfeccionarse al máximo hasta reunir el material suficiente para publicar ese primer poemario, ese primer libro de cuentos,

esa primera novela que afirmará de manera definitiva su identidad de escritoras y escritores en propiedad. Ya han dado el segundo paso –el primero lo dieron al tomar el Diplomado en Creación Literaria que ofrece la U.T.P.–, y como dice el dicho: “a la tercera va la vencida”. El talento es algo con lo que se nace, sí, pero tiene que irse perfeccionando en el camino; un camino que no es fácil en un país como el nuestro, tan marcado por los afanes exclusivamente crematísticos del comercio y los servicios, tan poco dado a estimular a sus artistas e intelectuales, a respetar su trabajo, a honrar sus méritos... Ustedes esta noche adquieren, sí, una responsabilidad. La de orgullosamente seguir dando la cara por la buena Literatura; la de hacerla ustedes mismos, cada cual en la medida de sus posibilidades.

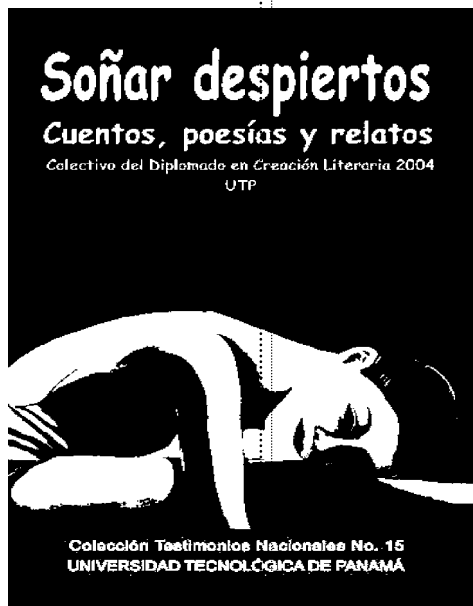
Si en **Soñar despiertos** predomina el Cuento por sobre los demás géneros literarios, no hay que darle más vueltas de hoja al asunto: es porque desde hace más de 20 años el cuento es el tipo de escritura que más y mejores autores tiene en nuestro país. Y resulta que en años recientes, más que nunca antes en la historia de la literatura nacional, tenemos una verdadera eclosión de autores de ficción breve de las más diversas edades y tendencias, hombres y mujeres. Al grado de que en este momento conviven en Panamá al menos cuatro generaciones de cuentistas, y algunos de los más jóvenes se inician en este volumen colectivo, arrancan en su esforzado quehacer esta noche. Sin duda alguna, ¡es algo digno de celebrarse! Y para muestra un botón; o más bien tre-

ce. Ojalá se animen a adquirir y disfrutar este interesante libro que hoy presentará formalmente el escritor y profesor del Diplomado en Creación Literaria de la U.T.P., Ariel Barría Alvarado, ganador este año, en las secciones de Cuento y Novela, del Concurso Nacional de Literatura “Ricardo Miró”.

II

Termino informando acerca de dos iniciativas relacionadas entre sí, e indirectamente, con la razón que aquí nos reúne. Ya está en preparación otro volumen colectivo, esta vez el de los 20 egresados del Diplomado en Creación Literaria más reciente, el del 2006. Este libro, aún sin título, debe salir de la imprenta de la U.T.P. en los primeros meses de 2007. Sin duda será un nuevo ejemplo de la efectividad de los cursos impartidos por profesores que a su vez son destacados escritores en estos Diplomados que se iniciaron en 2001 en la Facultad de Ciencias y Tecnología de la Universidad Tecnológica de Panamá. Pero, sobre todo, será una prueba más de que el talento, bien encaminado, finalmente se da mañas para hallar su propio camino. Todo lo que necesita es ese primer empujoncito... (y a veces también el segundo).

Asimismo, como ya lo señaló la estimada Decana, Lic. Alma Urriola de Muñoz, a partir de ahora se abre la convocatoria



para la sexta versión del Diplomado en Creación Literaria de la U.T.P., iniciativa sin la cual no estaríamos presentando esta noche **Soñar despiertos**. La información está disponible para quienes se interesen en inscribirse. Sólo les reitero que dicho Diplomado se dictará desde la última semana de enero hasta la tercera de abril de 2007, durante un total de diez semanas (a excepción de la semana de Carnavales y de la Semana Santa), de lunes a viernes, de 6:00 a 9:30 p.m.

Es evidente que no se puede enseñar a escribir creativamente a quien no tiene talento, pero para los que lo tienen y no han sabido encontrarlo en sí mismos, o simplemente no han sabido qué hacer con él, esta es la oportunidad de sus vidas. ¡Si no, pregúntenle a los 13 nuevos escritores que esta noche nos presentan sus destacadas credenciales!

Palabras pronunciadas en la presentación del volumen colectivo Soñar despiertos (U.T.P., 2006), en Exedra Books, el 7 de diciembre de 2006.



Discurso de Graduación

del Diplomado en Creación Literaria 2006

Por Diego Enrique Quijano Durán

Este discurso empieza con una página en blanco. Y en verdad es que hace un mes, cuando fui escogido como el representante del grupo, con orgullo tomé el desafío de dictarlo. En verdad me costó hacerlo, se tenían muchas expectativas, y no fue fácil definir las palabras que escucharán en breve. Lo que sí es cierto, es que pasé largos ratos diciéndole a la página en blanco

Quiero significado para ti
Quiero mancharte
Quiero rayarte
Quiero llenarte de letras, formas, cuñas, marcas y signos,
Quiero que dejes de no ser
Quiero que te vean
Quiero que te entiendan
Quiero que no seas blanca y seas color para pensar....

Así pues, finalmente logré escribir unas palabras que días más tarde taché por completo.

Hace poco más de dos meses se dio inicio a la quinta versión del Diplomado en Creación Literaria. En él, se encon-

tró un grupo de 20 personas que no se conocían. Bueno, sí aprendí después que Gina y Victoria son familia, y que Rogelio y Lissy son primos, pero al final de cuentas, nadie se conocía.

Sin embargo, había algo que nos unía. Por un lado, estaba el interés en la literatura, y que probablemente todos nosotros disfrutábamos mucho de la lectura. Por el otro lado, existía una unión que iba más allá de sólo querer leer, existía un deseo, un llamado, o por falta de palabras, simplemente unas ganas de escribir, de escribir algo bueno, y publicarlo.

La mayoría de nosotros en algún momento ya había escrito algo en la soledad de su cuarto. Tres de nosotros: Victoria, Francis y Klenya, ya habían publicado algún libro, pero la gran parte nunca había tenido la oportunidad de participar en talleres literarios en donde se leería, se discutiría y se criticaría lo que uno mismo había escrito.

Por lo menos en lo personal nunca había presentado una de mis creaciones ante un público desconocido, y presenciar como le iba. ¿La entenderían los lectores? ¿Se transmitiría la idea o emoción que quería transmitir? ¿Sería una porquería lo que escribí? ¿Le gustaría a la gente? ¿Qué pensarían?

Les prometo que fue una experiencia muy emocionante. Por lo menos en mi caso, no podía mantenerme quieto en mi asiento la primera vez que se leyó y discutió en clase un cuento mío. Pensé, ¡qué cool! Están leyendo y discutiendo algo que yo he escrito. Y no creo que la experiencia de todos haya sido muy diferente. Poco a poco distinguimos debilidades en nuestros escritos, fortalezas en nuestra estilo de escritura, y algunos pudimos definir con más certitud en que camino queríamos enfocarnos. Para recordar las palabras de Don Cristobal, fue una experiencia sumamente refrescante.

Estimada Vice Rectora de Posgrado, Investigación y Extensión, Dra. Delva de Chambers; Decana de la Facultad de Ciencias y Tecnología, Alma Urriola Muñoz; Profesor Enrique Jaramillo Levi, Coordinador de Difusión Cultural; Profesores, Compañeros e Invitados.

Me tomo la oportunidad de felicitar a la administración de esta universidad por ser la vanguardia panameña en cuanto al fomento de la creación literaria de nuestro país. La Universidad Tecnológica de Panamá ha publicado durante los últimos años más libros literarios que el mismo Instituto Nacional de Cultura, desde el 2001 organiza anualmente el Diplomado en Creación Literaria, y por ende, ha sido el catalizador para que 18 autores nacionales salidos del diplomado, publiquen su libro, es la organizadora de un concurso nacional de cuentos, el José María Sánchez, y del único concurso a nivel centroamericano, el Rogelio Sinán, los cuales se convocan desde hace 11 años seguidos. Por último, y por iniciativa de esta universidad, se creó el Día Nacional del Escritor, que se celebra en Panamá el 25 de abril de cada año, fecha de cumpleaños del maestro Sinán.

La gente se sorprende cuando les digo, que estoy tomando un curso de creación literaria en la Universidad Tecnológica. ¿En donde? ¿En la tecnológica dijiste? Me replican. Y mientras me miran como bicho raro, dicen ¡¿qué hace la universidad tecnológica haciendo cosas de cultura y de literatura?!

De seguro los administradores de esta universidad alguna vez se han preguntado esto también, así como la jerarquía educativa de nuestro gobierno en el Ministerio de Educación. Pero lo cierto es, que ambas cosas están profundamente entreligadas y conectadas.

A lo que me refiero no es que hacer literatura sea como resolver una fórmula matemática, ni que para solucionar una ecuación necesitemos números ficticios (aunque no podrán negarme que en la física se utilizan números imaginarios como la raíz cuadrada de negativo uno). No tiene nada que ver con eso, tiene que ver con la innovación.

Un objetivo fundamental de la ciencia y la tecnología es innovar, es formular y desarrollar nuevas maneras de hacer las cosas, de cómo realizar los mismos procesos más eficientemente, con menos ingredientes y con mejores resultados. En estos momentos muchos se enfocarán en diseñar un motor de combustión interna que consuma menos galones de gasolina y que al mismo rinda más kilómetros, otros se especializan en programar un *software* de computadora que realice una operación lo más rápido posible considerando la mayor cantidad de variables e información y nos ahorre el trabajo a los humanos, otros en como rediseñar un procedimiento burocrático para hacerlo más eficaz. En fin, las variables de esto son infinitas.

Como nos dice el argentino Martín Krause, lo que llevó a la humanidad a salir de la edad de piedra, no fue que se acabó la piedra, sino la innovación que nos permitió dominar al fuego y fundir metales. Lo que acabó con la edad de carbón en el siglo XIX no fue que se acabó el carbón, (de hecho se estima que hay reservas para más de 1,800 de consumo de carbón), fue la innovación que conllevó a fuentes de energía mucho más eficaces y potentes. Así mismo, será la innovación la que nos llevará más allá de la edad del petróleo.

Nuevamente, se preguntarán, ¿porqué hablo de tecnología cuando esto se trata de literatura? La razón es sencilla, así como un científico o ingeniero rediseña para mejorar, un verdadero artista no copia y repite lo que otros antes de él han hecho. Un artista se expresa de una manera original, que conlleva a sentir y pensar cosas nuevas o desde un punto de vista diferente, a ver la vida de otra manera, y la creación de mundos y realidades nuevas. El buen escritor no escribe como siempre se ha escrito, sino que utiliza las mismas herramientas, las palabras, la pluma y una hoja, para crear universos hasta ahora desconocidos.

Sí, la literatura generalmente crea una ficción. Pero estas ficciones son de humanos para humanos, y por lo tanto, su lectura, conlleva a un entendimiento más profundo de nuestra realidad. No son pocas las veces en que me he encontrado leyendo una obra, y me ha ayudado a enfrentar una inquietud existencial, o a pensar sobre un problema de amor, familiar o de amigos.

Por ello, si la tecnología intenta por un lado hacer nuestra vida mejor, más cómoda, y con el uso de menos recursos, entonces la literatura intenta que nuestras vidas sean más ricas, que nos comprendamos mejor, que nos podamos comunicar mejor y convivamos en paz.

En el segundo día de clases, un profesor con mucho sen-

tido del humor y energía, nos dio instrucciones: Quiero que se presenten ante la clase, quienes son, que les gusta, que les apasiona, pero no quiero que me lean su curriculum, quiero que se presenten de una manera poética. Tienen 3 minutos para escribir un poema.

Yo me dije, y creo que todos nos dijimos lo mismo. Como así que éste quiere que yo escriba algo sufi cientemente bueno en solamente tres minutos para que sea digno de ser leído frente a 20 personas absolutamente desconocidas, y que además, se trate sobre mí.

Pues bueno, así fue, y ahí ocurrió la primera experiencia reveladora de este Diplomado. Se rompió el hielo, nos reímos y escuchamos las diferentísimas poesías que nos salieron a todos. Ese fue el primer gran salto que dimos en este diplomado; el hecho de presenciar el proceso creativo de otras personas, en vivo y en persona, es sumamente instructivo, y lo que es muy importante, te incentiva a saltar al agua, y a escribir, y a leer lo que se está produciendo localmente.

Aquí hago un aparte, para traer a relucir las palabras de la escritora panameña Melanie Taylor, quien nos aconseja de que todos debemos hacer una lectura dual. Leer lo que es de afuera, los clásicos de la literatura universal, lo que esté popular, pero también toca leer lo que se está produciendo en nuestro país.

Nuestra experiencia como personas es única, todos somos individuos, individuos diferentes, que nos emocionan cosas distintas, que pensamos de nuestra manera, y que nos pueden gustar o disgustar elementos diametralmente opuestos. La vida no es una experiencia porque todos somos iguales, sino porque todos somos diferentes. No aprendemos de los demás porque sean iguales a nosotros, sino porque tienen vivencias diferentes, circunstancias ajenas, perspectivas autónomas, creencias particulares, dioses propios o comunes. Lo que nos hace igual, es que la vida de cada uno, vale lo mismo que la vida de cualquier otro.

Así, Mario Vargas Llosa, en un discurso dictado en la Universidad de Georgetown en mayo de 2001, nos dice y lo cito: "La literatura ha sido y continuará siendo, mientras exista, uno de los denominadores que los humanos tenemos en común, a través del cual los seres humanos pueden reconocerse a sí mismos, conversar entre ellos, sin importar que tan diferentes sean sus profesiones, sus planes de vida, su localización geográfica o cultural, o sus circunstancias personales. La literatura ha permitido que los individuos en todas las particularidades de su vida, trasciendan la historia: como lectores de Cervantes, Shakespeare, Dante y Tolstoy, nos comprendemos a través del tiempo y del espacio, y nos sentimos a nosotros ser parte de una misma especie, porque, en las obras que estos autores crearon, aprendemos que compartimos como seres humanos, lo único que queda en común después de una gran variedad de diferencias que nos separan. Nada nos protege mejor contra la estupidez que es el prejuicio, el racismo, la política o religiosidad sectaria, el nacionalismo exclusivista, que esta verdad que invariablemente aparece en las grandes obras de literatura:

que los hombres y mujeres de todas las naciones son esencialmente iguales, y que solamente la injusticia cultiva entre ellos la discriminación, el miedo y la explotación". (Termina la citación.)

La literatura rompe brechas de comunicación, crea interés en la realidad de otros, nos hace pensar en la vida de los demás, y en nuestra propia existencia, nos hace cambiar actitudes y pensamientos, vemos nuevas luces con cada lectura.

La literatura nos permite vivir otras vidas, la literatura nos sirve para atravesar barreras y decir ¡hey!, lo que yo quiero es lo que tu también quieres, déjame hacer y yo te dejaré hacer, déjame vivir y yo te dejaré vivir. La literatura es la creación de nuevos mundos, que se agregan a nuestra realidad, haciéndola más rica, más diversa, cultivando nuestra imaginación y esperanza.

Si esta universidad, es ahora la llama más candente en nuestro país, que ya ha graduado a cien individuos interesados en la creación literaria, entonces, le toca cultivar y como se dice en buen panameño, echarle leña al fuego. La Tecnológica está rompiendo esquemas tradicionales bien arraigados de nuestra sociedad, que aquí no hay cultura. Esta institución no debe temer ser la entidad vanguardista de

la literatura, y la integración de un programa literario dentro de su oferta académica es sólo el paso lógico que se debe hacer cuando se determina que la imaginación y la innovación se desarrollan tanto en las ciencias como en las artes. Si esta universidad se trata de forjar ingenieros pro-activos y creativos, también se trata de educar a lectores críticos y escritores e ingenieros que sepan comunicarse.

"Sin la literatura", nos dice Vargas Llosa, "la mente crítica, que es el verdadero motor de los cambios históricos y el mejor protector de la libertad, sufriría una pérdida irreparable. Esto se debe a que toda buena literatura es radical, propone preguntas radicales sobre el mundo en que vivimos.... La literatura es alimento para el espíritu rebelde".

"Estoy convencido", concluye Vargas Llosa y yo concuerdo plenamente con él, "de que una sociedad sin literatura, o una sociedad en donde la literatura ha sido relegada— como un vicio— a los márgenes de la vida social y personal, en donde se ha transformado en un culto de una secta, es una sociedad condenada a convertirse espiritualmente bárbara, e inclusive, a poner en juego su libertad".

Gracias y felicidades a todos.



NUEVOS LIBROS DE LA UTP 2007

Lejanos parientes indecentes (cuentos)

A. Morales Cruz

Letras Cómplices

19 nuevos autores

(Colectivo del Diplomado en Creación Literaria 2006)

Gajes del oficio

Enrique Jaramillo Levi

(ensayos, artículos, prólogos, entrevistas)

Realidades y otras fantasías (cuentos)

Victoria Jiménez Vélez

De venta en Exedra Books, Librería Cultural Panameña y Supermercados Riba Smith